

Soñé en La Habana

Dolores Conquero



SINOPSIS

Tras muchos años deseando conocer Cuba, Alicia, acompañada de su hija, viaja a La Habana de vacaciones. Allí conoce a Yodiel un joven de quien no puede evitar enamorarse.

Pese a los tópicos que rodean este tipo de relaciones, Alicia le da una oportunidad, pero a la vez, como si de una detective se tratase, decide investigar por su cuenta. ¿Quién es él realmente? ¿La quiere de verdad? ¿Qué hace cuando ella no está?

En su afán por averiguarlo todo, Alicia irá descubriendo poco a poco quién es su amor, pero también la compleja realidad de un país fascinante que poco tiene que ver con el de los tópicos.

Soñé en La Habana es la historia de un amor, pero también la de un misterio que se lee casi como un policíaco, de tanto como la autora nos atrapa con los pasos que da. Es también una historia que huye de maniqueísmos, en la que no hay buenos ni malos, víctimas ni verdugos. Llena de referencias literarias y musicales -no en vano la protagonista llega a Cuba atraída por una imagen cimentada tras años de sueños y ensueños- muestra, como nunca antes se había hecho, algo que han vivido mujeres y hombres de todo el mundo. Sencilla y compleja a la vez, profundamente honesta, Soñé en La Habana no deja indiferente a nadie.

Soñé en
La Habana

Título: Soñé en La Habana
© Dolores Conquero Jiménez, 2019
Diseño de portada: Blanca Sedano.
Imágenes: Agnes Csernus (<http://www.csernusphotography.com/>)
y Yeliz Bayrak / EyeEm
Maquetación: Lector Cero.

Reservados todos los derechos. queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados

Prólogo

Salí del hotel aquella noche —mi última noche en Cuba— triste y alicaída. Se suponía que estaba en una de las ciudades más excitantes y divertidas del mundo, pero tras diez días repartidos entre La Habana y Cayo Guillermo, con la compañía de mi hija de dieciocho años, iba a volver a España tan «virgen» como había venido. Cierto es que en ese tiempo había recibido más piropos que en todo un año y absurdas peticiones de noviazgo, pero por eso mismo, por absurdas, no habían significado para mí más que las ofertas de ron o de puros que me salían a cada paso.

Qué distinta era La Habana de como la había soñado. Cuántas reclamaciones pondría —si supiera dónde hacerlo— a los *silvios, pablos, fernandos perez y titones* que me habían llenado la cabeza de pájaros. Por no hablar de los Orishas, que en *Dirty Dancing 2* tenían un par de canciones maravillosas que había bailado hasta la saciedad en el salón de mi casa y allí no sonaban por ningún lado. ¿Por qué la realidad nunca es como una la imagina? ¿Cuántas veces fantaseé sobre cómo sería «el prado de los soñadores» que mencionaba Silvio Rodríguez en aquella canción, *Esto no es una elegía*? Ahora resultaba que allí nadie sabía decirme a qué prado se refería el cantautor. Y lo que es peor, cuando mencionaba a Silvio o a Pablo, sobre todo a Silvio, la gente ponía cara de hartazgo y cambiaba rápidamente de conversación. Yo me había enamorado de ese país veinticinco años atrás, cuando en plena adolescencia oí en el Parque del Oeste aquello de: «Vivo en un país libre / cual solamente puede ser libre...», y la primera vez que fui a una manifestación y corrí para que no me cogiera la policía, de la mano del guapísimo Daniel —que fue el verdadero motivo por el que reuní valor para ir a la protesta— volví a casa y no paré de escuchar a Pablo Milanés, otro de los miembros fundadores de la Nueva Trova.

Y luego estaban las películas. De entre todas, quizá *Fresa y chocolate* y *Suite Habana* eran las que me habían dejado más huella. En ambas latía un inmenso amor por La Habana, por toda Cuba, amor que yo había hecho mío por el genuino método de disfrutar de lo lindo durante dos horas delante de una pantalla. Pero aquella ciudad de los cines se parecía muy poco a la que yo había conocido estos días. La Habana tenía rincones hermosos, era verdad, y un colorido y unos coches de los años cincuenta que no se veían en ninguna otra parte del mundo. Nadie me había hablado, sin embargo, de la miseria que reinaba por muchas de sus calles, de que allí un turista era poco más que un euro con patas, de que guías y conductores de autobús a los que previamente se había pagado por una excursión pedían siempre propina para llegar a fin de mes. «Es Cuba», decían con una sonrisa.

Todo esto rondaba mi cabeza mientras salía de mi hotel de la esquina de Prado y Neptuno. Hasta me pregunté si no habría sido mejor no haber cumplido nunca mi largo sueño de ir a ese país. Pero el hecho es que estaba allí, rodeada de bellos edificios neocoloniales, y era cuestión de minutos llegar al famoso Malecón y dejar que la noche me sorprendiera. La temperatura era perfecta. Se podía ir en manga corta pero ya sin soportar el intenso calor del día, y álamos y laureles esparcían por todo el paseo un olor dulce que se mezclaba con el del mar.

No había dado dos pasos cuando vi, junto a uno de los grandes leones de bronce que flanquean el Paseo, a dos hombres —uno de ellos policía— que charlaban animadamente. El más joven, que vestía de calle y era mulato o negro (no podría decirlo con exactitud debido a la escasa iluminación nocturna), giró la cabeza a mi paso y me abordó con una variante del clásico «yo a ti te conozco» y a mí me dio por reír, vista la *enorme* imaginación que desplegaba. De pronto recordé las únicas palabras útiles que me dijo una conocida antes de partir: «Tú a todo el que se

te acerque le dices que no tienes ni un duro». No tardaría un minuto en soltarlas; el mismo tiempo que tardó el mulato en despedirse del policía y ponerse a caminar junto a mí.

—Yo soy Yodiel. ¿Y tú?

En España jamás habría contestado a nadie que me abordara así. Lo habría ignorado o, en el mejor de los casos, le habría echado una mirada entre irónica y feroz, pero para mi sorpresa, respondí a aquel extraño, con un tono inequívocamente divertido:

—Me llamo Alicia.

—¿Estás casada? —continuó sin cortarse un pelo.

¿Conocen a la escritora Patricia Highsmith? Una vez dijo en uno de sus libros que había algo en ella que le hacía temer durante un segundo, cada vez que veía a un vigilante del metro, que se acercara a ella pensando que no había pagado, aunque lo hubiera hecho y llevara el billete en el bolsillo. Cuando lo leí me sentí plenamente identificada. De niña, sobre todo, hubiera sido capaz de decirle a cualquiera mi filiación entera solo con que me lo hubiera pedido. Supongo que algo de eso todavía me quedaba en algún recoveco extraño cuando respondí:

—No, divorciada.

—Pero si tú eres linda —dijo mientras me inspeccionaba de arriba abajo y no muy disimuladamente. Menos mal que me había puesto la blusa verde y los vaqueros que más me favorecían.

—¿Y eso qué tiene que ver? —exclamé sonriendo. Me hacía gracia aquel hombre. Me hacían gracia su soltura, su desparpajo. Y qué voz más linda —como dicen ellos— tenía. Qué bien sonaba el español con esa cadencia.

—¿Te hospedas por aquí? —siguió preguntando mientras caminábamos junto a un edificio que tenía tres arcos en los bajos y tres coquetos balcones sobre cada uno de ellos. Solo eran las diez de la noche, pero apenas había gente por el paseo.

—Sí, en el NH, ahí mismo. Y, por cierto, no llevo nada, no tengo dinero —añadí con una suave sonrisa, como para endulzar lo que acababa de decir. Mis palabras no parecieron ejercer en él el más mínimo impacto.

—¿Y adónde tú vas? —preguntó mirándome directamente a los ojos.

—Al Malecón —respondí mientras miraba al frente sin saber muy bien por qué le estaba siguiendo el rollo.

—¿A qué?

—¿Cómo que a qué? —reí aún más. Una sonrisa de oreja a oreja se me dibujó en el rostro sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Por fin estaba pasando algo—. Pues a dar una vuelta.

Lo miré un poco mejor. Eso de que por las noches no hubiera iluminación porque el país no se lo podía permitir era un engorro. Llevaba una camisa negra ajustada al cuerpo, bastante abierta, chanclas oscuras de goma y un pantalón cargo de color caqui hasta las rodillas. Por la cintura sobresalía un calzoncillo amarillo no demasiado nuevo. Parecía guapo, pero en la oscuridad lo que verdaderamente llamaba la atención eran sus rizos, recogidos en pequeñas trenzas que le caían graciosamente sobre el rostro, y sus ojos, tan brillantes que contrastaban fuertemente con su piel. Me volvió a mirar fijamente:

—¿Puedo acompañarte? De noche ese lugar es peligroso —soltó con algo parecido al aplomo.

—¿Peligroso? Si una de las cosas mejores de Cuba es lo segura que es...

—Eso es lo que dicen, mami, pero la noche es la noche en cualquier *lugar* del mundo.

Era alto y delgado. Y muy joven. Pero me sentía incapaz de calcular su edad, así que se la pregunté

—Veintinueve —dijo en el mismo tono desenfadado del principio. Parecía un hombre divertido,

o quizá es que le había pillado en buen momento.

Acabáramos —pensé—. Paseando por Prado con un hombre al que le saco más de quince años.
¿Estaba loca?

—¿Tú me dejas que yo te dé la mano? —continuó.

De pronto recordé lo triste que estaba esa noche, lo lejos que estaba de Madrid, lo oscuro que estaba todo, y me oí a mí misma decir:

—¿Y por qué no?

Capítulo 1

Carla y yo viajamos a Cuba con muchas expectativas. Ella no sabía nada de la Nueva Trova cubana, pero de niña se enamoró de Diego Luna en *Dirty Dancing 2* —la vio unas cinco veces— y, como tantos en España, pensaba que había que conocer Cuba antes de que Fidel muriera y todo cambiara, aunque solo fuera por poder decir algún día: «Yo estuve allí cuando la ciudad aún estaba llena de *almendrones*». Además, tenía un amigo que había pasado los tres meses de verano haciendo trabajos de intercambio y había vuelto muy contento.

—¿Y qué opina él de las manifestaciones de estos días ante la embajada de Cuba? —le pregunté antes de irnos.

—Que son los mismos que en Miami claman contra Fidel. Los opositores de siempre.

A mí me llamaba la atención que ahí había gente famosa que antes defendía a Cuba y ahora gritaba sin pudor: «Abajo Fidel, fuera dictaduras». Pero no podía opinar. No me gusta opinar de lo que desconozco.

—¿Seguro que quieres viajar conmigo diez días? —le dije con cierta aprensión.

—Para qué te voy a mentir, mamá. Preferiría ir con mis amigos, pero estoy segura de que eso no será posible antes de unos cuantos años.

Ole. Esto es lo que tiene haberme preocupado de que mi churumbel tenga personalidad e ideas propias, pensé.

—Hombre, para ser el primer lujo que nos podemos permitir desde que me divorcié de tu padre, me gustaría ver un poquito más de entusiasmo —protesté—. Además, también vamos a un *resort* como el de México, ¿te acuerdas? Playa, piscina, atención de lujo...

En la editorial, por supuesto, hube de aguantar la consabida bromita con retintín: ¡Alicia se va a Cuba! Que yo acallaba siempre con mi proverbial y solo aparente seriedad y un: «Voy con mi hija», que era como decirle al mundo que no, que yo no me iba a Cuba a ligar. Siempre me ha gustado ir contracorriente, hacer lo que no se espera de mí. Y mi viaje a la mayor de Las Antillas no iba a ser menos.

Los primeros cinco días los pasamos en La Habana. Hacía un calor de mil demonios, y eso que había escogido el mes de mayo a posta, para no sufrir los rigores del verano caribeño. Nos levantábamos pronto para aprovechar el día, y a eso de las nueve de la noche nos recogíamos. Al principio estuvo bien, pero al tercer día, cuando aún faltaban dos para volar hasta Cayo Guillermo, donde pasaríamos otros cinco días en la playa, ya habíamos visto todo lo que hay que ver; habíamos hecho también las preceptivas excursiones a Trinidad y Viñales, y Carla comenzó a mostrar síntomas de aburrimiento.

—Sal tú esta tarde, que yo prefiero quedarme aquí viendo la tele por cable. Antes han pasado un fragmento de *Malditos bastardos* y me gustaría verla otra vez.

Volví a tirar de plano. Había una iglesia, la del Espíritu Santo, que aún no había visitado y era la más antigua de la ciudad. Según eso estaba muy cerca del hotel. Todo estaba muy cerca del hotel. Había escogido uno en plena Habana Vieja para poder ir andando a los sitios que más me interesaban, y eso suponía pasar prácticamente siempre por Obispo, la calle más populosa de la zona. También implicaba enfrentarse a cada paso con un ejército variopinto de pedigüños varios,

y eso después de superar los fijos —casi siempre mujeres mayores— que se apostaban a las puertas del hotel desde primeras horas de la mañana. Pero a esas alturas ya había regalado todo lo que había traído ex profeso —medicinas, ropa, jabones— y comprado viejas monedas del Che de recuerdo a un CUC cada una. Junto a un puesto de comida rápida me crucé con un mulato muy joven y muy guapo. Tenía unas trencitas, hechas desde el mismo nacimiento del pelo, que le caían por la frente y le daban un aire exótico.

—Hola —me dijo como si me conociera.

—Hola —le respondí, intrigada.

—Tal vez tú y yo...

No entendí nada y así se lo hice saber.

Me miró con curiosidad. Entrecerró los ojos como si estuviera haciéndome un rápido diagnóstico. Después dijo:

—No, nada.

Me quedé sin saber muy bien qué había sido aquello, pero no le di más importancia. Estaba en mi Habana. Paseando por sus calles. Y, por primera vez en todos esos días, sola. ¿Qué más podía pedir? Si la necrópolis de Colón estuviera más cerca habría vuelto a ella, ya sin sentirme culpable por incluir a Carla en el paseo, pero en ese momento no me apetecía coger un taxi: donde fuera, quería ir andando.

En algún sitio había leído que en Cuba había racismo. Por más que lo pensara, no podía entenderlo, con casi la mitad de la población de color... Y qué bellos eran algunos (y algunas), por cierto, aunque qué pocos en número, en contra de lo que asegura el tópico. Por un cuerpazo impresionante de mujer que veía —soy hetero, pero como tantas hetero, no puedo evitar fijarme en cómo son «las otras»—, pasaban diez culos inmensos y apretados en las más coloridas mallas. Y en cuanto a ellos... Un mulato puede ser impresionante, eso hay que reconocerlo, pero los de cuarenta mostraban en su mayoría una tripa bien hermosa. Y luego estaba ese otro tipo de hombre: pequeño, delgado, mestizo... Lo había a decenas, y no tenía ni gota de atractivo. A punto de torcer por Oficios vi a una niña caminar junto a su madre. No tendría ni diez años, pero era increíblemente sexy. Los andares, la manera de mirar... Eso era impensable en España y en cualquier otro país que yo conociera.

Al salir de la iglesia, recordé lo mucho que me habían gustado los jardines de la Basílica Menor y el Convento de San Francisco de Asís. Estaban dedicados a la madre Teresa de Calcuta y eran decadentes y románticos. Ya la primera vez que los divisé, desde el bus turístico, me habían llamado la atención por su profusión de palmeras y variada vegetación. Callejeé por Mercaderes y Amargura y di una vuelta grande para llegar a la imponente plaza. Cuando vi la réplica de la escultura de Fray Junípero Serra con el niño de la mano, no me pude resistir y pagué de nuevo una entrada para ver todos los tesoros de su Museo de Arte Sacro, de entre los cuales me fascinaba la colección de pinturas y de imaginería, sobre todo la Santa Ifigenia (Efigenia, según la placa adjunta), una princesa etíope con una lujosa vestimenta en rojo. Subí a lo más alto del campanario de cuarenta y dos metros y disfruté de las vistas, especialmente del edificio de la Lonja del Comercio. Como la otra vez que la vi, solo unos días antes, la estatua de Mercurio en la cúpula me recordó la figura gemela que está en el Louvre; después un guía muy simpático se ofreció a sacarme fotos ahí y enfrente, en el mismo campanario, y una vez disfrutado de nuevo de aquella suerte de viaje en el tiempo, paseé por los jardines y me quedé un rato descansando en uno de sus bancos. Era difícil estar en aquel remanso de paz, en el que los sentidos se embriagaban con los aromas del verde y del cercano dique, y no sentir el corazón exaltado con todo tipo de imágenes románticas. Tras pasar no menos de media hora allí, descubrí en los alrededores otro jardín

dedicado a la princesa Diana y un hotel, el Raquel, que tenía una fabulosa vidriera en el techo que los camareros enseñaban sin ningún compromiso. Qué bella era La Habana y cuántos secretos escondía. El apelativo de perla del Caribe se quedaba corto.

Tenía que encontrar un banco. Me habían dicho que por ahí había uno. Estaba ya muy cerca del hotel, en unos soportales que lindaban con Agramonte. Atrás había dejado ya El Floridita, parada obligada de turistas, según todas las guías, y típico local donde a mí jamás me encontraría nadie.

—¿Qué busca? ¿Puedo ayudarla? —habló alguien a mi espalda. Rápidamente me giré. Era un treintañero amable y blanco, de aspecto anodino.

—Creí que aquí había unas oficinas del Banco Bilbao Vizcaya —respondí.

—No, esa sucursal la trasladaron hace tiempo. Si quiere la acompaño hasta la nueva —dijo con tono solícito.

—No, no hace falta —afirmé, sin disimular mi sorpresa por su propuesta.

—Si no es molestia. ¿Es usted española? ¿Va a estar aquí mucho tiempo? —el tipo parecía tomarse realmente en serio lo de ser amable.

—Un poco —le dije.

—Yo trabajo aquí, soy profesor en esa escuela de enfrente. Estoy en mi tiempo de descanso. Cuando quiera se la enseño.

Empezaba a pensar que el hombre cubano era, en verdad, un ser muy extraño.

—Así podríamos conocernos un poco más...

¿Conocernos? ¿Y por qué deberíamos conocernos un poco más? Mis alarmas comenzaron a dar señales de desperezarse.

—Mire, yo... es que tengo mucha prisa. Otro día —le dije sin disimular mi contrariedad.

Antes de subir al hotel pensé en comprar unos sándwiches para cenar. Así no tendríamos que salir de la habitación esa noche. La anterior habíamos ido a La zorra y el cuervo —Carla, que es una enamorada del jazz, tenía capricho por ir allí— y con eso parecíamos haber cubierto nuestro cupo de excursiones nocturnas. Sabía que ella preferiría seguir hoy en el hotel con el especial dedicado a Tarantino. Pero ¿y yo? Con lo que me gusta a mí bailar, y me iba a perder la noche habanera. Había preguntado a varios taxistas y todos me habían hablado de La Casa de la Música, un lugar que imaginaba plagado de mulatos guapísimos que al ver mis habilidades dancísticas dirían impresionados: ¡Carajo! Pero no había encontrado el momento ni la manera de salir yo sola. Otra vez sería. Tal vez a la vuelta del cayo, pues aún habríamos de pasar una noche en La Habana antes de coger el avión de regreso a España.

—Señorita —Esta vez era uno de los chicos que llevan coches de caballos y que ahora descansaba frente al Hotel, en pleno Parque Central, el que me abordaba.

—Verá, tengo mucha prisa —mentí. Empezaba a estar un poco harta. Y no, no quería alquilar un coche de caballos. Y tampoco necesitaba taxi.

—Espere, por favor. Déjeme cantarle una canción —dijo con su voz más encantadora.

Antes de que pudiera reaccionar ya había empezado:

—Vida yo te amo más cuando yo más te miroooo / solo mágicos momentos de ti yo reciboo...

—De repente se interrumpió—: Es usted la flor más linda que he visto en mucho tiempo —soltó.

Hube de reprimir la risa. ¿Realmente habría alguna incauta con la que eso le colara?

Cayo Guillermo es bien bonito. Si tienes una pareja con la que disfrutar de sus playas y atenciones de lujo, claro. Porque si vas sola o con una hija mayor, el aburrimiento también puede ser «muy bonito». Una playa preciosa y una piscina apetecible están bien, pero no son suficientes

para sentir que la vida es algo que puede hacerte estallar, un anhelo —tan tonto como persistente— que a veces se me instalaba en la cabeza para teñir de gris lo que otras me parecía una buena vida.

—Aquí todo son parejas —comentaba Carla la segunda tarde. No hay nadie como nosotras.

—Somos la madre y la hija —respondí—. Ya todos se refieren a nosotras así en el hotel.

—Y el equipo de animación no está mal, pero nunca se apunta suficiente gente y solemos ser tres gatos —continuó—. Y tú decías que querías bailar, pero aquí no hay discoteca ni nada que se le parezca.

—Ya —contesté un poco mohína. Estaba claro que esta vez tampoco tendría ocasión de bailar como a mí me gustaba. No sé por qué extraña asociación de ideas recordé una sensación, la de cuando una se arregla primorosamente para salir de noche y se pone una bonita ropa interior por si acaso conoce a «su hombre», para volver de madrugada derrotada y con la ropa intacta, pero seguí hablando.

—¿Sabes? —seguí—. He conocido a un tío que está en el *lobby* haciendo caricaturas a diez CUC. Voy a preguntarle a él como se puede salir de aquí, porque estamos muy lejos de todo.

El tipo de las caricaturas se llamaba Manuel y tenía treinta y ocho años. Era un cubano pecoso y rubio —cosas de un abuelo alemán— y sin ningún atractivo, aunque tampoco podría decirse que fuera feo. Había hablado un par de veces con él y en ambas ocasiones pareció mirarme como si yo fuera muy guapa y encantadora y apetecible, y eso es algo a lo que me cuesta mucho resistirme. No me gustó, sin embargo, que aunque le permití dibujarme la caricatura en un momento dado, y básicamente por educación, por no hacerle un feo, me la cobrara sin pudor alguno, pero a veces tengo la mala costumbre de hacer click en la cabeza y apartar los pensamientos que podrían entorpecer —al menos inconscientemente— mi primer acercamiento a alguien (otros lo llaman deseo de agrandar, sin duda aprendido y bien grabado en el subconsciente). Así que en vez de enfadarme o alejarme de él, puesto que había demostrado no ser lo delicado que a mí me gustaría, hice como si tal cosa y seguí dándole cancha.

—Yo es que quiero conocer la Cuba auténtica, la de verdad. Esto es como una burbuja; los únicos cubanos que veo son los trabajadores del hotel, y casi tienen prohibido tratar con nosotros —me lamentaba ante Manuel—. Y las excursiones que se organizan en el hotel son solo para turistas, claro. Así que prefiero coger transporte regular, un autobús que atraviese el pedraplén y me deje en cualquier pueblo de tierra firme.

—No lo hay —respondió—. No hay transporte regular por aquí.

—Y entonces, ¿cómo venís vosotros? —pregunté incrédula. Estaba en el *hall* del hotel, de camino a la piscina, lugar donde se instalaba Manuel cinco días a la semana. Solo eran las nueve de la mañana, pero en el trópico la actividad comenzaba muy pronto.

—Nos recogen unos autobuses que nos traen directamente. Hay tres al día para ir y tres al día para volver, dependiendo de los turnos de la gente.

Mientras hablaba, un extraño pájaro verdinegro, pequeño y de largo pico, se posó sobre uno de sus dibujos. Él no hizo nada por apartarlo. De hecho, había más pájaros por el *hall*, estábamos en medio de una naturaleza exuberante.

—¿Y eso cuánto es en tiempo? —pregunté. Ahora el pájaro, que medía unos cinco centímetros y era bellissimo, estaba inspeccionando los lápices y útiles de Manuel.

—Desde Ciego de Ávila hasta aquí pueden ser dos horas y media. Desde Morón ya menos, una hora o así.

—¿Y todos los días se hace ese recorrido de ida, se trabaja y se vuelve? ¡Pero si no da tiempo a nada! —respondí.

Manuel se encogió de hombros.

—Lo que puedo hacer, si quieres, es hablar con el conductor para que te lleve. Yo mismo te acompañaré en el viaje, no te preocupes.

—A Carla también —añadí.

—Para que os lleve —corrigió— en el de primera hora de la mañana, uno que sale a las siete.

El pájaro, repentinamente, echó a volar.

—Pero ¿es eso posible, de verdad?

—Sí, deja que hable con él. Por unos CUC nos hará el favor.

—Y tú, ¿cómo estarás tan pronto aquí?

—Esta noche me quedaré a dormir en el hotel. A veces, cuando estoy muy cansado, lo hago. Hay habilitada una zona para trabajadores.

Se lo agradecí de verdad. No solo iría a Ciego de Ávila, en el corazón del país, sino que viajaría con ellos. Inmersión total. Carla, sin embargo, no lo tenía tan claro.

—¿Y qué hay en esos pueblos?

—Él vive en Ciego. Se ha ofrecido a enseñarnos lo mejor de la ciudad y una exposición temporal que han organizado en el Museo de Artes Decorativas. Dice que te encantará. Le he contado que has terminado bachillerato de Artes.

—Mamá, ese hombre está intentando ligar contigo, ¿no te das cuenta?

—Bueno, quizá un poco, no sé —dije sin saber muy bien dónde meterme. Todavía me resultaba violento hablar con Carla de esas cosas—. Tampoco creo que sea muy importante eso. Venga, ánimo. —Y finalicé la incómoda conversación.

Nos colocaron en los dos asientos delanteros. No me pareció la mejor manera de pasar inadvertidas, y así nos lo hacían saber todos cuantos subían, por unos leves segundos, eso sí. Mostraban silenciosamente su sorpresa al ver a dos mujeres que no podían disimular que eran extranjeras y después seguían autobús adentro como si tal cosa. De pronto paramos en seco.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada, el control —dijo Manuel desde el asiento de atrás.

—Control, ¿qué control? —Mis nervios se pusieron en guardia. Para cuando lo dije ya había un policía, grande y uniformado de azul, dispuesto a inspeccionar el autobús.

—Mierda —pensé. Y lo peor es que al conductor le va a caer una buena.

Pero para mi sorpresa el agente nos miró unos segundos sin abrir la boca —exactamente como habían hecho todos los que antes subieron al autobús— y siguió andando como si no hubiera visto nada. Va a ser verdad que el turista aquí es el rey, pensé para mis adentros. Miré a mi pobre Carlita. Estaba pálida como una estatua.

A cada rato se subía alguien, no necesariamente trabajador del hotel. Había muchas colas de personas deseosas de subir a un autobús, cualquier autobús, y que parecían llevar mucho tiempo esperando bajo el sol.

—Aquí solo puedo llevar hoy a tres personas —dijo el conductor.

—Cinco, somos cinco acá —respondió alguien desde la calle.

—Solo tres —repitió el chófer impasible.

—¿Y cuánto tú cobras?

—Un peso.

Caray con el conductor. Se sacaba su sobresuelo y de paso cubría las carencias del sistema oficial de transporte. Por cierto que el autobús, probablemente donado, como algunos que había visto en La Habana con el inconfundible logo de Bilbobus, dejaba mucho que desear. Viejo y roto

(muy viejo y muy roto), parecía no haber probado nunca el agua, sensación que confirmé cuando vi cómo una larga hilera de bichos que no pude identificar se adueñaba del suelo.

Que Carla no lo vea —musité para mis adentros—. Que Carla no lo vea —repetí como un mantra.

Demasiado tarde.

—¡Agg!, está lleno de bichos asquerosos —gritó—. Son como cucarachas pequeñas.

—Ya, me acabo de dar cuenta —fingí—. Intenta no pensar en ello. Ya no podemos volvernos atrás.

Mi hija me dirigió una mirada reprobatoria pero yo hice como que no me había dado cuenta y señalé la colonia de garzas rosas que se veía a nuestra izquierda.

Manuel me había contado que estaba divorciado dos veces y tenía tres hijos: uno de veinte años —lo había tenido a los dieciocho— y dos de siete y nueve. En algún momento me habló de que quería presentármelos (y a sus padres, y a su hermana), pero la idea me pareció tan descabellada que ni siquiera la contemplé en serio. Sin embargo, y para nuestra sorpresa, sus padres nos estaban esperando en la parada del autobús.

—Manuel me ha hablado mucho de usted, y de su niña, qué linda es —me dijo su madre.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir, no entendía muy bien. ¿Que Manuel les había hablado de nosotras? La cara de Carla era todo un poema.

—Manuel —le cogí del brazo y lo aparté de su padre un momento—. Te dije que te lo agradecía mucho, pero que no hacía falta conocer a tu familia. En España no solemos hacer eso.

—No importa, mi amor —me respondió, e inmediatamente exclamé, un tanto irritada:

—¡No me llares mi amor!

—Es que aquí eso se lo decimos a cualquiera.

—Precisamente por eso. Allí no se lo decimos a cualquiera —dije con un punto de ironía, aunque no estaba muy segura de que la pillara.

—Está bien, está bien —continuó—. Dice mi madre que el pequeño tiene fiebre; tengo que comprarle una medicina y llevársela ahora. Es aquí al lado. —Y se giró dando por hecho que lo seguiríamos.

—¿De verdad vamos a ir con él hasta su casa? —me dijo Carla en un aparte—. Dile que no.

—Nos ha traído hasta aquí y lo necesitamos para volver —zanjé—. Ni siquiera nos ha quedado claro dónde se coge el autobús de regreso, y eso que se lo he preguntado dos veces. Esto no es como estar en una ciudad perdida de Francia o Inglaterra, donde siempre podríamos buscarnos la vida, así que haz el favor de disimular un poco —respondí, un poco avergonzada ante lo que ya intuía que no iba a ser como había imaginado.

En el camino, Manuel se ofreció a cambiarnos CUC por pesos cubanos, pues allí estos sí servían para algo —al contrario que en La Habana— y daban mucho más de sí.

—Tengo que hacerlo yo. A ti, como turista, no te los darían.

—Si no hay más remedio —contesté mientras se alejaba y un enjambre de hombres lo rodeaban al grito de ¡rubio! Querían que les cambiara directamente a ellos y le hablaban en lo que parecía un extraño dialecto. Nadie al verlo diría que es cubano —pensé—. Se nota que lo conocen.

Fuimos a la casa de su ex, que salió a recibirnos —sí, a recibirnos— con sus dos niños (el enfermo también), además de la hermana y un montón de tíos y primos. ¿Qué estaba pasando? Todos querían conocer «a las españolas» y nosotras solo queríamos largarnos de ahí cuantos antes. Afortunadamente, Manuel se dio cuenta, se despidió raudo de su gente y a partir de ahí inició una retahíla de agasajos que incluían paseo por el parque —a media mañana y bajo un sol inclemente—, presentarme a sus amigos y comida en el mejor restaurante de Ciego de Ávila, que costó poco

porque era en pesos cubanos y que pagué yo —de alguna manera tenía que devolverle el favor—. Durante la comida no dejaba de pensar en la música que el local tenía puesto a todo volumen, que era la misma que había amenizado nuestro viaje en autobús: Alejandro Sanz, David Bisbal, Marc Anthony... Así que esos eran los artistas que en realidad se escuchaban en la tierra del son y del mambo, pensé recordando mi amor por Pablo o Silvio, el éxito de Jarabe de Palo con *La Flaca* y el gran trabajo de Santiago Auserón sobre el son cubano. Incluso a los Orishas, que tampoco se oían por ningún lado.

Al fin dimos un paseo solas. Vimos varios carteles que decían «Libertad para los cinco, ¡ya!», la isla estaba plagada de ellos. Al parecer, hacían referencia a cinco agentes cubanos que estaban presos en Estados Unidos desde hacía más de diez años. Desde que salimos del aeropuerto no habíamos dejado de encontrarnos con ellos. Había un cartel que quizá era el que más se repetía, con una estrella de cinco puntas con el rostro de cada uno. Estos se alternaban con otros de propaganda de la Revolución, y que nos llamaban más la atención porque eran los únicos anuncios que se veían en las carreteras (Patria o Muerte, ¡Viva Fidel!, ¡Viva Cuba libre!). Ni rastro de la publicidad con que nos atosigan en cualquier ciudad de Occidente. Cuba debía de ser también uno de los pocos países del mundo en que no había McDonald's.

Nos sentamos en la plaza, donde, al contrario que en La Habana, nadie se dirigió a nosotras, salvo un niño de unos ocho años que nos pidió bolis, caramelos y una de las gorras que llevábamos, y al que una señora que pasaba por allí reprendió con un “Niño, no se pide». También, como en La Habana, vimos a unos cuantos pioneros, adolescentes de ambos sexos con uniforme que parecían ser mirados con respeto. Hacía tanto calor que decidimos entrar en la Iglesia, donde el ambiente era mucho más fresquito. La misa empezaba en ese momento y me pareció oportuno quedarnos a ver cómo era esa ceremonia allá, qué cambios y giros se hacían con respecto a una misa española para luego contárselos a mi madre, verdadera devota y practicante —no como yo—, y comprarle, además, una pequeña Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, a quien estaba dedicado ese templo y a quien rogué, en el silencio de la Iglesia, que me ayudara a encontrar a la persona que yo en aquel momento necesitaba.

Hasta las ocho, cuando habíamos quedado con Manuel en el punto en que el autobús nos recogería —y que, como yo temía, no tenía señal alguna ni nada que lo identificara— el tiempo se hizo interminable en aquel lugar en el que no había nada más que hacer (el museo estaba cerrado: no pudimos ver la exposición), pero antes de que por fin se acabara, a Manuel, que esa noche libraba y por tanto se quedaba a dormir en su casa, le dio tiempo a pedirme que le enviara un ordenador portátil desde España —me lo pagaría, por supuesto— y a decirme, unos segundos antes de subir al autobús que para siempre nos separaría:

—¿Quieres ser mi novia?

Ni me molesté en contestar. Simplemente me quedé observándolo en la lejanía como un entomólogo miraría un raro ejemplar de lepidóptero.

Capítulo 2

Era el hombre más bello que había visto nunca. El cuerpo más compacto que había tenido a menos de un centímetro de distancia —prietos, les decían, ahora entendía por qué—, pero también el más pobre. Cuando durante el paseo por Prado me dijo que aún no había comido, no supe cómo reaccionar. Apenas llevaba dinero, lo que le había dicho antes era cierto, pero sentí una enorme culpabilidad y un deseo irrefrenable de acabar con ella. También me asaltaron dudas. ¿Y si era un jinetero? ¿Cómo podía distinguirse a un jinetero de un chico pobre cualquiera en Cuba? Le pregunté si trabajaba.

—Soy plomero —respondió.

Qué manera más curiosa de llamar a un fontanero. El español está lleno de sorpresas —pensé—, y en su vertiente cubana tenía algo que me encandilaba, empezando por su sonoridad.

—¿Tú me dejas que yo te dé un beso, mami? —soltó de repente Yodiel.

—Yo, esto... hummm.

Me besó larga, profundamente. Caramba con los cubanos, iba a ser verdad esa fama que tenían de dioses del sexo y de la lujuria. Todavía estaba asimilando la nueva humedad de mis labios cuando dijo algo que me dejó muerta:

—¿Quieres que yo te lleve al paraíso?

Lo estaba haciendo. Iba a acostarme con un completo desconocido en un país que estaba a unos ocho mil kilómetros de distancia del mío. La vida son dos días, pensé, y el invierno había sido muy duro. Pero la opción de llevarlo al hotel estaba descartada —allí se había quedado Carla viendo la película— y él no tenía casa a la que llevarme. Miré en mi bolsillo:

—Solo tengo diez CUCS.

—Vamos, conozco un sitio donde podremos ir por ese dinero —dijo cogiéndome de la mano. Y comenzó a cantar y a reír, y a mirar a todas partes, orgulloso.

La calle paralela a Prado era una suerte de oscuro inframundo que no se parecía a nada que yo hubiera visto antes. ¿Qué pinto yo aquí? ¿Y si le digo que lo he pensado mejor y vuelvo sobre mis pasos?, pensaba mientras esperaba ante una puerta con claro riesgo de derrumbe y contemplaba, atónita, cómo la miseria y la oscuridad reinaban por todos lados. Pero Yodiel ya había hablado con alguien que le dijo que podíamos pasar, y vino a buscarme, cariñoso y dulce y exultante. Volví a detenerme en sus maravillosos ojos y avancé. Solo entonces descubrí a un anciano ciego que, sentado ante el quicio de la puerta, había estado ahí todo el tiempo y oído nuestra conversación sin decir nada.

—Yodiel —dije antes de entrar—. ¿Me acompañarás después hasta la puerta del hotel?

Me volvió a mirar a los ojos, deteniéndose unos segundos, y dijo:

—Te lo prometo.

Durante el viaje de vuelta a Madrid tuve la certeza de ser otra, de que cualquiera que me viera en el avión junto a Carla y además me hubiera visto diez días antes pensaría que estaba ante otra mujer, tan diferente y tan viva me sentía. La noche anterior regresé al hotel a las tres de la mañana,

no sin antes despedirme de Yodiel, que cumplió su promesa de acompañarme hasta las puertas del hotel y dejarme allí sana y salva. Me sentía de nuevo adolescente, como una niña que guardara un maravilloso secreto dentro de sí, aunque en vez de padres quien me esperara en la habitación fuera una hija que, lejos de dormir plácidamente, me recibiría con un «Dijiste que ibas a volver en un rato». Era el mundo al revés. En el cayo ya había tenido que aguantar su impertinencia cuando decidí bañarme de noche y a la luz de la luna —¿Cómo perder aquella oportunidad? Jamás había visto unas aguas fosforescentes como aquellas.

—Mamá —me dijo entonces con cara de circunstancias—. No dirás en serio lo de bañarte, ¿verdad?

—Déjame en paz —le contesté. La vida a veces es un asco. Te pasas una buena parte de ella constreñida por tus padres, y después por todo tipo de obligaciones, y a veces hay que imponerse y hacer las cosas porque sí, porque te da la gana. Y en ese momento decidí que la próxima vez me pensaría mucho lo de viajar con Carla.

Antes de coger el avión, que salía a las diez de la noche, tuve todo un día para conocer mejor a Yodiel. A ratitos, eso sí, porque, una vez hecho el *chek-out* del hotel, me tocó alternarlo con Carla sin que esta lo supiera al principio.

—¿Y dónde te vas ahora? —preguntó extrañada.

—Es que he quedado un momento con unos chicos que conocí anoche, para darles unas cosas —era medio cierto, le había prometido a Yodiel los jabones del hotel, las pocas medicinas que aún me quedaban y una de mis toallas de playa, una verde que me regaló mi madre hace tiempo.

—¿Y dónde los conociste?

—En el Malecón —mentí.

La cita era a las once de la mañana en el Paseo del Prado, justo en el mismo lugar en que nos habíamos conocido. Llegué allí a menos diez, con una dulce sensación de irrealidad, que se fue transformando en otra cosa cuando, ya a las once y cinco, allí no había aparecido nadie —¿y si no venía?, ¿y si se lo había pensado mejor?, ¿y si...? — No sabía por qué yo era así, pero siempre me ocurría lo mismo cuando deseaba alguna cosa, no necesariamente amorosa. En mi cabeza bullía sin cesar otra pregunta que ya me había asaltado la noche anterior: ¿cómo saber si solo era un chico pobre o en realidad era otra cosa? ¿En qué podrían diferenciarse uno u otro en ese país? Miraba a todos los hombres buscando en ellos algo que pudiera parecerse a una respuesta. Por allí pasaba media Habana. Niños, ancianos... Era una de las arterias principales de la ciudad, igual que el Malecón. Le eché morro y me puse a hablar con una señora que descansaba en uno de los asientos de piedra del paseo. Después de las preguntas de rigor, fui derivando la conversación hacia donde me interesaba. Le conté que le acababa de conocer —qué importaba lo que ella pensara, seguramente no volvería a verla en mi vida— y que me diera su opinión cuando lo viera por allí. Si es que venía, claro.

Como tantas veces, la realidad vino a demostrarme que mis temores eran infundados. Yodiel llegó, sonriente y feliz. Un amigo lo acompañaba.

—¡Estás aquí! —dijo con algo más que entusiasmo—. Llegué tarde porque fui a escribirte un correo, para que lo tuvieras al llegar a casa —dijo después de besarme—. Este es René.

René tenía la misma pinta de chico de la calle que él, aunque me gustó mucho menos. Y no precisamente por su físico —que también, no tenía nada que ver con Yodiel— sino por el gesto burlón que parecía formar parte de él. No me gustó del todo cómo me miraba con su único ojo sano —el otro lo tenía tapado con un parche—. No me pareció la manera en que se mira a la mujer de la que te acaba de hablar uno de tus mejores amigos.

—Venimos de la Unidad —contó Yodiel—. Anoche detuvieron a un amigo y estuve allí desde

que te dejé.

Lo miré con detenimiento. Tenía la cara más alargada de lo que me había parecido por la noche, y una especie de *piercing* que lucía en su nariz era en realidad de él, como el lunar que tengo yo en mi mejilla. Llevaba el pelo recogido en una goma de color blanco y se había vestido con una camisa caqui, a juego con unos gastados pantalones cargo del mismo color, estos con motas negras. Por las caderas asomaba, sin embargo, el mismo calzoncillo amarillo que llevaba la noche anterior.

—Te traje lo que te dije, pero luego lo vemos —le informé.

—Como tú quieras.

Qué dulce era esa voz. Pensé que no me cansaría nunca de escucharla.

Caminamos en dirección opuesta al Malecón, hacia la zona destartada de la noche anterior (perpendicular a Prado pero no en dirección hacia La Habana Vieja, sino a la zona que estaba cerca de La Casa de la Música), no sin antes guiñar un ojo a Idania, la señora con la que había hablado unos minutos antes y a la que quedé en llamar por teléfono cuando estuviera en España. Casi había sido mejor verlo por la noche: a la luz del día, los desconchones y la miseria eran insoslayables. De pronto entramos los tres en un edificio que parecía a punto de caerse y en el que, milagrosamente, habitaban decenas de personas. La subida al segundo piso fue lo más parecido a un deporte de riesgo que yo haya hecho nunca.

—¿Adónde vamos? —pregunté, aunque ya era demasiado tarde.

—A comer —respondió Yodiel.

De inmediato pensé que, fuese como fuese el lugar donde íbamos a comer, veía muy difícil que yo probara allí bocado alguno. Menos mal que Yodiel me leyó el pensamiento y me recordó que solo iban a comer ellos. Pasamos junto a una puerta destartada que emitía un olor nauseabundo y, de repente, René la abrió y dijo con sorna:

—¿Quieres conocer la auténtica Cuba? Mira, así es un baño aquí.

Yodiel lo reprendió con la mirada pero no dijo nada, igual que yo. Seguimos andando hasta un coqueto recibidor, que parecía más bonito incluso por el fuerte contraste con las otras viviendas. Tras él, un mulato cuarentón faenaba en la cocina y servía a tres comensales que, muy cerca, ocupaban una mesa camilla.

—¡Yumas no! —dijo el cocinero bien alto dirigiéndose a nosotros—. No quiero problemas.

Tuvieron una pequeña discusión que —era evidente— estaba relacionada conmigo. No entendí nada —el cubano cerrado es más ininteligible de lo que podría parecer—, pero quedó claro que yo no comería allí, que esperaríamos sentados mientras ellos lo hacían.

Una vez hubieron acabado, un chico muy joven que les había servido pidió dos CUC —el lugar era realmente barato— y algo en la mirada que me lanzó Yodiel me hizo comprender que me tocaba pagar a mí, a lo cual accedí como si fuera lo más natural del mundo y casi avergonzada por ser una extranjera —una yuma— que allí pagaba un mínimo de diez CUC, algo menos de diez euros, por comer.

A la salida René hizo amago de despedirse. Yo recordé a Carla, sola en el *hall* del hotel, y le pedí que viniera un momento con nosotros.

Ya en la puerta, pensé que ambos me esperarían fuera, por la más elemental prudencia, pero cruzaron las puertas giratorias conmigo sin darme tiempo a reaccionar. No pude evitar ver cómo los seguía con la mirada el personal de seguridad del hotel, pero también vi que las instrucciones estaban claras: «No molestar a quien acompañe a un cliente». Divisé a Carla, que me miraba con ojos censores y no tardó en decirme en voz baja: «No tienen más de veinticinco años».

—Qué va —contesté—. Yodiel tiene veintinueve.

—Pues entonces no tienen más de veintinueve —concluyó.

Estuvimos charlando todos un rato, hablando de los estudios de Carla, de su interés por el tatuaje, pero pasada media hora, sentí la necesidad de salir de nuevo. Quería estar con Yodiel, hablar más con él, y estaba claro que Carla, aun sintiéndolo mucho, en esos momentos era un estorbo. No sé qué pretexto inventé —tenía que acompañarle a no sé dónde un momento— e hice todo lo posible por evitar su mirada.

—En cuanto pueda vuelvo —le dije, y la dejé de nuevo en el *hall* del hotel con su libro de Eduardo Galeano.

Cuba era un país muy extraño en el que una turista no podía ir andando con un nativo a su antojo. O eso es al menos lo que te hacían saber ellos en cuanto dabas más de dos pasos a su lado y a plena luz del día.

—Si nos para la policía, tú dices que estamos casados —me susurró Yodiel disimuladamente, ahora que íbamos solos—. Abrázame como si lleváramos mucho tiempo juntos.

Miré alrededor. Había policías por todas las esquinas. Y todos eran de color.

—¿Ves la cámara que hay junto a los cocotaxis? ¿Y aquella otra? —me dijo Yodiel—. En este momento ya hay alguien que sabe que tú y yo anoche estuvimos juntos y que conoce nuestros movimientos.

No había terminado de asimilar lo que me acababa de decir cuando, al cruzar lo que en otra ciudad sería un semáforo y aquí era una especie de «sálvese quien pueda», un guardia le preguntó: «¿Es tu esposa?»

Yodiel respondió afirmativamente. Y seguimos caminando como si nada.

—¿Qué pasa si no se lo creen? —inquirí después.

—Que te mandan a la Unidad, te hacen una advertencia y te regresan a la ciudad en la que vives según tu Documento de Identidad. A René, por ejemplo, ya le hicieron volver tres veces a Guantánamo. Una más y lo encarcelan por cuatro años.

—¿Que lo encarcelan? —por surrealista que pareciera lo que estaba diciendo, yo sabía que era verdad, aunque también raro. ¿Qué clase de país era ese en el que sus ciudadanos no podían moverse con libertad, en el que no podían vivir donde les diera la gana ni pasear con quien quisieran?

—Pero si yo voy contigo porque quiero, nadie me ha obligado —atiné a decir.

—Eso da igual. No quieren que tratemos con el turista, para que fuera no se sepa cuál es la realidad que se vive aquí —me dijo bajito y mirando siempre antes alrededor, como si temiera que alguien escuchara sus palabras.

Me vino a la memoria la película rumana *Cuatro meses, tres semanas, dos días*, en la que tan bien se reflejaba ese vago temor al otro: a tu vecino, al recepcionista de un hotel, a cualquiera que, cuando menos lo esperabas, podía dar parte de ti a la ultrapoderosa policía de la época de Ceucescu. ¿Sería que Yodiel era un contrarrevolucionario de esos que, según Fidel, solo vivían para cargarse su maravilloso y justo sistema? Yo misma sabía la respuesta: eso era imposible. Yodiel, saltaba a la vista, no sabía mucho de política, al menos en teoría. Y eso me llevaba a... ¿No se ha dicho siempre que en Cuba todo el mundo tiene una educación, y acceso seguro a los alimentos básicos?

—Yo estudié muy poquito, mami. A los quince años me vine de Guantánamo porque allí no había nada.

—¿Por qué no aprovechaste para formarte, si este es uno de los pocos países en los que puede estudiar todo el mundo? —le pregunté.

Sentí mucha vergüenza cuando me dijo, por toda respuesta y sin la menor muestra de haberse

ofendido:

—La escuela no interesa mucho cuando tienes el estómago vacío. No hay quien se concentre.

—¿Y la libreta de abastecimiento? —seguí, cada vez más sorprendida. Desde luego, no me imaginaba la respuesta.

—Eso solo da pa' unos días.

Era una situación nueva para mí, y no solo por lo que respecta a mi relación con Yodiel. Nunca me había avergonzado de tener un techo, una comida, un dinero para pagarme eventualmente unas vacaciones. En España también hay pobreza, y paro, y hambre, pero aquello era otra cosa. Aquello parecía ser el orden natural de la vida, y la poca gente con la que me había cruzado en los días previos en hoteles y restaurantes, una privilegiada. Pero ¿lo era realmente o solo era lo que Yodiel quería que pensara?

El Malecón es inmenso. Con una luz imposible de describir y un sol a menudo cegador. A lo largo de sus ocho kilómetros apenas tiene zonas verdes, salvo a la altura del final del paseo del Prado, y una vez dejado atrás el monumento al poeta Juan Clemente Zenea. Allí, entre unos bancos de piedra y cuatro palmeras, Yodiel extendió la toalla de playa que le acababa de regalar y yo saqué unos minibocadillos que me había preparado por la mañana en el hotel y le ofrecí compartirlos conmigo. La botella de agua de litro y medio ya andaba por la mitad. Un rato antes nos habíamos encontrado con alguien que parecía ser buen amigo suyo, Abel, a quien saludó con un peculiar choque de manos y un beso, y que según me contó había “tenido la suerte» de casarse con una chica española que lo iba a sacar de allí.

—Eso sí que es un amigo de verdad. Manu consintió en que su novia, Zandra, se casara con Abel para poderlo ayudar. Le hizo un gran favor.

Me quedé atónita. ¿Realmente había gente así? ¿Una pareja que vive junta y se sacrifica de esa manera por ayudar a alguien? Yodiel percibió mi incredulidad y se prestó rauda a calmarla.

—Yo te voy a dar el teléfono de Zandra en España, en Vitoria, para que tú veas que es verdad lo que te estoy diciendo.

Sacó una vieja cartera del bolsillo de su pantalón. Allí, cuidadosamente doblado entre pliegue y pliegue, guardaba un trozo de papel cuadriculado. En él estaban anotados mi correo electrónico — se lo había dado la noche anterior— y un número de teléfono que ponía Sandra.

—¡Ah! Es Sandra, no te había entendido eso. Oye —no pude evitar decir— ¿Y no te parece que la primera a la que hay que dar las gracias es a Sandra, que al fin es la que se ha casado con Abel?

Se encogió de hombros. No parecía muy familiarizado con ese tipo de comentarios.

—Qué pena que te vayas ya —dijo por toda respuesta—. ¿Por qué no cambias el billete de vuelta y te quedas unos días? Mucha gente lo hace y apenas tendrás que pagar unos euros más.

No pude evitar reírme. Parecía hablar en serio.

—¿Tú sabes lo que pasaría si el lunes yo no acudiera a mi trabajo?

—Pues ven a verme en julio, dentro de dos meses —hablaba como si España estuviera a la vuelta de la esquina—. Allí tenéis treinta días de vacaciones. Yo sé.

A eso ya no respondí. Me limité a mirar al horizonte —increíblemente azul— y su rostro que, para mi sorpresa, también parecía acusar el sol.

—A los negros también nos molesta el sol, mami —dijo con su inseparable sonrisa.

Los negros. Pocas veces dos palabras fueron más evocadoras. Recordé a Lorca, que antes de su viaje a Nueva York cayó fascinado ante el encanto de la isla, y el bellissimo poema del mismo título que después cantaría Lluís Llach, quizá el más músico de los cantautores de su generación:

“Es por el azul sin historia

*Azul de una noche sin temor de día
Azul donde el desnudo del viento va quebrando
Los camellos sonámbulos de las nubes vacías...*”

Nunca me había planteado la posibilidad de salir con un hombre negro. No me gustan, decía siempre cuando alguien me preguntaba al respecto. Pero Yodiel era tan bello, y su mano y la mía enlazadas, tan hermosas...

Cuando regresábamos al hotel nos cruzamos con más amigos suyos y con una mujer mayor que parecía conocerlo bien.

—Siempre supe que tú te enoviarías con alguien —dijo misteriosa mientras yo, con una media sonrisa, apenas hablaba pero mentalmente tomaba nota. Todo el mundo parecía alegrarse de verlo contento y conmigo al lado. ¿Sería que por fin lo veían feliz? ¿Cuánto tiempo había estado Yodiel solo, sin nadie que lo acariciara y lo tratara bien?

Capítulo 3

De vuelta en España, lo primero que hice fue encender el ordenador. Allí estaba su correo, enviado con el remite de Yodiel86. Tenía una escritura espantosa, llena de faltas de ortografía, pero por alguna misteriosa razón yo, que rechacé a muchos que me escribieron por Internet porque no estaban a la altura —cuánto pueden reflejar de uno mismo unas líneas— catalogué a Yodiel como caso perdido en ese sentido —pobrecito, que no ha tenido oportunidades; pobrecito, que es pobre y negro y nadie lo ha querido nunca— y me centré solo en sus líneas, que parecían bien sinceras:

hallo amor te mando este coreo para haver si es buena la direcion
porque habese en los coreo de cuba son un poco loco. estoy encantado
contigo mi amor que bien me siento cuando te beso.

Yo le respondí que durante el viaje no había dejado de pensar en él, lo cual era cierto, y entonces me escribió este correo, que he corregido un poco:

Hola, mami,
Espero que hayas llegado bien. Al igual yo mami he sentido un vacío tan grande al ver cómo nos despedíamos. Mi tesoro, recuerda que siempre te tendré en mi corazón. Dios nos puso delante en esta vida para los dos ser felices, mi niña, estas pocas horas que hemos pasado juntos para mí fueron las horas más felices de mi vida, mi amor. Hacía tanto tiempo que no me besaban con esa fuerza de amor tan grande como tú lo hisiste, me ha tocado muy fuerte en el corazón, mi amor, recuerda siempre que estaré aquí cada día amándote más, aunque no pueda tocarte yo te quiero y en mí tendrás todo el amor y el cariño que pudiste un día haber soñado. Recuerda que esto no es todo, que todavía falta y muchas cosas lindas que tengo que decirte y vivir. Va a ser muy bonito y ese día no estará muy lejos.
Muchos besos y abrazos
Te quiero, mi españolita.

Al final del correo había algo en lo que no me había fijado en el otro:

CiberCorreosR.
Acercando las Nuevas Tecnologías a la Población.
<http://www.ciudadano.cu/>

Leer sus *emails* no fue lo único que hice al llegar. Pronto llamé a Idania, la señora con la que hablé en el Paseo del Prado, que, para desilusión mía, no respondió a lo que realmente me torturaba y empezó a decirme que lo que no le había gustado de Yodiel era que fuera acompañado por un amigo a una cita. «Eso no se hace cuando algo es serio» —me dijo—. También entré en Internet a mirar información que hubiera sobre Cuba, algo que no tuve tiempo de hacer antes de partir. Quería verlo todo. Saberlo todo. Pero no me esperaba encontrar decenas de foros echando pestes de los cubanos, todas de amantes —hombres y mujeres— que decían haber cometido la mayor equivocación de su vida el día que se enamoraron de alguien de la isla. Parecían tener un denominador común: habían ido a Cuba en unas vacaciones y habían caído prendados en los brazos de alguien bellissimo y cariñoso, alguien que les había hecho tocar el cielo con las manos y

por el que no les había importado poner su vida entera patas arriba. La mayoría hablaba de matrimonios que se habían revelado fallidos al inicio de la convivencia de la pareja en Europa, y tras un corto período de amor loco que incluía dos o tres viajes más a Cuba, los necesarios para hacer todas las gestiones previas a la boda. Todo el mundo hablaba de excelentes y cariñosos amantes, pero también de gente infiel e interesada, que jugaba con los sentimientos de la gente. Aquellos mensajes incendiarios hablaban de los cubanos de una manera feroz. Al parecer, había montones de damnificados, pero entre todos ellos a veces se colaba el testimonio de algún español que decía ser muy feliz con una cubana que se había traído aquí años atrás y que ahora era la madre de sus hijos. Busqué y busqué los de este tipo, pero la proporción podía ser, sin exagerar, de uno a veinte, y no encontré el caso de ninguna mujer que se confesara feliz con la elección hecha. Y eso me llevó a... ¿Por qué Yodiel ponía en su correo Yodiel86? ¿No querría eso decir que tenía... ¡Cielos! ¿Y si le sacaba más de veinte años?

De aliciapuntocom@hotmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Yodiel, tú sí que me has llegado hondo a mí. Hay algo en ti y en tu mirada que... Pero como te dije al final de la tarde, sobre todo quiero que seamos amigos y que sepas que quiero ayudarte, pero no dándote cosas (eso solo son parches para el momento), sino logrando que des un giro radical a tu vida. Y ahí está la cuestión: ¿Cuál es la mejor manera de ayudarte? Me pregunto si yo desde aquí podría hacer algo para que obtuvieras un buen trabajo, por ejemplo. Sé de gente que se instaló allá, y a lo mejor ellos podrían.

He mirado mucho en Internet sobre Cuba en general, he leído muchos foros donde la gente de manera anónima dice lo que piensa, he leído sobre lo que para vosotros significa conocer a una extranjera... y antes de seguir hablando de esto, debo decirte que aquí la vida también es dura, aunque de otra manera. Trabajamos mucho y de una manera muy seria.

Me tienes que decir hasta qué punto tengo libertad para escribirte. De pronto me ha dado por pensar que a lo mejor hay control sobre esto.

Muchos, muchos, muchos besos,
Alicia.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Hola, cariño,

Yo sé que las cosas no son como las personas las pintan, pero la vida no es fácil ni aquí ni allá, amor, quiero decirte que yo no quiero nada de ti, solo quiero una amistad que si se puede un día convertir en un amor, lindo y sincero, ok. Yo sé que de Cuba se *disen* muchas cosas pero qué sería si yo fuera de otra parte y te hubiese conocido, linda mujer, se hablaría menos, pero como soy cubano todos pagamos. No estoy de acuerdo con eso porque todos no somos así, también sentimos y necesitamos acariciar a una persona que se lo merezca, no te digo nada de malo ni te quiero hacer creer cosas pero tú me gustas y también me gusta cuando me besas, ¿ok? Yo mantengo la vida tranquila porque no puedo hacer por mi amor, pero tengo fe en el amor, no en interés. El tiempo lo dirá, las palabras se las lleva el viento y la acción lo demostrará. Ahora te digo, linda mujer color de nieve, que he sentido la *nesesidad* de decirte que fue lindo estar contigo, me gustó cómo me trataste y me gustaría que fuera de nuevo, solo toca mi cara con tus lindas manos y seré tuyo si quieres. Ahora quiero responderte todo pero se acaba el tiempo, tú sabes, es Cuba, pero sí quiero responderte cada palabra que tú me escribas.

AMOR, SÉ TÚ Y TRATA

DE SER FELIS, QUE LOS DEMÁS SON FELICES CUANDO MIRAN AL CIELO Y VEN UNA PERSONA QUE QUIEREN.

QUE LA DICHA Y LA BUENA SUERTE ESTÉN CONTIGO Y CON TU HIJA. DIOS OS BENDIGA Y ME DÉ LA PORTUNIDAD DE VERTE DE NUEVO PARA BESAR TUS LABIOS, AMOR, BESO.

Tardé apenas un día en llamar a Sandra. Lo justo para reponerme del *jet lag* y tener todos mis sentidos alerta, pues cualquier cosa que oyera podía ser importante. Sandra vivía en Vitoria con su

pareja, Manu, y al parecer había estado en Cuba por última vez solo dos meses antes. Cuando le dije quién era y por qué llamaba, dio un grito de júbilo.

—Qué alegría me das! —exclamó—. Yodiel es el mejor hombre del mundo. Es tan especial, y tan bueno... Yo tengo unos recuerdos maravillosos de las tres veces que he estado en ese país, no he conocido más que seres humanos estupendos que han tenido la mala suerte de vivir en unas condiciones horribles, pero a mí me han dado tanto siempre... Me han enseñado lo que es la generosidad, la camaradería, la amistad desinteresada...

Y aquí Sandra comentó cómo había conocido a Abel, cómo este acabó por llevarles hasta Yodiel y otros dos amigos, Alexis y Carlos. Que cuando los conocieron dormían los cuatro a la intemperie en el Malecón, en un hueco que estaba a resguardo del viento y en el que se turnaban en la vigilancia para que los demás pudieran dormir.

—Se ataban entre sí los zapatos. Así nadie podría robárselos mientras dormían —me contó.

Sandra y Manu habían conocido a Abel en un bar, y cuando él les pidió algo para comer, se lo llevaron con ellos. Acabarían adoptándolo en sus vacaciones. Excursiones, comidas, compras...

—Recuerdo la primera vez que lo dejamos en el centro, después de haber pasado todo el día en Viñales —dijo Sandra—. Nosotros insistíamos en dejarle a la puerta de su casa y él, terco, decía que no hacía falta. Hasta que nos dimos cuenta de que no tenía casa. A Manu y a mí nos dio una pena horrible.

A mí también me daba pena, mucha pena, imaginar a Yodiel, el bello hombre que me había estrechado entre sus brazos, pasando todo tipo de penurias.

—¿Y cómo es Yodiel? Cuéntame cosas de él —imploré.

—Es un hombre muy seguro de sí mismo, el más maduro de todos ellos. Cuando estábamos juntos, era el que decía a unos y otros lo que debían hacer y lo que no, el que tenía la cabeza más en su sitio.

Aquello me gustó. Cuadraba con la imagen que me había hecho de él.

—También era muy protector. Una vez nos robaron la cámara de fotos y se llevó un disgusto horrible. No sabía qué hacer para que se nos pasara.

Entonces Sandra contó que era verdad, que se había casado con Abel y que esperaba traérselo pronto a España. Que ya llevaban más de un año de papeleos y que la espera era una tortura, pero confiaba en tenerlo muy pronto con ellos.

—Manu está igual de expectante que yo. Nos hace tanta ilusión que Abel tenga una oportunidad en la vida, que pueda salir de aquello...

El planteamiento de Sandra era traer por fin a Abel, esperar un tiempo prudencial y luego divorciarse, para casarse entonces con su auténtica pareja, Manu. Parecía muy segura del paso que había dado y no se lamentaba del tiempo ni del dinero empleado en ello —el papeleo de una boda cubana es, además de laborioso, caro.

—Tú guarda todo lo que pueda demostrar que tienes una relación con él —añadió: billetes de avión, correos, fotos... Todo. Cuando os caséis, la embajada española debe legalizar la boda, porque si no no tiene validez, y para conseguirlo es importante que respondáis bien a preguntas personales que os harán y ...

Me quedé en silencio. ¿Había dicho boda? ¿De qué estaba hablando Sandra?

—Porque tú le quieres ayudar, ¿verdad? —continuó.

—Claro que sí, pero hay muchas maneras de ayudar a alguien —contesté.

—Pues si le quieres ayudar lo mejor es casarte con él. Es la manera más fácil y menos costosa de hacerlo.

—¿Y la carta de invitación? ¿Y un permiso de trabajo, aunque sea temporal? Puedo intentarlo

por ahí —continuó; en el fondo no me acababa de creer del todo que estuviera teniendo esa conversación.

—No pierdas el tiempo. Lo mejor es casarte —concluyó.

Me quedé impactada por lo que me había contado Sandra. Pero daba igual lo que ella dijera. Yo sabía que nunca me casaría si no me apetecía, y además creía firmemente que se podía ayudar a alguien de muchas formas. De hecho, me quedé con todas las cosas buenas que había oído de Yodiel y, mientras Sandra soltaba su perorata, decidí que hablaría con él esa misma tarde. Ella prometió enviarme muchas fotos en las que estaban todos, pues siempre que habían estado por allí habían coincidido. También conocían el pueblecito del Oriente cubano del que Abel procedía —Mayarí Arriba, remoto y pobre como pocos—. Una vez fueron hasta allí con él y visitaron a sus padres, que, según me contó, aún guardaban una pequeña toalla que ésta les dejó como el mejor de los regalos. Sandra decía sufrir mucho por no tenerlo aquí con ellos, por no poderle ofrecer todavía la oportunidad de «una vida mejor», y me habló del momento en que —oh, casualidad— Manu y ella decidieron al unísono que sería estupendo que ella se casara con Abel para poder traerlo a España. «Algún día te lo contaré con más detalle».

Yo no dejaba de darle vueltas a la cabeza: ¿Cómo es que Sandra y Manu llegaron a pensar los dos, y a la vez, en una solución tan rara? ¿Era normal que una pareja que se iba a casar retrasara sus propios planes de boda para ayudar a alguien? Una cosa estaba clara: tenían dinero. Porque tanto viaje, y los papeles, eran una pasta, según me había dicho Sandra. Era evidente que no habrían hecho una cosa así si el personaje no les hubiera parecido digno de ello. Y estaba claro, también, que si Sandra pensaba bien de Abel, por extensión parecía hacerlo de sus tres amigos íntimos, entre los cuales se encontraba Yodiel. Precisamente ambas habíamos coincidido en la apreciación de René, el otro amigo con el que Yodiel vino el primer día y que no era tan íntimo como los otros («No me gusta», dijo Sandra. «Hay algo en él que no...»), justo lo mismo que pensé yo cuando lo vi.

También dejó caer que René había salido alguna vez de Cuba, y que conocía a alguna mujer más, de Cantabria, que estaba con alguno de ellos, pero cuando quise saber más cambió de conversación.

No fue difícil hablar con Yodiel. Sandra me dio el número del móvil de Abel y llamé esa misma tarde. Habían pasado solo dos días desde mi vuelta.

—Soy Alicia, la chica española que estaba el otro día con Yodiel en el Malecón. ¿Recuerdas? Me ha dado tu teléfono Sandra.

—Yo recuerdo, sí —contestó sorprendido.

—Necesito hablar con Yodiel. ¿Tú podrías buscarlo y quedarte con él para que lo pueda llamar? Porque él no tiene móvil.

—No tiene, pero sé cómo encontrarlo. Llama dentro de una hora —dijo.

Y una hora después, hablé con un Yodiel emocionado. Claro que yo lo estaba todavía más. Entre lágrimas, le pregunté si había comido. Él respondió afirmativamente, y también me contó que ese día había caminado mucho hasta llegar a un sitio donde le habían dado tarea de plomero. Que después había vuelto recorriendo el mismo camino de ida —lo imaginé entre el polvo y bajo un sol de justicia, con sus chanclas de goma como único calzado— y que había llegado hacía un rato a la habitación donde vivía. Se había preparado un poco de arroz y estaba lavando su ropa cuando llegó Abel.

—Y yo le he dicho: «Como broma no me gusta nada, Abel». Y entonces él me ha enseñado las

llamadas recibidas: «Que sí, asere, que es verdad». Y aquí estoy, mi reina.

Yo seguía conmovida y casi no podía hablar. Cuando subí al avión de vuelta me había preguntado si algún día volvería a ver a Yodiel. Ahora ya sabía la respuesta.

—Voy a luchar por ti, mi reina. Eres lo más lindo que me ha pasado nunca —dijo Yodiel.

—Y tú también, mi rey.

Nos lanzamos besos por el teléfono. Nos prometimos emails, y yo le aseguré que lucharía por él. Buena era yo.

Capítulo 4

—Vamos, Alicia, Vamos. Puedes hacerlo.

La frase del doctor Mateos volvió a resonar en mi cabeza. Durante meses me desperté con ella en el hospital, hace tiempo ya, pero nunca había dejado de repetírmela a mí misma cuando un reto o dificultad se me ponían por delante. Tú puedes, me decía, y una fuerza imbatible surgía de algún secreto lugar en mi interior, dispuesta a luchar contra quien osara ponerme las cosas difíciles —no necesariamente una persona, también una enfermedad o un accidente, como entonces— y hacer que la dulce y menuda Alicia saliera de las situaciones más difíciles, para sorpresa de todos. No sabía cómo lo hacían otras personas, yo siempre lo había hecho así, repitiéndome como un mantra: ¡Vamos, Alicia!, así que cuando este ocurrió, ya me pilló entrenada en ese sentido.

El accidente. Después de aquello, nada había sido igual. Se había despertado en mí una feroz ansia por vivir, una urgencia por quitarme losas de encima, que hasta a mí misma me sorprendía. No podía explicarlo, pero era como si haber librado una batalla con la muerte —y haber ganado— me hubiera hecho sentirme imbatible, inmortal casi. En todo caso, la muerte era una cosa que no tenía que ver conmigo, no al menos de momento. Y lo mejor de todo: eso era algo que había conquistado yo solita, con la única ayuda de mí misma —y de los médicos y de mi familia, claro— pero en lo esencial, yo sola, repitiéndome cada noche y cada mañana: «Vamos, Alicia, Vamos».

El divorcio estaba cantado. Manuel no había estado a la altura durante mi convalecencia y yo, repentinamente, había perdido interés en luchar por algo que ya no funcionaba. Y en ser la esposa perfecta, y la madre perfecta, la editora perfecta. Quería vivir, y eso para mí solo significa una cosa: querer y que me quisieran.

Tres años más tarde, sentía en mis entrañas las mismas ansias de amor, la misma y obsesiva necesidad cubriéndolo todo. ¿Por qué no había encontrado todavía quien aplacara esas ansias? Esa era una pregunta que me hacía a menudo. Quizá fuera que algo en el cosmos me tenía preparado a Yodiel, que todos los intentos anteriores habían tenido forzosamente que fallar para prepararme el camino a él. ¿Cómo si no explicar que me hubiera pillado con la guardia tan baja, o mejor aún, sin guardia siquiera, de repente confiada e ingenua?

Tras nuestra charla telefónica, no pude dormir. Me pasé todo el tiempo recordando la conversación y mirando en el móvil las fotos que nos habíamos hecho aquella tarde en el mismo Paseo del Prado, ahora ya a plena luz. Yodiel de pie, Yodiel sentado, Yodiel y yo sonriendo, Yodiel y yo besándonos. Esta foto era la más hermosa de todas. Él me sujetaba la cabeza con delicadeza, y su mano oscura destacaba entre mi pelo rubio. Detrás, uno de los característicos edificios del Paseo, este en rosa claro, y el morro de un viejo Chevrolet rojo y de techo blanco aparcado justo delante. Parecía un beso de película, y sentía ternura al recordar cuánta pasión y delicadeza había puesto yo en él, cuánto amor había querido transmitirle a Yodiel, para que sintiera lo que era que alguien le besara sinceramente; él, que a diario tenía que soportar el rechazo de las mujeres cubanas porque era pobre y negro —Sandra dijo que las propias cubanas los ignoraban porque no tenían futuro—. Y qué buena pareja hacíamos, qué bonita.

—Estás loca, no hablarás en serio —Rosa, mi mejor amiga, acababa de enterarse de mi gran secreto.

—Ya lo creo que sí. Sabes que no soy ninguna loca, que no iría si no pensara que merece la pena. En realidad, creo que no me perdonaría nunca no atreverme a vivirlo. ¿El qué exactamente? Pues no lo sé, pero en todo caso me parece muy excitante.

Rosa advirtió mi divertido tono de voz. Había algo infantil en él por lo ingenuo, yo lo sabía, pero también por la pasión que transmitía. Mi amiga lo conocía bien, y sabía que, cuando estaba así, yo podía ser una mujer irresistible. Para cualquiera.

—¿Y Carla que dice?

—Nada. No permito que me diga nada. Pero no le hace ninguna gracia.

—¿Entonces vas a volver en seguida?

—Sí, en julio. Si aprovecho un festivo, puedo ir unos diez días y gastar solo seis hábiles. Y aún me quedarán vacaciones.

A partir de entonces, enfebrecida, me dediqué a los preparativos del viaje. El dinero no era un problema en ese momento, acababa de recibir un pellizco de la herencia de mi padre y, por primera vez en mucho tiempo, podía permitirme algún que otro lujo. Miré otra vez los folletos que ya revisara solo dos meses atrás, antes de partir con Carla, esta vez buscando el hotel más completo y romántico de Varadero. No me hacía mucha gracia ir allí, un sitio que consideraba el Benidorm de Cuba, pero a Yodiel, que nunca había tenido la oportunidad de estar en ese enclave turístico, le hacía especial ilusión conocerlo, y además decía que, por ser el lugar con más volumen de visitantes, era también el más permisivo para ellos, los jóvenes del Oriente, el sitio donde las celosas autoridades cubanas hacían un poco más la vista gorda y no les molestaban pidiéndoles la documentación o preguntándoles por qué iban con una extranjera.

Podía imaginármelo contando a sus amigos que iba a ir allí, y que ella era la maravillosa mujer que iba a hacer realidad su sueño. Además, decían que los hoteles eran mejores en Varadero que en cualquiera de los cayos, precisamente por la superior oferta, y, la verdad, tampoco teníamos por qué salir demasiado del *resort*, porque de eso se trataba: de disfrutar de todo tipo de comodidades y del clima y la playa. Qué distinto sería del anterior viaje. Ya no miraría con envidia a algunas parejas ni me daría una punzada en el corazón al bañarme sola una noche en el paraíso bajo la luz de la luna.

No fue fácil. Para evitar que él tuviera problemas en los hoteles —porque antes de ir a Varadero habríamos de pasar una noche en La Habana, igual que al volver— gestioné la reserva como si él fuera español, sin preguntar ni pedir permiso a nadie. En mi agencia de viajes habitual hablé de la nacionalidad de mi acompañante y de su residencia porque era obligado explicar que necesitaba habitación para dos personas pero solo un visado y un asiento de avión, pero en todo momento hice como si eso fuera lo más normal del mundo. Así, cuando llegara con todos los bonos —hoteles y traslados— pagados, ¿quién osaría poner alguna pega al ver la piel y los rizos del acompañante de la señora que venía de Madrid?

El *email* que me mandó Yodiel no podía ser más sencillo, pero por eso mismo me pareció emocionante:

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Nené, eres lo más grande que me ha pasado. Ayer cuando me has llamado he podido estar tranquilo, tu *vos* para mí es como un *carmante*. Mi amor, en todo momento deseara hablar contigo, amor, no sabes cómo me siento al escuchar tu *vos*, y qué alegría. Tú me gustas, quiero estar contigo y abrazarte cuando te vea pronto, sabes que no te voy a dejar ni un minuto sola hasta que mi amor por ti se acabe, pero pienso que nunca se va a acabar porque con el amor no hay finales, solo quiero la suerte para verte y la suerte la tenemos porque hay el deseo de ambos, ¿ok? Cuidate y te manda un beso, tu amor, Yodiel.

Sandra me envió las fotos prometidas. Para mi desilusión, había habido un error, porque ese chico que aparecía en las imágenes, en casi todas con el puño derecho cerrado y el dedo pulgar hacia arriba, no era Yodiel. Tenía un ligero parecido con él pero no había rastro del pelo ensortijado, y ese chico estaba mucho mejor vestido que el que yo había conocido, y no estaba tan delgado y... En una de las imágenes, los cuatro amigos cubanos —él y Abel, Alexis y Carlos— bailaban con vaqueros y el torso desnudo. En otra de la misma fiesta, el supuesto Yodiel y Carlos miraban a la cámara sonriendo. Carlos era de torso recto, sin cintura, y el otro tenía un poco de vello en el vientre y el ombligo redondo, hacia fuera, igual que... ¡Yodiel! Volví a mirar incrédula. Era él. ¿Era posible haberse acostado con alguien y no reconocerlo? Saqué mi móvil del bolso y volví a mirar las fotos una y otra vez, cotejando sus rasgos punto por punto. Nunca lo hubiera dicho, pero era él, sí.

—Gracias por las fotos, Sandra —No dejé pasar más de unos minutos para llamarla. Porque yo era así de cumplida y porque Sandra era la única persona del mundo con la que podía hablar abiertamente de Yodiel.

—De nada. Y aún tenía más, pero como nos robaron la cámara... He estado pensando —prosiguió—, y es una pena que no hayas podido conocerle más, pero de todas maneras cuando una persona es buena yo siempre digo que no hace falta mucho para darse cuenta. Cuando me has dicho que era Márquez, Yodiel Márquez, Manu y yo nos hemos hasta emocionado, no te imaginas lo que queremos a esa persona, como te he dicho antes no he conocido a nadie como él a lo largo de mi vida... Yo no podría decirte nada malo de él porque no creo que lo tenga, con nosotros se ha portado tan bien... Siempre que hemos estado con él nos ha hecho reír tanto, nos ha cuidado tanto, que nunca podré agradeceréselo. Nos ha dado a nosotros más de lo que podríamos darle nosotros a él, y solo con su forma de ser.

De aliciapuntocom@gmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Hola, amor,

Aquí te mando también las fotos que me pediste. Van dos primeros planos míos que me gustan especialmente y una general que me sacaron el otro día, en la fiesta por los veinte años de la editorial, que se celebró en un palacio muy bonito que ahora es la Casa de América. Estoy con todos mis compañeros y casualmente he salido en el centro. La calidad de la foto no es muy buena, pero me gusta porque estoy sonriendo, feliz, y es que no puedo disimular lo contenta que estoy.

Ya sé que te había prometido enviarte algunas cosas, pero creo que si voy a ir tan pronto no merece la pena, ¿qué te parece?

¿Hay alguna posibilidad de que alguien te deje un teléfono para que yo pueda llamarte, como hice con Abel?

Se trata solo de decirme con antelación el número y de quedar a una hora aproximada.

Para mí sería perfecto a las tres o las cuatro de la tarde (hora cubana). Me encantaría hablar contigo.

Solo de pensar que no hayas podido comer alguno de estos días me pongo mala. Tengo que confesarte que una vez que me hablaste del hambre que tenías no te entendí del todo. Creía que lo decías como en broma y que te referías a otras cosas (aquí a veces lo hacemos). Ten en cuenta que para mí era algo inconcebible. Ahora solo siento rabia de que tengáis que pasar por eso.

Muchos besos

A.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Mi reina.

Cómo estás, mi amor, espero que estés bien del todo, de salud, de emoción.

Mi amor, te diré que en este momento estoy tan contento que no sé qué voy a escribirte. Es una emoción tan grande, mi niña, que nunca en mi vida la había sentido. Mi amor, ayer llamé a mi madre y le hablé mucho de ti, mi madre estaba muy contenta.

Cuando estabas aquí en Cuba te dije siempre que si un día tú querías ser

felis ibas a ser *felis* a mi lado, yo soy el hombre predilecto para tu

felisidad porque también quiero que seas tú la mujer que llene de pasión

y amor mi corazón, tu mirada ha sido como una bomba. Cada vez que miro tu foto,

mi amor, te digo todo lo que yo siento en el fondo de mi corazón.
Mi amor, me muero de las ganas de verte de nuevo, te tengo tu regalo muy
lindo, te vas a desmayar cuando lo veas.
Mi niña, te quiero mucho.
Muchos besos.
Nada ni nadie me va a hacer cambiar lo que yo siento por ti, mi amor,
te siento,
te quiero,
te deseo,
te beso,
cada vez que pienso en ti
todas las noches
te como,
muchos besos, mi princesa.

Quedaba poco tiempo. Un mes y medio para ser exactos. Fueron unos días emocionantes. Como Yodiel no tenía móvil, en cuanto pillaba a un amigo que llevaba uno me hacía una llamada perdida, para que supiera que estaba pensando en mí. Llamaba a cualquier hora, sin tener en cuenta que, por la diferencia horaria, yo podía estar en pleno sueño, pero no importaba. Todo era demasiado excitante. Por fin un hombre que pensaba en mí todo el rato y, lo mejor, que no temía demostrarlo. Cuando me daba un toque y veía un número extraño que empezaba por 535, ya sabía que estaba pidiéndome que contestara, que yo le devolviera el toque. Así se quedaba tranquilo. Si en lugar de uno eran dos los toques, yo sabía que eso quería decir que le escribiera un *email*. Y si finalmente eran tres, me estaba diciendo: «Llámame, que necesito oír tu voz». Cuando hablábamos era divertidísimo: en verdad Yodiel era un hombre con una gracia especial, y entre eso y su maravilloso acento cubano, me parecía cada vez más adorable. Lástima que cada llamada me costara la friolera de cuarenta euros aproximadamente (otra de las cosas inexplicables de ese país, que se dedicaba a sablear a los foráneos por vías extrañas como esa, y no había operador ni truco que pudiera solucionar eso). De lo contrario, habríamos estado hablando a todas horas.

También aproveché para ponerme en forma. Antes del viaje ya había empezado a ir a un gimnasio —por fin— con vistas al verano, pero de repente tenía un objetivo claro en el horizonte, un tiempo concreto y a la vez lo suficientemente grande para plantearme llegar a él en la mejor forma física. Después de años luchando con unos cuatro kilos de más —yo, que en tiempos había tenido un tipo espléndido— por fin tenía el motor que necesitaba para no desfallecer y demostrarme a mí misma que podía, y para volver a ser sin miedo la que había sido, pues sabía que cuando me sobraba algún kilo tenía tendencia a vestirme escondiéndome, de tal manera que costaba adivinar que en realidad mi culo era perfecto, y mis piernas bonitas, y mi pecho todavía torneado, ¡y todo sin más ayuda que la genética y las cremas de todo tipo que nunca había dejado de darme, así lloviera o tronara!

Estaba de compras con Rosa, lo cual no era muy habitual, pues no me gustaba dar la tabarra a nadie, pero era ella quien se había ofrecido...

—¿Y este pantalón qué tal me queda? Para salir por la noche es perfecto, ¿no?

—Te queda muy bien, Alicia. Ya era hora de verte feliz, hacía tiempo que no estabas así. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Completamente —respondí.

—La verdad es que hacéis muy buena pareja. En esas fotos en las que tú estás con la pamea en el malecón estáis guapísimos los dos, y nadie diría que hay diferencia de edad entre vosotros.

—¿Tú crees? Yo lo sé, y eso es lo malo. Pero dejemos el tema ahora. ¿Qué te parece este vestido escotado? Hace siglos que no me atrevo con nada parecido.

En las semanas siguientes, me compré dos *bodys* de *La perla*, ropa interior nueva, dos trajes de baño nuevos y carísimos, pero superfavorecedores —uno de ellos de color rojo— unos zapatos plateados, unas sandalias de tacón bajo para cuando fuéramos a la piscina y dos fulares maravillosos, perfectos si de noche, y con ese vestido negro que tan buen tipo me hacía, se levantaba un poco el aire. También le compré cosas a él. Era divertido volver a pisar en las tiendas la sección de hombres, preguntar a los dependientes cuál era la talla del maniquí que estaba en el escaparate porque yo quería comprar unos pantalones iguales, llenar la bolsa con camisetas, camisas y zapatos del número cuarenta y dos, comprar también un traje de baño, porque algo me decía que tal vez Yodiel no tuviera uno a mano... A veces me entretenía imaginando la cara que él pondría cuando lo viera, pero no lo hacía por eso. Yo podía y él no, eso era todo. Yo vivía en un país libre y tenía un sueldo que me permitía ganarme bien la vida, y él no tenía nada. Yo podía decir y hacer lo que quisiera y él estaba permanentemente vigilado. Él podía ir a la cárcel en cualquier momento y sin razón aparente, y yo vivía en un estado de derecho en el que la ley se respetaba.

Goico, mi compañero de trabajo, me observó fijamente mientras nos tomábamos un café en el *vending*.

—Desde que volviste de vacaciones estás distinta, pero no sabría decir por qué.

Sonreí al oír eso. Para bien o para mal, siempre había sido un libro abierto. De pronto sonó el móvil. Eran las dos de la tarde, las ocho de la mañana en Cuba. ¿A quién habría pedido un teléfono Yodiel a esas horas?

—Cógelo —dijo Goico, pensando que era su charla la que lo impedía.

—No si yo... —contesté. De pronto mis mejillas se encendieron. Más de cuarenta años, y todavía me pasaban esas cosas. Claro que ahí radicaba también uno de mis encantos, al decir de muchos.

Goico era inteligente y tenía sentido del humor, pero era de esos hombres, cómo decirlo, a quienes cierto grado de intimidad descolocaba. Me miró ojiplático y sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Era obvio que, en sus largos años de carrera, no había tenido una compañera que le dijera: «Me he enamorado». Mucho menos que le dijera: «Me he enamorado de un cubano». Él conocía el país, había estado un tiempo trabajando allí y tenía cierta familiaridad con funcionarios españoles en La Habana, y lo primero que me dijo cuando procesó la información que acababa de darle fue: «Ten cuidado».

«Ten cuidado». Esas serían las dos palabras que más oíría en los siguientes meses, y eso a pesar de mi discreción y de no contarle las novedades más que a dos o tres personas. Pero todo eso sobraba. Yo no era precisamente tonta. Sabía unas cuantas cosas (aunque a esta hubiera llegado tan tarde) y, lo mejor, parecía ver siempre un poco más allá. No había mucha gente que pudiera aprovecharse de mí. Pero tampoco nadie que, a priori, rechazara por no parecerme conveniente o por no cumplir no se sabe qué cánones. Me gustaba ser así. Todo el mundo merece una oportunidad, en el trabajo y en la vida, y no sería yo quien se la negara a nadie, mucho menos a Yodiel.

De sandrah@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

¡Hola, Alicia! Me alegra mucho que te hayan gustado las fotos.

Con respecto a las llamadas a Cuba tengo que decirte que son carísimas en cualquier compañía, yo he estado mirando y como siempre te digo, Cuba es un país diferente, no hay ninguno igual. Yo no he encontrado nada para poder llamar más barato, así como en otros países existen contratos en los que tienen tarifas más reducidas.

Por cierto, supongo que harías fotos cuando estuviste allí. Si no te importa mándame alguna, que me gustaría verle.

En la que te mandé ayer sale Carlos, ya lo has visto. Es un gran amigo de Márquez también, y es un cielo de niño. Cuando

vuelvas seguramente te presente a sus amigos de verdad, en los que él puede confiar, son geniales, y cuando los conozcas verás que no hay nadie allí como ellos. Sé que tu segundo viaje te gustará más aún, pues aunque pienses que ya no te pueden sorprender, eso es lo bueno que tiene la isla, que cada vez que vas te llenas de experiencias diferentes, nunca es igual. Pero sobre todo podrás conocer a Márquez más profundamente, tiene muchas cosas que como persona no se repiten en nadie más. Una de sus cualidades es que te hace reír un montón, te cuenta las cosas con mucha alegría, y es un monólogo constante, es genial. Es una persona muy, muy responsable. Muy seguro de sí mismo, aparte de la bondad que tiene.

Bueno supongo que tú ya lo habrás descubierto, por lo menos parte de lo que te cuento, porque por algo te habrá llenado tanto.

Me alegra que ya hayas reservado el vuelo, ¿por cuánto tiempo estarás allí? Yo no sé qué tendrá esa isla, pero cuando engancha lo hace de verdad, a veces hasta asusta de las cosas que somos capaces de hacer.

En mi caso fue un viaje con mi pareja, ya que nos gusta viajar y conocer, por eso nunca repetimos sitio, pero Cuba fue algo diferente, tanto a Manu como a mí nos enganchó de tal manera que no hay ni un día que no piense en ellos. Tenemos tanta ilusión por lo que hemos hecho que estoy con los brazos abiertos para cuando llegue poderlos cerrar y apretar fuerte.

Yo no busco nada a cambio de todo esto porque a nivel personal me han dado más de lo que yo les he podido dar, y eso no lo he conseguido en ninguna parte.

Estoy muy feliz por la decisión que tomamos de ayudarlo. Quizás me arrepiento de no haberlo hecho antes, es lo único que me pesa. Si te soy sincera, desde el primer momento que me contó su situación lo pensé, pero me pareció una locura, y lo gracioso es que Manu lo pensó también, y ninguno de los dos nos dijimos nada. Nos costó un año, cuando volvimos a estar con él, y fuimos más conscientes del peligro que tenía y la mala vida que llevaba, que sin pensarlo Manu salió de su boca:

—Sandra, ¿estarías dispuesta a casarte con él para ayudarlo?

—Yo le sonreí nerviosa, y le dije un SÍ rotundo.

Fue tal la alegría de la decisión que Manu empezó a emocionarse, nunca le había visto así.

La verdad, siempre me acordaré de aquel momento.

Cuando se lo contamos a Abel, él no se lo podía creer, era demasiado fuerte para ser verdad.

Pero me alegro tanto, que solo cuento los días que faltan para que todo acabe.

Bueno ya no te entretengo más, solo quería que supieras cómo había sido todo.

Abrazos,
Sandra.

De aliciapuntocom@hotmail.com a sandrah@gmail.com

Hola, Sandra:

Gracias por hacerme participe de vuestra historia. Me parece de una gran generosidad, pero la entiendo muy bien. Según te he leído me han entrado ganas de hacer algo parecido, pero solo ha sido un momento. Como te dije, tengo una hija ya mayorcita y tuve un divorcio muy amargo, aunque también por eso mismo sé valorar las cosas buenas... Márquez lo es. Para mí será fundamental este próximo viaje, que será de nueve días (siete noches). No puede ser más porque ya solo me quedará una semana más o menos de vacaciones hasta que acabe el año y debo dosificarlo... ¡Ya me veo viajando otra vez allí! Suerte que esto me ha pillado con la economía razonablemente bien, que si no...

Apenas nos sacamos unas pocas fotos con el móvil y de momento estoy teniendo problemas para mandártelas. Veré si lo soluciono.

Me han dejado el libro que escribió una corresponsal española de Reuters en La Habana hace diez años y lo estoy devorando. Es verdad que Cuba engancha. Yo siempre quise conocerla, desde muy jovencita, pero no tuve ocasión hasta este año. De hecho, el año pasado estuve a punto de ir en octubre pero tuve que anularlo. Muchas veces me he preguntado: si llego a haber ido entonces, ¿qué habría pasado?

Todos los días Márquez me está haciendo llamadas perdidas desde distintos teléfonos. Cada vez que pilla a un amigo con móvil le pide que le deje hacerlas :))) Es tan encantador que parece increíble, pero a la vez me resulta muy puro, muy genuino. Yo he conocido a mucha gente por mi profesión, he visto mucha tontería y no hay nada que me guste más que la sencillez, que la bondad... cualidades bien raras pero que por eso mismo brillan más cuando las encuentras. Yo creo que a Márquez le miré a los ojos y...

Bueno, no me enrrollo más. Hablamos.

A.

Ya solo quedaba un mes. En ese breve espacio de tiempo, Yodiel y yo nos cruzamos emails cada vez más incendiarios.

De aliciapuntocom@hotmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Me encanta hablar contigo por teléfono. Me dejas tan buen sabor de boca... No temas por mis sentimientos. Son muy muy profundos. De verdad que una mujer como yo no hace un viaje como el que voy a hacer si no tiene razones muy poderosas. Eso es lo que tienes que pensar si alguna vez te asaltan dudas. Y en cuanto a exteriorizar mis sentimientos, pues tú sabes que no soy tan

abierta como tú, pero también que a la vez soy muy cariñosa cuando quiero a alguien.

Me muero por ver ese regalo tan lindo que tienes para mí, pero sabes que no hay nada en el mundo que yo desee más que estar entre tus brazos. Acurrucarme en tu pecho y sentir muy fuerte tu respiración.

El día de mi cumpleaños amaneció bonito. Carla me regaló una película en DVD y unas entradas para ver un espectáculo de danza que me apetece mucho y que son para la última semana de junio. Como hoy es fiesta aquí, me he quedado en la cama leyendo por la mañana, que es una cosa que me encanta precisamente porque casi nunca puedo hacerlo. Me han dejado un libro sobre la Habana y lo estoy degustando palabra por palabra.

No veo el momento de volver a coger el avión y volar otra vez junto a ti.

Te quiero.

Alicia

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Guao, que palabras tan halagadoras y tan sinceras, no sabes lo feliz que me haces. Si a ti te encanta escuchar mi voz imagínate yo, me pongo tan nervioso que no sé ni lo que digo, perdóname si te digo que te amo o que te quiero y un minuto después lo repito. Es verdad, tengo tantas ganas de besarte, *haserte* el amor, tenerte entre mis brazos, *desirte* tantas cosas que faltaron por decir y decirte también que eres la mujer de mi vida.

No puedo vivir sin ti, a lo mejor no soy gran cosa pero quiero *desirte* que no luches por el amor perfecto de tus sueños, lucha mejor por el mío, que sin ser perfecto te hace sentir momentos felices. Deseos me sobran por besar esos dulces labios y observar tus encantadores ojos y esa maravillosa sonrisa, y nunca olvides ni siquiera por un segundo cuán especial eres para mí. Muchos besos y te amoooooooooooo.

YODIEL

De aliciapuntocom@hotmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Ha sido mi mejor cumpleaños en mucho tiempo, porque tengo una ilusión muy grande que no se parece a nada que haya sentido antes. Yo también te extraño, y te deseo, y quiero volver a caminar contigo de la mano, y ver tus hermosos y profundos ojos y asomarme a ellos desde los míos, porque eso es lo que hice cuando te conocí; asomarme a tus ojos para ver eso que yo intuía que había dentro de ellos.

Esta tarde me llegó tu llamada perdida. Ya sé que si es solo una es para que yo sepa que piensas en mí, pero instintivamente me sale llamar inmediatamente.

Cuéntame más cosas de ti, de tu familia, del trabajo de estos días, de tus amigos... Quiero saber muchas cosas de ti. Me encanta que me guardes «todo eso» para mí. Todito para mí. No hace falta que te diga que tú puedes estar tranquilo. Solo deseo estar contigo, y aquí la vida además puede ser muy tranquila, de tal manera que entre el trabajo, mi hija, mi casa, apenas me quede tiempo para ir algún fin de semana al cine o a ver algún espectáculo. En Madrid las distancias son muy grandes y uno no puede salir y encontrarse a nadie amigo, hay que quedar previamente.

Por cierto, no paro de hablarle a mi amiga Rosa, la que trabaja en los juzgados, de ti. Dice que hacía mucho que no me veía tan ilusionada.

Muchos, muchos besos, amor.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Hola amor, cómo estás, mi niña.

Te diré que los dos tenemos telepatía, porque en todo momento nos deseamos, nos pensamos. Todo el tiempo te tengo en mi mente. Ayer estuve buscando a un amigo para hacerte una llamada perdida, pero no encontré a nadie.

Mí amor, no sabes lo *felis* que soy, cada día que pasa te extraño más y más.

Mi niña, me siento mal porque mañana no puedo escribirte, porque es sábado y donde te escribo no abre, pero el lunes te mando cinco correos, mi reina.

Mi princesa, te quiero mucho, parece que Dios ese día nos puso en el camino para nunca separarnos.

Estoy loco por verte, por sentir tu olor, por besar tus dulces labios, por *desirte* lo tanto que mi corazón te necesita.

Te quiero mucho.

Muchos besos, Yodiel

De aliciapuntocom@gmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Yo te extraño igual, no dejo de pensar en ti, es como un veneno que se me ha metido en la piel. Muy dulce, eso sí.

Siento igual que tú, deseo lo mismo que tú. Muero, como tú, por volver a sentir tus labios, por darte todo el amor que tengo.

La foto que más me gusta, por supuesto, es la del beso. Yo también pienso que encierra mucha ternura y mucho deseo a la vez.

Veo tu hermosa mano sobre mi cabello, cubriéndome tan delicadamente... Veo mis propios ojos cerrados para saborear más intensamente aún ese beso, y por un momento es como si te besara otra vez. Mi amor, mi rey, no lo pases mal esperándome. Te quiero con locura, pienso en ti a cada momento, y saber que existes me da fuerzas para seguir con mi rutina cotidiana. Me has dado una energía que ya no recordaba que tenía, y esto es solo el principio, Yodiel. Ya verás cuánto nos queda por vivir y por sentir. Siento lo de ayer del teléfono. La verdad es que no contesté. Es que lo tenía apagado porque me había ido a dormir, creí que ya no llamarías y saltó el contestador (el buzón de voz que dice: «Hola, soy Alicia»), pero a partir de ahora lo dejaré siempre encendido por si acaso. No obstante, dile al amigo que te dejó el teléfono que le daremos los CUC que se gastó, ¿vale?

Me encanta que me hagas llamadas perdidas y saber que piensas en mí, pero no te agobies. Yo te siento todo el tiempo y en realidad lo que más necesito saber es que estás bien, es lo más importante para mí. Y, en ese sentido, con que tú me hagas una perdida al día ya me basta. Ahora te voy a pedir que la próxima vez que me escribas intentes contestarme a alguna de las preguntas que te he hecho estos días, porque el tiempo pasa y quiero comprar las cosas que te comenté (ropa, herramientas que te podrían venir bien para tu trabajo de plomero). Necesito saber tu talla, Yodiel.

Te quiero mucho y te beso todo el tiempo en mis pensamientos.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Halo, mi reina.

Cómo estás, mi amor, te he timbrado en la tarde a tu móvil, cómo te has sentido, mi princesa.

Mi amor, tengo una emoción tan grande en mi corazón que no sé cómo controlarme, mi tesoro, como has trabajado hoy, ¿contenta como siempre?

¿Sabes que me dio deseo de ir a España para pasarlo mejor? Y eso

que yo jamás pensé en salir de mi país, pero vamos a celebrar tu cumpleaños juntos cuando vengas mi amor, estoy muy contento de ti, estoy contento de haber conocido la mujer más *dulce* y hermosa que tiene el mundo. Te quiero mucho, mi amor

Muchos besos, mi reina.

Yodiel

De aliciapuntocom@hotmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Rey, céntrate un poco más en las respuestas, por favor. Cuéntame de ti, cómo es un día tuyo normal en La Habana, cómo era antes de conocerme a mí. Yo ya te he dicho que estuve casada muchos años, sabes que tengo una hija crecida, que las relaciones que he tenido después no han sido importantes... ¿Qué has tenido tú? El último día, en el Malecón, me hablaste de una mujer mayor con la que habías vivido tres años. ¿Qué pasó? Me pareció entender que se había portado mal contigo.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Hola mi princesa. Espero que estés bien, amor. De mi vida tú tienes el derecho de saberlo todo.

Cuando vengas a Cuba ahora hablaremos tanto. Quisiera tenerte en cada momento, en cada momento de mi vida a mi lado, no hago más nada que pensar en ti, voy caminando por la calle riéndome y las personas dicen que si yo estoy loco, y yo me doy cuenta y mis amigos se ríen también,

es que ellos ya saben que voy riendo pensando en ti, estoy muy contento, mi amor.

Cuando yo te conocí era alegre porque soy así, pero ahora soy el hombre más *felis* del mundo, mi princesa, quiero escribirte cada minuto, quiero hablarte cada momento.

Mi amor, no puedo dormir si no te mando una perdida por teléfono. A veces, como ayer, eran las tres de la mañana cuando te hice la llamada perdida. Estaba durmiendo, me desperté, salí para la calle,

fui, desperté a un amigo para llamarte.

Te quiero tanto, mamita.

Muchos besos y abrazos,

Yodiel

De aliciapuntocom@hotmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Cariño:

Me encanta todo eso que me dices, pero si alguna vez respondieras a mis preguntas, te lo agradecería. Preferiría conocer tus medidas exactas por si me he equivocado en alguna cosa... Recuerda que solo faltan unos días para el viaje.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Hola, mi reina,

Cómo estás, mi tesoro, amor de mi vida. Me da mucha alegría saber siempre

de ti y pensar que pronto te tendré en mis brazos para darte amor,
cariño y mucho respeto de todo corazón. Amor, mi alma se llena de cosas hermosas
cuando mi pensamiento está en ti. Ya sabes cuáles son mis sentimientos.

QUE LA DICHA Y TODO EL AMOR nos acompañen y nos hagan felices mientras tú quieras, mi amor.

Yo estoy como loco contigo. El otro día yo fui a ponerte un correo y el chama me dijo: pero si ya estuviste hace rato escribiendo un correo, y yo le dije: es que quiero escribir otra vez. Necesitaba comunicarme otra vez contigo.

Ahora, con mucho respeto, amor, te responderé lo que me mandaste a *desir*:

MI TALLA DE PANTALÓN ES 32

DE ZAPATO POR FAVOR, 42, MI NENA

MI AMOR, TODO LO DEMÁS QUE TÚ QUIERAS TRAERME QUEDA DE TU PARTE,

PERO DE TODOS MODOS TE DOY LAS GRACIAS DE TODO CORAZON OK. AH, MI AMOR, MÁS

IMPORTANTE, RECUERDA QUE NO TENGO TELÉFONO,

QUE ES PARA LA COMUNICACIÓN DE NOSOTROS, OK. AMOR

TE ESPERO CON ANSIA DE COMERTE, TU AMOR.

Yo iba a volver a investigar lo que aparecía en Internet a propósito de los novios o novias cubanos, pero antes busqué en YouTube alguna de las canciones de *Buenavista Social Club*, la película de Win Wenders. No tardé mucho en encontrar *Chan Chan*, y cuando comenzaron los primeros acordes un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me entraron ganas de llorar (de hecho empecé a llorar) sin saber muy bien por qué. Era como si algo muy lejano me llamara; algo que escapaba a mi comprensión pero era tan real como la luz que a esas horas de la mañana entraba por la habitación. Siempre había dicho, medio en broma, cuando alguien me hablaba de mi habilidad para bailar, que era como si una abuela cubana se hubiera colado entre mis ancestros para adueñarse de alguno de sus genes, pero lo que sentí fue todo eso y más. Era una suerte de nostalgia que no alcanzaba a entender, la misma emoción que sentía cuando volvía al pueblo de pescadores donde nací y pasé mi infancia; solo que yo nunca antes había estado antes en La Habana, ni en Cuba.

Di al botón de *replay* y otra vez oí a Compay Segundo y a Eliades Ochoa: «De Alto Cedro voy para Marcané, llevo a Cueto voy para Mayarí...» Esa trompeta de Mirabal despertaba en mí las mismas ganas de arrodillarme y dar gracias a Dios que *La pasión según San Mateo* de Bach, el mismo escalofrío.

Eran las diez de la mañana de un domingo, y de repente un 535 empezó a sonar insistentemente en mi móvil. Qué raro —pensé— son las cuatro de la madrugada en Cuba. Pero a la tercera perdida ya sabía que tenía que devolver la llamada. Detuve el vídeo de YouTube y cogí el móvil.

—¿Qué pasa, Yodiel? —dije entre expectante y divertida.

—Mami, discúlpame —respondió— es que estoy aquí, en Güira, en la casa de mi tía, porque yo vine aquí para estar tranquilo y no meterme en problemas, y hace un rato yo me desperté y me entró tanto miedo de que tú no fueras de verdad, tuve tanta necesidad de oírte, que salté de mi cama y fui hasta la habitación de mi primo para que me prestara su móvil y poder *haserte* unas perdidas.

—¿Has despertado a tu primo ahora, en plena noche?

—Sí, mami, no importa, él comprende. Pero ¿y cómo estás, mi reina? Cuéntame. Tenía tantas ganas de oír tu voz.

—Muy bien, Yodiel, contando los días que faltan para que nos veamos —Miré la pantalla del ordenador, donde aún seguía congelada la imagen de Compay Segundo. Instintivamente me pasé la mano por la larga melena, como alisándomela— ¿Y qué haces en Güira? ¿Y el trabajo?

—Últimamente no salía nada, mami. Aquí ayudo a mi tía con los *puelcos* y los conejos. Les doy de comer. Aquí no hay policía, ni riesgo de que nadie te detenga. Yo me estoy cuidando para cuando tú llegues —la voz de Yodiel, su tono entre emocionado y divertido, me cautivó una vez más—. Estoy comiendo bien, estoy haciendo mis ejercicios para que me encuentres fuerte...

—Pero si tú no necesitas hacer ejercicio, Yodiel —reí—. Estás estupendo.

—Quiero estar mejor para ti, mamita.

—No hace falta, en serio —insistí. Yo no quería salir con un hombre que llamara la atención por su juventud y su belleza, pero no sabía cómo hacérselo entender a Yodiel. Comprendía que él quisiera darme lo mejor de sí mismo. Me contó que todas las noches se tapaba con la toalla de playa que yo le había regalado, que le gustaba cubrirse con ella y encontrar mi olor.

—Tengo tantas ganas de estar contigo, mami... Mira, la *pinga* ya se me paró —dijo con el mismo tono de un niño al que hubieran pillado en un renuncio. No pude evitar sonreír divertida — ¿había algo más bonito que la intimidad que se da entre dos amantes? — y detenerme en la expresión «se me paró». No la entendía, y así se lo hice saber a Yodiel.

—Quiere decir levantada —respondió.

¿Levantada? ¿Parar en cubano quiere decir levantar? —pensé—. Y al momento la famosa canción que dice: «Y entonces llegó Fidel, llegó el comandante y mandó (a) parar», que tantas veces había oído en España, me vino a la mente. ¿Así que eso quería decir en realidad que la gente se levantara y actuara, y no que parara la juerga? Qué cosa más compleja y apasionante era una lengua.

—Yodiel —dije—. Yo estaba oyendo ahora mismo una canción que dice: «De alto cedro voy para Marcané...»

Él respondió:

—¿Una que sigue: «Llego a puerto voy para Mayarí?»—y la cantó con su voz dulce y masculina.

Capítulo 5

Jinetear (Cuba): Dicho de una mujer: Ejercer la prostitución con clientes extranjeros. Eso es lo primero que decía la RAE y lo que yo había creído siempre que era un jinetero. Pero poco a poco fui descubriendo que jinetear quería decir ahora otras muchas cosas. Realizar negocios ilícitos con extranjeros con el fin de obtener divisas, por ejemplo (también lo decía la RAE). Pero la definición que me pareció más reveladora, sin duda, fue esta:

Se llama «jineteros» a los cubanos que deciden no trabajar por veinte euros y dedicarse al turismo (pero no estoy hablando del sector servicios). Jinetero es el que vive de los turistas y no del turismo. El que hace de guía improvisado para llevarlos, por ejemplo, a comer a algún lugar donde reciba comisión. Aunque existen varios tipos de jineteros, los «guías» de los que hablo son los más comunes. Se convertirán en amigos inseparables durante toda tu estancia, esperarán en decenas en las puertas de los hoteles y sabrán llevarte a cualquier lugar que pidas, solo por una propina, o porque les invites a los sitios a los que vayas: discotecas, restaurantes...

¿Habría leído esto alguna vez Sandra? Se parecía bastante a lo que me había contado de Abel, pero ¿acaso sabía quien había escrito eso cómo era la realidad de la gente en Cuba? ¿Qué había de malo en que a alguien no le llegara para comer e intentara sacarse un sobresueldo ofreciéndose de guía o vendiendo puros? Había tantos intereses políticos por medio, que no se podía estar segura de la intención de ciertas informaciones. Una cosa parecía cierta: Yodiel no tenía ni un duro, así que, cualesquiera que fueran sus negocios, si es que los tenía, no le habían reportado mucho. Por no tener, ni siquiera tenía móvil, al contrario que muchos de sus amigos, así que jinetero en el sentido tradicional no era, eso seguro.

Sin embargo, a veces no podía evitar entrar en Internet y mirar todo lo relativo a amores con gente de allí. Era algo que escapaba a mi control. Me ponía delante de la pantalla y escribía en Google: «Novio cubano» o «Cómo son los hombres en Cuba» y podía pasarme una o dos horas leyendo. Cada vez que pinchaba con el ratón en una página me decía: «Esto será lo último que mire», pero después miraba otra, y otra... Había entradas de todo tipo, ninguna buena. Para empezar, lo que yo creía algo especial lo habían vivido antes cientos de personas de todas partes del planeta, casi todas con el mismo final decepcionante, pero ¿cuántos de los finales lo eran porque tenían que ser, y no porque hubiera algún cubano o cubana por medio?, me preguntaba. ¿No rompían a diario miles de parejas que un día se juraron amor eterno? ¿No había estado yo casada con un chico a priori perfecto que después me salió rana, que no era para nada lo que yo había imaginado?

Buscando y buscando, di con un foro peculiar, llamado Mi *txurri* de Cuba.

Susana 80. Hola, chicos/as.

Me llamo Susana. Hace poco conocí este foro y me encantó. Vine de Cuba hace un mes y allí estuve con alguien superespecial del que creo que me he enamorado y él también, según me dice. Tengo un poco de miedo porque, bueno, ya sabéis por qué. Yo confío en él pero ese miedo está ahí. Vuelvo a finales de agosto para estar juntos y ver si realmente nos queremos o no. Desde que vine busco la forma de recordar Cuba, porque así me siento más cerca de él, y también me gustaría saber si me podéis ayudar a saber de qué forma puedo traerle más adelante, si con un contrato laboral y de cuánto tiempo o si me tengo que casar allí. Bueno, me despido y si a alguien le apetece hablar del asunto pues me encantaría, ya que mi gente más próxima no me está ayudando mucho

sino al revés.

Cristina 73. Hola, chicas.

Yo también fui de viaje de fin de carrera a Cuba y también me enamoré de un cubano. La distancia es horrible y las dudas siempre te asaltan, en mi caso mi familia y amigos me aconsejan que me olvide, que son culturas diferentes y todo eso de que te quieren por el interés de salir de su país. A mí también me gustaría olvidar, pero es imposible.

Me llamo Cristina y soy del País Vasco.

Lola 40. Chicas, ¡¡¡relájense!!!

Yo soy española y estoy casada con un cubano, nos conocimos hace muchísimo tiempo por carta y físicamente desde hace un año y poco. En enero nos casamos y el mes pasado ya llegó. Deciros que es todo muy bonito a distancia, aunque se sufre, pero la convivencia es muy pero que muy difícil. Os aconsejo que si solo lo conocisteis unos días, mejor os olvidéis, son demasiados trámites, dinero y llantos, y si no hay una seguridad... Me parece mentira que yo esté hablando así, pues estaba superenamorado, pero ahora he descubierto cosas que me están abriendo los ojos. Si los conocisteis en La Habana, mucho más peligro de que ese amor sea fingido. No es por desanimar, pero es que yo he sufrido mucho. Lo tengo a mi lado y lo sigo amando, pero de verdad que se nota muchísimo la diferencia de culturas y eso puede destruir una relación. Valoren hasta dónde quieren llegar y si deciden que siguen adelante, ánimo, y si tienen dudas, pueden consultarme.

¡¡¡Saludos y muchísima suerte!!!

Eddie 1223. Hola, chicas

Qué les puedo decir. Soy cubano y vivo en el extranjero. Mi opinión personal es que no se fíen de alguien si solo se han conocido por pocos meses. Los hombres cubanos, aunque no todos son así, cuando buscan una relación con una mujer extranjera es casi siempre para que los saque del país o los mantenga viviendo bien en Cuba. Desgraciadamente es así y eso no lo va a cambiar nadie por ahora. He conocido muchos casos ya como los que están aquí.

Cuando están frente a ustedes se muestran muy enamorados y complacientes, pero después que ustedes se van empiezan a hacer de las suyas. Se lo digo yo, que lo he visto con mis propios ojos.

Mi correo es EddieV1223@terra.com, por si alguna de ustedes quisiera mandarme algún mensaje y hablar más del tema. Besos.

Ana 28. Hola, chicas, ¿cómo están?

Veo que a todas nos ha pasado lo mismo y en distintos lugares del mundo. Yo soy de Argentina y en mi primer viaje a la isla me he enamorado perdidamente de un cubano. He dejado todo, trabajo, casa, todo, y me estoy yendo en un mes y medio a probar suerte allí. Me voy por dos meses porque la visa que dan no permite más. Sé que todas las historias suenan muy parecidas, pero no se han puesto a pensar que es muy frecuente porque hay demasiado turismo, piensen qué pasaría si en nuestros países, que son más del doble de tamaño que Cuba, hubiera la cantidad de extranjeros turistas por las calles. Ustedes han caminado por La Habana, ¡¡¡HAY MÁS TURISTAS QUE CUBANOS!!! Entonces, ¿cómo no se van a enamorar de las extranjeras? No se puede desconfiar de todo el mundo, los hombres tienen defectos aquí, en la China, en Japón y en Cuba, y nosotras NO SOMOS SANTAS TAMPOCO. Debo confesarles que tengo algo de miedo, soy divorciada, tengo 27 años y no tengo más ganas de fracasar, pero estoy enamorada y me voy a arriesgar ;)

Amalia 36. Bueno chicas, estamos fatal ¿no?

Voy a crear un *webblog* especialmente para este asunto. Lola, tu chico es músico, el mío también, muy profesional y talentoso, pero creo que aquí lo tendrán difícil, claro... Es el hombre más hermoso de La Habana, y de una personalidad brutal, abrumadora, no tiene mucho de cubano en sus cosas, pero sí en las bases (algo machista, celoso...). Es tan difícil que a veces me da por pensar que todas hablamos del mismo hombre, de tanto que me comen la cabeza con el que tenga cuidado.

Un amigo me dijo hace días que cualquier hombre desearía una mujer como yo, por lo tanto que mi chico esté colado conmigo es natural, pero que no olvide nunca que es cubano, que por naturaleza son promiscuos, que cuando llegue aquí se puede deslumbrar y perder el camino (que no sería culpa suya, sino de la sociedad de la que saldrá y el choque con la nueva vida).

En fin, entiendo cada día más que va a ser tan difícil y traumático que no sé si es mejor que se quede así o tirar para adelante.

Miré atónita todos los comentarios a los testimonios, que eran muchos. Seis largas páginas con una media de quince cada una. Lo mejor de ese sitio es que varias mujeres contaban su historia

desde el principio, no eran mensajes sueltos. Así supe de las inquietudes de Susana, de Cristina, de Amalia, de Ana, y hasta del chico cubano que se ofrecía a dar su versión. Todas comenzaban igual, con parecida ilusión y ganas de luchar contra los elementos. Pero todas parecían acabar también igual, es decir, mal, muy mal, con chicas que tiraban la toalla porque ya no podían más. De hecho, había un punto en que el foro se interrumpía, hacía ya un par de años, y no tenía más entradas actualizadas. Descubrí varios puntos en común en dichas historias: más que desamor por parte de ellos —que también— vi choque cultural, hombres machistas, celos absurdos, convivencia imposible, palabras hermosas que a la postre no significaban nada... Sin quererlo, recordé mis últimos años de casada, que habían sido un infierno. Lo mucho que me costó salir de ahí —bendito accidente, que me dio el impulso necesario para atreverme a saltar—, lo horrible que es descubrir que no sabes quién es en realidad esa persona que duerme a tu lado y a la que tanto has dado. No, yo no estaba para meterme en líos. No lo necesitaba tampoco. Ya había estado casada y ya tenía una hija, era independiente económicamente... Solo quería querer y que me quisieran, pero de verdad, a lo grande.

Hice un breve repaso por lo que habían sido sentimentalmente los últimos tres años. Sin período de duelo —ese lo había pasado mucho antes— me lancé a corazón abierto, no sin antes esperar a tener formalmente el divorcio, pues no me parecía serio tirarse a la piscina sin tener todo resuelto —por mí misma y por quien pudiera venir—. No tardé en descubrir que las cosas ya no serían tan fáciles como cuando era un treintañera casada y trabajaba de lectora editorial, y si entonces hube de ponerme orejeras más de una vez, fingiendo que no oía o no me daba cuenta de cómo me miraban algunos, ahora me encontré con que las ocho horas que trabajaba de editora de no ficción, más la hora de ida y la hora de vuelta, más la casa y la niña —que ya no era niña pero estaba muy rara— hacían más difícil que yo conociera a nadie. Los fines de semana iba al cine, una de mis pasiones, casi siempre con alguna amiga igualmente separada o divorciada, y si entre semana encontraba un hueco, también iba al cine, sola, a ver la última de Scorsese o de Chabrol: devoraba todo lo bueno, como en la música, sin hacerle ascos a nada que no fuera mi propio criterio. Eran muchos años viéndolo todo y a estas alturas ya sabía a qué se refería Héctor Peña, el crítico de *El País*, cuando ponía por las nubes alguna película coreana —no la veas, salvo que quieras echarte un sueñecito, me decía— o Aitor Boyer, el de *El Mundo*, cuando decía no sentir nada ante *Hable con ella*, de Almodóvar —no es hereje, pensaba yo, es como si realmente algo le impidiera entenderla, alguna limitación de tipo emocional—. Bien, pues estaba claro que al cine se iba a ver cine, y si alguien, por un casual, te miraba a la entrada o a la salida del mismo, no te decía nada (ni yo a él, claro). Simplemente eso no ocurría. Tal vez si hubiera sido una belleza tipo Claudia Schiffer o Laetitia Casta sí, no podía saberlo, porque mi cuerpo, mis rasgos, eran muy agradables, pero no de esos que hacen parar la circulación. ¿Quién era el que dijo en una entrevista...? Almodóvar, sí, que una vez, al menos, le gustaría haber sido una belleza de esas que entran en un local y hacen que todo el mundo vuelva la cabeza, «para saber lo que se siente». A mí también me hubiera gustado. O ser menos tímida de joven y haber caminado con paso más firme, como caminaba ahora. Y haber sido menos fiel y menos tonta los largos años de mi matrimonio.

Veinte largos años de fidelidad. Se dice pronto. Cómo pueden vivir en una mujer dos mitades tan diferentes, me preguntaba muchas veces. Una avanzada, valiente, rompedora; la otra lo suficientemente convencional para hacer de su relación (y de la buena marcha de esta) el centro de su vida. Pero todo eso era pasado. Ahora quería volver a amar y, sobre todo, saber cómo era hacer el amor con otro hombre, estar en otros brazos. Por azar descubrí una página de contactos de Internet, Lycos, que estaba abierta a todo el mundo y parecía divertida. No me gustaban mucho esas cosas, pero un día, ya divorciada, me vi mirando perfiles, descubriendo la luz verde del chat,

la adrenalina de abrir mi página y ver en la bandeja de mensajes el número uno (no digamos ya el dos o el tres). Fue así como conocí a Pablo. Él estaba separado, tenía dos hijos de diez y doce años y no estaba mal en las fotos, aunque parecía tener algún problema de sobrepeso. No me importó. No era un físico espectacular lo que buscaba. Eso ya lo había tenido con mi exmarido y en realidad solo me había servido para presumir, estúpida costumbre en la que los humanos solemos caer a veces.

El flechazo fue mutuo. Casi sin darme cuenta, me volví adicta al correo electrónico. Los mensajes que ambos nos intercambiábamos eran pícaros y muy, muy divertidos. Yo saqué toda mi artillería cultural y la amoldé a la suya —tengo buena capacidad de adaptación y me encantan los juegos de palabras y la ironía— y él estaba fascinado pero misteriosamente, no parecía tener prisa para quedar un día y conocernos en persona. Es más, alguna vez me sorprendió con mensajes que parecían reflejar cierta lucha interna y que yo no entendí, pero todo lo borré de mi mente la vez que él me hizo la primera llamada.

—¿Quién es? —respondí, porque él no me había dado todavía su número de móvil y por tanto no pude reconocerlo.

—Pablo, soy Pablo —dijo muy bajito. Parecía un niño asustado.

Estuvimos hablando una hora. No parábamos de reírnos. La misma sintonía, la misma rapidez de respuesta. Aquello era divertidísimo.

A partir de entonces, Pablo me llamaba a cualquier hora, muchas veces interrumpiendo su trabajo y de paso el mío. Por las tardes casi nunca podía, decía, porque estaban los niños y él era un padre muy responsable que los llevaba y los traía, que hacía los deberes con ellos.

Me lancé de cabeza. Me enamoré como solo puede enamorarse alguien que ha vuelto a la vida, como una adolescente casi. Pero no tardé en comprender que él estaba casado y que no se divorciaría nunca. Me había asomado a este mundo con tanta ingenuidad que dí por hecho que si en una página de contactos un hombre decía que estaba separado solo podía querer decir que estaba separado. Pero soy de las que aprenden pronto. Primera lección: no des por hecho que los demás son como tú hasta que te lo demuestren. Segunda lección: cuando un hombre dice en Internet que está separado, suele querer decir que está casado. Y si no, como poco, que es un hombre que aún no ha resuelto lo que quiera que tenga entre manos. Dejé a Pablo, lo taché para siempre de mi lista de amigos («Lo siento, pero mis amigos no tienen la costumbre de mentirme y están disponibles para mí sin límite de horas», le dije) y nunca más volví a cruzar mensaje alguno con casados (había alguno honesto que lo decía abiertamente; esos por lo menos no me merecían el desprecio que para siempre me inspiró Pablo).

Quería olvidarlo, pero no iba a ser tan fácil. Cuando me metía en una historia, me metía hasta las trancas, y luego estaba el hecho de que él había sido el primer hombre de mi «segunda vida», como me gustaba decir. Cierto que el sexo con él había sido bien poca cosa —cómo me gustaría decirle alguna vez que la tenía tan pequeña que no siempre estuve segura de si me estaba penetrando, pensaba a veces, furiosa, cuando recordaba lo estúpida que había sido—, pero el cariño es el cariño, y el amor, en muchos sentidos, estaba en la cabeza.

Pasaron varios meses hasta que quedé con alguien, y entonces comenzó una época en la que los hombres que conocí se dividían básicamente en dos tipos: los desesperados que por tomar un café con ellos creían que ya tenían novia y los que te soltaban desde el principio que ellos no querían una relación. Y en medio la nada absoluta. Yo tampoco decía abiertamente que quería salir con alguien, como no dije nunca en el pasado si quería o no casarme, pero poco a poco comprendí que lo que quería decir la famosa frase era en realidad: «Yo estoy aquí para follar con todo lo que surja». La sospecha me la confirmó un mediocre amante con el que compartí varias jornadas con

días de distancia. «No vaya a ser que te enganches», me soltó un día sin cortarse. Era un tipo de lo más normal, en el físico y en lo demás, capaz de presentarse a un café en pantalón corto y chancletas —seguro que no había leído en su vida un artículo de Pérez-Reverte—, pero con una sorprendente seguridad en sí mismo, directamente proporcional al tamaño de su miembro. Me odié a mí misma por no darle puerta cuando descubrí que soltaba en la conversación palabras inventadas que a él le sonaban cultísimas, como *tregivesación* y *onomásticamente*, pero llevaba demasiado tiempo de sequía y al menos no parecía peligroso ni psicópata. Nunca he soportado que me compartan con nadie, o que alguien esté conmigo como podría estar con la de al lado o con la de más allá, así que la cosa no duró mucho. Seguimos un tiempo en contacto, eso sí: nunca quise perderme su deriva y ver cuántas calabazas le daban cuando su único activo dejara de funcionar.

Yo quería amar y que me amaran, ya lo he dicho, entre otras cosas para dar salida al fuego que me corroía y que a veces me hacía verme a mí misma como un volcán, pero para eso necesitaba estar a gusto con alguien, en confianza, y además no sentir asco pensando que estaba compartiendo fluidos con terceras personas. Mi matrimonio fue así, y he de decir que jamás me cansé: al contrario, cada vez que nos acostábamos me enamoraba más de mi marido. De hecho, creo que el sexo fue lo que fatalmente más nos unió a mí y a mi ex y nos impidió separarnos cuando sabíamos que otras cosas estaban mal.

Una vez escribí en mi perfil, en el que nunca puse foto por protegerme y porque no quería que me eligieran en un simple vistazo: «Cuando pienso en lo que algún señor y yo nos estamos perdiendo, no puedo evitar decir: ¡Qué desperdicio!», pero en vez de atraer a alguien interesante, la frase resultó ser un imán para vulgares sátiros. En otra ocasión puse en alguna parte del cuestionario a rellenar que dos cosas que valoraba mucho, como Beethoven, eran la inteligencia y la bondad, pero fue como si no hubiera puesto nada: dio igual. Había tíos cultísimos que se lo pasaban pipa intercambiando correos conmigo pero que nunca querían quedar —yo ya sabía por qué— y otros que me ponían en su cesta pero que a la vez recolectaban a otras féminas en la página —era fácil descubrirlo, a poco curiosa que fuera una.

No sabía cuánto de mi fracaso era atribuible a mí y cuánto a los demás, porque sobre el papel yo era bastante exigente. Luego, si después de analizar y ver que no había nadie que encajara hacía la vista gorda y le daba a alguien alguna oportunidad, tampoco funcionaba. Un día, cuando ya había tenido varias experiencias que me habían ido quitando poco a poco la ilusión de enamorarme, comprendí que Internet no podía ser el camino, daba igual la página que fuera. Por mucho que seleccionaras, cuando por fin quedabas con alguien, la herramienta de marras solo te permitía saber si con esa persona jamás podrías tener algo. Todo lo demás necesita de tiempo, de galanteo, de construcción y de sueño, y eso era incompatible con tener a alguien enfrente que te exigía tomar una decisión en seguida.

Capítulo 6

Nunca me había sentido tan observada. No veía a Yody entre la multitud que esperaba a los recién llegados en el aeropuerto José Martí y por unos segundos me quedé descolocada, hasta que de repente apareció sonriendo, lentamente, como si él también se hubiera sentido descolocado esos mismos segundos y necesitara ir paso a paso para mirarme y ver que era de verdad. También para que todos cuantos allí estaban pudieran ver que esa bonita europea había viajado hasta allí para estar con él. Yo lo miré intentando reconocer en esa figura al hombre con el que me había cruzado tan intensos mensajes de amor. Iba vestido todo de blanco pero no estaba impecable; era como si hubiera escogido la mejor ropa que tenía, o como si se la hubieran prestado, y aun así no pudiera disimular su condición de pobre. Nos fundimos en un abrazo. Su olor era una mezcla de café y de agua fresca.

—Mami, yo salí a las seis de la mañana de Güira. Llevo aquí todo el día.

—¿Aquí, en el aeropuerto? — respondí asombrada—. Te traerías un bocadillo por lo menos, ¿verdad?

—Aquí las cosas están muy duras, mami —dijo mientras ponía cara de «estos extranjeros... están en la inopia»— ¿Tú sabes? Yo discutí con una persona en el aeropuerto *porque* el avión vino a las siete...

—Pero si te dije que llegaba a las nueve y pico de la noche—le corté—, que salía de Madrid a las cinco de la tarde y que eran casi diez horas de vuelo. Y luego había que quitar las seis horas de diferencia con España...

—Y como tú no bajabas me puse a *preguntal* y un custodio me dijo que lo que pasaba era que tú viajabas con Iberia. Y yo me enfadé y le dije: «¿Qué tú dices? Mi reina no viaja con nadie, ¡¡¡viene sola!!!» Pero él me habló: «Yo sé lo que pasa», y me explicó.

No me lo podía creer. ¿Era posible que no supiera lo que era una línea aérea? Y eso me hizo mirarlo con mayor ternura aún.

Había cogido dos noches en el mítico Hotel Nacional, el mismo en que un día se reunieron todos los capos mafiosos norteamericanos, según reflejó *El padrino*, antes de partir hacia Varadero, a otro hotel de cinco estrellas. Una ocasión es una ocasión, y como yo viajaba poco, cuando lo hacía no me andaba con menudencias. Además, la otra vez, después de mucho pensar, opté por el NH del Parque Central; así que ahora tocaba este. En cuanto puse los pies en el edificio más famoso de El Vedado, supe por qué Alejo Carpentier lo llamó el castillo encantado: la planta principal con sus tres naves paralelas, los azulejos, las lámparas *art-nouveau*, las vigas simuladas y los grandes ventiladores en el techo... Era el más cubano de los hoteles. Me sentí como si estuviera en un gran plató de cine y sonreí extasiada a la mujer que nos atendió en el *lobby*. Mi gesto se congeló bruscamente, sin embargo, cuando, una vez comprobó que la reserva estaba en orden, no hizo nada por disimular su contrariedad al ver a Yodiel detrás de mí. Él no dijo nada: sabía que no hacía tanto que los nativos cubanos ni siquiera podían alojarse en los hoteles.

La habitación era pequeña, pero tenía cama de matrimonio y a nosotros nos pareció maravillosa.

—A mí me han dicho que en todos los hoteles hay televisor, mami.

Abrí lo que parecía un armario. Ahí estaba el televisor.

—¡Guau! ¡Esto está de pinga! —dijo saltando—. ¿Y bebidas? ¿Dónde están las bebidas?

Condescendiente, abrí la pequeña nevera camuflada también bajo la apariencia de un armario.

¡Carajo! ¿Y todo esto es para nosotros? —dijo impresionado. Parecía un niño el Día de Reyes, como si en verdad nunca hubiera visto nada igual. Entonces le tocó el turno a la ducha. Yodiel, que se había desvestido en segundos y lucía unos viejos calzoncillos verdes con rayas naranjas, tampoco conocía este viejo sistema que obligaba a apretar el botón de la bañera para que el agua saliera por la alcachofa, pero no parecía cortado por ello. Simplemente preguntaba. Recordé algunas anécdotas que Sandra me había contado sobre la cara que él y sus amigos pusieron cuando vieron unas fotos que aquella les enseñó de su casa y, en concreto, de su cocina («Alucinaban con la placa de vitrocerámica, no se podían creer que eso calentara igual que el fuego».)

Yodiel había venido con lo puesto. No tenía maleta, ni bolso. Menos mal que, además de comprarle pantalones, camisetas, camisas y zapatos, tuve la intuición de llevarle calzoncillos, chanclas y hasta un cepillo de dientes, bien es verdad que lo hice pensando más en la poca costumbre que él tendría de preparar un viaje de recreo que en la posibilidad de que, simplemente, no tuviera nada que llevarse.

—A ver de qué marca es esta camisa... —dijo, sentado en la cama y rodeado de todas las prendas que yo acababa de sacar de la maleta—. ¡Es de Zara! Cuando la vean Abel y Alexis no se lo van a creer. Y ese pantalón tan lindo. ¡Uf! De H&M. Esto es lo máximo. ¡Ay! Mamita, cómo voy a agradecerte yo todo esto.

Yo sonreía. Y a Yodiel se le veía tan feliz, tan exultante.

Teníamos que cenar algo. El comedor estaba cerrado, pero nos habían dicho que en el bar se podía pedir alguna cosa, así que allí fuimos, todavía intentando familiarizarnos el uno con el otro.

Estábamos nosotros solos, y Yodiel pidió pollo con ensalada y patatas. Comprobé que era verdad que no había comido en todo el día. Me pregunté cómo podría pensar en el amor alguien que no había probado bocado en veinticuatro horas.

—Hay algo que quiero decirte antes de nada, Alicia —dijo, por primera vez serio desde que yo aterrizara.

Lo miré expectante.

—No quiero que haya mentiras entre nosotros, quiero que todo sea *sinsero*, ¿OK? Y por eso tengo que decirte que nací en el año 86.

—Sabe Dios que no me hace ninguna gracia oír eso —respondí, sin poder disimular mi contrariedad—, que daría cualquier cosa por que tuvieras diez, cinco años más por lo menos. Pero ya no puedo decir que eso sea una sorpresa.

Cuando terminamos de cenar, quise ver los famosos jardines del hotel, desde los que se disfrutaba de una privilegiada vista del Malecón. La noche era magnífica, y en la calle decenas de jóvenes celebraban algo especial. Bailaban y bebían en la acera, junto al mar, en la carretera... Yo miré al Malecón, y después miré a Yodiel, y por un instante me pareció que hubiera dado cualquier cosa por estar ahí abajo.

—He dicho que no, mami, contigo no quiero hacerlo así —Yodiel, obcecado, se resistía a ponerse un condón.

—Seamos adultos —decía yo—. Los dos nos hemos cuidado ahora, pero hace solo dos meses ni siquiera nos conocíamos. Tú siempre usas condón, ¿verdad? Aquí os cuidáis mucho. Y yo ni siquiera he tenido relaciones últimamente, pero es una cuestión de...

Yodiel me interrumpió.

—Por eso mismo. Tú no tienes nada que temer, mami.

—Iba a decir de respeto.

—Tú para mí eres mi esposa, y yo con mi esposa no me pongo condón —decía con una actitud un tanto infantil, el rostro enfurruñado y los brazos cruzados en actitud desafiante.

Así estuvimos un rato, pero al final lo hicimos sin preservativo, y luego la inquietud por haberme expuesto y la culpabilidad por no haber sido bien firme no me ayudaron mucho a descansar. Fue una noche rara. Yodiel me hizo el amor, pero sobre todo me hizo el sexo como al parecer lo hacían siempre ahí, comiéndome el clítoris primero y exigiéndome a mí después que hiciera lo propio, para acabar con una larga penetración que al día siguiente me hizo estar dolorida. Yo estaba acostumbrada a dialogar, había leído a Shere Hite en mi adolescencia y a Masters y Johnson en mi madurez, sabía lo importante que era no imponer nada en el sexo y siempre me había sentido respetada, o al menos no coaccionada, por mis parejas, salvo que el juego fuera precisamente ese, la coacción. Pero sabía que todo eso a Yodiel le sonaría a chino, así que me lo guardé para mí. Había que reconocer que en ciertas cosas era fabuloso, me había tenido encima quién sabe cuánto tiempo y yo no había parado de gozar, así que intenté quedarme con eso.

En el comedor, Yodiel hablaba mientras cogía todo tipo de alimentos del bufé libre.

—Yo te voy a llevar hoy a Güira, a que veas a mi familia, a la hermana de mi mamá.

De repente se fijó en mi café con dos tostadas y lo miró con tristeza.

—¿Solo eso vas a comer? Ay, nené, que todo esto es gratis.

—No es gratis, Yodiel. Solo se ha pagado antes —le expliqué.

—Es igual, voy a coger *calne*. Y ¡mira! Allí te hacen huevos al momento —dijo alzando la voz y sin poder ocultar su sorpresa.

—¡Chiss! Habla más bajo, que todo el mundo nos mira —no pude evitar sonrojarme.

Al rato Yodiel apareció con una bandeja inmensa llena de carne, salchichas, fruta, huevos, zumos, leche... Los ojos le hacían chiribitas.

—Sácame una foto, mami —me dijo.

—Yodiel... ¿Realmente lo crees necesario?

Recordé la primera vez que, por mi trabajo, asistí a una cena en la embajada francesa en Madrid. Mis esfuerzos por aparentar naturalidad y que no se notara que nunca había estado en una cena de gala.

—Tú sácame la foto. Pero que se vea bien todo lo que hay en los platos, ¿eh?

Había que comprenderlo —pensé para mí. Todo eso era demasiado nuevo para él y ni siquiera había tenido ocasión de interiorizar según qué consejos. No importaba. Seguro que con su inteligencia natural aprendería rápido.

—¿Y quién está en Güira ahora? —pregunté.

—Mi tía, mi primo y su esposa... Te han preparado una fiesta.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Todo el mundo sabe allí quién eres —respondió—. Todos quieren conocerte, nené. —Y se rio como un niño travieso y después me besó con fuerza.

El viaje a Güira tenía su intrínquis. Había que coger un taxi colectivo cerca del Coliseo — Yodiel negoció con el chófer y le dijo hasta dónde quería ir— pero antes había que esperar a que el coche se llenara con otros viajeros. Cuando por fin salimos, y después de unos cincuenta minutos, llegamos a una especie de estación, en la que volvimos a coger otro taxi en las mismas condiciones. Antes pasamos por una tienda en la que Yodiel compró varias botellas de ron y coca-colas.

—Alicia, ¿tú tienes un billete de veinte CUC?

Lo tenía, claro. Esa misma mañana había cambiado doscientos euros en CUC delante de él.

Saqué un billete y no dije nada.

Habían pasado casi dos horas desde que saliéramos de La Habana, a las ocho de la mañana, cuando por fin llegamos a lo que parecía un cruce de caminos.

—¿Es aquí? —pregunté. El calor comenzaba a ser inclemente.

—No, mami, ahora hay que andar.

—¿Andar? ¿Y no hay ninguna guagua? —dije yo, encantada de utilizar una palabra que solo se decía allí. Siempre he disfrutado aprendiendo localismos y no dejaba de maravillarme con los sorprendentes giros que hacían del español en la isla.

Yodiel solo sonrió por toda respuesta, y supe que lo que me estaba diciendo era la ya conocida frase: «Es Cuba».

Caminamos unos veinte minutos bajo un sol de justicia y en pleno campo, sin nada donde guarecernos, yo con mi inseparable pabela y mi crema de protección cincuenta hasta en las manos. Entonces llegamos a otro cruce de caminos en el que por fin paramos. Yo me dejaba llevar. No conocía nada de aquello y Yodiel no era hombre de muchas explicaciones. Cuando llevábamos allí unos diez minutos, apareció una camioneta. Yodiel la paró y habló algo con el conductor que no pude entender, pero no porque no lo oyera, sino porque los cubanos, cuando hablaban entre ellos, tenían un acento tan fuerte o unos giros tan peculiares, que a veces parecían hablar en otro idioma. El conductor se fue y Yodiel soltó un juramento. Preferí no preguntar. A los pocos minutos llegó una especie de carro en el que nos pudimos subir, no sin que antes Yodiel cruzara un breve diálogo con el conductor del tipo: «¿Tú me pue lleva a ira, men?», pero dicho tan rápido que yo solo oí el «Ira, men». En el carro iban dos personas a cada lado. Con nosotros ya no había sitio para nadie más. Al menos no era un camión atestado de gente de pie, como ya había visto unos cuantos.

Después de diez minutos, Yodiel dio un silbido y el *jefe* paró. Dimos un salto —mejor dicho, Yodiel me ayudó a saltar—, y todavía anduvimos un rato a lo largo de un camino lleno a ambos lados de enormes palmeras reales y sin una sombra, pero ahora ya adentrándonos en el lugar llamado Güira de Melena, que, según comprobé durante el camino, estaba muy cerca de San Antonio de los Baños, la ciudad de la mítica escuela de Cine que tenía a García Márquez entre sus profesores de guion. Era un lugar llano, sin montes y parecía que sin ríos. A cada paso que dábamos, salía algún niño gritando ¡Hola, Yodiel!, y Yodiel para todos tenía una palabra o un gesto cariñoso.

A la entrada del pueblo, cerca ya de la casa de su tía, un grupo de unos quince hombres, la mayoría en cuclillas, asistía entre gritos y con atronadora música de fondo a una pelea de gallos. Estaba a punto de pedirle a Yody que nos acercáramos cuando, al comienzo de un camino de tierra, apareció una sonriente y atractiva mujer de cuarenta y muchos, vestida, como tantas cubanas, con unos bermudas de color rojo y una camiseta de tirantes pegada al cuerpo, también roja, que marcaba todas sus lorzás. Sin embargo, no le quedaba mal. Y era evidente que a ella le parecían preciosas.

—¡¡¡Yodiel!!! Ya pensé que no llegarías —dijo su tía.

Nos recibieron con los brazos abiertos. Yo temí que Odalys, que apenas tendría un par de años más que yo, me mirara mal, al ver que no era una mujer joven, pero no fue así. Todo el mundo estaba entusiasmado, todos parecían muy contentos de tenernos allí. La tía nos había preparado un exquisito arroz con conejo para comer, aunque allí solo comimos nosotros, y, uno por uno, fueron desfilando amigos y familiares a tomar un trago de ron y hacerme los honores, en medio de la música de los Van Van que salía de un altavoz justo encima de la casa y que personalmente detesto. Todos probaban los bombones que compré en el aeropuerto de Barajas, unos Uña

individuales, y yo recordé mi propia niñez en la España de los sesenta, cuando comer un bombón era poco menos que exótico. (Una vez, mis hermanas y yo conocimos a unas francesas que nos ofrecieron *des bomboms*. Las tres recordábamos perfectamente nuestra decepción cuando descubrimos que aquello en francés quería decir caramelos.) El calor, pegajoso, estaba en los límites que un humano puede soportar. Yo tenía la cara cubierta de sudor —menos mal que suelo ir siempre limpia de maquillaje—, y todos se aprestaron a ponerme el ventilador más grande, porque era la invitada y porque parecían saber que un extranjero era menos resistente que ellos a las altas temperaturas. Me hablaron de los habituales cortes de luz, de algunas noches que habían tenido que salir al patio a dormir, cuando los ventiladores no funcionaban y no se podía aguantar el bochorno dentro de la casa. Por todas partes se colaba el discurso sobre las muchas carencias del país, siempre con retranca, eso sí. En un momento dado fui al baño, que estaba en el otro extremo de la casa y cuya puerta no cerraba bien. Cuando quise dar a la cadena, descubrí horrorizada que allí no había cadena ni nada que se le pareciera. Salí en busca de Yodiel, mientras daba gracias al altísimo por haber tenido la fortuna de que se tratara de aguas menores... Él, solícito, me explicó que en Cuba no había agua corriente, ni en esa ni en ninguna otra casa, que lo que había visto en los hoteles era el agua de unas cisternas que diariamente, y de madrugada, abastecían a los hoteles y a las casas de los afortunados que podían tener una bomba para uso propio. Se fue a otro lugar de la casa y vino con un cubo de agua que él mismo echó al water.

A ratos estuve a solas con los primos de Yody, una pareja con una niña de dos años a la que había llevado un vestidito de regalo. Ambos recordaron, riendo, la noche en que Yody les despertó pidiendo por favor un móvil para poderme llamar. Él trabajaba allí mismo, cuidando de dos cerdos que tenían y de varios conejos. Era a él a quien Yody había estado ayudando este tiempo que había permanecido ahí. «Tiene una mano estupenda para los animales», me dijo. Ella era profesora y tenía que recorrer un largo trecho a diario para acudir a su trabajo, por el que cobraba —era fácil obtener esa información— veintisiete CUC al mes, el equivalente a treinta euros. Vivían sin lujos, pero vestían normalmente y tenían dos habitaciones —para ellos y su niña— bien bonitas, por más que la estructura de la vivienda aparentara ligereza y, cómo decirlo, imprevisión. Aquella gente, como tanta en Cuba, tenía muy poco, pero a diario luchaba por mantener su dignidad y lo conseguía. Casas humildes pero siempre ordenadas, ropas blancas y relucientes —cómo lo conseguían, casi sin agua y, por supuesto, sin lavadora, era un misterio para mí.

De repente vino Yodiel diciendo que en una casa cercana había una pareja que había ido hasta allí en coche y que volvía por la tarde hacia La Habana. Ellos nos llevarían (por el módico precio de veinte CUC), pero tenía que ser a las cinco en punto, es decir, dentro de un rato, ni un minuto más tarde. Nos fuimos con ellos, claro. Así nos evitábamos repetir lo que habíamos hecho por la mañana. Con nosotros vinieron también un tío de Yody y su mujer, los cuatro apretados en la parte de atrás del coche y sin decir ni pío, pues la mujer del conductor estaba visiblemente contrariada —supuse que algo tenía que ver el hecho de que nosotros estuviéramos ahí—, y Yody me indicó de mil formas que no hiciera el menor ruido. ¿Pero acaso no les hemos pagado?, pensaba yo, ¿a qué viene tanto misterio? Pero entonces Yodiel, que parecía disfrutar con el reguetón a tope que tenía puesto el hombre, me sentó en sus rodillas y me estrechó con fuerza hacia sí, y me pasé las dos horas del viaje mirando el exótico paisaje cubierto de palmeras de todos los tamaños y llevando mi pensamiento, intermitentemente, del tacto de los brazos duros y fuertes de mi amor al peculiar olor del campo cubano, húmedo y pegajoso y maravilloso, y diciéndome de vez en cuando: «Quién me iba a decir a mí, que llevo una vida tan normal en Madrid, que hoy estaría aquí, en los brazos de este hombre y a ocho mil kilómetros de España».

¡Mi reina!

Esas fueron las dos palabras que Yodiel dijo más veces desde el momento que pisamos el hotel Hicacos en Varadero. Yo no sabía dónde meterme cada vez que, si aparecía por la piscina, me llamaba desde el bar al grito de «Mi reinaaaa» y todo el mundo se giraba para ver a quién se dirigía el atractivo cubano que, contra toda costumbre, estaba allí pasando sus vacaciones. No sabía qué me hacía más feliz, si estar allí con él o verlo disfrutar tanto. ¿Quién no ha sentido alguna vez el deseo de hacer feliz a alguien, de ayudarlo a realizar su sueño? Además, era tan agradecido, y tan abierto... Se hacía con todo el mundo (se atrevía a chapurrear el inglés con los extranjeros que se alojaban en el hotel y de día en día se notaban sus avances) y era el alma de los juegos de animación. También jugaba partidos de voleibol, mientras yo lo miraba desde una tumbona cuando levantaba la cabeza del libro de Joyce Carol Oates *Ave del paraíso* (esta vez no me apetecía leer ningún volumen de la colección de *Relatos insólitos*, seleccionados por Alfred Hitchcock, que con tanto placer degusté en el viaje anterior).

A veces no podía evitar acordarme de una obra de teatro de ¿Jardiel Poncela? Que vi de pequeña en la tele, en la que una mujer, en una suerte de feria, entraba en una atracción llamada *Palabras de amor*, donde un apuesto hombre la colmaba de halagos y frases hermosas que ella escuchaba arrobada. En un momento dado, él se quedaba en silencio. «¿Qué pasa?», decía ella. «Que se agotó el tiempo», respondía el enamorado. ¿Me parecería yo en algo a aquella mujer?, pensaba alguna vez, para responderme al instante: qué importa. ¿Acaso el amor no obedece siempre a una necesidad —la que sea— de los dos miembros de la pareja? ¿No era Ortega el que dijo aquello de «El amor. Ese egoísmo mutuo»?

Había una cosa con la que disfrutaba enormemente en la piscina, y era apoyarme en los hombros de Yody y dejarme llevar mientras él nadaba. Todo el mundo miraba, de una u otra forma, y a mí me divertía ser objeto de esas miradas, mezcla de asombro —¿quién había visto nunca a un cubano hospedado en un hotel como aquel?— y curiosidad. Otras veces no era tan divertido: había ciertas normas que Yody no conocía, como que en un hotel no puedes preguntarle a la chica de la limpieza por cuánto te puedes llevar el albornoz de tu habitación a casa, o hasta dónde se puede jugar en público. Fueran unas cuantas las veces que hube de decirle que no me tocara los pechos delante de todo el mundo —«Son míos, respondía»—, pero peor aún fue una vez que en la playa lo vi extraerse unos largos mocos al salir del mar. ¿Y cómo se le dice a alguien que eso no puede hacerse?, pensé mientras miraba alrededor, confiando en que las pocas personas que tomaban el sol en las hamacas no se hubieran dado cuenta.

El estupendo hotel tenía, como todos los de cinco estrellas, barra libre a todas horas —Yody hacía demasiado uso de ella, a mi juicio— y dos piscinas, aparte de la principal. Una de estas estaba cerca de nuestra habitación, que, según no tardamos en comprobar, se encontraba muy lejos de todas las demás ocupadas. Estábamos solos, sin vecinos. También tenía una discoteca no muy concurrida en la que, cada noche, y después de pasar un rato viendo jugar al billar (a mí no me gusta y lo pasaba mal, pues entre la digestión y la temperatura del trópico solía entrarme sueño), yo daba rienda suelta a mi pasión danzarina. Cómo me gustaba eso. Después de años bailando casi siempre sola en el salón de mi casa, porque en Madrid las discotecas eran básicamente para gente más joven, y las específicas para mayores deprimentes (y además no conocía a un solo tío interesante al que le gustara bailar, como si estuviera reñido el gusto por bailar con la literatura o el cine), estaba disfrutando de lo lindo. Me sentía rejuvenecer saliendo cada noche a una discoteca, y sintiendo la mirada de Yody que me jaleaba: «Qué bonito bailas».

Lo que más sonaba eran los *hits* de moda que se oían en ese momento en Europa, sobre todo en Inglaterra —había muchos ingleses en el hotel—: Katy Perry y cosas así. Otras veces sonaban

piezas de Celia Cruz, como esa que dice en el estribillo: «Ay, no hay que llorar / que la vida es un carnaval / Que es más bello vivir cantando / Oh oh oh ay, no hay que llorar (No hay que llorar) / Que la vida es un carnaval / Y las penas se van cantando...»

Se oían menos las canciones de la calle, claro, esas que ironizaban con ilustres personajes como la bailarina Alicia Alonso, o las de los Aldeanos, un grupo de *hip hop* un tanto *destroyer*. Ya me sabía de memoria unas cuantas de ellos. En Madrid me había hartado de escuchar *A pesar de todo* o *En el Hotel Nacional*, en la que Aldo, un chico que podría ser el mismísimo Yodiel y que hablaba casi como él contaba cómo fue su experiencia una vez que lo invitaron a pasar un día ahí: «Lo primero que se me ocurre es pasar al baño / y gastar todos los pomitos que dicen que es de baño / hay diez toallas para mí y aunque te parezca loco / me bañé por lo tanto que estuvo el motor de mi edificio roto (...) Pa' no hacerte el cuento largo pedimos una pila de cosas, y con esas cosas el cubano cómo goza / cada vez que tocaban la puerta me escondía y no sé por qué creía / que podía ser la policía...». Me hacían mucha gracia, porque contaban cosas terribles pero siempre con humor, aunque había una canción que venía en el mismo álbum, *Toy pa' viejas*, que me resultaba un tanto inquietante: «No me importa que seas vieja, no me importa si estás floja o si estás gorda no me toca, lo que importa es que me ames y no me james dejando mi billetera *over game* (y el caballo, ya tú sabes)». El estribillo no tenía desperdicio: «Estoy pa vieja bizca y gorda (vieja super vieja, ciega y sorda) / Si me quiere, me respeta y además la porta, que vengan 10, 40 viejas todas gordas». Le dije a Yodiel que la conocía, para ver por dónde salía, y simplemente sonrió pícaro, como en tantas ocasiones.

En la piscina principal había un instructor de buceo.

—Siempre quise aprender a bucear con bombona —dijo Yodiel.

El monitor fue otro de los sorprendidos de ver allí a un cubano.

—¿Qué hay, chama? —le dijo intentando ser simpático.

—¿Yo puedo *haser* el curso de buceo? —le soltó directo Yodiel.

—Claro.

—¿Y yo puedo después practicar en el mar? —siguió.

—Eso ya no, mi *compay*. Usted en la playa solo puede bañarse así como está, sin gafas de buceo ni aletas.

No pude oír el juramento de Yody, pero sentí su impotencia. ¿Qué pensaría yo si viviera en un país en el que está prohibido bucear por si uno se va nadando algo más de doscientas millas hasta llegar a Miami? Rabia, por supuesto. Pero también vergüenza ajena. Mucha vergüenza.

Había algo que me tenía un `poco intrigada: había observado que, en el comedor, Yodiel solía coger pastelitos o frutas que guardaba en una servilleta. «Quedamos en la habitación, mami», decía antes de que yo tuviera tiempo de preguntar nada. Al principio hice como que no me daba cuenta, pero cuando Yody se fue por tercera vez, no me aguanté más las ganas de seguirlo por el hotel. Lo que vi me dejó estupefacta: bajo los árboles, Yodiel hablaba con algunos trabajadores del hotel, todos cubanos, y les ofrecía el «tesoro» que había conseguido sacar del comedor, esa comida que ellos tenían prohibido tomar y que, según le habían contado, no les estaba permitido probar ni cuando sobraba y estaba a punto de tirarse a la basura. No pude evitar acordarme de mi padre, que, si detenía a alguien que había estado escondido en el monte, lo primero que le preguntaba era cuántos días llevaba sin comer, y que a menudo subía a casa a coger una cerveza y un bocadillo para dárselos antes de preguntarle nada, «porque el hambre es una cosa horrible e inhumana». Él lo sabía bien porque sufrió la Guerra Civil de niño, y setenta años después aún recordaba cosas como esa. Me quedé mirando a Yodiel, inmóvil, durante unos segundos y no dije nada.

—¿Me dejas tu teléfono, mami?

—Claro, pero recuerda que usar aquí un móvil español sale por un ojo de la cara.

Yodiel tenía que hablar con su tío, un hermano de su padre que vivía en La Habana y que, al parecer, en su día le prometió muchas cosas —o quizá solo fuera que las adornó, pensando que en Guantánamo nunca sabrían del todo la verdad— y que no acababa de darle trabajo nunca. Yo no sabía cómo ni cuándo había llegado a los oídos de Yody que el abuelo de ambos agonizaba en Guantánamo.

—¿Tú ves? Y hace seis años por lo menos que yo no lo veo.

—¿Todo ese tiempo hace que no vuelves por tu casa? —Me impresionó mucho oír eso. Así que hacía un montón que no veía a sus padres y a sus dos hermanos —un chico dos años menor y una niña de once años—, y todo indicaba que así seguiría mucho tiempo, salvo que alguien —una mano angelical y buena— hiciera algo al respecto... Y así fue como le ofrecí pagarle el viaje en avión de La Habana a Guantánamo —apenas eran cien euros— y además darle otros cien para que no fuera con una mano delante y otra detrás. Pero eso sería una vez finalizada la estancia en el hotel Hicacos. Aún habríamos de disfrutar de horas de intimidad, de risas y hasta de canciones —Yody era un consumado *croner* y no perdía ocasión de cantarme, en cualquier lugar y delante de quien fuera, canciones de Juan Gabriel, José José o Marc Anthony, artistas todos que yo apenas conocía o que, simplemente, nunca me habían interesado. No pude evitar cierta sonrisilla de superioridad cuando él empezó a cantar: «Y cómo es él / en qué lugar se enamoró de ti», ese horror que un día perpetró José Luis Perales. (Cómo era posible que el autor de la letra y la música de *Por qué te vas* hubiera acabado haciendo cosas como esa era para mí un misterio tan indescifrable como el de los agujeros negros o el paradero cierto de la tumba de Nefertiti.) Le pedí que cantara otra cosa, y entonces me versionó íntegra una que empezaba: «Tú me sabes escuchar, tú me sabes bien guiar, todo lo haces muy bien tú, ser muy buena es tu virtud...», para mi regodeo, ya que nunca antes había tenido un trovador, mucho menos a domicilio.

El último día, ya en La Habana, le di un móvil a Yody —el primero de su vida— no sin antes dejarle bien claro que era español, de Movistar pero de recarga, no como el mío, y que solo valía para mandarnos mensajes entre nosotros —muy baratos— y para recibir las llamadas que yo le hiciera. Cualquier llamada que él realizara desde allí, aunque fuera a su vecino, sería facturada como *roaming*, y Cuba y *roaming* eran dos palabras que, sencillamente, no podían ir juntas, pues por alguna extraña razón lo cobraban como si en vez de un *roaming* fueran tres a la vez. En el hotel Hicacos, cuando hablaba con su tío y creía que yo no le oía, le había oído ofrecerse a este «para correr con todos los gastos». Sabía que eso solo era una bravuconada de chico pobre que por primera vez tiene algo en el bolsillo, y aunque no le hice ningún comentario sobre ello en ese momento, quería que recordara que a mí no me sobraba el dinero.

El coche vendría a recogernos al hotel a las siete y media, así que aún tuvimos tiempo de dar una vuelta por El Vedado, uno de los barrios más emblemáticos de la ciudad, lleno de mansiones poscoloniales en diferentes estados de conservación —algunas en el más óptimo y otras con todo tipo de parches, pero en todo caso impresionantes—. Me llevó al parque Lennon en la calle diecisiete, entre las calles seis y ocho, y me saqué la típica foto sentada junto a la escultura del músico. Vedado era el contrapunto a La Habana Vieja. Tranquilo, con olor a menta y jazmín, por momentos recordaba a un laberinto, con sus calles nombradas con números, como en Nueva York. En el parque Wilfredo Lam, junto a la inacabada Iglesia de la Virgen del Carmen, había un puesto de dulces autóctonos. El vendedor tenía puesta una grabación que se repetía sin parar: «Hay galletas de ajonjolí, ajo y mantequilla, para la abuela y *pa* la pepilla. Si comes una te comes cien.

Si las pruebas la pasas bien». El hombre también vendía palitroque, crema de leche, matrimonios y crema de maní.

A nuestro lado pasó una pareja de turistas alemanes muy guapos. Ella tendría cuarenta y muchos, pero era atractiva y femenina y parecía como si por ella no pasara el tiempo. ¿Tú ves a esa mujer, mami? —dijo de repente Yodiel. Era la primera vez que le veía fijarse en otra delante de mí—. Así mismita eres tú, por eso me fascinas.

Me hubiera quedado más tiempo en el parque, pero nos habíamos citado en Centro Habana con Abel, a quien tenía que dar cincuenta euros que me habían hecho llegar Manu y Sandra— y después a comer con otro de sus mejores amigos, Carlos, a quien había visto en muchas de las fotos que ellos sacaron en su día. Quizá era pobre, pero iba limpio y bien vestido, con una camiseta blanca reluciente y unos bermudas a cuadros de los que se llevaban entonces. Pagué yo, por supuesto, aunque es verdad que en uno de los sitios más populares de la ciudad, el América, que estaba decorado en tonos naranjas y recordaba a algunos establecimientos americanos de comida rápida. Estaba lleno de cubanos, pero cobraban en CUC, como en tantos sitios de la ciudad, y su plato estrella era el pollo —por cierto que vi horrorizada cómo Carlos lo comía con las manos y cómo Yodiel se daba cuenta de todo, lo que estaba haciendo Carlos y lo que yo pensaba de ello—. También vi, después, cómo Yodiel sacaba dos CUC del bolsillo y se los daba disimuladamente —o no tanto— a Carlos. ¿Y qué importaban dos CUC, que eran menos de dos euros, si con eso su amigo tenía para comer otra vez en el América, ¿cuántas veces no habría pasado a la inversa, que Carlos le diera a Yody dinero para llevarse algo decente a la boca? Durante la comida salió el tema de las tres fotos que yo le había mandado desde España, los dos retratos y la que nos sacamos todos los de la editorial en la Casa de América el día de la fiesta, en esa sala lujosa y recargada con una lámpara rococó. Carlos comentó que su amigo solo le había enseñado esta última, en la que estaba de cuerpo entero pero se me veía menos nítida que en las otras, que eran primeros planos. «Y yo le dije: ¿Quién es, la ministra?»

Capítulo 7

Tenía todavía el sabor de Yody en los labios cuando entré por la puerta de casa, casi doce horas después de la despedida y con un importante *jet lag*. Lo primero que hice nada más bajar del avión fue encender el móvil y escribirle un mensaje, al cual me respondió al momento con una perdida. Aún llevaba en mi piel el recuerdo reciente de su cuerpo, la larga y dura despedida en el aeropuerto, y me dispuse a pasar el resto del domingo «aterrizando» mentalmente, pues al día siguiente debía volver al trabajo. Me entretuve mirando en mi Nokia negro con tapa las fotos que nos habíamos hecho, repasando muchos de los momentos que habíamos disfrutado, un poco confundida todavía por lo que estaba viviendo pero decidida a vivirlo, pasase lo que pasase. De momento ya sabía que, en unos tres meses, estaría de vuelta en Cuba.

Dormí varias horas y cuando desperté, a eso de las diez de la noche, puse la tele. Estaba sola en casa. Carla se había ido el fin de su semana con sus amigas. Oh casualidad, España estaba jugando la final del Mundial de fútbol. Con tantas emociones lo había olvidado. No soy nada futbolera, pero por una vez me fijé en lo que pasaba en la pantalla. El Mundial se estaba decidiendo en el tiempo suplementario, y de repente, casi sin que me diera cuenta de lo que estaba pasando, España se proclamó campeona. Al instante el estruendo en la calle fue ensordecedor. A los gritos de ¡Gooool! en numerosas casas vecinas se unieron miles de petardos y gritos de júbilo. No podía ser verdad. Toda la vida oyendo bromas sobre cuándo la Selección pasaría de octavos y ¡ahora había ganado! Y precisamente ese día. La gente tomó la calle; el estruendo era mayor que el de una Nochevieja, que era lo único con lo que podía compararlo, y en la pantalla todo el mundo, jugadores y público, lloraba o daba brincos. Iker Casillas, en primer plano, era entrevistado por su novia, Sara Carbonero, que había recibido no pocas críticas a su labor por su doble condición de periodista y novia del portero de La Roja. De repente, aquel le soltó un beso espontáneo en los labios. Casillas estaba eufórico, como yo, como toda España. El país entero estaba viviendo un sueño. Yo también estaba viviendo mi propio sueño.

Yodiel, desde Guantánamo, sonaba realmente triste.

— Mami, yo llegué a tiempo de despedirme de mi abuelo. Le hablé de ti. Se puso tan contento...

Sentí no poder estar allí con él para darle un abrazo, pero mentiría si no dijera que también sentí cierto orgullo: «Mira lo que ha conseguido gracias a mí, ver por última vez a su abuelo».

—Y tus padres, Yodiel, ¿cómo te recibieron después de tanto tiempo?

—Figúrate, hacía seis años que yo no veía a mi papá.

En ese momento recordé, como si lo estuviera viendo, la primera vez que le pregunté por sus padres y lo estupefacta que me quedé con la respuesta: «Mi mamá y mi papá son los mejores del mundo. No puedo imaginar tener unos más buenos».

Al día siguiente me apresuré a cargar quince euros en el móvil de Yodiel. También a poner como sonido en el mío una canción que nos había pasado Abel y que al parecer a Yody le gustaba mucho. Se llamaba *Descará* y era de un tal Yomo. La canción se las traía, era una especie de reguetón, pero usarla de melodía me hacía tener más presente a Cuba y a Yodiel y, por qué no decirlo, me divertía. Cuando estaba en la cola para pagar en el supermercado, o incluso en el

trabajo, y de repente sonaba: «Tú la ve, tú la ve, tú la ve, dime niña si tú la ve», todo el mundo se daba la vuelta y ponía cara de sorpresa. Y en el trabajo ya sabían que pasaba algo, que estaba contenta. No podía disimular lo feliz que era.

Pasé tres meses contando los días que faltaban hasta el próximo viaje. Tres meses en los que me sentí fuerte e ilusionada. A las dos de la tarde (ocho de la mañana en Cuba) Yodiel me solía hacer la primera perdida del día, que yo me apresuraba a responder. Después me hacía otra a media tarde y otra por la noche, nunca después de las doce, para que yo pudiera descansar (al fin se lo había aprendido). Hacía mi vida igual que antes, pero algo bullía dentro de mí que lo hacía todo más apasionante. Me escribía un SMS que decía: «¿Cómo estás, mi amor, todo el tiempo pienso en ti», yo le contestaba algo parecido y después seguía con mis quehaceres, que eran muchos y variados. Precisamente a raíz de conocer a Yodiel se despertó en mí el deseo de mover una novela que había escrito hacía tiempo, un poco porque sabía que podría y otro poco por conseguir un dinero extra, pues si quería seguir viajando iba a necesitarlo. También el de revisar y descubrir obras sobre Cuba. Volví a leer *Antes que anochezca*, las memorias del escritor Reinaldo Arenas, perseguido por la Dictadura castrista por homosexual, y volví a horrorizarme, como la primera vez, con los encuentros sexuales que contaba de su niñez en un pueblo cubano. Perros, gallinas, gallos, caballos —estos en grupo y subidos los chicos a una piedra—, parecía no haber ser vivo que hubiera escapado de los deseos libidinosos de Rei, que, según sus propias palabras, «no hacía nada que no hiciera todo el mundo». Hasta a los árboles se «templaba». Era repugnante. Aunque sentía compasión por la trayectoria vital de Arenas, que murió en el exilio víctima del sida y que, como tantos cubanos, había sufrido la cárcel sin más motivo que su orientación sexual, no pude evitar pensar que aquello no era normal. No al menos para mí.

Leonardo Padura, en cambio, me gustó bastante, sobre todo su libro *La neblina del ayer*. Leerlo, además, era como estar otra vez en Cuba. Hablaba de la necesidad en la que vivían todos los cubanos desde el Período especial, de la imaginación que tenían que echarle para sobrevivir, de su proverbial buen humor, que es lo que, en definitiva, les permite sobrevivir. Me compré otros libros suyos, que devoré con fruición en esos meses de espera, siempre por la noche, en la cama. Mi hija sabía que la cosa se estaba caldeando, pero no preguntaba, y yo, de momento, quería esperar que pasara el tiempo. No me planteaba nada más allá del próximo viaje de octubre; solo quería disfrutar y dejarme llevar.

Entre *emails*, SMS, llamadas perdidas y llamadas de verdad, solo había una cosa que me inquietara realmente, y era la diferencia de edad que había entre nosotros. Veintitrés años eran muchos años, pensaba, pero inmediatamente después me decía que había que atreverse, y que si yo en mi vida he sido capaz de romper con ciertos convencionalismos y guiarme por mi propia y genuina escala de valores, ¿por qué habría de preocuparme una cosa así? Empecé a hacer memoria de las parejas famosas en las que ella era bastante mayor que él —en mi entorno cercano apenas tenía a nadie—, y a analizarlas con lupa. Estaban las clásicas (las que mencionaban a menudo las revistas cuando hablaban del fenómeno de las *cougar*): Demmi Moore —quince años mayor que Ashton Kutcher—; Susan Sarandon —que había estado veintidós años con Tim Robbins, con quien se llevaba doce—; Madonna; la mujer de Hugh Jackman... Pero había otras relaciones menos conocidas en las que había una gran diferencia de edad, como las de la actriz Mira Sorvino (casada con Christopher Backus, catorce años menor y con el que había tenido tres hijos); la directora de cine Sam Taylor Wood (veintitrés años mayor que Aaron Johnson) o Julianne Moore y Bart Freundlich.

Cada vez que leía una entrevista a una actriz, o a un escritor, que decía haber tenido una relación que a mí se me antojara cercana a la mía, arrancaba la página y la archivaba. Me

enfadaba mucho comprobar la enorme diferencia con que —todavía— se juzgaba en los papeles, y en el ambiente, este tema, según la diferencia de edad fuera a favor de un hombre o de una mujer. A nadie parecía llamarle la atención que Michael Douglas y Catherine Zeta-Jones se llevaran veinticinco años, ni que el viejo magnate Rupert Murdoch estuviera casado con una bellísima mujer ¡treinta y siete años! más joven que él, pero todos se reían de la Duquesa de Alba por su noviazgo y hasta supe que alguna cadena americana había hecho un programa sobre ella en el que el tono predominante era la burla. Así que si una mujer quería tener una relación con un hombre mucho más joven y no esconderse, al menos en Occidente —en Cuba, según me había dicho Yodiel, eran más libres para ciertas cosas— lo primero que había que tener era mucha fuerza. No conocía a la Duquesa de Alba, pero era obvio, por sus gestos y por su trayectoria, que se sentía una mujer especial y diferente. Que no le importaba lo que dijeran los demás porque, en verdad, esos «demás» no eran nadie para ella.

Fuerte era también Dolores Ibarruri, Pasionaria, que, después de separarse de su marido en los años treinta había tenido un romance con un hombre de su partido catorce años menor —lo recordaría más tarde Almudena Grandes en una novela— y que había tenido que soportar incluso que dentro del Partido Comunista, del que era líder indiscutible, le conminaran a finalizarlo. Al parecer los comunistas, por muy avanzados que fueran entonces en otras causas, para esta eran tan pacatos como los sectores más conservadores de la sociedad.

Seguí haciendo memoria: Lola Flores, que había tenido un joven amante a la vez que seguía oficialmente casada, también respondía al mismo esquema: de hecho ella, por personalidad y fama, había sido la parte fuerte de la pareja, la que traía el dinero a casa. Pero había más, muchos más: el filósofo Claude Lanzmann contaba en una entrevista reciente en *El País* que en tiempos tuvo un romance con Simone de Beauvoir, cuando ella tenía cuarenta y dos años y él era un joven de veinticinco. ¿Y la bailarina Alicia Alonso, que además era cubana? Según pude comprobar, su segundo marido, con el que llevaba muchos años, era mucho más joven que ella, solo que, siendo Alicia nonagenaria y tan vital, ya no se notaba. Busqué y rebusqué en la Red algún dato que me permitiera averiguar los años que tenían uno y otro, pero misteriosamente, no aparecía en ningún sitio. Eso quería decir que Alicia Alonso no quería que se supiera, estaba claro (y que podía hacerlo, porque en otros países mantener un dato así en secreto sería bien difícil).

Empecé a saber tanto del tema, que me planteé la posibilidad de escribir también un libro sobre ello. Mi empleo en la editorial apenas me dejaba tiempo para el trabajo de investigación previo, pero ¿quién sabe? Por lo pronto aproveché una mañana libre para ir a la Biblioteca Nacional y tener en mis manos las memorias —descatalogadas ya— de la escritora Agatha Christie, que fue muy feliz con su segundo marido, al que sacaba catorce años de edad en una época y una sociedad nada abiertas. Afortunadamente, contaba sin reparos cómo había sido su historia de amor, las cosas que les habían unido —ella se inspiró para algunas de sus novelas en lugares que conoció acompañando a Max Mallowan, que era arqueólogo— y las dudas que hubo de sortear cuando este le propuso matrimonio, sobre todo cuando descubrió que él y su sobrino habían sido compañeros de colegio.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Cada vez que pienso en mi abuelo me dan muchas ganas de llorar mi amor,
estoy sufriendo mucho, quisiera que estuvieras a mi lado para *carmarme*.
Ayer recibí tus dos mensajes. Te diré que morí de las ganas de mandarte uno.
Lo intenté pero no pude, el móvil no lo enviaba. Mi reina quisiera
tenerte en estos momentos aquí conmigo, te quiero mucho y quiero hablar
los más pronto posible contigo. Por favor el domingo me llamaste cuando
iba en camino para la guagua y la llamada se cayó, es que se le acabó

el saldo al móvil.

Te quiero mucho, te mando un millón de besos y *abrasos*, mi reina te amo mucho y ya quiero tenerte otra vez en mis brazos.

Te amo, mi princesa,

Tu rey

Yodiel decidió quedarse una temporada en Guantánamo. Quería alejarse de La Habana y disfrutar un poco de su familia. Parecía sentirse responsable de su hermano menor al que, cuando había podido, había mandado un poco de ropa desde la capital —una «muda», como decían allí, nada que ver con el concepto nuestro de muda—. Este había tenido más suerte que él, había entrado en las Fuerzas Armadas Revolucionarias y todo indicaba que tendría un futuro, aunque el futuro, en Cuba, parecía dar para bien poco. ¿«Tú sabes lo que hizo mi hermano el otro día?» me contó emocionado por teléfono. «En el cuartel les dieron un CUC y medio y vino derecho a casa y se lo dio a mi mamá, para que comprara comida». Estaba sinceramente asombrado por lo que había hecho su hermano, no paraba de decir que allí la gente era diferente: buena y desinteresada, al contrario que en La Habana. En Guantánamo se había quedado con la cámara de fotos que yo me acababa de comprar, pues, además de volverle loco el aparato —sobre todo la posibilidad de grabar vídeos— se ganaba unos cuantos pesos sacando fotos a gente —el vecino con su camión; la prima Sueny bañando a su niña, Yany, en un pequeño barreño; unos turistas despistados o, mejor dicho, un europeo que estaba allí visitando a la familia de su novia—. Él les daba algo parecido a un resguardo y —visita a la tienda mediante— al día siguiente tenían en sus manos la impresión. Yo estaba encantada. Por eso y porque unas lacas de uñas que le di para su madre le estaban permitiendo también a esta sacarse un dinerito. Al parecer, Leydi era muy buena haciendo la manicura, pero normalmente no tenía de dónde sacar la materia prima. Y poco más se podía hacer allí, por eso Yodiel y todos sus amigos habían acabado en La Habana, donde los oriundos del Oriente cubano —casi todos negros— eran “los palestinos». Algunos de ellos se incorporaban a la policía. De hecho, todos los *industriales* o los *azulejos* (así es como los llamaban), parecían venir del Oriente; ese era un trabajo que no querían hacer los habaneros. El resto se buscaba la vida.

Yody se dedicó los tres meses a esperar que el tiempo pasara y llegara octubre. Con gran esfuerzo, logró comprar un *puelco* para engordarlo y ofrecérmelo cuando volviera, porque ya habíamos decidido que en el próximo viaje tocaba conocer la ciudad de Yodiel. «Verás qué fiesta te hacemos aquí» —me decía a menudo con una voz entregada y risueña—. «Tú vas a ver que es *verdá* que todo el mundo te conoce acá, nené. Ya todos saben que yo encontré a la mujer más linda que hay sobre la Tierra» —añadía—. Mientras tanto, para no ser una carga en casa, se iba muchas veces a pescar desde el amanecer hasta bien entrada la tarde con algún amigo al río Guaso. Comían allí mismo lo que pescaban —llevaban un pequeño hornillo consigo— y se iban felices si, al regresar, podían ofrecer lo que sería la cena de ese día. «¿Y tienes caña, Yodiel?» —le pregunté una vez—. «¿Caña?, ¿qué caña?»—respondió entre pícaro e incrédulo—. «La pita y la mano, mami».

De aliciapuntocom@hotmail.com a sandrah@gmail.com

¿Qué tal, Sandra? ¿Cómo va todo? ¿Estáis aquí ya con Abel? Apenas sé lo que me contó Márquez de un viernes que estuvisteis todos juntos en Santiago, pero el hombre, aunque me escribe y me escribe, casi nunca me habla de cosas concretas o prácticas.

Espero que todo vaya bien. Besos a todos.

De sandrah@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

¡¡¡Hola Alicia!!! Sí, he estado en Cuba de nuevo, ha sido todo muy deprisa, ya que cuando Abel tenía el libro de familia en la mano le pidieron unos papeles que yo debía solicitar aquí, la reagrupación familiar. Me volví loca buscándolos y preguntando, y al final me dijeron que en España esos papeles no podían dármelos, ya que estaba casada con él. Imaginate la impotencia que tenía, no podía

hacer nada, la única solución era volar hasta La Habana y presentarme con él en la embajada. Pues de un día para otro tuve que coger un vuelo, cancelar todos mis planes e irme. Menos mal que al final salió todo bien, imagínate que en cuanto me presenté con él de la mano en la embajada ese papel me lo dieron al momento... Son unos sinvergüenzas, lo único que quieren es que nos cansemos y nos olvidemos de ellos, pero no podrán conmigo. Ahora ya tiene el visado y solo le queda el permiso de salida, que eso lo solicita en Santiago y en una semana se lo dan.

Según nuestros cálculos vendrá este mes a España.

Ya que estábamos allí aprovechamos para visitar a su familia, que vive cerca de Santiago, y Márquez se vino hasta la casa, estuvo dos días con nosotros, y la verdad me encantó verle. Hablé mucho con él, le he visto como nunca, no para de hablar de ti, nunca le había visto así. Siempre ha sido muy alegre, pero ahora le he visto feliz de verdad, no sé qué habrá pasado entre vosotros pero me alegro un montón.

Tenías que verle en la selva, ya que Abel vive en plena selva, no hay nada, solo árboles y montañas, por no haber no hay ni alimentos. Allí compramos dos cerdos y los comimos entre todos los de la aldea, no veas cómo disfrutaban. Él no paraba de subirse a los árboles a coger mangos, le encantan, creo que se comió un saco entero... ja, ja.

La verdad es que allí son ellos mismos y cuando los conoces aún los quieres más, son encantadores.

Ahora Abel bajará otra vez a la casa de Santiago y quedará nuevamente con Márquez, para despedirse.

De aliciapuntocom@hotmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Mi amor, Abel vendrá pronto para España. En cuanto sepa algo más y Sandra me dé instrucciones, te escribiré.

Si puedo, te llamo mañana.

Muchos besos,

Alicia.

De sandrah@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Hola, Alicia! ¿Cómo estás?, ¿qué tal va todo? Tengo que decirte que lo mío por fin llega al fin. Siempre pensé que eso era un sueño que no vería nunca, pero ya todo está acabando para empezar algo mejor y disfrutar de todo lo que hemos luchado. A Abel le dan el permiso de salida el martes (eso espero), porque ya no pongo la mano en el fuego por nada. Si eso es así, él será libre y podrá volar el viernes a Madrid.

Ahora está en su pueblo con la familia (en el campo), donde estuvimos con Márquez. Me ha pedido que me ponga en contacto contigo para que le digas a Márquez que vaya a su casa, ya que acordaron eso cuando estuvieron juntos, para poder despedirse. La verdad, qué triste debe de ser eso.

Si hablas con él dile que Abel estará esta semana allí y que el martes recogerá el permiso de salida en Santiago y de la misma se va a la Habana. Márquez debe de tener la maleta de Abel que él necesita, así que como irá a verle, que yo se que sí, dile que no se le olvide llevarle la maleta y que si puede se pase por la casa de Carlos en Guantánamo y recoja la maleta de Carlos también.

Espero que leas esto pronto y cuando lo hagas me contestes para saber que lo has hecho.

Yo la verdad que ando muy liada preparándolo todo para cuando él venga, pero en cuanto tenga un ratito te mandaré las fotos, que sé que te gustarán.

Espero que tus cosas estén bien, ya me dirás algo.

Un abrazo, SANDRA

Abel por fin venía, y yo contaba el tiempo que faltaba para mi nuevo viaje pero no sufría; al contrario, no había nada en el mundo más dulce que esperar el momento de un reencuentro. Yo lo sabía bien. Mi matrimonio, de hecho, comenzó así. Él fue piloto de la Marina Mercante y viajaba en barcos de bandera de conveniencia durante seis largos meses, y luego estaba en tierra entre dos y tres. La espera era dura, pero los meses de después eran una auténtica luna de miel, y así una y otra vez. ¿Quién podía presumir de vivir algo como eso tantas veces? Además, ahora tenía tanta energía dentro de mí... Me sentía dueña de un secreto grande e indescifrable, me sabía bella y aún lo iba a estar más, pues no faltaba a mi cita diaria en el gimnasio ni a mis rituales cotidianos de belleza. También seguía escuchando a Los aldeanos, era lo más parecido a estar con Yodiel y sus amigos. Escuchaba sin parar sus canciones en mi trayecto diario de ida y vuelta en el tren de cercanías; habían sustituido a la Callas o a Bach en mi MP3, aunque eso no quería decir que estos ya no me gustaran, ni mucho menos. Ahora me había dado por ahí, simplemente. En realidad, no había nada que me gustara más que cuando una melodía se me metía tanto en la cabeza que no podía parar de escucharla; duraba poco, pero mientras tanto era lo más parecido a una adicción, solo que, donde otros utilizaban sustancias artificiales, yo me servía de mi propia química

cerebral. Lo sabía, y no podía sino felicitarme por ello.

Al otro lado del teléfono, Yodiel estaba exultante.

—¿Tú sabes? Me han cogido en una escuela de baile, he entrado directamente en el curso tercero...

Yo no podía ocultar mi emoción:

—Siempre te he dicho que vales mucho para la danza, que tienes unas dotes espectaculares como bailarín. Y ahora, no lo olvides: tienes que lograr un título, el que sea, que te habilite como profesor. ¿Te imaginas, Yodiel, tú dando clases?

—Tú me das suerte, mi reina. Desde que estoy contigo todo me va bien— me dijo mientras arrastraba la ese al hablar—. Y esos dos pasos que tú me enseñaste en la piscina del Hicacos, cómo me sirvieron.

Sonreí para mis adentros. Estaba orgullosa de mí misma. No había nada que pudiera hacerme más ilusión que ser el hada madrina de Yodiel, la persona que cambiara su suerte para siempre. Y además era tan obvio que él era un bailarín excelente... No entendía cómo nadie le había llevado nunca a hacer una prueba al Ballet Nacional de Cuba, o a cualquier otra compañía más modesta, y el argumento de que allí todo el mundo baila igual no es verdad, ya había tenido ocasión de comprobarlo. Era cierto que mucha gente sabía bailar, pero también que había unos cuantos «patones» y que otros se movían en un razonable término medio, pero la excelencia era otra cosa. Yo, que he tenido ocasión de ver a Duato o a Julio Bocca con mis propios ojos, lo sabía.

—Yodiel, ¿fuiste a recoger la maleta de Carlos para dársela cuando vayas a La Habana a buscarme?

—Yo fui —respondió—. Pero su madre no me la dio, porque él dijo que no se la diera jamás a nadie.

—Pero eso no puede ser, si ha sido él quien te lo ha pedido a través de Sandra...

—Así mismo se lo dije yo, pero ella me respondió que mientras Carlos no se lo dijera, ella no le daría esa maleta a nadie.

Como si fuera tan fácil hablarse por teléfono, pensé. Me constaba que Carlos tenía un buen teléfono móvil —regalo de su exnovia Miriam, una inglesa que vivía en España, pero ¿qué móvil podría tener su madre, si aquello era un auténtico lujo en esa isla?

La conversación me hizo recordar la historia de Carlos. Sandra me había contado que estuvo enamorado de Miriam, incluso me dio el teléfono de ella hace tiempo, cuando todo mi afán era conocer a otras mujeres que hubieran pasado por lo mismo que yo, pero Miriam nunca contestó. La verdad es que me daban escalofríos cuando pensaba en la historia de Sandra, y en la de Carlos, y en la de no sé quién que vivía en Bilbao. ¿Es que toda Cuba está llena de hombres que se enamoran y se van del país?, pensé entonces, con desagrado. Porque si algo odiaba yo era la vulgaridad, hacer lo que hace todo el mundo. No me gustaba nada que Sandra pudiera pensar en mí como «una más» en medio de una historia más, pero bueno, eso era problema de Sandra, no mío. Intenté hacer memoria de lo que sabía de Carlos y Miriam: ella era una chica muy joven, que vivía en Madrid y trabajaba en una gestoría administrativa. Al parecer, se había enamorado como una loca y una vez había cogido todas sus vacaciones seguidas para estar allí un mes y conocerlo mejor. Yodiel me había contado que solía llevar minifaldas muy cortas y que su amigo se ponía muy celoso por eso. Me sonaba que había ido más veces a la isla, pero no sabía qué había pasado que nadie me había vuelto a decir nada claro sobre ella; ni Yodiel ni, por supuesto, Sandra, que en esto parecía cubana: había veces que le preguntaba una cosa y, no sabía cómo, se enredaba en la respuesta de tal manera que me hablaba de otra, hasta que una se daba por vencida y pasaba a otra

cosa.

El tiempo fue pasando entre maravillosos mensajes de amor que me inflamaban el corazón, y un día, por fin, pude escribir: «Mañana llego a las nueve y media al aeropuerto José Martí».

Capítulo 8

Empezaba a resultarme familiar la T4 del aeropuerto de Barajas, por la que no hace tanto quizá me habría perdido, y aún más el largo vuelo Madrid-La Habana, que ahora realizaba por tercera vez. Su *fauna* resultaba peculiar: solía haber cubanas con niños que regresaban a ver a sus familias; españoles que tenían negocios allí e iban con cierta regularidad —qué suerte tenían, pensaba yo—; alguna pareja despistada de viaje de novios o grupos de hombres —tres o cuatro— que se iban una semana de vacaciones. No parecía haber ninguna mujer que viajara sola, como yo, y algo me decía que todo el mundo sabía por qué volaba a Cuba. Me sentía especial, a pesar de todo. Y valiente también, por qué no. No eran tantas las mujeres que serían capaces de viajar así, solas, sin una carabina a la que agarrarse en caso de necesidad (la que fuera). Lo único que me perturbaba era que Carla no aprobaba ese viaje. Le había dejado la nevera llena y dinero, y además estaba su padre cerca, pero yo sabía que estaba preocupada por mí. Claro que eso ya era un clásico con ella: no le gustaba que saliera con nadie. Desde que me divorcié parecía querer que yo fuera una madre casta y pura.

Cuando ya faltaba poco para llegar, me puse el anillo de plata que me había regalado Yodiel en el viaje anterior —un Cristo enroscado que me quedaba un poco grande y debía llevar en el dedo corazón— y los pendientes, unos llamativos brillantes de fantasía en forma de corazón. En mi billetera guardaba también, como amuleto, la goma de pelo blanca que Yodiel llevaba puesta el segundo día que estuve con él. Me sentía un poco mal poniéndomelos justo antes de bajar del avión, pero no podía ser de otra manera. En Madrid la estética cubana resultaba un tanto chocante hasta para mí, que ni muerta me pondría allí, de día, los zapatos joya plateados —que ahora mismo iba a sacar de la bolsa de mano— con los vaqueros ajustados y la blusa verde de raso que tanto se me pegaba al cuerpo, uno de los *total looks* favoritos de Yodiel. Me lo puse todo en el baño, no soy de esas personas que se cambian delante de todo el mundo, mucho menos de las que se quedan descalzas, ni siquiera en un vuelo transoceánico. Para eso existen los zapatos cómodos o los calcetines.

Mientras hacía cola en la aduana, el calor pegajoso lo impregnó todo. No era la primera vez que pasaba ese trámite —seguro que altas instancias lo sabían— pero ahora estaba incluso más nerviosa, así que cuando me tocó el turno y el agente, muy serio, pidió que me quitara «los espejuelos» y mirara a una pequeña cámara, un sudor frío me recorrió todo el cuerpo. Miró el pasaporte y el visado, me miró a mí y luego se detuvo otra vez en la foto que venía en mi documento. Tras unos segundos que se me hicieron eternos, me devolvió los papeles y dijo, en un tono neutro y profesional: «Que tenga usted una feliz estancia en Cuba».

—¡Ño! ¡Qué *bellesa* de mujer! —exclamó en alto un entusiasmado Yodiel en cuanto me vio traspasar la puerta de salida del aeropuerto. Esta vez yo no había perdido el tiempo esperando inútilmente que mi maleta verde apareciera por la cinta, como la primera vez, y la busqué fuera de aquella, amontonada junto a otras que depositaban diligentemente varios trabajadores del José Martí —debía de ser el único aeropuerto del mundo donde se hacía eso—. Tampoco esperé que alguna funcionaria de aduanas me preguntara de manera sibilina si llevaba alguna revista española —allí no llegaba nada de eso; de hecho, por no haber no había ni quioscos; el *Granma* se vendía

en plena calle—. A una le di directamente el *Hola*, que era lo que la mujer se moría por leer y pasar después a sus amigas previo pago de unos pesos, y me fui directa a los fuertes brazos de Yodiel.

—Rey, qué guapísimo estás —le dije en los pocos segundos que me dejó respirar, cuando ya íbamos en el taxi que nos conduciría al centro.

—Yo te dije a ti que todo este tiempo no iba a hacer más nada que *cuidarme pa ti* —respondió él en un tono aún más cálido de lo que recordaba—. ¿Te gustó lo que te traje? —dijo mientras miraba una vez más el ramo de rosas rojas que con tanto esfuerzo había comprado por la mañana en la ciudad. Estaba cubierto de celofán brillante y de purpurina dorada, mucha purpurina.

—Me encanta —mentí. Y volvimos a besarnos quedamente.

Pasamos la noche en el Hotel Telégrafo, un cuatro estrellas que estaba en La Habana Vieja, al lado del mítico pero ya viejo Inglaterra. Si iba a haber más viajes, pensé cuando contraté todo desde España, había que irse olvidando de los de cinco, al menos en La Habana, donde lo que nosotros necesitábamos era solo un buen lugar para dormir. El Telégrafo era acogedor, lujoso pero sencillo, y con el tiempo pasaríamos por él muchas veces pues, fuéramos donde fuéramos después, siempre había que hacer noche al llegar y antes de partir de vuelta a España. Desde el principio habíamos descartado la posibilidad de alquilar habitación en una casa particular, una opción más económica pero mucho menos íntima —aquí la gente es muy cotilla, decía Yodiel— y poco segura, al menos para mis pocas pertenencias.

—Este hotel es lindo con *cojone* —dijo una vez nos quedamos solos en la habitación—. Y mira qué cama más grande, nené.

Y al instante se tiró en plancha sobre ella, tan largo como era, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

—Yodiel, ¡no! —grité en el instante mismo en que se oyó un estruendo y la cama se vino abajo.

—¿Qué pasó? —dijo con cara de no haber procesado aún lo que acababa de hacer.

—¡Dios! Te la acabas de cargar.

Con gran esfuerzo, intenté recolocar en su sitio la pata que se había roto, para lo cual necesitaba la fuerza de mi novio.

—Cuando yo te diga, la vuelves a dejar caer, ¿vale?

—OK, mi reina.

—A la de una, a la de dos y a la de... ¡Ayyy!

—¿Y ahora qué fue lo que pasó?

—¡Que la dejaste soltar antes! —grité sin poder disimular mi contrariedad. Me había hecho mucho daño en el dedo, que sangraba a borbotones.

Muerta de vergüenza, no me quedó más remedio que llamar a recepción, que al instante volvió a mandar al mozo que nos había atendido apenas cinco minutos antes y que no podía disimular su sorpresa. Nos cambiaron a una habitación de la planta tercera, desde la cual también se veía el Parque Central y el NH, mi antiguo hotel. Yodiel me curó el dedo primorosamente, y antes me lo besó, y me besó los párpados, y la frente, y el nacimiento del cabello. Después me amó y no paró hasta verme llorar de placer, con alguna limitación, eso sí —yo no podía, bajo ningún concepto, tocarle el culo— pero en cuanto acabamos dio un brinco, se incorporó sin que a mí me diera tiempo a protestar y soltó:

—Ahora mismo me comería un caballo, mami.

Antes de salir, cambiamos doscientos euros a CUC en la recepción del hotel. Se los acababa de dar a Yodiel en la habitación para que fuera él quien sacara el dinero de su billetera y él quien firmara el recibo. No quería que se sintiera mal, y además a mí tampoco me hacía gracia la imagen

de una mujer pagándole todo a un hombre. La odiaba, de hecho, y nada me molestaba más que la idea de que alguien que nos viera, en el hotel o en la calle, pudiera pensar que entre nosotros no había otra cosa que amor.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, flanqueada por un impresionante negro con traje gris que tenía toda la pinta de llevar la seguridad y por un cubano blanco, bajito y entrado en carnes, lo abordó un chico que podría ser su primo o su hermano —el mismo estilo, el mismo pelo afro, el mismo peinado.

—Asere, ¿qué tú haces por aquí? ¡Cuánto tiempo que yo no sé más nada de ti!

—Yo vine de Guantánamo ayer —le contestó Yodiel.

—Te trata bien la vida, man —dijo, al tiempo que me saludaba con una leve inclinación de cabeza y dirigía una significativa mirada al hotel, del que nos acababa de ver salir.

Yodiel no dijo nada. Sacó de su cartera un billete de un CUC —algo menos de un euro— y lo puso disimuladamente en su mano, como una vez hiciera con Carlos.

Atravesamos el Parque Central, a esas horas de la noche sin sus frecuentes habitantes —ni los ardientes jugadores de dominó de las siete de la mañana, ni los pedigüeños y enfermos del resto del día—. Tampoco había rastro del montón de chicos jóvenes que se parecían a Yodiel, aunque no eran tan bellos ni estaban tan bien vestidos, y después caminamos por Obispo hasta *La lluvia de oro*, uno de los pocos locales abiertos a esas horas, donde cenaríamos una ensalada y gambas fritas.

—Estoy tan, tan orgulloso de ti, mami —decía Yodiel después, mientras caminábamos abrazados por Aguilar y O'Reilly en dirección a la Plaza de la Catedral—. Yo soy el hombre más afortunado del mundo desde que estoy contigo. Doy gracias a Dios por haberte colocado en mi camino.

Yo sonreía y me dejaba querer.

—Yo también te quiero, Yodiel.

Esa era una de las cosas que más me gustaban de él: que no tenía reparos en mostrarse enamorado y en darme pruebas de su adoración a cada paso. Nada que ver con los hombres españoles, o al menos con los que yo había conocido últimamente.

—Querer no es lo mismo que amar, mami. Dime que me amas.

—Para mí es lo mismo, pero si tú te quedas más contento —respondí divertida— te lo diré: Te amo. Y te lo repito: Te amo.

—Y otra cosa, mami.

—¿Qué?

Y acercándose mucho a mi oído, me dijo:

—Cuando estés a punto de correrte en la cama, quiero que me digas: «Toma tu lechita, papi».

Según lo previsto, partimos al día siguiente hacia Santiago, en un avión que daba un poco de miedo, sin chalecos salvavidas y con unas condiciones higiénicas que dejaban bastante que desear. El plan era quedarse en Santiago dos días, ya que yo tenía mucha ilusión por conocerlo, y después partir hacia Guantánamo y quedarnos con la familia de Yodiel. Fuimos al Meliá, un cinco estrellas y casi el único hotel bueno que había en la ciudad, con mucha menos oferta que La Habana. A ese paso me iba a hacer una experta en turismo de Cuba. A mí no me gusta nada lo ostentoso, pero en ese país no parecía haber término medio entre el lujo y la cutrez, por eso me había decidido por el Meliá cuando fui a mi ya habitual agencia de viajes. Entre los aviones y los hoteles, la semana de vacaciones se ponía en unos dos mil euros. Era una suerte que esto me hubiera pillado así, con un poco de dinero en el banco, pero el tema empezaba a preocuparme y también a hacerme sentir culpable.

Yodiel estaba contento como unas castañuelas, no paraba de entrar y salir del agua y de hablar con todo aquel que se encontraba, aunque este era un hotel de ciudad y, en esa época de año — octubre— no tenía demasiada afluencia.

—Deja que te saque una foto en la piscina, Alicia.

—Pero sácamela natural —protestaba yo—. Que en las que me hiciste en Varadero parecía una aprendiz de Miss.

—Es que así es como quiero sacarte, nené. Tú eres muy linda. ¿Tú sabes lo que tantas mujeres *dieran* por tener las piernas que tú tienes?

—No es eso —respondí—. Es que no es mi estilo, simplemente. Allá en Europa tenemos —o yo, al menos, tengo— otras maneras.

—¡Yo quiero tener una foto de mi esposa con ese traje de baño rojo —dijo vehemente Yodiel— y llevarla al colmado a que me la hagan así de grande —y abrió los brazos todo cuanto pudo— para ponerla enfrente de mi cama y verla cuando yo me acuesto y para ser lo primero que yo vea cuando me despierto!

Y enmudecí y posé como él quería, con una mano en la cadera y la otra detrás de la cabeza, en actitud sexy.

Los dos reposábamos en las hamacas cuando a nuestro lado pasó una pareja mixta formada por una cubana negra y un europeo blanco. Ella era joven como Yodiel, y bellísima como él; era la mujer que de manera natural, si no hubiera turismo y yo no estuviera allí, le correspondería. Su novio era un hombre maduro, de cuarenta y tantos, con cierto encanto, en quien yo seguramente me habría fijado si lo hubiera conocido en Madrid dos años atrás. Estoy segura de que los cuatro pensamos lo mismo, porque nos miramos furtivamente —sobre todo los guantanameros—, pero evitamos hacerlo de una manera directa, pese a que no había nadie más en la zona de baño.

El barrio en el que vivía Yodiel en Guantánamo, el de San Justo, era uno de los más pobres de la ciudad. Sin asfaltar, con unas casas que me recordaron las que había visto en algunos reportajes sobre los suburbios más míseros de África o de Haití (a solo unas millas, por cierto), estaba lleno de gente que iba y venía. De vez en cuando el taxi, que no sin dificultad logró llegar hasta el Reparto obrero, se cruzaba con algún adulto en bici —allí esta no era un juego sino un medio de transporte del que no disfrutaba todo el mundo— pero nunca con perros o gatos. Una sola vez vería a un perro durante toda mi estancia en Guantánamo, y el animal estaba tan flaco que, cosas de la asociación de ideas, cuando lo vi mi cabeza se llenó de repente con los nombres de Auswitch y Mauthausen. Yodiel me había contado que, cuando de adolescente empezaba a salir con una chica y esta le preguntaba dónde vivía, en cuanto decía las palabras: «En San Justo», la chica, indefectiblemente, salía espantada.

El taxi se paró unos metros antes de llegar a la casa. Un extraño camión le impedía el paso.

—Tuvimos mala suerte, chamaco —dijo el taxista dirigiéndose a Yodiel.

Intuí que algo se me estaba escapando, pero solo pude decir:

—¿Qué pasa?

—¡Joder! Mira que llegar justo cuando está el fumigador—añadió Yodiel. Y su gesto se torció e hizo ademán de abrir la puerta del taxi.

—¿El qué? —repliqué espantada.

—Mami, ese camión viene aquí siempre cada dos días. Gracias a él controlan la población de cucarachas.

No dije nada pero me encogí en el asiento y me cubrí las rodillas, mientras el conductor, orgulloso, lograba esquivar el camión fumigador. Antes de que Yodiel pagara la carrera, un grupo de chavales nos rodeó y una mujer que estaba apostada en la puerta soltó, a un volumen que pudo

oírse a una distancia de dos cuadras a la redonda:

—¡Josééééé!

—¿Qué pasa? —contestó una voz que parecía venir desde algún patio trasero.

Y la mujer solo dijo, tan alto como había dicho el nombre de su marido:

—¡Tu hijo!

Fuimos la novedad de todo el barrio. Los vecinos de enfrente llegaron casi antes que los propios moradores de la casa, que además de los padres de Yodiel y de su hermana pequeña, de once años, eran la abuela —viuda desde ese verano, como yo bien sabía— y dos hermanas del padre con sus respectivas hijas, dos niñas de unos diez años. La planta de arriba la ocupaba la familia de Yodiel, que sin embargo debía pasar por la puerta de la abuela para entrar o salir.

—¡¡¡Yodiel!!! —gritó Vilmery mientras, de un salto, se subió a los brazos de su hermano mayor. Era una niña larguirucha de rostro anodino, nada que ver con los expresivos ojos de Yody.

—Por fin viniste, m'hijo —le dijo Leydi, la madre, mientras lo acariciaba y me saludaba.

Yodiel estaba feliz y orgulloso:

—Familia: esta es mi esposa —dijo a todos los presentes. Y después me cogió en brazos y me subió por las pequeñas escaleras como si me llevara a un palacio.

Yo no había visto una casa tan humilde en mi vida. Ni siquiera en mi niñez, en la España de los primeros setenta. Cierto es que, entonces, había conocido alguna bonita casa en la Cantabria profunda donde, invitada con mis padres, había preguntado por el baño y me habían dicho: «Afuera, en la tierra», y que en aquella época muchos hogares carecían de bañera, pero aquello era otra cosa. Lo que más me llamó la atención era que la cama de los padres y la de la niña estaban pegadas —no había espacio para más— y solo unos pasos más allá estaba la que Yodiel compartía con su hermano cuando este salía del cuartel. Entre ambas estancias apenas había una levísima y transparente cortina.

—Mi reina, todo lo que yo tengo te lo ofrezco —me dijo emocionado—. No sabes lo tanto que yo he soñado estos meses con tenerte aquí a mi lado.

Sacamos los regalos que habíamos traído: una formidable colección de Barbies que había sido de mi hija para su hermana, y que Carla regaló con gusto porque sabía que allí era casi imposible conseguir una sola; una plancha del pelo y varias cremas para la madre y unos choricitos de Jabugo que el padre, José, se había atrevido a pedir ante mi insistencia. La cocina y la sala eran pobres, pero estaban primorosamente cuidadas, con su sofá de skay rojo con armazón de madera y respaldo de rejilla, su televisor y sus figuritas y jarrones con flores de plástico alrededor, en las que ese día, y por un rato, se coló un auténtico sapo de casi diez centímetros —«Cuidado, no vaya a ser que de un salto se te pose en la cabeza», me avisó Leydi—. Durante la comida comprendería el enorme esfuerzo que toda la familia estaba haciendo para agasajarme; hasta los vecinos, que habían contribuido con algún alimento o con el blanco mantel que cubría la mesa, y las tías de Yodiel, esas mujeres tristes que vivían en la planta de abajo, la que daba a la calle, con sus respectivas hijas y sin pareja porque la otra moradora de la casa y dueña, la abuela, no había permitido que ningún hombre que no fuera su propio marido o su hijo viviera allí. Yo estaba feliz. La tarde anterior habíamos visitado el famoso santuario de la Caridad del Cobre, que Yodiel tampoco conocía, y aún tenía reciente la emoción que sentí cuando vi a Yodiel reclinarsse y llorar y cómo yo misma, en silencio, recé para mí y pedí a la Virgen que bendijera nuestro amor.

Se había hecho tarde. Nunca había dormido en una cama como esa, cuyo colchón estaba hecho de una extraña amalgama de telas, y que en vez de sábanas tenía una suerte de tejido de composición desconocida, pero siempre recordaría la noche que pasé en ella, fuertemente abrazada a Yodiel y sin movernos los dos, un poco porque los padres estaban al lado y otro poco

porque la cama tenía un extraño desnivel que de alguna manera nos encajonaba. Estaba al lado de mi hombre. Sentía su respiración. Él dormía feliz con sus piernas enlazadas en las mías y yo pensé que hacía mucho que no sentía una paz tan profunda, tan clara.

Al día siguiente, sábado, se celebraba la fiesta. Vi por primera vez cómo se mataba a un puerco o, mejor dicho, no quise verlo; era demasiado para mí. Me sonaba que en España ya estaba prohibido hacerlo sin antes aplicarle un anestésico o algo parecido, pero en Cuba... No estaban para eso. Lo hicieron ahí mismo, al lado de la entrada principal, el propio Yodiel, su padre y un amigo de este, Orlando, que no dejaba de mirarme con indisimulado interés. Los dos mayores vestían con parecida indumentaria: pantalones cargo verdes y camiseta sin mangas azul eléctrico, y ambos sujetaban el pantalón con un cinturón justo debajo de la barriga, que sobresalía insolente entre el resto del delgado cuerpo. Era curioso cómo los negros, por muy gordos que fuesen —que tampoco lo eran— tenían el cuerpo duro como una piedra, al contrario que los blancos que, flacos y todo, suelen tener la carne blanda. José y Orlando, como tantos otros, tenían barriga, pero ni un michelín en su no tan gastado cuerpo de cuarenta y tantos años. Yo sabía la edad que tenían porque ambos eran de la misma quinta y porque antes, en la sobremesa, me había quedado charlando con José, que, en un momento dado, sacó su pasaporte y me lo enseñó. Así descubrí que mi «suegro» y yo habíamos nacido el mismo año, y que este era un poco mayor que su esposa. Así que yo, Alicia, era mayor que la propia madre de mi novio. No me gustó nada descubrirlo y me pregunté hasta qué punto los padres de Yodiel eran conscientes de eso: ¿Lo sabían? ¿Lo imaginaban? ¿Qué les había dicho exactamente Yodiel? Y lo que es peor, ¿se habría parado el propio Yodiel a pensar en eso alguna vez? Yo creía que aparentaba unos años menos de los que en realidad tenía, pero ¿hasta qué punto era eso verdad? ¿Cuántas mujeres hay que piensan lo mismo y se equivocan sin remedio?

Lo que parecía claro era que Yodiel estaba feliz, y que yo era la niña de sus ojos.

—Mami, *vamo* enfrente a la casa de Sueny y de Raciél. Tú vas a ver cómo nos lo han preparado todo para la fiesta.

Sueny y Raciél eran dos vecinos jóvenes con los que mantenían excelentes relaciones. A veces los llamaba primos, y tenían un teléfono fijo al que yo había llamado alguna vez para hablar con Yodiel. Como cuando yo era muy pequeña y mis padres, por ser los únicos de todo el bloque de pisos que tenían televisión, invitaban a los vecinos a ver *Galas del sábado* con Laurita Valenzuela y Joaquín Prat —cada uno traía su silla o su banqueta y había que dejar la puerta de la calle abierta para aprovechar el espacio al máximo— ellos habían prestado su vivienda y, sobre todo su patio, para asar al cerdo. Hablamos de todo. Les interesaba mucho saber cómo era la vida en España, cómo son nuestras casas. Casualmente llevaba unas fotos de mi piso en el móvil, porque quería venderlo para librarme de la gran hipoteca con la que me había quedado yo sola y comprarme uno más pequeño, así que les enseñé mi salón, mis libros, los suelos de parqué, la terraza. Mi casa era muy bonita, pero la deuda con el banco también era muy bonita, como no me cansaba de decir. «Mira, las habitaciones están separadas todas por puertas» —le dijo Sueny a la madre de Yodiel. «Así mismo, ¿viste?»

La ceremonia había empezado muy pronto, a las ocho, pero el animal aún no estaba en su punto. Los hombres se turnaban para dar vueltas al cerdo, que se estaba haciendo a fuego lento desde las cinco de la tarde mediante el viejo método del palo o la púa. Alrededor de aquel se iba ubicando la gente: amigos de Yodiel, más vecinos, la madre de Sueny, que también vivía con ellos y a la que había abandonado hacía poco su marido, los padres de Yodiel —ella, con unas mallas rojas y una camiseta también roja que sostenía milagrosamente unos pechos abundantes sin sujetador—. El

ron que de camino había comprado yo —y que jamás probaba, pues soy abstemia— corría entre la treintena de personas que se movía por allí, muchas de las cuales, como yo o el propio Yodiel, se sentaban en las escaleras que conducían al patio-jardín o en algún lugar protegido a ver el ritual del asado, el calor del fuego encendiéndoles los rostros e iluminando una noche cálida y perfecta. Yodiel me tenía abrazada —yo en un escalón; él en el de arriba— y reía sin parar; presumía de novia ante todo el mundo y no ocultaba su felicidad. Yo me sabía la reina de la fiesta, y esa era una sensación que me gustaba. ¿Cómo era aquel relato de Cortázar, o lo que decía la cantante Cecilia en una conocida canción de mi infancia?: «Y si no fuera por miedo, sería la novia en la boda, el niño en el bautizo, el muerto en el entierro».

—Leduar, ¿a que tú no viste nunca a una mujer tan blanca? —Yodiel hablaba con uno de los niños asistentes a la fiesta y reía, orgulloso.

—No —contestó un tímido Leduar.

—¡Qué bueno que viniste, bro! —ahora era un chico de unos veinte años el que se dirigía a Yodiel.

—Esta es Alicia, mi *mujel*.

—Encantado —dijo el joven dirigiéndose a mí—. Me contaron que es usted editora allá, en España —continuó, entre gestos de admiración.

—Bueno, no exactamente pero sí, editora —respondí, quitándole importancia al asunto.

—¡Ñooo, Gente de Zona! —gritó, de repente, Yodiel. La música había comenzado.

Estoy segura de que una fiesta así no tiene nada que envidiar a las que se celebran en cualquier otra parte del mundo, con todo lujo y los más exquisitos manjares. Allí no había más que puerco, ron y algún refresco; la casa, pese a ser de las mejores de la cuadra, no podía ocultar sus enormes desconchones y, sobre todo, que estaba hecha a trozos. Unas baldosas por aquí, media pared de mampostería por allá. Y, sin embargo, la alegría de la gente, que se movía con su plato lleno y su vaso entre la puerta de la calle y el patio, mientras los altavoces ardían desde lo alto del frigorífico, era genuina. Los padres de Yodiel se pusieron a bailar como en sus mejores años; los vecinos los jalearon y se unieron a ellos, en una suerte de improvisada pista que a diario era la cocina de la familia y ahora se había despejado para dejar espacio. Tan solo el famélico perro que rondaba por allí, sin nadie que se apiadara de él, no parecía feliz. En la fiesta participaban todos. Hasta la hijita de Sueny, con sus dos años y sus tres kikis rosas en su pelo perfectamente peinado, bailaba esa mezcla de salsa y *reggaeton* mientras los adultos la jaleaban. Es el juego principal de los niños, lo que hacen incluso cuando aún van descalzos y en pañales. No era de extrañar que algunos fueran auténticos maestros en la materia. Claro que el mejor, con diferencia, era mi Yodiel. Cuando bailaba, hasta el menor de sus músculos se ponía en movimiento: «Yo sé que tú quieres, no digas que no / mamá me lo contó / tú bailas con uno, también con dos / mamá me lo contó / que te vieron perreando con tu amiguita / mamá me lo contó / cómo se pone esa muchachita / mamá me lo contó. / A mí mamá me lo contó, a mí mamá me lo contó / que tú estás acabando con la quinta y con los mangos...». Yo también lo bailaba, claro que sí, y sin disimulos ni cortapisas, dejando que mi cuerpo fuera por entero al ritmo de la música. Más Gente de Zona, Beny Moré, Celia Cruz... aquello era otra cosa. No me limitaba a mover las caderas con más o menos gracia, no: hacía giros, elevaba los brazos... Sentía una fuerza que nacía más allá del estómago y que dirigía todo mi cuerpo sin que yo pudiera hacer otra cosa que dejarme llevar. «No puedo imaginar un Dios que no sepa bailar», dijo una vez mi adorado coreógrafo Béjart. Cuánta razón tenía.

Bailamos hasta las tres de la madrugada. Cuando ya no podíamos más, Yodiel y yo volvimos a la casa de sus padres y a nuestra habitación, y fue entonces cuando la falta de intimidad, y, sobre todo, la falta de un buen baño —y no el oscuro aseo sin azulejos en el que la gente se *duchaba* con

la ayuda de cubos— se me hizo insoportable. Esa misma noche decidí, dijeran lo que dijeran Yodiel y su familia, buscar al día siguiente un hotel, el que fuese.

El Guantánamo era un dos estrellas sencillo pero digno en el que hicimos el amor nada más llegar, a media mañana. Yo no podía olvidar que a solo unos minutos de donde nos encontrábamos estaba la famosa y vergonzosa prisión del mismo nombre, y a la que nadie mencionaba en sus conversaciones, y que la dirección exacta de donde nos encontrábamos era «Ahogados y 13 Norte». El hotel tenía una piscina en desuso, o no muy limpia, en la que practicaba el grupo de danza con el que había estudiado Yodiel esos tres meses pasados, así que él se fue a saludar a sus amigos y me dejó a mí arreglándome. Antes habíamos estado en casa de Carlos para recoger la maleta que —esta vez sí— la madre de este nos entregó sin problemas. La casa de su amigo era aún más humilde que la de los padres de Yodiel. Al parecer, a la madre la habían dejado en su juventud con cuatro hijos —el propio Carlos y tres hermanas— y apenas tenía para vivir lo que a veces le enviaba su hijo desde La Habana. Contemplé estupefacta el pequeño camino de entrada a la casa, lleno de desperfectos, y en el que nos cruzamos con una de las hermanas de Carlos, que se limitó a sonreír a Yodiel cuando lo vio pero no se paró a saludar. La hermana me recordó a una de las vecinas con la que nos habíamos encontrado por la mañana cuando iba a trabajar a un *burger* del centro: las dos eran buenos ejemplos del arte cubano para ir guapísimas aunque en su casa arreglarse fuera tan difícil como hacer malabarismos.

Yodiel no acababa de venir de la piscina y yo no quería ver más la televisión, así que empecé a ordenar las cosas. Si aprovechábamos la maleta de Carlos, que estaba vacía, iríamos menos cargados en el viaje de vuelta a La Habana, pensé. Así que, sin más, abrí la maleta y me encontré con ¡cuatro cucarachas! que campaban por allí a sus anchas. Solté la maleta en un acto reflejo, pero luego lo pensé mejor y decidí matarlas, solo que al abrir de nuevo la maleta vi que no eran cuatro, que entre los pliegues se escondían muchas más. Eran unas cucarachas distintas de las que había en España, estas más pequeñas y rubias pero igualmente asquerosas.

Una suerte de angustia empezaba a atenazarme el pecho cuando entró Yodiel.

—¿Qué pasó? —dijo con cara de susto.

Le conté y salió con la maleta al pasillo, que tenía grandes ventanales abiertos. Allí estuvo, dando pisotones, o golpeando la propia maleta contra el suelo, por lo menos diez minutos. Por la noche, ya en la cama, volvimos a hablar del tema:

—Aquí es normal. Estamos en el Caribe —decía Yodiel.

—¿Te he parecido muy ridícula?

—¿Qué dices? ¡Me fascina que no te gusten las cucarachas! —soltó con énfasis.

«Así que soy exótica y ultrafemenina porque me dan asco esos bichos», pensé. Y me reí para mis adentros.

Esa noche, sin embargo, no estuve ni la mitad de relajada que las otras noches. El episodio de la tarde me había dejado cierta aprensión en el cuerpo. Además, y una vez celebrada la fiesta y conocido a muchos de los vecinos, allí no había mucho que hacer.

—Pero no podemos irnos sin antes visitar a mi hermano, yo se lo prometí a mi mamá, y a Cintio y a sus dos hijas —protestó Yodiel.

—Pues vamos a verlos, claro, y a los primos que aún no conozco —dije, a la par que acallaba sus gruñidos con un sonoro beso.

Por la mañana, me desperté muy temprano y decidí bajar sola a desayunar. Yodiel dormía feliz y yo no quería arriesgarme a quedarme sin mi comida favorita. Resultó que el hotel no tenía bufé, solo una cafetería normal con un reducido surtido de bollería. Desayuné con la sola compañía de un par de anglosajones —probablemente periodistas, pues ese era el único hotel de toda la ciudad

— que iban a lo suyo, como el camarero. Miré el reloj —ya eran las diez de la mañana— y decidí regresar a la habitación. Antes de llegar me topé en los escalones con un enfadado Yodiel, que me montó una escena de celos porque le había dejado solo y que casi me tomé a broma, pues no podía creer que alguien se pusiera celoso por esa nimiedad.

Cintio y su familia vivían en una casa más aparente que todas las que yo había visto hasta entonces, aunque con un pequeño sendero de entrada también plagado de baldosas rotas por entre las cuales se colaba la maleza. Era un hombre de unos sesenta años, culto y afable, que parecía profesar mucho cariño a Yodiel, y que ocupaba el que sin duda era el asiento mejor y más grande de ese salón: una butaca verde oscura que no pegaba mucho con el resto de la decoración, pero que sin duda dejaba a las claras quién mandaba allí. Su mujer, Clarisbel, que solo abrió la boca para ofrecernos un café, sonreía desde una esquina de la estancia, mientras sus dos hijas veinteañeras y su hijo, de unos doce años, nos hacían todo tipo de preguntas.

—Yo os dije que iba a traer a Alicia y aquí está —dijo Yodiel. Los ojos le brillaban.

—Me contaron que eres editora allá en España —preguntó Cintio—. ¿Y trabajas mucho?

No necesité pensar la respuesta, de tantas veces como se la había dicho a quien quisiera oírlo, allí y en mi país, y dije con toda naturalidad:

—Como una mula.

Cintio dirigió una significativa mirada a sus dos hijas mayores para que tomaran nota de cómo era en realidad la vida fuera. Después siguió hablando y haciéndome preguntas: para él, era una novedad tener para charlar, de todo lo divino y lo humano, a aquella española que estaba con uno de los suyos. Eso no impedía que me preguntara por cosas más personales, como qué me había llamado la atención de Yodiel cuando lo conocí.

—Pues fíjese —respondí—. Me impresionó mucho que, cuando le pregunté por su padre, lo primero que me dijo fue: «Mi papá es el mejor papá del mundo».

Todos sonrieron sorprendidos, y Cintio, que era el primer y único Cintio de quien yo he sabido en mi vida, aparte de Vitier, volvió a mirar a sus hijas en plan de «tomad nota, chicas».

Una de ellas, Yovanka, había compartido pupitre en el colegio con Yodiel durante mucho tiempo, y no tardó en sacar a la luz recuerdos de aquella época, que me hicieron ver que mi chico nunca había sido lo que se dice un alumno aplicado. «Le costaba tanto estar una mañana entera en su pupitre como caminar dos cuadras, porque Yodiel odia caminar» —dijo sonriendo—. «Pero eso sí: nunca tuve un compañero más bueno. Jamás me dejó volver sola a casa, que ya tú sabes que la zona esa del río tiene muchos peligros» —y ahora se dirigió a mí directamente—, «y alguna vez que estuve a punto de hacer alguna tontería me hizo *recapasitar*».

Me gustó oír eso, aunque no me sorprendió: yo ya sabía que Yodiel era un hombre muy bueno. Entonces Yovanka y Yodiel se cruzaron una mirada que no entendí y, antes de que me diera cuenta, estábamos todos —salvo los padres— en la calle, en dirección a no sabía dónde. Yodiel reía, como siempre. Solo le faltaba cantar para estar en su salsa, y era evidente que había cosas de aquella gente, de sus códigos y lenguajes, que a mí se me escapaban. El lugar era inhóspito; no había nada, aparte de casas destartaladas y calles sin asfaltar, aunque a la vez la vegetación salvaje lo cubría todo. Y hacía mucho calor, pese a estar a finales de octubre; aquella zona era aún más calurosa que La Habana. En medio de la carretera surgió ante nosotros una gasolinera y yo, siguiéndoles, entré a la pequeña tienda. Cada una de las chicas pidió un refresco y el niño un paquete de galletas de chocolate; Yodiel, por su parte, pidió una Bucanero, y yo no quise tomar nada. Ellos seguían celebrando el hecho de estar juntos en tan buenas circunstancias y yo simplemente observaba. Entonces, no supe cómo, hubo que pagar y todos dirigieron sus ojos hacia mí, que tardé unos segundos en comprender que era yo la que tenía que pagar y otros segundos en

disimular lo poco que me gustó esa situación por mucho que la comprendiera.

«Mami, esa gente es muy buena y yo les debo tantos favores...», me diría después. «Tú no sabes lo tanto que mi familia y yo le debemos a Cintio. Una vez que yo iba sin ropa me vistió y me compró unos zapatos para que no fuera al colegio descalzo. Tú no sabes, tú no sabes —y se golpeaba el pecho mientras hablaba— cómo se puso mi abuelo, que Dios lo tenga en su gloria, cuando me vio con la ropa nueva. Fue a ver a Cintio y le pidió explicaciones, porque mi abuelo era un hombre muy bueno y muy honrado, y también muy orgulloso. Pues Cintio habló con él, mi abuelo se calmó, y yo me pude quedar con mi ropa y mis zapaticos».

A su hermano fuimos a verlo esa misma tarde, acompañados de su madre y su hermana. Guillermo era un veinteañero bonachón que miraba con arrobó a su hermano, casi como si fuera un Dios. Era negro como él, pero tenía la cara redonda, al contrario que Yodiel. Tal vez fuera el pelo lo que les hacía parecer tan diferentes, pues él lo tenía corto, sin trencitas. Tímido y serio, Guillermo disfrutó de la compañía y de la merienda que Leydi llevó desde casa en una jabita grande que le prestó Sueny. Para llegar al cuartel cogimos un carro grande en el que había un solo asiento libre que Leydi se negó a ocupar —yo era la invitada y a mí me correspondían todos los honores, era el mantra que todos parecían respetar—. El calor era tan sofocante, que de nuevo me tuve que recoger mi preciosa melena en una coleta —allí no había manera de lucir peinado alguno, el sudor arramplaba con todo—. Tengo una foto de ese momento: yo sentada, mirando a cámara; Yodiel y su madre sonriendo vagamente y mirando al infinito. Recuerdo que, cuando la vi, ya en Madrid, pensé que era la primera vez que me veía a mí misma como una mujer mayor; que, aunque los rasgos de esa foto eran idénticos a los de las otras fotos de esos días, en esa, y solo en esa, se intuían los rasgos de la mujer en que me iba a convertir dentro de muy poco.

Si Santiago no había dado para más de dos días, Guantánamo se agotó en uno y medio. Allí no había nada que hacer, nada que ver, una vez visitados todos los familiares y amigos de Yodiel. Decidimos —yo decidí— ir a una zona de playa. Descartada Baracoa —él decía que no era segura para él, que allí la policía podría causarle problemas— optamos por otra que estaba relativamente cerca, Holguín. Ya que viajaba tanto a Cuba, por lo menos podría presumir de conocerlo bien. Pero había que contratar la estancia desde España; no podíamos presentarnos a un *resort* por las buenas. Era una pena no tener tiempo ni medios para viajar de otra manera, pero una vez allí, y con solo seis días de estancia por delante, nos evitaríamos por lo menos la angustia de resolver diariamente asuntos relativos a la higiene o la comida. En la casa de Yodiel un día había tenido que lavarme la cabeza con ayuda de su madre y mediante cubos. No quería volver a pasar por eso.

—¿Y cómo la vas a hacer? —preguntó Yodiel mientras descansábamos en una plaza del centro de la ciudad. Las pequeñas trenzas le caían graciosamente por el rostro y deseé una vez más aprender la peculiar técnica y ser la próxima persona que se las hiciera, yo sentada en una silla y él en el suelo, con la cabeza a la altura de mis piernas.

—Entro en una oficina que tenga Internet, busco la información que necesito y llamo desde mi móvil.

—Hay una sola oficina con Internet en todo Guantánamo —aseguró Yodiel—. Por eso esta temporada te he escrito menos que cuando estaba en La Habana.

Tuvimos suerte y hasta nos permitieron imprimir las reservas mediante el poco convencional método de reenviar el correo que me había llegado a una trabajadora de Etecsa-Cuba que, ella sí, tenía conectado su ordenador a una impresora. Omití decirle a Yodiel cuánto costarían los seis días en el hotel y que los había pagado con una tarjeta de crédito (no estaba segura de tener suficientes fondos en la de débito en ese momento). No me gustaba hablar de esas cosas.

La mejor manera de viajar hasta Holguín era utilizar un tren en el que, en principio, solo podían viajar cubanos y que salía a las cinco y media de la mañana de Guantánamo. Eso quería decir que había que abandonar el hotel a las cuatro y recorrer con la maleta una distancia de tres kilómetros. Yodiel habló con un *brother* suyo que tenía coche para que fuera a recogerlos a esa hora; este cumplió, y por eso lo primero que hizo Yodiel en cuanto lo vio en el hotel fue sacarse un billete de cinco CUC de la cartera y ponerlo en sus manos. En la recepción, una mujer de unos cincuenta años, negra —en Guantánamo casi todo el mundo era negro— nos miraba a los tres con curiosidad mientras nos alejábamos en el coche, un viejo Renault azul con pinta de dejarnos tirados en cualquier momento.

En las inmediaciones de la estación, pese a la hora, ya había unos cuantos hombres, que no viajeros. Yodiel consultó con algunos de ellos qué posibilidades había de colarme en el tren, pero todos le dijeron que una extranjera no lo tenía fácil para subirse, y, por supuesto, que se olvidara de comprar billete alguno en ventanilla. «Es mi *mujel*» —decía Yodiel a todo el que quisiera oírle—. «Es casi más cubana que tú y que yo». Entonces, indefectiblemente, los interlocutores desviaban la mirada hacia mí y se detenían en mi cabello y en mi piel, sin hacer comentario alguno. Por fin, y después de hablar con unas cuantas personas, Yodiel logró comprarle a un viajero su propio billete por unos pesos cubanos más y subimos, ya con el tiempo justo, al vagón, no sin antes pedirme que dejara que hablara él cuando se acercara el revisor.

Cuando puse el primer pie en el tren, comprendí por qué ciertos medios de transporte estaban vetados a los turistas. No era solo que los asientos, de un viejísimo escay de color rojo y con visibles desperfectos, estuvieran en un estado lamentable; es que suelos, techos, ventanas... daban la sensación de no haberse limpiado en meses, tal vez en años. Me juré a mí misma no visitar el servicio durante todo el viaje, así estuviera a punto de morir, pero afortunadamente el sueño me venció pronto apoyada en el pecho de Yodiel.

Aún estaba remoloneando cuando oí las risas de este, que ahora estaba en el asiento de enfrente. En el vagón no viajaba nadie más.

—¿Pero a mi Alicia qué le pasa?

—¿Qué quieres, Yodiel, ¿Qué ocurre? —contesté a la vez que me estiraba.

—¿Tú sabes cómo te quedaste dormida? —dijo con un tono pícaro y descarado—. Así —y torció el rostro a la vez que abría la boca en una mueca grotesca.

Me quedé espantada. Yo creía que nunca abría la boca al dormir. Y lo peor es que tenía la vaga sospecha de que en esa posición, con la boca abierta, el cuello y la barbilla se unían hasta formar papada. Pero Yodiel siguió. Al parecer, encontraba muy gracioso el tema.

—Yo te miraba y te miraba —y alargaba las sílabas al hablar mientras se reía— y pensaba: «No puede ser, que me la cambiaron en la estación y no me di cuenta».

Como no me preocupaban a mí bastante los años que nos separaban, mi chico venía a recordármelos.

Era mejor dejarlo estar. Ante mis ojos, una vegetación exuberante se desplegaba. Tenía un intenso color verde y estaba cuajada de pinos y palmeras. El sol ya había salido pero en los campos aún se podía intuir el rocío. Yo miraba alguno de los maravillosos lugares por los que pasábamos y podía imaginarme viviendo allí, en una modesta casita y con una huerta detrás para plantar nuestros propios alimentos. Allí y con Yodiel, claro. ¿Qué más podría necesitar en un entorno como ese? Siempre me había gustado la naturaleza, pero cada vez la echaba más de menos en Madrid, y en mi interior hacía tiempo, mucho antes de conocer a Yodiel, que fantaseaba con la idea de dejarlo todo y empezar de nuevo lejos, en otro país. Mientras miraba absorta por la ventana, Yodiel, que no había dejado de contemplarme todo el tiempo con ojos extasiados, me

rodeó por la cintura y me besó.

—Déjame cuidarte y amarte y yo te haré feliz —dijo mientras me estrechaba fuerte contra sí.

De repente el tren se paró en mitad de la nada.

—¿Y ahora qué ocurre? —pregunté.

—Nada, esto es normal aquí, respondió irónicamente Yodiel. Aún se parará en varias ocasiones. En las seis horas de viaje...

—¡Seis horas! —le interrumpí sorprendida—. ¡Si son menos de doscientos kilómetros!

Él solo me miró, pero yo sabía las palabras que tenía en su cabeza: «Es Cuba».

Todavía eran las ocho de la mañana. Aproveché la parada para estirarme y asomarme por la ventana. A la luz del día descubrí que el tren era de color verde agua y blanco y que algunos de los cristales de las ventanas estaban rotos. Saqué de mi bolso de mano unos panecillos con queso y jamón que tuve la buena idea de comprar en la cafetería del hotel la noche anterior y una botella grande de agua. En el tren, por supuesto, no había bar, pero a cambio, y como tendría ocasión de comprobar en seguida, en cada pueblo que paraba unos minutos había una legión de hombres que se apostaban con increíble agilidad a lo largo y ancho del tren al grito de «Maní, al rico Maní», y «Mango, piña y plátano suave», en un acento cerradísimo. También vendían algo del color del té en pequeñas botellas de agua recicladas, y unos pasteles con crema que tenían una pinta buenísima, pero que yo no tenía ninguna intención de probar. Yodiel se tuvo que comer él solo los dos que compró a un hombre que se encaramó hasta la ventana en dos segundos, y también dos mangos. Le encantaban, ya me lo había dicho Sandra. En el hotel de Varadero le había visto subirse a un árbol para coger varios, como hacía mi padre cuando yo era pequeña y pasábamos en Colindres junto a una higuera sin dueño.

—Eres como una *prinsesa*, mami. Pero haces bien. Si tomaras esto te pondrías mala el resto del viaje.

Nos sacamos fotos el uno al otro. Yo pensé que mi novio no podía ser más guapo. Algún cambio se había operado en él últimamente que no sabía precisar, pero era como si el rostro tuviera más luz y sus rasgos se hubieran definido en apenas un año y medio, el tiempo transcurrido entre cuando lo conoció Sandra —las fotos que me había enviado tenían la fecha en el extremo inferior— y ahora. ¿Sería solo el amor —pensaba yo, que también estaba más guapa desde que Yodiel entrara en mi vida—, o casualidad? Quizá solo fuera que, por edad —él era tan joven aún— cuando lo conocí no había alcanzado todavía su plenitud. En todo caso, y aunque yo me sabía hermosa y en buena forma física, pensé que él era demasiado guapo para mí. Sin quererlo recordé unas palabras que me dijo siendo niña mi hermana —mi inefable hermana mayor, que entonces lo era todo para mí— cuando le pregunté si creía que yo era guapa: «Tienes brazos, tienes piernas. Eso es lo importante», me respondió, dejándome sumida por mucho tiempo en la duda. Las inseguridades de una mujer pueden adoptar muchas formas, y a mí siempre me habían llamado la atención esas modelos guapísimas que decían en algunas entrevistas que toda su vida habían tenido complejo de pies grandes o de orejas de soplillo. O Michelle Pfeiffer, la otrora bellísima Michelle Pfeiffer, de quien había leído que no podía soportar de sí misma su «boca de pato». Volví a Mirar a Yodiel. Vi amor en sus ojos. Y felicidad. «La vida es de los valientes», murmuré.

De la estación de Holguín salimos disparados buscando un servicio —yo no podía aguantar más— pero allí no había una sola cafetería con baño, ni aseos en la estación. Una mujer joven que pasaba por la calle y me oyó quejarse se dirigió a mí: «¿Tú buscas un baño? Yo te llevo a uno, ven», me dijo mientras me cogía de la mano en un gesto cariñoso que parecía natural en ella. Me hizo entrar en lo que parecía una barbería y atravesar un largo pasillo que llegaba hasta un patio desvencijado.

—Aquí es —me dijo—. No encontrarás nada mejor por aquí.

Yo no daba crédito. Por fin comprendía —yo, que nunca había vivido en la abundancia pero tampoco sabía lo que era que me faltara nada— lo que era el Tercer Mundo. No pude hacer uso de ese servicio, del miedo que me dio coger algo si me acercaba a ese retrete, lo cual me costó llegar al hotel con todos los síntomas de una cistitis. Cuatro días que tiene una para disfrutar, y ahora me pasaba esto... En el trayecto de media hora en taxi —no había otra manera de llegar allá, y esta vez íbamos por libre, no en los autobuses de paquetes turísticos—, Yodiel intentó consolarme.

Ya verás que tú te pones bien, mami. Mira, en cuanto lleguemos al hotel, tú te tomas toda el agua que puedas, mucha agua —yo vi a mi mamá hacer esto—. Luego estarás yendo todo el rato al baño, ya tú podrás ir al baño todas las veces que quieras —dijo entre risas cómplices— y esta misma noche, de aquí a un ratico, yo te la curo con un método que tengo, *made in Yodiel* —que te quita a ti la cistitis, la gripe y hasta el mal de altura. Ya tú vas a ver...

No pude evitar reírme. Podría pasarme horas escuchando a Yodiel. Ese optimismo contagioso, esa gracia, eran unas de sus mejores cualidades.

Durante la estancia en el hotel de Guardalavaca, el Brisas, hubo una desagradable discusión entre Yodiel y una de las camareras. Todo empezó porque él, durante la comida, pidió una cerveza y se la trajeron en vaso. «¿Por qué tú no me la das en jarra, como a ese yuma que está ahí, o como a ese otro?», le dijo él, a gritos. La mujer, mulata, se quedó lívida, pero no lo trató con la deferencia que yo había visto en otros hoteles, de tal manera que la discusión alcanzó un tono demasiado elevado, más teniendo en cuenta que estábamos en un lugar destinado al ocio y al placer. Comprobé en seguida que Yodiel no entraba en razones y que sabía muy bien lo que decía, por más que yo jamás me hubiera fijado en un detalle como ese, y lo intenté calmar. Todos en el restaurante, sin excepción, tenían puesta la mirada en nosotros, y el encargado no tardó en aparecer.

—Esa mujer me ofendió, le dijo Yodiel.

—No me hagas esto —suplicó de repente la camarera, dirigiéndose a Yodiel—. Yo soy como tú.

—No lo eras cuando me entregaste la cerveza en ese vaso.

La cosa se estaba poniendo fea, y no me quedó más remedio que hacer uso de mi diplomacia para solucionarla sin que ninguna de las partes se sintiera humillada, porque lo cierto era que el comportamiento de Yody también había dejado que desear. En el hotel ese nos estaban pasando cosas que no nos habían pasado nunca. A nuestra llegada, por ejemplo, mientras yo vaciaba las maletas y me arreglaba, Yodiel bajó solo a conocer las instalaciones del hotel y a probar la piscina, para volver a los pocos minutos.

—¿Y eso? ¿Qué haces aquí? —Le pregunté, sorprendida.

—Yo no quiero tener problemas, mami. Había unas americanas que en cuanto me vieron se pusieron a dar vueltas alrededor y a dar grititos mientras decían «a cuban man, a cuban man». Me preguntaron qué hacía yo aquí y les dije: «Yo estoy con mi esposa». «¿Tu esposa?», respondieron, y ya entonces se fueron, pero preferí volver aquí contigo.

No dije nada, pero esa anécdota vendría muchas veces después a mi cabeza.

A mí los espectáculos de animación folclóricos o de ballet acuáticos que programaba el hotel por la noche, y que tanto parecían entusiasmar a los canadienses y a los rusos que eran mayoría allí, no me volvían loca, pero en cambio era feliz viendo lo mucho que le gustaban a Yodiel, cómo disfrutaba viéndolos. No volvimos a hablar del desagradable incidente de días atrás, pero aquello me abrió a los ojos a una realidad, la del racismo, de una manera diferente: allí eso no tenía que

ver con ser extranjero o no, sino con el color de la piel, y, todavía más sorprendente: los propios negros eran racistas entre sí. Oí en varias ocasiones cómo entre ellos se valoraba el diferente grado de negritud, de tal manera que, cuanto más claro, más alto se estaba en la escala social. También sabría después de algún imbécil, oriundo de allí, que presumía de no haber salido en toda su vida «con una negra».

Dice mi amiga Rosa que estar en un hotel, de vacaciones, no es la mejor manera de conocer a nadie. No le falta razón, pero dadas las circunstancias, lo mejor para conocer a Yodiel era estar con él muchas horas, no importaba dónde. El bar interior del Brisas, con los cuatro cubanos que había por allí viendo en la tele un partido de béisbol, era un buen ejemplo. Qué pasión le ponían todos, especialmente él. Y el día que en la pantalla pasaron la telenovela *Aquí estamos*, a la que se había aficionado en esta temporada con sus padres, tuve ocasión de verlo en su salsa. No voy a decir que me entusiasmara la historia de esos jóvenes del televisor. El espectáculo, para mí, estaba en Yodiel y en todos cuantos le rodeaban. Nada que ver con mi anterior pareja, a quien no miré con arrobos ni en los primeros momentos. Miguel había sido mi novio durante menos de un año, y todavía hoy no me explico cómo permití que semejante espécimen se metiera en mi casa y en mi vida. Un tío controlador que, pese a no ser tonto, cometió la más grande de las estupideces: intentar que mi hija y yo nos enemistáramos. Pobrecillo. Me lo hizo pasar tan mal que, cuando lo eché de mi vida, tras meses de discusiones continuas y absurdas, me permití una pequeña venganza. Yo recordaba que él y su anterior pareja, con la que había estado casado, tenían números de móvil consecutivos, ya que compraron sus primeros teléfonos a la vez. Así que un día, probé con el inmediatamente posterior al de Miguel y ¡bingo!

Fue una conversación surrealista y jugosa. Dos mujeres que han abandonado a un señor porque han descubierto que es un bluf pueden ser muy peligrosas. Con esa familiaridad que a veces se da con los extraños, ella me dijo que dudaba que lo nuestro hubiera sido muy apasionado: «Pues cuando yo lo dejé, la cosa ya no marchaba nada». Lo dijo en tono guasón, y en el mismo tono le respondí que conmigo fue igual. Que se notaba mucho que ya tenía cincuenta años y que apenas tomaba viagra porque le daba miedo sufrir un infarto.

En el taxi de vuelta hacia la estación de bus —por primera vez iríamos juntos en un Viazul, que solo era para turistas y cobraba en CUC—, Yody me pidió que me pusiera los pendientes, el anillo y la cadenita que solía llevar y que, con las prisas, me había dejado en el bolso. «Óyeme —me dijo en un tono autoritario y alto para que lo oyera el conductor—, que no me entere yo que tú no vas siempre con tus joyas». Me quedé tan sorprendida que ni siquiera reaccioné. ¿Qué narices era eso?

Antes de coger el vuelo Santiago-Habana, hicimos noche en el Islazul, el único lugar donde pudimos alojarnos yendo por libre. Era un sitio pequeño y modesto que, fuera ya de temporada, estaba prácticamente vacío. Apenas nos instalamos, el teléfono que había en la habitación comenzó a sonar. Yo no sabía qué querían las mujeres que llamaban, porque siempre eran mujeres y porque de nuevo no les entendía nada. A la cuarta llamada decidí descolgar el teléfono, para que nos dejaran en paz, y entonces fue Yodiel el que se puso pesado: que había que hacer todos los días el amor, decía. Pero yo estaba un poco mosqueada con él, lo que había pasado en el taxi me había cortado el rollo y cuando estoy así lo último que me apetece es tener sexo. Él insistió e insistió, parecía sonarle a chino mi explicación. Yo me mantuve en mis trece.

Nos quedaba un día entero en La Habana y aprovechamos para ver a Denis, un amigo de Yody desde los tiempos del servicio militar que estaba casado y tenía a su mujer, casi tan joven como

él, embarazada de seis meses. Vivían detrás del hotel Sheraton, el más caro de todos, que marcaba un imaginario límite entre la turística Habana Vieja y el resto de la ciudad, en una zona tan deprimente como la de la primera noche de Yody. Aquello ya era Centro Habana. Por allí no había ni turismo, ni locales caros, ni *bodeguitas de en medio*. Solo pobreza y decrepitud, y algún olor de alcantarilla que por momentos colonizaba el ambiente. Yo me dejaba llevar, con esa actitud mía mitad curiosa, mitad aventurera, sabiendo que si estaba allí, en esa zona por la que nunca pasaba un turista, era porque contaba con el «pasaporte» de Yody. El entorno no tenía nada de encantador, pero mi deseo de saber era más fuerte que todo eso.

—Denis, te presento a Alicia.

—Mucho gusto, ¿Cómo está usted? —Denis era un bellissimo mulato casi en miniatura, barbilampiño y con el pelo muy corto, que vestía camiseta blanca sin mangas y un pantalón vaquero que le llegaba hasta los tobillos. Tenía una sonrisa franca, ojos brillantes, los mismos dientes blanquísimos que todos ellos—. En seguida sale Yanisleydi, mi esposa, que está duchándose —dijo mientras nos pedía a ambos tomar asiento.

Quise saber a qué se dedicaba. «Vendo electrodomésticos», contestó. Pero no tenía una tienda ni nada que se le pareciera. Lo que hacía Denis era trapichear con electrodomésticos. Conseguía uno, el que fuese —por supuesto usado, pero operativo— lo guardaba ahí, en su propia casa, hasta encontrar a alguien a quien le pudiera interesar, y él se quedaba con la comisión por la venta. Neveras y ventiladores eran los más codiciados. Más tarde le pregunté a Yody si él querría dedicarse a eso; si fuera así, yo estaría dispuesta a prestarle una pequeña cantidad para empezar; podría incluso colaborar con Denis, ya que él disponía de una casa que hacía las veces de almacén, pero Yody se negó en redondo.

De repente apareció Yanisleydi. No era tan bella como Denis, pero hacían buena pareja. Me saludó con mucho respeto y se puso a hablar de su embarazo. Allí ingresan a todas las mujeres los últimos meses de la gestación, para asegurarse de que comen bien y de que, cuando llegue el momento del parto, puedan atenderlas sin problema. También mencionó lo agradecida que estaba porque yo hubiera aceptado ser la madrina de su bebé. No pude ocultar mi sorpresa; eché una rápida mirada a Yody, que parecía estar muy concentrado admirando las zapatillas de Denis, y no hice comentario alguno. ¿Por qué se había comprometido sin preguntármelo antes? Ser madrina de una criatura era una cosa muy seria, al menos para mí. No entendía por qué Yodiel había hecho eso pero no pensaba dejarme llevar solo porque él ya hubiera dado su palabra.

Fuimos a comer los cuatro juntos a un sitio que estaba cerca del Sheraton y por eso no entendí cuando, al caer la tarde, antes de partir para el aeropuerto, Yodiel dijo que no había comido:

—Sí que hemos comido —respondí—. No hemos cenado, pero claro que hemos comido.

Entonces descubrí que él, por lo menos, llamaba comer al hecho de ingerir, que no diferenciaba las comidas por el nombre, y que «hoy no he comido» no significaba para él lo mismo que para mí.

Al despedirnos en el aeropuerto José Martí, él me dejó caer, como quien no quiere la cosa, algo relativo a nuestra próxima boda, pero yo me limité a sonreír. Ya le había dejado claro al principio que esa no era mi intención, aunque él parecía no haberlo registrado, igual que le había dejado bien claro que yo era una mujer de clase media y que, por más que allí cualquier turista pareciera rico, no lo era en absoluto.

Pregunté por qué le había dicho a Yanisleydi y a Denis que yo sería la madrina de su bebé. Todo lo que conseguí fue que allí mismo, junto a la aduana, me cantara una canción de José José que le gustaba especialmente y que a mí me parecía fallida porque, por forzar la rima, su letra caía en el absurdo: «A veces regreso borracho de angustia, te lleno de besos y caricias mustias...» No era el mismo pecado que Mecano con aquello de «Tú me dijisteS 17» o Julio Iglesias con «Cuántas

veces yo soñé / que SOÑABA tu querer», pero a mis ojos le hacía perder muchos enteros.

Capítulo 9

Lo primero que hice en cuanto se me pasó el *jet lag*, fue ponerme a escribir como una loca y a mirar concursos literarios que se convocaran en España pero también en Cuba. Durante unos breves segundos se me pasó por la cabeza la posibilidad de presentarme a alguno allá como si fuera él. Sería una bonita forma de ayudarlo económicamente y de paso salvar su orgullo, pero lo deseché en seguida: el bajísimo nivel cultural de Yodiel lo hacía inviable. No podía imaginármelo hablando en público, dando las gracias ante un jurado de relumbrón: si ganaba, no tardaría nada en descubrirse quién era el auténtico autor del relato o del poema. Sin embargo, seguí escribiendo para mí. Cada vez tenía más energía y más ilusión por hacer cosas. Me sentía con más posibilidades de conseguir aquello que otras veces, por pereza o desánimo, no había llegado a culminar.

Por la calle iba cantando, feliz, pero eso no me impedía estar atenta a la vez a cualquier señal extraña que detectara en Yodiel, en sus *emails* o en sus SMS. Quería ganar tiempo. Intuía que, si aquello era real o no, solo lo sabría según pasaran los meses. Pero mientras tanto era hermoso vivirlo, aunque eso implicara decir a todo que sí o hacer como si lo que decidía Yodiel por los dos me pareciera bien. Ya nunca más le había dicho abiertamente que no quería casarme, pero a la vez tampoco le decía que sí. En realidad, en mi fuero interno sabía que, si un día llegara a estar segura del amor de Yodiel, sería capaz de casarme y hasta de ir a la luna con él, pero solo si estaba segura al cien por cien. A veces me sorprendía preguntándome: «¿Quién ganará, mi mitad emocional o mi mitad racional?» Otras, las menos, una frase cobraba forma en el punto más recóndito de mi cerebro: «Esta historia terminará. Solo quiero saber cómo».

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Mi reina, no sabes cómo te extraño. Estos días han sido maravillosos. Por favor, estoy muriendo del deseo de verte de nuevo, mi amor. Yo hice cola pa' escribir, porque acá solo hay una oficina y cinco computadoras para todo Guantánamo, pero cuando salga me darán deseos de volver, porque yo no quiero más que estar cerca de ti.

Te ama,
Yodiel

De aliciapuntocom@hotmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

Que me emocionas, Yody, que los otros viajes fueron bonitos, pero este ha sido especial. Sabes que voy a luchar por los dos, por ti y por mí, que encontraré la manera de que podamos estar juntos.

Mil besos,
Alicia.

Fue por esa época cuando decidí hacerme del Partido Comunista. No me suponía un conflicto, aunque yo nunca había militado en partido alguno, y a cambio lo tendría más fácil para moverme por allí: seguro que la omnipresente policía cubana se enteraría de que yo estaba afiliada al partido en España y no se le ocurriría importunarme —y, de paso, tampoco a él—. También me hice asidua al estupendo blog de Yoani Sánchez, Generación Y (que, curiosamente, se llamaba así por la gente que, como Yodiel o Yanisleydi, tenía un nombre que comenzaba por Y griega).

Y, sin poderlo evitar, me dio de nuevo la fiebre por rastrear en Internet todo lo habido y por

haber sobre los cubanos, especialmente en cuanto a sus relaciones.

La información negativa que circulaba sobre los amores cubanos era abrumadora. Es probable que antes, cuando no existía la Red, fuera más difícil averiguar según qué cosas, pero ahora todo estaba ahí. Incluso la advertencia que una embajada, la de Canadá, había hecho a sus súbditos, ante las numerosas quejas sobre matrimonios que se habían revelado interesados en cuanto el cubano o cubana en cuestión se había instalado con su flamante cónyuge en el nuevo país. Según algunos testimonios, había quien no se había molestado en disimular y se había largado cuando el avión aterrizó; otros recordaban que el abandono llegó exactamente al cumplirse tres años y conseguir el interesado la nueva nacionalidad. Los sinvergüenzas eran de ambos sexos, pero predominaban más los hombres que habían engañado a mujeres cautas. Me dejaba noqueada leer aquello, me hacían mucho daño las horas que pasaba mirando y mirando, intentando averiguar algo más, dar con un testimonio positivo, pero aun así no podía interrumpir mi relación con Yodiel, porque le quería bastante, aunque a esas alturas una parte de mí se protegiera, por si acaso, y porque no podía dejar a alguien con el peregrino argumento de que muchos de sus compatriotas son indeseables. Si uno no es responsable de lo que han hecho sus padres, por ejemplo, mucho menos lo es de lo que hacen otros con los que apenas comparte lugar de nacimiento. Era ridículo.

Volví a encontrar el vídeo de una japonesa que se había llevado a su cubano a Tokio, que era una de las primeras cosas que salía en Google cuando tecleaba «novio cubano», y que se había limitado a contar cómo fue el comienzo de su relación, y de paso a recordar que Cuba era uno de los pocos países del mundo donde a cada paso te salían hombres que querían casarse contigo. Entonces se me ocurrió. ¿Y si contrato a un detective habanero? Esa es la solución, pensé, que alguien lo espíe y me diga lo que hace de verdad cuando yo no estoy. Pero era Cuba, y en el país de la omnipresente policía no existía ese trabajo —de naturaleza privada, por definición—, no tardé en comprobarlo. ¿Y si contrato a un *hacker* aquí, en España? Hay muchos que parecen saber cómo entrar en correos ajenos. Ya está: bastará que alguien tenga acceso a su correo para comprobar si solo me escribe a mí esos maravillosos *emails*.

Llegué a ponerme en contacto con un adolescente que se publicitaba en la Red como el mejor de los *hackers*, aun sabiendo que me cobraría bastante, e incluso logré que me contestara, pero nunca supe de él después. ¿Sería que al tratarse de un correo de Cuba, donde todo estaba hipercontrolado, sus artes no valían? ¿Que solo podía entrar en correos de terra, de yahoo o de gmail?

Las amistades tampoco ayudaban. Mina, otra de mis mejores amigas, me habló de una conocida que había creído enamorarse locamente de un cubano y que volvió desconsolada tras su segundo viaje. A ella también le habían asado un cerdo y le habían hecho los honores en el pueblo del que era oriundo su chico, pero estando allí se rompió el frigorífico de la familia y todo el mundo pretendió que el nuevo era responsabilidad suya. Bien, tomaba nota, pero me enfadaba que alguien que en teoría me conocía pensara que podía tomarme el pelo nadie. A mí Yodiel no me había pedido nada; era yo la que, voluntariamente, le había dado un poco cada vez que nos habíamos visto: ¿qué eran cien, doscientos euros para nosotros? Y eso allí era una fortuna. De hecho, me dijo que con los doscientos euros que le había dado en julio habían logrado construir una entrada nueva en la casa de sus padres —una independiente, para no tener que pasar por la casa de su abuela— y una pequeña habitación en la planta superior para su hermana. También me había dicho en numerosas ocasiones que él, a pesar de todo, quería vivir siempre en Cuba, que no se imaginaba en Europa. A decir verdad, si yo fantaseaba con algo era con la idea de dejarlo todo e irme allí a probar suerte, a él nunca lo traería a Madrid más de tres meses, que era el tope que se

les permitía estar fuera con Carta de Invitación, y estaba segura de que acabaría espantado antes unas reglas y un modo de vida que no se parecía en nada a lo que él conocía. No, él no era un espabilado al uso, y cuando lo conocí no tenía ni móvil ni casi calzoncillos, no podía ser de esos que se dedicaban a buscar extranjeras, y no sería por el físico. Su familia también me había parecido muy buena, y todo lo que me había pedido el padre, y tras mucho insistir, fueron unos choricitos de jabugo. Para ser unos frescos, se conformaban con bien poco.

En unos días me había leído también todas las entradas del blog de Yoani Sánchez —¿he dicho ya que soy un poco obsesiva?— pero ella, que tan fino hilaba para abordar temas conflictivos, no hablaba abiertamente en ninguno de sus posts sobre cierto tipo de jineterismo. Tan solo en uno escribía sobre los chicos jóvenes que frecuentaban las zonas turísticas de La Habana sin más tesoro que su belleza y les recordaba que la juventud era una cosa que se curaba con el tiempo. Nada de matrimonios entre extranjeros, ni una palabra sobre la realidad que me corroía por dentro. La lectura de Padura, con el que seguí un tiempo más, tampoco me aportó nada en ese sentido, ni una conferencia suya a la que acudí en la Fundación Ramón Areces, pese a lo que me gustaba empaparme de cubanía. Él hablaba de un mundo de Cuba que quizá existiera, pero que no era el que yo conocía. Un mundo en el que la gente leía y tenía cultura, en el que había carencias materiales de todo tipo que se solventaban con imaginación y humor —lo que los cubanos llaman resolver—, pero no tantas como las que se veían de una simple pasada en la calle.

—Mami, yo le dije a mi pura que tú le *iba* a mandar más lacas de uñas como esas que le trajiste a Guantánamo —Yodiel, desde el móvil, estaba tan exultante como siempre, y a mí se me disipaban todos los miedos en cuanto oía su voz, que incluso sonaba más sincera que la mía (yo a veces tengo peligro, lo reconozco, la labia puede ser un arma de doble filo cuando una sabe que la domina).

—Claro que sí, —le respondí—. Lo prometí y así lo haré. Le estoy comprando de varias marcas y de todos los colores. Ya tú vas a ver cuándo las tenga —lo veía y no lo creía, ya era capaz de hablar como ellos si me lo proponía.

Pero lo que en cualquier otro país sería sencillo, se convirtió en algo bien farragoso. El servicio de correos en Cuba no funciona muy bien, así que lo intenté con la paquetería exprés de Seur. Imposible. Desde los atentados de las Torres Gemelas los controles de seguridad eran más rigurosos y las lacas eran una cosa que no gustaba nada en las aduanas. La cosa podía salirme muy cara y nadie me garantizaba que el paquete llegara a su destino; no al menos como podrían garantizarme en España cualquier otro envío.

Escribí a Yodiel, pero no me atreví a contarle que lo del correo se estaba poniendo feo. Me imaginaba a la madre, tan ilusionada con el dinerito que se iba a sacar pintando las uñas con las lacas españolas, que eran las mismas que pueden encontrarse en Francia o en cualquier otro país de la Unión Europea, y se me partía el corazón. Además, cuando prometo algo lo cumplo. Estoy bien enseñada.

En el trabajo, mis compañeros de departamento hablaban de quién se iba a coger el Puente de la Constitución. Yo ya no tenía días, no podía cogerme nada, pero aun así miraba en mi agenda las fechas. El seis de diciembre caía en lunes, y luego estaba el miércoles, día de la Inmaculada. De repente, una idea peregrina acudió a mi cabeza. ¿Y si le doy la sorpresa a Yodiel y me presento en La Habana para cuatro días? Tal vez si hablara con mi jefa podría cogerme un par de días con cargo a las vacaciones del año que viene. Podría, por ejemplo, salir el jueves, dos de diciembre, a las tres de la tarde directamente desde el trabajo, y regresar el domingo por la noche desde La Habana, lo cual me permitiría estar en Madrid el lunes, que era festivo, a media mañana, y trabajar el martes, un día tranquilo, ya que aún estaríamos en pleno puente.

Fue muy emocionante cuando se lo dije a Yody. Durante una conversación de esas que nos traíamos a media noche, cuando yo ya estaba en la cama, llenas de juegos de palabras y risas, se lo fui soltando a modo de adivinanza:

—Imagina algo que te apetezca mucho, mucho —le dije en mi tono más pícaro.

—No *juegue* conmigo, mamita, que soy muy hombre y lo paso mal.

Estuvimos así un rato. La cosa era tan inverosímil que él ni siquiera se la podía imaginar, por mucho que le dejara caer pistas. Cuando le dije que iba a hacer un viaje relámpago de tres o cuatro días gritó como nunca antes. Fue como si lo viera después, saliendo del ETECSA de la calle Obispo dando saltos y diciendo: «Mi Alicia es lo máximo». En cuanto a mí, el corazón se me aceleró más que, cuando con doce años, mis padres me dieron permiso para ir al campamento de verano.

De aliciapuntocom@gmail.com a sandrah@gmail.com

Buenas...

Me voy a La Habana el jueves, dos de diciembre, y vuelvo el domingo, cinco (llego el seis a Madrid). Si queréis algo, ya sabéis...

Márquez está como loco de contento, y yo, una vez tomada la decisión de irme y llevar el paquete *in person*... pues también, la verdad. Disfrutando de la espera. Solo siento no poder cogerme el puente entero, pero... es lo que hay. Eso sí: de ofertas, nada de nada, cuando las compañías saben que quieres unos días concretos no hay promoción que valga, y eso que no he cogido los días más solicitados. Y el visado se ha tenido que hacer corriendo, menos mal que voy siempre a la misma agencia de viajes.

No sé si os llegaron las fotos. Los demás que aparecen en ellas son sus hermanos y su madre. ¿Vais a venir por fin a Madrid?

Sandra y Manu vinieron a Madrid un fin de semana. Tenían muchas ganas de conocerme y querían enseñarle a Abel la capital. Ya los había visto en foto, pero aún me parecieron más altos y más guapos. Eran como dos modelos, aunque la mirada de él no podía ser más inexpresiva. Ella trabajaba de enfermera; él no llegó a decírmelo, así que supuse que era *Ertzaintza* o bien policía o Guardia Civil, profesiones con las que todavía había que ser prudente en el País Vasco. Sandra volvió a sacar el tema de mi boda con Yodiel; yo sonreí y no dije nada, ¡como los cubanos! No eran mala gente, pero no podíamos ser más diferentes. Por mucho que yo me esforzara en agradar y pasar un buen rato, porque de eso se trataba, aquello saltaba a la vista. Me hubiera gustado hablarle a Sandra de si conocía un libro que acababa de descubrir, cuyo título no podía ser más sugerente, *Blanco bueno busca negro pobre*, y que era una crítica a los organismos de cooperación y las ONG, pero recordé que jamás hizo comentario alguno cuando le comenté que estaba devorando el libro de Isabel García Zarza, la corresponsal de Reuters en La Habana. Para qué enemistarme sin necesidad. Me dediqué a los lugares comunes: lo que estaba descubriendo Abel y esas cosas. Tenían previsto continuar viaje hasta Sevilla y él se dejaba querer y guiar. No podía estar más agradecido a esos dos seres que tanto le habían cambiado la vida.

Capítulo 10

—Buenos días. ¿La señora Alicia? —La voz del delegado de El Corte Inglés en La Habana ya me empezaba a resultar familiar. Igual que la mía a él—. Mucho gusto de tenerla entre nosotros de nuevo. Tuvo suerte con la huelga, ¿eh? Se libró por poco.

Huelga, ¿qué huelga? Entre el *jet lag* y que me acababa de despertar, no sabía de qué me hablaba el hombre. Tampoco veía a Yodiel, pero desde el baño me venía el sonido de la ducha. Cogí el mando y encendí el televisor. Ya estaba sintonizado en el Canal 24 horas.

«La huelga de controladores aéreos en Madrid ha dejado en tierra a miles de personas» —decía un locutor—. Para este puente de la Constitución estaban previstos numerosos desplazamientos por avión, que ahora tendrán que ser cancelados. Las protestas no se han hecho esperar y en el aeropuerto de Barajas hubo anoche airadas quejas de numerosos pasajeros...»

La voz al otro lado del teléfono me sacó de mi ensimismamiento:

—Usted llegó a las nueve y media hora local, en el vuelo de Iberia.

—Sí, en el que salió de Madrid a las cinco ayer, jueves.

—Fue el último vuelo que llegó aquí. Dos horas antes el de Air Europa y después el suyo.

Me quedé muerta. La costumbre mía de ir contra corriente me había salvado de una buena. Había salido antes del puente y también iba a volver antes de su finalización —gastando dos de los veinticinco días de vacaciones que tenía al año—, menos mal que en la empresa me habían permitido tomarlos por adelantado. Esperaba que para entonces el conflicto ya estuviera resuelto. En el trabajo no había dicho dónde iba, mucho menos a mi hija o a mi hermana. Me daba vergüenza y no quería que me soltaran el rollo. Creían que estaba con unos amigos en Gredos. Tan solo Rosa lo sabía, por la más elemental prudencia (nadie piensa nunca que va a tener un accidente de avión, pero a todos nos pasa por la cabeza ese vago temor cuando montamos en uno). Ese era otro de los sacrificios que estaba haciendo por Yody, y eso que —creía— no me estaba entregando al cien por cien a esta relación, no había bajado del todo la guardia en ningún momento.

Yodiel apareció exultante y trató de despertarme del todo a besos.

—¿Qué quieres que hagamos hoy, nené? ¿Tú quieres ver a mis amigos?

—Claro —contesté.

Era una mañana de invierno, del invierno suavísimo de La Habana. Llevé un abrigo fino de entretiempo que me había comprado en septiembre en Zara, de color azul marino y con cinturón, con el que me veía muy favorecida. Esta vez no me vestí a lo cubano, sino a lo madrileño, con una blusa blanca de raso, una falda negra y unos zapatos de tacón que destacaban mis piernas. En realidad en Madrid tampoco me solía vestir así, me gusta la comodidad y el pantalón era prácticamente mi uniforme. También me había comprado un bolso de mano azul, lleno de bolsillos y hebillas, que a Yody le encantó. Todo lo mío le encantaba.

Antes había sacado de la maleta el gran paquete de lacas de uñas —unos doscientos euros en total— y los regalos que le había traído a él —más ropa, un mp3 para que pudiera escuchar su música favorita y sobre todo una *blazer* negra como nunca antes había tenido, no en vano el frío dura bien poco en ese país y su presupuesto no se lo permitía. Se vio como un príncipe cuando se la puso.

En el Parque Central se cruzó con varios conocidos que descansaban en uno de los bancos. Todos me saludaron con educación y luego se dirigieron a él en esa especie de lengua que no era dialecto pero como si lo fuera, y seguimos camino hasta bien entrada Obispo. Recuerdo que al pasar por la Droguería Johnson, una singular farmacia de antes de la Revolución, miré de soslayo tras la puerta. De noche no se distinguían su madera oscura ni sus vitrinas, pero frente al escaparate, saltaba a la vista que hacíamos una pareja preciosa. Puede que él se sintiera un príncipe, pero yo, con mi abrigo apenas usado, tan femenino, y mis tacones, me sentía también como una princesa mientras caminábamos despacio por Mercaderes hasta llegar a la Plaza Vieja. Era una de las pocas zonas restauradas de la ciudad, todas entre las más frecuentadas por los turistas, y se veía espléndida con sus edificios arquitectónicamente eclécticos y su fuente central, aunque yo sabía que en otro tiempo ese fue un lugar en el que se traficaba con esclavos. Había alguna tienda —¿Viste? Paul & Shark es lo máximo, dijo Yodiel ante mi incredulidad— y varios restaurantes a pie de calle y en las plantas primeras de algunos de los edificios. Entramos en uno de ellos y allí nos juntamos con varios amigos de Yodiel que yo no conocía, todos chicos, y nos sentamos a tomar algo. Había varios parecidísimos a él —las mismas trenzas un poco largas, el mismo cuerpo—, casi podía adivinar que todos, como él, tenían unas piernas delgadísimas y sin músculo que contrastaban fuertemente con su torso y sus brazos, mucho más desarrollados, y que, cuando comían, el estómago se les abultaba para hacer sitio a lo que acababan de ingerir, como las palomas con sus buches. ¿Es que allí todos los hombres negros eran iguales? Uno de ellos empezó a contar que estaba a punto de casarse con una española de Navarra; otro, que a no sé quién lo había echado su esposa holandesa de casa y había tenido que regresar.

A esas alturas mi vocabulario cubano se había ampliado mucho: sabía la diferencia que había entre una jaba y una jeba, que todos se llamaban hermanos a poco que fueran amigos, que un tío guapo eran en realidad un bravucón o que un jabao es un mestizo de cabello afro y piel clara, pero soy toda oídos y nunca viene mal aprender. Por lo demás, apenas hablé, me limité a sonreír, como si estar allí fuera de lo más normal para mí. De niña lo hacía constantemente, no sé si para gustar a todos o porque era la mejor manera de lograr la atención de mi madre, siempre ocupada con su trabajo de funcionaria, las tareas de la casa y mis dos hermanas, pero me salía de forma instintiva. Luego, cuando había más confianza y el tiempo pasaba, salía a relucir mi auténtica personalidad, mucho menos complaciente, pero de momento casi siempre me comportaba así, era una suerte de automatismo. Había leído en un libro de Carmen Alborch, *Solas*, el testimonio de una mujer que decía que cuando un hombre iba a venir a su casa, sin pensar se ponía a limpiar el baño, a barrer y a dejarlo todo como los chorros del oro. Decía que no lo podía evitar. Solo después de darse la paliza se daba cuenta de lo absurdo de su reacción y de que en el caso inverso jamás ocurría lo mismo. A mí me pasaba también, era además una reacción emparentada con la otra, con la de la sonrisa. Sería interesante saber de dónde viene exactamente, por qué a muchas mujeres nos pasan esas cosas, pero no era el momento de averiguarlo y sospecho que tampoco me gustaría demasiado conocer la respuesta.

El día siguiente lo ocupamos en visitar a sus parientes de Güira. Ya se ocuparía él de ir a Guantánamo cuando yo me fuera, darle a su madre el regalo y pasar allí la Navidad. Por lo que veía, a pesar de las dificultades del transporte, se las apañaba bien para moverse de un lado a otro del país, mucho mejor de lo que pensaba. Repetimos el trayecto con muy pocas variaciones. Nos levantamos temprano, como la otra vez, y antes de las ocho ya estábamos caminando frente al Capitolio, muy cerca del Parque de la Fraternidad y de la fábrica Partagás, la que vendía sus puros en una caja de madera bien conocida por mí, pues de niña utilicé varias para guardar mis colecciones de cromos. En la acera de la izquierda, a la altura del cine Payret, que en esos

momentos proyectaba *Afinidades*, nos topamos con un joven que iba descalzo y caminaba de rodillas, vestido con un saco de yute y adornos de tul morado; sus condiciones de salud e higiene no podían ser más penosas. Llevaba una caja con dos perritos vivos, imágenes de un santo y varias piedras enormes que sin duda le costaba arrastrar. «Es un penitente que le ha hecho una promesa a San Lázaro», me explicó Yody, que sin duda había visto a muchos hombres así en otras ocasiones, pues apenas le prestó atención. «Babalú Ayé», dijo después.

—¿Qué?

—Es yoruba.

Me quedé igual que estaba y él no parecía estar por la labor de explicarme. Solo al volver a Madrid me dio por informarme y así supe que todos los diecisiete de diciembre mucha gente peregrinaba hasta una iglesia de la localidad de El Rincón, a unos veinticinco kilómetros de La Habana, a cumplir sus promesas al santo, y que Babalú Ayé era el nombre que recibía san Lázaro en la Santería o regla de Ocha. Era interesante el tema del sincretismo religioso, ese fenómeno en el que se daban la mano el cristianismo y religiones africanas como la yoruba. A Yodiel no le llamaba la atención especialmente —él era católico y hablaba de cuando el papa Juan Pablo II visitó Cuba en 1998 como uno de los acontecimientos más importantes que había vivido la isla—, pero era una realidad que estaba ahí. Orishas, por ejemplo, era el nombre que recibían los dioses, y esas mujeres que iban por la calle de blanco inmaculado, con la cabeza cubierta también de blanco y collares de todos los colores eran santeras recientes, y las primeras gotas de una botella de ron iban siempre al suelo de una casa, para agradecer a la tierra madre según algunas fuentes, o para contentar a Changó, dios del fuego y de la guerra, según otras.

—Hola, Yodiel.

—Yodiel, qué bueno que viniste.

Los niños, como la otra vez que estuvimos en Güira, salían a saludarle y a jugar con él. A todos los cogía un momento y los subía *a cuchus*, o les daba una voltereta en el aire, o simulaba perseguirlos entre risas. No me extraña que a ellos les encantara. No era como otros adultos aburridos.

Comimos de nuevo con su tía, que estaba muy contenta porque le habían tocado trescientos pesos en la lotería. ¿Lotería en Cuba?, pregunté. No exactamente. Escuchaban por la radio un sorteo de Miami y ganaba quien tuviera las tres últimas cifras. Esta vez no hubo ron para todo el pueblo, aunque sí chocolatinas —no me olvidé— y una sorpresa. Yo le había dicho a Odalys que algún día le haría una tortilla española y allí que me puse manos a la obra. Había tenido la precaución de comprar una botella mediana de aceite de oliva virgen en el aeropuerto. Ellos tendrían que poner los huevos y las patatas.

Fue divertido hacerla, aunque ni de lejos sabía como las que hago en España. ¿Serían los huevos? ¿Las patatas? ¿El fuego o las sartenes, tan diferentes? Después, atravesando plantaciones de tabaco y piñas, nos fuimos a una piscina, no sé si la única que había en Güira, donde esa tarde, y pese a ser primeros de diciembre, los niños estaban celebrando un cumpleaños. La temperatura era de unos veinticinco grados —por la noche bajaría considerablemente— y todos, sin excepción, estaban dentro del agua. La piscina no era en realidad una piscina, sino una especie de lavadero grande y acondicionado para esta otra utilidad. El fondo sin duda no era blanco o azul claro, y por eso el agua se veía un poco turbia. A lo lejos, mientras la inevitable música sonaba por todo lo alto, los mayores mirábamos disfrutar a los críos de todas las edades.

—Alicia, yo le decía el otro día a Yodiel que si tú vas a venir más a Cuba tienes que buscarte un *bisnes*, algo que te ayude a pagar el viaje.

—Ya me gustaría, ya, pero ¿qué puedo hacer yo? —respondí a Odalys.

—Por aquí hay una chica, la novia de Robertico, que viene desde Ecuador con ropas preciosas que compra en su país muy baratas y las vende acá.

No lo dudaba, pero había pocas cosas que en ese momento me parecieran más cutres que comprar ropa de *Lefties*, por ejemplo, y venderla en Cuba a un precio superior, además de muy poco ético. Claro que, si fuera por eso, apenas habría comerciantes en el mundo, pero esa era otra historia. No me veía yo haciendo esa clase de negocios.

—¿Y si yo invirtiera algo aquí? ¿Algo que a mí me diera dinero y a Yody le permitiera ganarse la vida? Hace tiempo que vengo pensando en ello.

—También, también, así mismo le dije yo también a ¡¡¡Yodiel!!! ¿Dónde tú estás?

—Está allí hablando con Anier y con Ernesto —respondió la mujer de su primo. Nos habíamos quedado solas las tres mujeres.

A lo lejos se le veía hablar, con unos y con otros, muy cerca de la piscina y del griterío. Yodiel hablaba siempre con todo el mundo. En la mano tenía una botella de cerveza.

—¡Vente p' acá! —gritó la tía, que movió a un lado y otro la cabeza en un gesto inequívoco que quería decir: “Este hombre...»

Llegó entre risas y dando grandes zancadas.

—Qué quiere mi niña, mi princesa, mi...

—Alicia hablaba de invertir —cortó Odalys.

Yodiel me miró con sus grandes ojos y se puso repentinamente serio. La verdad es que se notaba que apenas tenía veintitrés años. Y todavía no le había pillado yo todas esas cualidades de hombre serio y maduro que me había dicho Sandra.

En el poco tiempo que había estado en ese país, ya había descubierto que la cría y el engorde de dos o tres cerdos era una de las pocas cosas legales que la gente de a pie podía hacer para ganar dinero, sobre todo en el campo, así que le pregunté:

—¿Cuánto vale un puerco pequeño?

No logré saberlo con exactitud. Lo de ir al grano en una conversación se le antojaba difícil a Yodiel y al parecer a mucha más gente, según iba teniendo ocasión de comprobar. Llamamos a su primo, ya que tenía conejos y algún cerdo. Quedamos en que yo pondría seiscientos CUC, un poco menos de seiscientos euros, para invertir en la compra y engorde de varios puercos. Los cuidaría el propio Yodiel, con la ayuda del primo y aprovechando el terreno colindante con la vivienda de la familia. Si el negocio iba bien, ya vería si invertía más. De momento me conformaba con que alguno de mis viajes me saliera gratis.

No llevaba el dinero encima, habría que esperar a volver a La Habana y sacarlo de un cajero; después Yodiel, que también tenía que ir hasta Guantánamo para darle las lacas a su madre, se ocuparía de hacérselo llegar al primo y de quedarse con él atendiendo a los animales. No hubo lugar tampoco a escribir un documento ni nada que demostrara que aquellos seiscientos CUC eran míos, pero ni ellos parecían saber mucho de esas cosas ni, había que reconocerlo, en ese lugar servían para nada. En un país que no reconoce la propiedad privada, en el que apenas se construyen casas desde hace décadas (razón por la cual viven, juntas y apiñadas en un mismo hogar, varias generaciones de una misma familia) y en el que estas se permutan porque no está permitida la compraventa, era demasiado pretender. Yo era solo una turista. Legalmente no podía hacer ningún tipo de negocio, so pena de ser invitada a volver a España por un procedimiento exprés y eso con suerte. Había leído también de algún empresario —grande, es cierto— que había tenido serios problemas con la justicia en lo que parecía un caso claro de abuso del Gobierno. Por cierto que Yodiel me había comentado por teléfono, antes del viaje, que alguien había denunciado a sus padres en Guantánamo por hacer la pequeña obra de ampliación en su casa y que habían

tenido que tirarla y dejarla como estaba. Su gozo —y mi dinero— en un pozo.

—Qué pena que no se quedara aquí tu madre para haber estado hoy con nosotros —dijo la tía. Así se le habría quitado el disgusto por lo de la casa.

—¿Su madre? ¡Pero si vive en Guantánamo! —respondí yo.

—Pero ella viene acá mucho a vernos, porque aquí también están nuestros padres. Ahorita se tuvo que ir porque su esposo, José, no aguanta que le deje solo allá y además está un poco delicado del corazón.

Miré a Yodiel de arriba abajo.

—¿Pero no me habías dicho tú cuando te conocí que hacía seis años que no veías a tus padres?

—A mi papá, mami, yo te dije a mi papá.

Volvimos casi sin hablar, en el coche de un hombre de Güira que también debía volver a La Habana y que nos cobró igual que el de la otra vez: veinte CUC por llevarnos a los dos. En el automóvil, relativamente moderno para lo que predominaba por allí, el *cassette* funcionaba a tope. También el aire acondicionado, cercano al nivel congelación. Era como si allá, en Cuba, tener aire en el coche fuera un signo de distinción, una muestra de poderío, ya había montado en unos cuantos para saberlo. Y ni hablar de pedir por favor que lo bajara un poco. Yodiel hizo un gesto de que ni se me ocurriera hacerlo.

—En España no pasa nada por decirle a un taxista que baje o suba el aire. Estás pagando un servicio.

—Pero esto no es España, mami —dijo, y zanjó la conversación.

Por la noche, en La Habana, me llevé un disgusto: nos habíamos quedado sin entradas para asistir a la función del Ballet Nacional de Cuba en su impresionante sede, donde se iban a ver por vez primera dos creaciones de Alicia Alonso: *Muerte de Narciso* y *La noche del eclipse*. Me habría encantado que Yodiel hubiera visto con sus propios ojos cómo era un buen espectáculo de ballet clásico, y más teniendo en cuenta que el Festival Internacional de Ballet de La Habana tenía lugar cada dos años. Yo ya había visto a la compañía varias veces en Madrid, en el siempre recordado teatro Albéniz, pero sin duda verla en el Gran Teatro hubiera sido otra cosa.

—¿Y si vamos al cine? He visto que en el Payret ponen *Afinidades*, que aún no se ha estrenado en España. A lo mejor podría ofrecer a un periódico una entrevista con Jorge Perugorría o Vladimir Cruz; me han dicho varios autores que con frecuencia recurren a colaboraciones con los medios para redondear sus ingresos, pero antes tengo que verla, claro.

—¿Y tu trabajo en la editorial? —preguntó Yodiel.

—No pasa nada, no es incompatible, y necesito ganar dinero extra urgentemente. ¿Vamos entonces al cine? La última sesión es a las ocho, aún nos daría tiempo. Está a dos pasos de aquí.

—Pero yo le dije a Carlos que nos veríamos en La Casa de la Música —protestó.

Otra vez sería lo del cine y lo de la entrevista. El nuevo plan no sonaba nada mal, y había que aprovechar, que quizá para mañana descubriera horrorizada que había pillado una pulmonía en el viaje de vuelta de Güira.

Antes de salir hicimos el amor. Había oído en algún sitio que los hombres cubanos no solo te amaban, sino que te bailaban dentro. Es posible, pero lo que a mí me hacía volar no eran sus artes amatorias ni su físico, con ser unas y otro magníficos. Yo lo quería, y, como todo el mundo sabe, el amor es el mayor afrodisíaco. Después de tomar un tentempié me puse todas mis galas, me maquillé poco pero primorosamente, a mi estilo, mas cuando llegamos y tomamos asiento, un sueño invencible se apoderó de mí. ¡Mierda! Entre el desfase horario, el agotamiento y el clima, ni el ruido ensordecedor de la orquesta NG La Banda, ni la conversación con la mujer que atendía el guardarropa —que me dijo que no se podía pasar con bolso y juró y perjuró que a la salida lo

encontraría tal y como lo había dejado— lograron mantenerme despierta. Solo quería recostar mi cabeza en el hombro de Yodiel.

—Mami, ¿qué tú haces? ¡Despierta!

—Déjame echar una cabezada, Yodiel, si me apoyo así un poquito en tu pecho nadie se dará cuenta.

—¡Qué dices! Tengo un montón de conocidos aquí.

—¿Y cuál es el problema? Tu novia está agotada porque ha cruzado el charco y porque no está acostumbrada al trópico. Y porque apenas ha dormido cuatro horas.

—Ay, mamita, no. Tú no *puede haserme* eso.

De pronto un pensamiento me despertó sin conmiseración. ¿No era un sueño parecido el primer síntoma que tuve cuando me quedé embarazada, dieciocho años atrás?

—Ay, Yodiel, ¿y si resulta que estoy embarazada?

—¡Qué dices, mami! —exclamó sin poder disimular su alegría—, yo diera todo lo que tengo por ser padre. La ilusión de mi vida es tener un hijo.

Mi caso no era el mismo que el suyo, claro. ¡Un hijo! La posibilidad ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Llevábamos seis meses acostándonos sin protección, y aunque yo tenía una edad, todavía tenía la regla regularmente. Sabía que la posibilidad de un embarazo era remota, pero en absoluto imposible. Eché a volar la imaginación. Me imaginé con un mulatito precioso en los brazos. Vi a Carla llevando de la mano a su hermano pequeño. La imagen me gustó.

Aquella noche Yodiel me besó todos y cada uno de los poros de mi vientre. Y dijo varias veces una frase con la que me despediría al día siguiente, antes de partir de vuelta hacia Madrid:

—Tenemos que casarnos, mi reina.

Capítulo 11

No tuve valor para decirle que no. Estaba metida hasta las trancas, aunque quisiera convencerme de que tenía todo bajo control. Fiel a mi estilo, tampoco le dije que sí abiertamente. El tiempo pasaba y las circunstancias me iban a obligar a tomar una decisión tarde o temprano. Esto no podía ser como en España, donde uno puede dejar que el tiempo pase sin más ambición que disfrutar de la historia que estás viviendo con alguien. Tampoco me gusta nada que me presionen, una ya sabe demasiado de la vida para consentirlo, pero hasta que exploto por el efecto acumulación pasa un tiempo.

En el trabajo, Goico me hablaba de un famoso presentador de televisión que se había instalado en Cuba, y que por lo visto estaba más feliz que unas castañuelas. Yo recordé a mi vez la historia de una compañera con la que trabajé hace tiempo.

—Estaba casada con un hombre estupendo con el que tenía una hija, pero conoció a alguien en Cuba y lo dejó todo —incluido un buen puesto fijo— para instalarse allí con él. Siguió colaborando con nosotros como lectora de manuscritos, y la hija, adolescente, iba a visitarla. Creo que sigue en La Habana. Es cierto que ha tenido sus más y sus menos con él, según me dijo una amiga común, y no sé si me lo dijo ella o soy yo la que me he hecho a la idea de que hubo alguna infidelidad por parte de él.

—Y me parece que Win Wenders y su hijo pasaron una buena temporada allí cuando rodaron *Buenavista Social Club* —añadió mi compañero.

—Tiene toda la pinta, sí. No hay más que ver las caras que tienen en el documental. ¿Qué tendrá esa isla que a tantos atrapa?

Luego estaban las otras informaciones que iban llegándome con cuentagotas: había muchos casos en España de mujeres normales, no las famosas, que habían traído aquí a sus maridos cubanos y habían acabado mal, pese a haber formado una familia e incluso tener hijos con ellos. Yo no conocía a ninguna, pero Vivian y Yolanda, otras amigas mías, sí. Todas se habían quedado solas con los niños. En cambio, alguna mujer cubana que había venido aquí sí que seguía con su marido español (pocas, es cierto, pero por lo menos había alguna). «¿Y no has visto en televisión alguna serie que bromea sobre ello, del tipo *Aquí no hay quien viva?*» —me preguntó Vivian. «Pues no, la verdad. —le respondí— Ya sabes que soy más de cine. Y si lo he visto no lo recuerdo, o no me ha llamado mucho la atención».

En pantalla grande recordaba *Flores de otro mundo*, una peli de Icíar Bollain en la que una de las historias era la de una mujer cubana que se casaba con un garrulo que la llevaba a su casa del pueblo, con una gran cocina y con todas las comodidades, pero en la que la pobre chica no pintaba nada. Era un tema complicado, pero me negaba a aceptar por decreto que todos los hombres fueran así, forzosamente tenía que haber excepciones. Además, son varias las teorías que sostienen que, si uno está convencido de algo, ese algo acaba por suceder. Esto me preocupaba también, no se me escapaba que si seguía hablándole de esto a Yodiel —con delicadeza, claro—, por poco que fuera, de una manera retorcida esto podía acabar predisponiéndole a actuar como quizá, de otra manera, ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza. Pero si quería ser honesta con él no podía ocultarle mis preocupaciones, y además era una especie de aviso a navegantes también. Él tenía que saber con quién estaba, y si por un casual le venían malos pensamientos a la

cabeza, tener muy presente que a mí no se me engaña así como así.

—Yo sé todo lo que se dice allá —repetía un Yodiel quizá cansado de volver a tocar el tema—. Pero nadie habla de los europeos que vienen aquí a aprovecharse de la *nesesidad* de la gente, como unos italianos que se llevaron a muchachas engañadas y allí las obligaron a dedicarse a la prostitución.

¿Aprovecharse? ¿Quién haría algo así? Yo no tenía que ver con nada de eso, la sola idea de que alguien, en algún lugar del planeta, pudiera meter a gentuza así y a mí en el mismo saco, solo porque nos relacionábamos con alguien cubano, me repugnaba. Pero lo que decía Yodiel no era inventado. ¿A qué creía yo que iban esos grupos de viejos asquerosos que había visto en alguno de mis vuelos? ¿O los jóvenes que iban a quemar La Habana? En Internet también encontré testimonios de estos en foros, algunos vomitivos:

Jesús82. Hola a todos:

¿Sabéis que en mi última aventura cubana fotografíe a una chica de quince años como me dio la gana? Porno duro, tíos. Y todo por veinte euros.

Javimastodonte79. ¡¡¡Holaaaa!

Si habláis de aventuras cubanas, tengo que contaros la mía. No estoy muy orgulloso de ella, pero tengo que confesar que gocé como un cerdo. Pienso en ello y aún ahora me pongo como una moto.

Fue hace dos años. Yo andaba por La Habana buscando sexo, pero quería algo especial. Un tipo que me seguía a todas partes me ofreció llevarme a su casa y hacerlo con su mujer. Me dijo que andaban muy necesitados. Al principio le dije que no, pero luego se me ocurrió la gran guarrada: «Voy si me dejas hacerlo con ella mientras tú miras», le dije. Y va el tío ¡¡¡y me dice que sí!!! Total, que fui. Lo hicimos en su cama, de todas las maneras que quise, y el marido sentado en una esquina, mirándolo todo. Me puse como una moto, me corrí como nunca. Después dejé unas latas de conservas encima de la cama y diez euros y me fui. Se pusieron contentos y todo. Ya digo que me da un poco de palo contarlo, pero reconozco que tuve unos orgasmos salvajes, como pocos recuerdo.

¿Cuánta gente había como esa? No creía que fueran muchos en número, comparados con los que no van por la vida aprovechándose de la desgracia ajena, pero existían, y algo me decía que en Cuba se habían concentrado unos cuantos desde que el país sufriera con dureza el Período Especial, a cuyas consecuencias se unía desde hace unos años, en perversa asociación, el embargo estadounidense. De eso sí que había oído hablar yo. Conocía a gente que en el pasado había viajado como turista y te hablaba de que a las mujeres que trabajaban en el hotel les regalaban todas las aspirinas que llevaban y hasta las bragas porque apenas tenían, o que se morían por una barra de labios y cosas así, pero de nuevo no tenía muy claro cuánto había de propaganda anticomunista detrás de esa imagen.

No estaba embarazada y así se lo hice saber a Yodiel. También le dije que era improbable que eso pasara. Sin embargo, la palabra boda volvió a salir de su boca. «No importa, mami, igual yo quiero ser tu esposo». Seguíamos hablando de vez en cuando por teléfono y mandándonos SMS. Ya casi no nos escribíamos *emails*, porque él pasaba menos tiempo en la ciudad. Seguía fiel a sus tres llamadas perdidas diarias, eso sí, y yo en ocasiones me ponía un breve audio que grabamos en el Hotel Telégrafo la última vez que estuvimos juntos. «Mi amor, yo estoy aquí, ¿vale? Te amo mucho, mi niña, te quiero mucho. Cosa hermosa, mi nené, mi *presiosita*», decía con su voz más bonita. Después paraba un momento, como para tomar fuerza, y decía, con una intensidad y una voz que en nada podían envidiar a las de cualquier intérprete: «Te amo un montón. Te amo un montón, mi niña. Quiero cuidarte. Quiero besarte. Quiero amarte ya y cada día que pase».

En el cine se estrenó la película de animación *Chico & Rita*, de Fernando Trueba y Mariscal. La Habana de los años cuarenta, la música de Bebo Valdés... Todo se confabuló de nuevo para llamarme. Fui a verla el primer día que la pusieron en cartel. Salí de allí pensando que si un día me preguntaran eso de «¿En qué película le gustaría vivir?» no tendría ninguna duda: «En *Chico &*

Rita». Y en la tele pusieron de nuevo *Cosas que dejé en La Habana*, de Gutiérrez Aragón. Cuando descubrí casualmente que la estaban emitiendo, no tuve ninguna duda: «Es una señal».

¿Y cómo iba el negocio de los puercos? Pues bien, me decía, todavía era pronto para cifras. A mí me urgía que diera beneficios. Entre los viajes, la factura de teléfono (las facturas, porque ahora también me ocupaba de la suya, aunque fuera reducida) y los regalos, estaba más que preocupada. Le había dicho hasta la saciedad que el teléfono que le había regalado era solo para recibir mis llamadas (me salía un poco más barato al tratarse de una segunda línea mía, pues ese móvil también estaba a mi nombre) y que era de recarga. Si él hacía una llamada allí, por pequeña que fuera, la cobraban como *roaming* de allá y el saldo se evaporaba, pero a veces la hacía, ¿entendería él lo que era el *roaming*? Una vez se equivocó, mandó un mensaje a Denis y así supe que, pese a mis indicaciones, lo utilizaba alguna vez para comunicarse con números cubanos. Me sabía mal hacerlo, pero fue inevitable entrar en Movistar y ver el detalle de todas las llamadas y mensajes que había realizado desde su número. Total, él sabía que ese número estaba asociado al mío principal, no le había ocultado nada.

Lo utilizaba muy poco, era verdad, allí casi todo eran los SMS que me mandaba a mí. Intenté comparar los 535 que tenía, tanto en mensajes o llamadas recibidas como enviadas, con algún 535 que yo tuviera. El del primo de Güira, por ejemplo, el de los cerdos, se repetía alguna vez, y el de Denis ya sabía cuál era, gracias a esa vez que se equivocó. También aparecía. Y luego había otros dos que salían dos o tres veces y que no identifiqué. Era absurdo. No podía andar preguntándole a quién llamaba cuando yo no estaba ahí. Solo podía insistir en que tuviera cuidado, para que no me subiera la factura.

Yo me había autoimpuesto la *obligación* de ir allí cada tres meses, y accedí a que en el próximo viaje, en marzo, llevaría los papeles para la boda. Es cierto que los fui poniendo en marcha, sí, pero no es menos cierto que empecé a hacerlo en febrero, como si secretamente (o no tanto) quisiera que no estuvieran a tiempo para mi viaje:

—No puede ser todavía, Yodiel —le dije en cuanto lo vi claro—. Gestiones como mi partida literal de nacimiento, que es de un lugar que está muy lejos de Madrid, o el certificado de divorcio van a tardar mucho más de lo que pensaba.

Al otro lado del teléfono, pude sentir su decepción.

—Pero no te preocupes, que en junio ya sin falta nos casamos —continué.

—Me partiste el corazón, pero tú *sabe* que yo sigo esperándote, mi reina.

Por cierto que fui a una gestoría especializada en este tipo de trámites —gente que iba o venía de Cuba—. Cuando me presenté en las oficinas del barrio de la Guindalera y el abogado supo para qué necesitaba yo los papeles sonrió ligeramente y dijo, no recuerdo si en una variante de lenguaje no verbal, que diría Flora Davis, o de manera más explícita: «¡Ah!, claro, qué pregunta».

Fue antes de ese viaje cuando recibí un correo de Abel, que ya había pasado sus primeras Navidades en España. Yo no sabía nada de él desde la visita que me hicieron en Madrid; de hecho, había escrito a Sandra y Manu para felicitarles las fiestas y todavía estaba esperando la respuesta. Me dijo que estaba muy contento, que le habían llevado a ver la nieve, que aquí el frigorífico estaba siempre lleno, cosas así. Me pidió por favor que le comprara una bandera cubana y se la hiciera llegar a mi vuelta.

Me imaginé la situación, viviendo los tres juntos, la pareja y un cubano como Abel, que según decían los propios Manu y Sandra estaba acostumbrado a tirarse a todas las extranjeras con las que se cruzaba en La Habana (me acababa de enterar no hacía tanto, al principio yo me quedé con la idea de que nadie se quería acostar con él porque las cubanas no se iban con compatriotas

pobres y porque él, al ser negrísimo, no encontraba quien le quisiera en Cuba. Nadie me dijo entonces la otra cara de la moneda, su éxito con las extranjeras, o que era capaz hasta de hacer el cangrejo en la playa delante de ellas si no había logrado captar su atención de manera natural).

El breve *email* de Abel contenía dos frases que hicieron saltar mis alarmas: «Yo estoy bien, como mismo estará él cuando venga aquí» era la primera. La segunda no podía ser más sorprendente: ¿Quieres ser mi amiga en Facebook?

En el aeropuerto, Yodiel me esperaba con un elegante traje negro y el consabido ramo de rosas rojas. Se veía mucho mejor que tiempo atrás. Me cogió solícito mi nueva maleta —la verde se la regalé a él en el viaje anterior— y nos sacamos una foto allí mismo con mi nueva cámara, ya que la otra se la había quedado él, aunque no recuerdo ahora si la llevaba entonces encima, de hecho no se la volví a ver. Le conté que en Madrid había tenido problemas con la maleta y que solo por pasarme trescientos gramos con el peso tuve que pagar sesenta euros de recargo.

—Me dieron ganas de llorar. Nunca me había pasado. Son las normas, pero otras veces, con tan poco, hacen la vista gorda. Figúrate, con una simple tontería que hubiera sacado del equipaje, no habría llegado a los veinte kilos, pero lo había precintado con plástico y era imposible quitarlo para eso.

—¿Llorar por qué?

No podía decirle que para los papeles había pagado ya trescientos cincuenta euros, ni el precio de la nueva maleta, ni que mi hipoteca variable, en plena escalada del euribor, subía unos cien euros cada seis meses y que debía afrontarla yo sola, pues mi ex, aprovechándose de una laguna legal, prefería no pagar ahora y generar una deuda con cargo a la sociedad de gananciales. Me limité a decir:

—Por nada.

Decidimos quedarnos en La Habana y hacer solos una pequeña excursión, nada de visitas familiares esta vez.

Me apetecía conocer otras zonas de la ciudad e incluso pescar. Mi padre era un gran pescador aficionado. Pescó durante toda su vida de todo: cabras y julias, jibiones, percebes, quisquillas. Incluso en sus últimos años, ya jubilado y de vuelta en Colindres, organizaba su vida en función de las mareas y se ponía el despertador de madrugada para echar la caña en el lugar que, según el día y la mar, mejores perspectivas ofrecía para que los peces picaran. Se movía entre las rocas con cañas, aparejos y candil mejor que un chaval, y no había cosa que más le gustara que ver cómo las hijas, como cuando éramos pequeñas, tocábamos con el dedo índice los jibiones recién pescados y, al ver que se llenaban de pintitas que se movían —restos de tinta y señal inequívoca de su frescura— decíamos: ¡Hala! ¡Los acabas de sacar de la mar!

Como a Yodiel también le gustaba pescar, le había traído desde Madrid una de las cañas que fueron de él y que yo me había quedado de recuerdo. Me hacía ilusión que la tuviera y además era muy buena. No tenía ni idea de cuánto podía costar, pero sabía que él nunca podría hacerse allí con nada ni medianamente parecido. Le pregunté si había alguna zona habanera, aparte del Malecón, en la que esto fuera posible.

—Sí, pero antes tengo que ir a buscar calandraca para que piquen.

—Ve tú por ella —le dije—. Yo aprovecharé para ir a la sede del Ballet Nacional. He pensado que podría estar bien hacer un reportaje sobre las huellas de Antonio Gades en esta ciudad, que son muchas.

Estuve en la sede de la compañía y dentro del Gran Teatro de La Habana, ese impresionante edificio con balcones con balaustrada y figuras de piedra que un día fue el Centro Gallego de La

Habana. Dentro había un aula llamada Antonio Gades y otra dedicada a Antonio Ruiz (Antonio *el bailarín*). La sede real estaba en El Vedado, pero muy cerca, en el Paseo del Prado, había unas oficinas, y en cuanto hablé allí del genial artista todo fueron facilidades. Lo curioso es que parecían haberse quedado en cuando él y Pepa Flores estaban juntos y hablaban con adoración de los dos. No sabían que cuando el maestro murió hacía tiempo que cada uno había seguido su camino. No podía ir a Sierra Maestra, donde está enterrado por expreso deseo suyo, pero sí a la Plaza de la Catedral, donde hay una estatua suya de bronce en los soportales del Palacio Lombillo, desde la que parece contemplar ese lugar en el que tantas horas pasó disfrutando de la música, del ron, de la amistad. «Gozando», como decían alguno de los hijos de la plaza que aún lo recordaban.

Pero tenía que haber más lugares. Antes del viaje escribí a la fundación Gades, con sede en España, contando que quería hacer un reportaje sobre las huellas del bailarín y coreógrafo en La Habana y que me descubrieran algunos de sus rincones favoritos. No les dije expresamente para qué medio sería, pero en la cabeza tenía *El viajero de El País*, o cualquier publicación especializada en viajes. Sin embargo, y para mi sorpresa, cuando ya estaba en Cuba me respondieron algo así como que “querían preservar la vida privada del artista» y que no les parecía oportuno hacer ese reportaje. Tener a la persona equivocada en el Gabinete de prensa es lo que tiene, o, peor aún, poner a alguien que no tiene ni idea. Porque confundir un suplemento de viajes con una revista de cotilleo era absurdo, pero es que además dañaba la imagen de Gades en tanto no permitía que se hablara de él. No hay tantas ocasiones para recordar a una figura, por importante que sea, y traerla a la actualidad, hacer que a las nuevas generaciones les suene.

Libre ya de obligaciones laborales —adiós reportaje y adiós doscientos o trescientos euros extra— me dirigí en taxi con Yodiel hacia una zona que estaba frente a Playa Miramar, al otro lado de la bahía. Llevamos bocadillos y refrescos, y una botella de ron que Yody se compró en un colmado. Recuerdo que él llevaba una camiseta amarilla y unos pantalones bermudas claros que yo le acababa de traer, además de unas zapatillas deportivas blancas, todo de H&M. Yo llevaba un caftán blanco, mi inseparable palmera y un traje de baño, por si acaso. En el anterior viaje me había dejado una blusa blanca de Zara nueva y contaba con ella, puesto que le dije a Yodiel que me la guardara, pero cuando se la pedí no supo decirme qué había hecho con ella.

Fue divertido. Yo no pesqué —prefería mirar—, pero ver y oír a Yodiel hablar con otros pescadores siempre era una fiesta. A un par de ellos les ofreció un trago de ron, a ratos se ponía a cantar, luego se acercaba y me daba un beso... El lugar tenía un encanto especial, me recordaba mucho a un lugar en el que me encantaba bañarme de niña y que se llama Ostende. Aguas tranquilas, con zonas que parecían piscinas, mucha vegetación... Sin embargo, allí no se bañaba nadie. Bueno, casi nadie, porque a media mañana aparecieron por ahí varios quinceañeros de ambos sexos y empezaron a jugar en el agua. Jugar es un decir, porque allí mismo, delante de nuestras mismísimas, se pusieron a copular dentro del mar.

—Figúrate qué descaro. *Haciendo* eso aquí delante a plena luz del día —dijo Yodiel, molesto.

Yo no daba crédito.

Luego, asfixiada de calor, quise meterme en el agua por la parte donde Yodiel había echado la caña, de la que, por cierto, parecía bien orgulloso. Estaba a punto de darme mi baño cuando Yodiel, corriendo, me apartó y me señaló una medusa enorme: «Cuidado, una aguamala».

Frustrado el amago de baño, lo intenté con una cosa que a mí me gustaba sobremanera: tirarle de la lengua. Así que en cuanto pude saqué el asunto de su pasado amoroso, tema interesante donde los haya a la hora de valorar con quién se está. Como ya me había contado, lo más destacado es que, cuando llegó a La Habana, muy joven, vivió tres años con una mujer que era

algo mayor. Aquello acabó de mala manera, dijo, pero no soltó nada más. Tenía la vaga idea de que era ella la que se había portado mal con él y que le había echado de casa, pero no había nada que hacer. Entonces atacó por otro lado. La noche anterior, poco después de llegar del aeropuerto, su amigo Carlos se había unido a nosotros en el bar del hotel a tomar un sándwich, lo único que podían darnos a esas horas. Ya le había preguntado alguna vez por los amores que su amigo del alma había tenido después de la inglesa, obteniendo por toda respuesta un cambio de conversación, pero ese día, cuando le dije en el tono más neutro que me fue posible: «¿Y Carlos no tiene novia?», me sorprendió con un: «Sí, está con una cubana. ¿Tú no le viste que va siempre con ella?»

No, yo nunca le había visto con nadie. Era el amigo con el que más tiempo habíamos estado, pero siempre lo había visto solo.

Los días siguientes pasó de todo. Yo quería disfrutar de la naturaleza del país, había visto fotos de lugares maravillosos pero luego, por una cosa o por otra, me los perdía. En el hotel supe de una excursión para pasar el día en las Terrazas, y allí que nos fuimos. Era un complejo con unas pozas espectaculares. Me bañé en las dos más grandes y renuncié a las otras cosas que incluía la excursión: solo quería estar en el agua con Yodiel. Mientras nos bañábamos, una señora mayor que parecía cubana no dejó de mirarnos. «Seguro que está pensando que soy bastante mayor que él», dije para mis adentros. Después comimos arroz, cerdo y frijoles en un sitio paradisíaco donde compartimos mesa con una pareja que venía de Buenos Aires. Éramos cuatro más la guía. De repente, nada más pedir las bebidas, Yodiel se sacó del bolsillo su mp3 y lo encendió. Le eché una mirada fulminante y le dije con gestos: «NO». Obedeció de mala gana. Ya de vuelta la guía, que nos llevó en su propio coche, nos contó que criaba a su hijo sola, lo mucho que le costaba que tomara leche todos los días, que el pobre niño... Conclusión: la excursión nos costó treinta CUC por cabeza más tres que le dimos de regalo.

En esa ocasión también tuve oportunidad de visitar un centro de alto rendimiento deportivo. Visitar es un decir, porque a mí, como extranjera, no me dejaron pasar de la puerta exterior que daba acceso a una zona ajardinada. Un primo de Yodiel, que era campeón de atletismo, se alojaba en él.

—Yo quiero que tú conozcas a Yordani —había dicho esa mañana.

El edificio, que estaba en Habana del Este, se veía bastante viejo y destartado. Costaba imaginar que ahí vivían y se entrenaban deportistas de alto nivel. «No dejan pasar a nadie que no sea cubano para que no podáis ver cómo está eso, en qué condiciones viven», diría después Yodiel.

Tardaron una media hora en salir. Su primo tenía un cuerpo impresionante y se veía bien cuidado. Como siempre, el cubano me sorprendía por el partido que se sacaba pese a tenerlo todo en contra. Nadie diría al verlo que no vivía entre confort y comodidades.

¿Y si vamos a comer al América, nené? —dijo Yodiel.

No me importaba repetir en el América porque estaba contenta. No solo porque iba ampliando el círculo familiar de mi novio, sino porque por fin iba a saber lo que se siente cuando alguien te invita a un local en Cuba. Su primo era un deportista que había viajado por el mundo y había sido medalla de bronce en unos mundiales. Su discurso sería, con seguridad, muy distinto al lastimero que predominaba entre la población, y eso a pesar de lo que me dijo Yodiel en un aparte: «¿Tú sabes que una vez ganó un campeonato y que de los siete mil dólares que le dieron el Estado se quedó con todo y solo le dieron cien?».

Su primo no contó nada de eso, era demasiado prudente. Se limitó a hablar de lugares comunes, a enseñarnos fotos de su novia, a preguntarle por los suyos a Yodiel...

Después llegó la hora de pedir la cuenta y de pagarla. Los dos me miraron de una manera que no admitía dudas: era hora de sacar la cartera.

Como ya nos habíamos visto unas cuantas veces y no íbamos a viajar más, tuvimos tiempo para pasear, para estar tranquilos, hasta para ver la tele. En una de las cadenas acababa de empezar la película *Atrápame si puedes*, de Spielberg, con la que en su día había disfrutado mucho. Me pareció perfecta para «iniciar» a Yodiel en las bondades del cine, una de mis aficiones favoritas. Nada de películas de autor ni otras rarezas que solía ver: una película comercial de calidad, eso era lo que necesitaba para ir aficionándose.

Al principio se la expliqué un poco: lentamente, la cinta me volvió a enganchar como cuando la vi por primera vez: por el trabajo de DiCaprio, por el ritmo... En el momento en que el actor aparece vestido con el uniforme de piloto y rodeado de chicas, me giré sonriendo para comentarle a Yody lo alucinante de la situación, pero no pude hacerlo. Se había dormido.

Después de comer, Yodiel me pidió que diera un paseo y al volver me sorprendió con la habitación adornada con pétalos de rosas rojas y muchas velas pequeñas, como Mónica en *Friends* pero mejor, porque lo había hecho solo él. No hace falta que diga lo que pasó después, o mejor, lo que empezó a pasar, porque nunca llegamos a mayores. Cuando estábamos en lo mejor sentimos a la vez un olor extraño, miramos hacia un lado y vimos, horrorizados, que la colcha se estaba quemando. De un salto, Yodiel comenzó a golpearla contra el suelo y logró apagarla, aunque ya estaba irremediabilmente dañada.

—Uf, menudo susto—, dijo mientras se quitaba con la mano las gotas de sudor que le caían por la frente.

Mi mente hizo una rápida asociación de ideas y recordó el día que rompió la cama en el mismo hotel. Pero no me dio tiempo a pensar más en eso. El teléfono empezó a sonar. Desde recepción querían saber qué estaba pasando y ya les estábamos diciendo que todo se había arreglado cuando alguien empezó a aporrear la puerta. Me dio el tiempo justo a cubrirme con una toalla antes de ver cómo tres custodios gigantes —los dos que solían estar en la puerta de entrada y otro más— irrumpían en la habitación y lo inspeccionaban todo. Yo estaba muerta de vergüenza. Todo el mundo se había enterado de lo que había pasado en la habitación trescientos doce a la hora de la siesta, porque los vigilantes, al entrar, no solo dejaron la puerta abierta, sino que no hicieron nada cuando por allí se asomó todo quisqui. Las señoras de la limpieza se arremolinaron en la puerta, llenas de curiosidad y divertidas. Todas hacían, invariablemente, el mismo trayecto con la mirada: primero me miraban a mí, descalza aún y agarrada con fuerza a la toalla que me cubría; después lo miraban a él, que había tenido más reflejos que yo y se había puesto un calzón, una *trusa*, y por último a la sábana, que solo un rato antes era de un blanco immaculado y ahora estaba sucia del roce de los pétalos y los cuerpos. Como no tenían bastante, aún decían a alguna compañera despistada que todavía estaba al otro lado del pasillo:

—¡¡¡Aquí, en la habitación de la española!!!

Eso no fue todo. Cuando por la noche salimos a cenar, cogimos el ascensor y se paró entre el segundo y primer piso. Me entraron sudores fríos, porque que se estropee un ascensor en Cuba o en España son cosas bien distintas. Claro que más sudores le entraron al francés que quedó atrapado con nosotros, con el que hablamos cuanto pudimos para entretener la angustia. Aquella no era la primera vez que ese ascensor nos daba problemas, pero nunca nos habíamos quedado así, parados. La tortura duró exactamente media hora, pero cuando por fin pudimos salir me pareció que habían sido veinticuatro.

Para celebrar que estábamos vivos, nos fuimos después de cenar a La casa de la música. Me había puesto de punta en blanco, con un traje que hubiera servido para una boda. A él le encantaba verme así, casi vestida de princesa, como las niñas de allí cuando celebran los quince aunque en versión europea, que para eso una llevaba años leyendo revistas de moda. De camino nos cruzamos con una chica cubana, muy normalita, con la que cruzó unas palabras y que me sonrió al marchar, aunque no me la presentó. Antes de que me diera tiempo a preguntarle me informó.

—¿Tú viste? Esa es la novia de Carlos.

En La casa de la música estaban, entre otros, Carlos y René, el chico del parche en el ojo que acompañó a Yodiel el día de su primera cita conmigo, con su novia, una mujer un poco mayor que yo y enormemente atractiva. Vestía minifalda vaquera y una camiseta que dejaba los brazos al aire —yo jamás iría así, no me gustan mis brazos— y no paraba de bailar. Era morena, de ojos azules, y procedía de algún país del norte de Europa, no me enteré de cuál, porque nadie me la presentó y ella no pareció reparar en mí ni en Yody. No me gustaba demasiado ese ambiente, ni la música, tan pachanguera, igual que en mi visita anterior. Allí no se podía hablar ni un poco, bailar era igual que hacerlo en cualquier discoteca abigarrada que yo conociera y además Yodiel se deslizaba por la pista buscando algún *brother* al que tenía que informar de algo, con lo cual me dejaba sola. El último mes Yodiel había estado en La Habana, trabajando de algo que se llamaba «gestor de viajeros» y que, al parecer, era el intermediario que consigue clientes para un taxista concreto. Tenía licencia y todo. «Tú me das suerte, nené. Desde que estoy contigo todo me sale bien», me diría de nuevo. En Güira había quedado su primo ocupándose de sus propios animales y de los puercos.

—Pronto te cansaste, ¿no? —le había dicho en cuanto me lo comunicó, nada más aterrizar yo en la ciudad.

—Aquello es demasiado tranquilo, mi primo se puede arreglar solo.

De dinero no hablamos, supongo que tres meses eran poco para obtener beneficios. Si alguno se había vendido ya crecido, lo suyo era invertir en comprar alguno más. Tampoco me dijo nada de los dos móviles que yo había llevado para que él los vendiera entre sus conocidos y me diera a mí el dinero. Eran sencillos, apenas me habían costado cuarenta euros cada uno, pero esperaba sacar algo, lo que fuera, y aminorar mis gastos cubanos. (Más tarde, cuando yo ya estaba en España, me diría por teléfono que los había vendido a cuarenta y cinco CUC: «Fue un negocio redondo», dijo exactamente).

Salimos de La Casa de la Música —donde de nuevo recuperé intacto mi bolso a la salida— con Carlos, que seguía solo, en dirección a Obispo, donde había un lugar en el que se podía bailar. En el local la música era de salsa y había más turistas. Me hizo gracia que Carlos me sacara a bailar y diera por hecho que, como tantos guiris, yo no tenía ni idea. Se quedó a cuadros cuando me vio mover las caderas, y eso que mi baile y el de las cubanas no tenían nada que ver. Me gusta la sensualidad, pero entre esta y lo hortera hay una fina línea que allí se estaba desparramando como yo no había visto en ningún sitio de la isla. En el local había una especie de muro, a modo de ventana, en el que dos cubanas habían asentado sus reales posaderas. De repente se incorporaron y empezaron a moverlas de una manera que no tenía nada que ver con el baile ni con arte alguno. Eran como dos bonobos exhibiendo sin pudor sus atributos ante unos extranjeros que las miraban extasiados y a mí me dio vergüenza ajena. A la salida, ellas iban delante de nosotros, solas. «Ellos van ahí detrás» —me dijo Yodiel—. «Tienen que fingir que no van juntos para que no les interroge la policía».

Allí había también una pareja que me era familiar: ella había viajado conmigo sola desde Madrid. Había visto cómo él la recibía en el aeropuerto entre efusivas muestras de amor y me

había llamado la atención lo desiguales que eran físicamente: él medía casi dos metros y era perfecto; ella, en cambio, no solo era fea y bajita —le llegaba a él a la cintura— sino que era como contrahecha. Tengo un viejo amigo que dice siempre que, en el amor, hay que saber en qué división juega uno. Hubiera dado cualquier cosa por hablar con ellos de eso, por pedirle opinión a Yodiel. De hecho se lo comenté suavemente, como si en realidad estuviera hablando del tiempo.

—¿Viste esa pareja? —dije—. Él es un pedazo de tío.

Debí haberlo imaginado. En vez de satisfacer mi curiosidad, se centró en saber qué quería decir eso de «pedazo» de tío.

El último día de viaje, el cuarto en el que él me acompañaba hasta el aeropuerto de vuelta, él, como de costumbre, apenas probó bocado en la exigua cafetería. «No me entra nada, mami, de la *tristesa* que me da tu marcha». A su lado, Carlos, que venía con nosotros, asentía. Era un sábado por la noche. Lo había cuadrado todo para que me diera tiempo a llegar el domingo a mediodía a España y acercarme a ver a mi madre.

Para mi sorpresa, cuando estaba en el mostrador de Iberia, la auxiliar de vuelo me dijo sonriendo, echando una rápida ojeada a Yodiel y Carlos:

—Como veo que tiene usted tarjeta Iberia Plus, si quiere puede quedarse un día más en La Habana. La compañía le paga la cena y una noche de hotel.

Era la primera vez que me pasaba algo así, no sabía que esa era una práctica común cuando hay *overbooking*. Por mi cabeza cruzó, como un rayo, la posibilidad de alargar veinticuatro horas mi estancia, de estar un día entero más con Yodiel. Recordé cuando era novia de mi ex y recorríamos cuatrocientos kilómetros para vernos cada quince días. Cómo miraba el reloj y soñaba con un milagro que parara el tiempo. Sería un poco latoso, ahora que ya tenía todo preparado, pero...

Miré a Yodiel, que no pareció haber escuchado a la auxiliar. Hice como que no me daba cuenta y dije a la señorita, que aún aguardaba mi respuesta:

—No, gracias, será mejor que vuelva como tenía previsto. Debo estar en Madrid mañana.

Capítulo 12

En el siguiente trimestre no me pude escapar. Los papeles de la boda ya estaban en marcha y para junio los iba a tener sí o sí. Algunos tenían una validez de seis meses. Intenté que Yodiel me explicara qué más había que hacer, si él podía acercarse al Palacio de Matrimonios y pedir cita, cuánto más había que pagar (de momento «solo» había gastado los mencionados trescientos cincuenta euros, pero había oído que allí había que soltar bastante más, aún no sabía cuánto ni en qué conceptos). Ignoraba si Yodiel no me daba más detalles porque no era capaz de enterarse o porque todo era demasiado sencillo y bastaba con presentarse allí con los papeles (que él tenía ya desde Navidad, cuando estuvo en Guantánamo, y que también tenían fecha de caducidad), cosa que tampoco me extrañaría. Porque yo ya estaba muy justa de dinero, vivía prácticamente al día. Menos mal que Hacienda me iba a devolver algo por los intereses de la hipoteca, que si no... Él ya sabía esto, se lo había dicho hasta la saciedad, que en el último año había podido permitirme esos lujos porque había heredado algo de mi padre, pero parecía como si no se lo creyese del todo.

Había algo más. En algún foro había leído que una cosa era casarse en Cuba y otra legalizar esa boda en España. La misma Sandra había mencionado algo en su día. Eran cosas distintas, en absoluto automáticas, y no todo el mundo las hacía. Pensé que podía ser una buena solución, estar casados allí y tomarme mi tiempo para informar en la embajada, una especie de ten con ten. No podía ni imaginar contarle a mi madre que me volvía a casar ¡y con un cubano! Ni a mi hermana Alejandra, ni a mi hija, que ni siquiera había querido ver las fotos de las niñas de Guantánamo jugando con las que habían sido sus *barbies*. No todavía.

—¿Tú quieres que yo te diga una cosa? —Yodiel, al teléfono, no paraba de decirme zalamerías —. Eres la mujer más linda que hay sobre la tierra. Qué fácil es quererte.

¿Fácil? —pensé—. ¿Qué es eso de fácil? —Yo sabía que tenía algo de tesoro esperando ser descubierto por un osado explorador, pero ese adjetivo, fácil, remitía más a un acto voluntario que a un sentimiento que no se puede controlar.

—Mi amor, mi sabrosura —continuó, y ya toda la conversación siguió por los mismos derroteros.

Rosa, que tenía unos días libres, me acompañaba a buscar ropa para mi próximo viaje.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—No, estoy haciendo como si me fuera a casar, pero en realidad tomaré la decisión allí mismo, sobre la marcha.

—Uy, qué peligro —respondió. Estaba preocupada de verdad, pero era la única que sabía que la solución no era decirme directamente: «No lo hagas».

—Tranquila, no haré nada que no quiera. Casarse, para nosotras al menos, es una cosa muy gorda, por más que algunos se empeñen en lo contrario.

—¿Pero tú le quieres? —continuó.

—Sí, pero yo quisiera quererle de una manera tranquila. Siento que estoy metida en un lío en el que no quiero estar. Algo dentro de mí se resiste a casarse y ya sabes que odio que me presionen, pero lo cierto es que me estoy dejando presionar.

Mi amiga no pudo reprimir un leve gesto de contrariedad.

—¿Y no has intentado hablar con él de esto?

—Sí, pero es inútil. Con ellos no se puede tener una conversación normal, que implique argumentar. Son como muy básicos. Y luego, claro, está que yo siento que es bastante sincero, que con sus cosas y todo, porque allí no es como aquí, me quiere.

Rosa también tenía algo que contar. Tenía un amante, un chico casado que, según ella, era el mejor hombre con el que había estado nunca en la cama. «Por eso le perdono que no esté libre», decía entre risas. Se llamaba David y era todo un experto en pegársela a su mujer sin que ella se enterara. Su método era sencillo: jamás utilizaba el teléfono. Ni daba el suyo ni se lo pedía a nadie. Todo el contacto con sus chicas, porque ella sabía que había más, era a través de una dirección de correo electrónico en la que figuraba con otro nombre, el que utilizaba en las múltiples webs de contactos en las que tenía perfil.

—Tampoco va nunca a hoteles. Es él quien viene a casa. Así no deja huella en sus tarjetas.

—¿Cómo es? ¿Tienes alguna foto?

—He encontrado su perfil en Facebook. Al principio no sabía su nombre, pero ya sabes que la Red esa se las sabe todas. De alguna manera lo relacionó conmigo y me apareció entre las sugerencias de amistad... Es rubio y atlético. De hecho es deportista y...

—¿Y?

Rosa sonrió pícaro.

—Está maravillosamente dotado.

—¿Amiga! Algo era ello. ¿Y no te da miedo engancharte, Rosa? Mira que tú eres muy apasionada...

—El cabrito se las sabe todas. Te confieso que la primera vez que me acosté con él casi me enamoré. Nunca había sentido tan claramente cómo las feromonas, o como quiera que se llamen, podían hacerte sentir tan unida a alguien. Es un artista. Me hizo llorar de placer.

—Pero eso es muy peligroso.

—Ya. Al día siguiente estaba loca por repetir, pero él me dio largas. El trabajo, los hijos, ya sabes... Para cuando volvimos a vernos, yo ya me había enfriado.

—¿Y qué pasó?

—Que casi me volví a enamorar de él. Te juro que no me había pasado nunca. Ya sabes que soy muy racional.

—Sí, sí, ya veo lo racional que eres —dije. La carcajada que solté se escuchó en toda la tienda.

Me compré dos vestidos de color crudo que podrían servir perfectamente para la ceremonia. Había dado vueltas y vueltas en Madrid, pero no acababa de encontrar lo que quería: algo de fiesta pero sencillo a la vez, algo elegante que lo fuera también allí pero sin los brilli-brillis a los que son tan aficionados. Recordé un álbum de fotos que nos enseñó una prima de Yodiel, todo él dedicado a *los quince* de su hija. Era una ropa como de princesa Disney: los mismos colores, los mismos volantes y peinados... No, definitivamente mi vestido les parecería aburrido, pero yo no iba a pasar por ahí.

También me ocupé de los anillos. Fui a una pequeña joyería de barrio, que estaba cerca de mi trabajo, junto a la boca del metro. La atendía un hombre de unos cincuenta años, delgado y calvo.

—Me gustaría saber el precio de unas alianzas sencillas.

—¿En oro o en plata? —respondió.

—Dígame primero entre qué precios nos movemos.

No tenía ni idea de que el oro estuviera tan caro. No me quedó más remedio que inclinarme por unos de plata. Le mostré mi mano al dependiente.

—¿Y el caballero cómo tiene la mano? —dijo sin el menor retintín. El hombre era un profesional. Seguro que habría visto a más de una mujer ocuparse de algo que en teoría le correspondía hacer siempre al novio.

—Pues... Pues el caballero no puede venir, así que tendremos que calcularlo a ojo —contesté. Esta es la clase de cosas que de joven no hubiera sido capaz de hacer.

Los dejé encargados. Al abrir la puerta para salir, muy digna yo, no pude evitar pensar que había algo en todo aquello que no me gustaba. Es cierto que, cuando había salido con alguien, nunca me había preocupado si mi pretendiente era una persona con posibles o no, pero entre eso y tener que hacerme yo cargo de todo había un abismo. Además, me dije, es antierótico.

El resto del tiempo lo empleé en trabajar con más energía que nunca y en contar los días que faltaban para el próximo viaje. Pasara lo que pasara, quería que pasara ya. Esta vez no me torturé buscando cosas en Internet; al contrario: fui a un concierto de los Van Van (que no me gustó demasiado), me las apañé para que Rosa y Mina me acompañaran un viernes a cenar a La negra Tomasa, un local, en pleno centro de Madrid, en el que se podía comer a lo cubano y después bailar, y en el que creí ver a más de una mujer en una situación parecida a la mía.

Yody me seguía mandando mensajes ardientes ahora que ya, por fin, iba a ser su esposa de verdad. Yo le seguía la corriente, porque además me encantaba ese juego que nos traíamos, me inflamaba el corazón de verdad. Si alguien me hubiera dicho tiempo atrás que un amor podía crecer mediante mensajes y *emails*, le habría respondido que deliraba, pero lo cierto es que funcionaba. Había habido más de un caso de gente que se había enamorado exclusivamente por Internet, y alguien me había hablado de un libro, *Vox*, que trataba de un hombre y una mujer que, sin conocerse, iniciaban un intenso proceso de seducción a través del teléfono. Por otra parte un tal Daniel Glattauer acababa de publicar la continuación de *Contra el viento del norte*, que iba nada menos que de dos personas que se enamoraban por *email*. En mi caso nuestro amor estaba construido en parte con sueños, pero esos, por sí solos, no habrían sido suficientes sin su dosis de realidad. Así al menos lo veía yo.

«Nuevas fotos de la periodista Isabel Gemio y su nuevo novio, Xavier Bennasar», titulaba una conocida revista. Cuando la vi en el quiosco, recordé que la presentadora también había tenido una mediática relación con un cubano, Nilo. De hecho, lo conoció en el 97 y había estado muchos años de idas y venidas con él, primero casados y luego como separados bien avenidos, porque además eran padres de dos hijos. Ella lo había visto por primera vez en Cuba, donde Nilo se dedicaba a vender artesanía que él mismo hacía. Isabel era un poco mayor que él, pero tenía treinta y seis años entonces y estaba en la plenitud de su carrera. Una mujer peculiar, Isabel. Se le conocían pocas relaciones; era muy reservada para su vida privada.

Una cosa llevó a la otra. Por mi mente pasaron también las imágenes de Marujita Díaz, ya en la séptima década de su vida y con una mediática relación con un jovencísimo cubano sacado de la calle. Esta historia, junto con la de Sara Montiel y Tony, había contribuido a desprestigiar los amores entre española y cubano. Marujita y Dinio se dedicaron a dar carnaza a los peores programas televisivos del corazón, en tanto que Sarita, una vez «abrió» los ojos respecto a su último marido, lo echó para siempre de su vida, aunque nunca explicó abiertamente por qué. Las dos fueron objeto de risión en todo el país. Ellas, que en su juventud volvieron locos a los hombres, hubieron de aguantar todo tipo de chanzas y chascarrillos, como si fuera imposible que un hombre las amara solo porque ya eran muy mayores. Me parecía tan injusto... Había otro caso, el de Gina Lollobrigida y Javier Rigau. Se decía que él era gay, que solo estaba con ella por su dinero... Cuando leía en la prensa cosas como esa, al momento venía a mi cabeza su imagen en la

película *Salomón y la reina de Saba*, con un rostro y un cuerpo que quitaban el aliento, sabedora del efecto que indefectiblemente causaba en los hombres, y pensaba que una mujer como ella es así para siempre. Quien ha visto llorar a decenas de hombres solo porque estaban cerca de ella no puede extrañarse de provocar amor en nadie, por joven que sea. Que se lo pregunten si no a Norman Desmond, la protagonista de *El crepúsculo de los dioses*. O a la Duquesa de Alba, que a los ochenta y seis años quería casarse con su novio veinticinco años más joven. Ella sabía que, por diversas razones, era única y había tenido una vida única. Lo más natural, pues, era que cualquier hombre se supiera privilegiado por gozar de su amor. «Me envidian porque no tienen a un hombre tan guapo y simpático como él al lado. Es cariñoso y desprendido. Y está muy enamorado de mí», dijo Cayetana cuando los entrevistaron por primera vez juntos para *Vanity Fair España*.

Pronto iba a hacer un año que nos conocimos. La «boda» iba a ser un poco después, coincidiendo con mi cumpleaños. A primeros de junio ya haría mucho calor allí, pero aún no sería como en pleno verano.

Me dediqué a preparar primorosamente el viaje que haríamos después. Cogí varios catálogos dedicados a Cuba. Yo tenía capricho por ir a Cayo Coco, que no conocía, pero también a Cayo Santa María, que decían que tenía las playas más bonitas y salvajes de Cuba. Esto de las playas más bonitas es muy relativo, igual que lo de *Las 100 mejores poesías en lengua castellana*: una vez le cogí el libro a no sé quién y comprobé que no coincidía en absoluto con la selección hecha en algunos de los poetas que más me gustaban. Pues esto de las playas era igual. Con frecuencia, la gente llama hermosa a una playa entre otras cosas porque es grande, y a mí me gustan pequeñas y recogidas, a ser posible secretas.

Decía que me dediqué a dar vueltas y vueltas a todas las posibilidades de viaje: si hacemos dos noches en La Habana, pensaba (porque había que contar con la noche de mi llegada y con la siguiente, la de la boda), tal vez podríamos ir un poco a Cayo Santa María en avión, para conocer ese lugar semisalvaje. Pero aquel era un sitio para estar solo dos días; de lo contrario, Yodiel se moriría de aburrimiento. Después estaba la opción de ir en avión a Cayo Coco, que por lo visto era muy parecido a Cayo Guillermo, donde estuvimos la primera vez Carla y yo, pero con un poco más de vida nocturna: de entrada, tenía varios restaurantes y algo parecido a una discoteca, todo dentro del mismo complejo. Además, nos tocaba luna llena. Lo había planificado todo.

Obsesionada como estaba con preparar ese viaje que quería fuera perfecto, no me preocupé de muchas más cosas. Una vez leí en un libro una frase que me hizo mucha gracia: «Cuando se acaba el amor, empieza la decoración». No era mi caso, pero sin duda me resistía a detenerme en lo que debería haber ocupado mi pensamiento el cien por cien de mi tiempo. Conocía la sensación: el año antes de mi divorcio lo dediqué a buscar piso y a preparar la mudanza de la que había sido nuestra primera casa. Estaba tan ocupada, que hasta que no nos asentamos en el nuevo hogar no me di cuenta de la terrible realidad: que mi ex y yo ya no teníamos nada que decirnos. Después el accidente lo precipitó todo, pero no puedo decir que para entonces yo no supiera.

Otra de las cosas que hacía era ver sin parar vídeos de danza en YouTube. Como ya he dicho, mi coreógrafo favorito es Béjart, y una noche mágica, tiempo atrás, mi amiga Marisol y yo habíamos ido a ver a su compañía, El Béjart Ballet Lausanne, a Matadero. Era un programa dedicado por entero a Jacques Brel, y una de las piezas, *Quand on n'a que l'amour*, la interpretaron dos bailarines españoles con quien en tiempos yo compartí clase: Ruth Miró, *La Miró*, y Víctor Jiménez. Aún se me pone la carne de gallina cuando recuerdo la emoción que sentí al verlos bailar aquella coreografía tan hermosa. Cada vez que la volvía a ver en YouTube, volvía a sentir la misma emoción. Quizá incluso más, porque en la pantalla se veían perfectamente las

caras de Víctor y Ruth y parecían dos enamorados de verdad (quizá lo fueran, eso ya no podía saberlo). Cuántas veces la había mirado en el pasado, anhelando un amor que me hiciera sentir parecido, algo grande y a la vez íntimo, algo solo de dos.

Por aquellas fechas también volví a ver en televisión, en uno de los programas de José Luis Garcí, la película *Carta a una desconocida*. En el coloquio posterior Juan Miguel Lamet preguntó: «¿Pero es que todavía quedan mujeres así?» Y yo pensé para mí: «Andá, pues claro».

Nunca hicimos el amor como aquella noche, la previa a «la boda». Yo había seguido la corriente a Yodiel y en mi maleta llevaba los dos vestidos, los anillos y los papeles de la boda. Hasta había dejado que me buscara una chica para maquillarme al día siguiente. Le quería, y por eso no me había atrevido a contrariarle, pero también pensaba que si él me quería de verdad no podía obligarme y debería entender mis recelos. Sin embargo, no le dije nada cuando me fue a buscar al aeropuerto; al contrario, dejé que se comportara como mi prometido y sobre todo que me hiciera el amor como mi prometido, que me lamiera el cuerpo, que me besara entera con pasión, igual que yo a él. Aquello era amor, Yodiel me quería, así que después, cuando estábamos descansando, abrazados (en eso era poco delicado, con frecuencia me apretaba tanto que no me dejaba respirar), me atreví a decir:

—Cómo me gustaría seguir así, estando juntos porque queremos, sin nada que nos obligue...

Enmudeció. Su rostro se volvió repentinamente duro.

—¿Qué tú dices? —dijo mientras me soltaba como si yo quemara.

—Pues eso, lo que te dije en su día —respondí casi en un hilillo de voz—. Que el matrimonio es una cosa muy seria, que la presión nunca es buena...

Se incorporó de un salto. Sus ojos echaban fuego y por un momento sentí temor. Él me sacaba casi una cabeza.

En su mirada vi desprecio. Parecía estar haciendo auténticos esfuerzos por no golpearme. Apretaba los puños y yo sabía que, si hubiera tenido un saco de boxeo, lo habría destrozado allí mismo. Me volvió a mirar de una manera horrible y comenzó a vestirse.

—Me voy —soltó de repente.

Yo no estaba preparada para aquello. Ocho días enteros por delante en Cuba ¿sola? Con los hoteles que tan primorosamente había seleccionado, con todos los planes que tenía para los dos. Qué soledad más brutal. Qué vergüenza. Ni siquiera me dio tiempo a decirle que llevaba los papeles en la maleta, que lo que en realidad había querido decirle era que me convenciera, que me diera aún más razones para no dudar del paso a dar. Solo quería que no me dejara esa noche sola ahí, no podía pensar en nada más. Cuba y Yodiel eran la misma cosa para mí, me acababa de hacer el amor... Aquello era como amputarme un miembro de cuajo.

—Por favor —supliqué llorosa—. No te vayas.

Me miró de arriba abajo, como si no comprendiera muy bien.

—Ahora voy a dar una vuelta, necesito pensar y respirar. Aquí me ahogo —respondió.

—Ven conmigo a Cayo Coco —continué—. Cogí el hotel más maravilloso pensando en ti.

Pasé dos horas horribles en la habitación del hotel Telégrafo, que apenas un poco antes había sido testigo de nuestro apasionado encuentro. Hasta entonces me había parecido un hotel acogedor; ahora sus paredes ocre y sus muebles rojizos me resultaron amenazadores e inhóspitos. Sentí algo parecido al vacío bajo mis pies. Las piernas me temblaban. Intenté distraerme con un libro que había empezado en el avión, uno de Doris Lessing que trataba de una mujer que sobrevivía en un mundo caótico y violento cuidando de una niña, pero aquella era la peor lectura para un momento como ese. Puse la televisión. Tampoco podía concentrarme en las noticias del

Canal 24 horas, ni pensar en seguir el hilo a una película. ¿Y si no volvía? No se había llevado la pequeña mochila con sus pertenencias, pero eso no quería decir nada. Sabía que, llegado el caso, yo se la dejaría en la recepción del hotel.

Cuando por fin regresó, todavía inquieto pero ya más relajado, me dijo que había estado pensando mucho y que había hablado con un conocido sobre qué haría si una mujer no quisiera casarse con él.

—Le tuve que decir que le había pasado a otro, morí de la vergüenza.

Apenas me atreví a sugerirle que no casarse también tenía sus ventajas. Lo miré interrogante:

—Pasado mañana nos vamos a Cayo Coco —dijo.

No pude evitar llorar. Lloramos mucho los dos. De momento no nos casábamos, pero seguiríamos juntos.

Cayo Coco era muy parecido a Cayo Guillermo, aunque, efectivamente, más grande. Al final me había decantado por ir solo ahí y olvidar Cayo Santa María. También había renunciado a uno de mis mayores deseos, que era tener una piscina privada para nosotros solos, aunque fuera pequeña. Era uno de mis sueños eróticos más recurrentes: algo solo para nosotros, fuera de miradas indiscretas, pero el precio de la habitación subía demasiado. No podía permitírmelo.

Al principio pareció como si aquella fuera una más de nuestras estancias en hoteles. Fuimos en lancha por la Laguna La Redonda, entre exuberantes manglares cuyas ramas se enlazaban de un lado a otro. Cuánto disfrutamos navegando bajo ellas, con el sol brillante al fondo y oyendo todo tipo de sonidos salvajes. También montamos en camello por la playa porque Yody se empeñó: pocas veces me he sentido más ridícula, sobre todo cuando supe que los camellos los habían traído de Canarias. Sin embargo, más allá de estos pequeños desajustes culturales, alguna cosa no cuadraba. Un día, por ejemplo, contraté una excursión que se llamaba Aventura en bote, pero Yody no se atrevió a ir porque había una parte de mar durante el trayecto. Nadie nos aseguraba que no le obligaran a quedarse en tierra, como cuando pretendió bucear, y no pude por menos que entender que prefiriera quedarse en el hotel. La escapada también resultó un fiasco para mí. No tenía nada que ver con el tipo de ríos en los que me gusta bañarme y además estuve todo el tiempo preocupada porque él se había quedado solo en el hotel, en el gimnasio. Se había obsesionado con hacer ejercicio físico y hacía un mínimo de una hora de gimnasio todos los días.

Cuando por fin llegué, y tras sortear a unos cuantos cangrejos rojos que campaban a sus anchas en el *hall* —el hotel estaba lleno de ellos en esta época del año, menos mal que no fue la misma de mi viaje con Carla—, no lo encontré en la piscina. Lo llamé al móvil, preocupada. Tardó un rato en responder que estaba en la playa y que ya se acercaba. Lo curioso es que él odiaba el mar; yo apenas había conseguido que se bañara un par de veces en la playa conmigo desde que nos conocíamos. Supongo que haber dormido tantas noches en el Malecón le había dejado esa aversión en herencia. Le pregunté, extrañada, pero no me dijo nada coherente. Me puse de los nervios pero me aguanté. Y tomé nota, por supuesto.

En la piscina había una huésped extranjera que no quitaba ojo a mi chico. Cuando yo la miraba abiertamente, ella, tumbada en una hamaca, fingía estar en otra cosa. Una vez fue tan descarada que miré a Yody, para ver cómo reaccionaba él, pero parecía no haberse dado cuenta, así que no dije ni mu, no fuéramos a liarla. Preferí hablar del autobús que íbamos a coger a playa Pilar, que decían que era la más hermosa de la zona y una de las mejores de Cuba. Esta vez no pudo negarse. Yo misma le enseñé fotos que venían en uno de los folletos que traje desde España y quedó impactado.

El bus, de dos pisos, recogía gratis a los huéspedes para llevarnos hasta esa playa a pasar el día. No sé qué le dije al conductor, dos palabras solo, y me senté al fondo del autobús. Creí que

Yodiel venía detrás de mí, pero no estaba en ninguna parte. Miré y miré, salí afuera de nuevo, y solo entonces descubrí que había subido al piso de arriba sin que yo lo viera. Todavía hoy no me explico cómo lo hizo. «No me ha hecho ninguna gracia» —le dije sin cortarme.

En playa Pilar se producía un raro fenómeno: una se acercaba a la arena pensando que estaba prácticamente sola, y al poner la toalla salían, de no se sabe dónde, cubanos dispuestos a darte un masaje, a ofrecerte una tumbona, o una sombrilla, o un refresco de coco recién exprimido. Me fui a pasear sola. El agua, cristalina, era de una belleza incontestable. Supongo que no podía disimular que era extranjera. Una mujer que también caminaba por la playa, de unos cuarenta o cincuenta años, se dirigió a mí.

—¿De dónde usted es?

Me acababa de tratar de usted y no era taxista ni empleada de hotel. Cuando menos, era diferente.

—De España, vengo de Madrid —respondí.

La mujer era de raza negra, como Yodiel. Vivía en La Habana, pero estaba de vacaciones ahí. Eso sí que era una novedad. Me preguntó por mi trabajo en España.

—Soy editora —le dije.

—Ah, mi hermana está casada con un periodista español, con el corresponsal de una agencia en La Habana.

El mundo es un pañuelo. No lo conocía en persona, pero sabía muy bien de quién me hablaba. Algún colega me había dicho que ese hombre, que a lo mejor llevaba veinte años ya en Cuba, era hijo de un conocido escultor, muy vinculado a esa agencia. Fue él quien consiguió que mandaran allí a su hijo en una época en la que en España la droga estaba causando estragos entre los hijos de la *intelligentsia*. Visto el resultado, aquella fue una decisión providencial. El país caribeño había estado a salvo durante años del cáncer de la droga, de cualquier droga. Solo recientemente se hablaba de un ligero cambio de tendencia, así que había sido una isla, nunca mejor dicho, y el periodista había corrido mejor suerte que otros de su generación y de su círculo.

Estuvimos charlando un buen rato. Era muy simpática y parecía sentir amor por España, cosa, por otra parte, muy común allá. Cuba es un país hermano, en el que los españoles nos sentimos como en casa, y no solo por el idioma. Lo curioso es que, cuando lo conoces de verdad, comprendes que el parecido con sus habitantes es solo superficial, quizá cierta facilidad para entablar conversación y poco más. Un sitio en el que nadie te miraría raro por hacer un simple comentario en la cola del cine, o mientras buscas una revista en el VIP'S. A mí me había pasado: una frase anodina dicha solo porque sí, para hacer un poco más agradable la vida, como había visto tantas veces hacer a mis padres, y a veces la respuesta que recibía era el silencio y una mirada de extrañeza, como cuando me reí en el supermercado porque, por error, empecé a echar productos en la cesta de un tío que estaba comprando y me la llevé. ¿Es o no es para reírse? A mí se sigue pareciendo que sí.

—Yo estoy saliendo con un cubano, por eso estoy aquí.

—Qué bueno —respondió sinceramente—. ¿Y de dónde es?

—De Oriente, pero vive en La Habana —le dije—. Llevamos más de un año juntos.

Me disponía a contar algo más cuando a lo lejos, apareció Yodiel, la cabeza cubierta con su camiseta gris, a modo de turbante. Caminaba pensativo.

—Ahí viene. Es ese.

La mujer miró con curiosidad. A medida que él se acercaba, su sonrisa se fue congelando. Miré alternativamente a uno y a otro. Tuve la desagradable y ya conocida sensación de que algo se me escapaba. Ella lo miró de hito en hito. Él no se cortó, como si fuera lo más normal del mundo que

le miraran así.

—Buenas tardes —dijo Yodiel, el tono ligeramente descarado.

—Buenas tardes —respondió ella—. Bueno, les dejo a ustedes. Encantada —dijo dirigiéndose a mí. A él le hizo una leve inclinación de cabeza.

—Igualmente —contesté. Y la vi alejarse a paso rápido.

No entiendo cómo un hombre que ha pasado muchas noches al lado del mar puede tenerle tanto miedo a este —¿o será precisamente por eso que le tiene miedo, ahora que lo pienso?—. Estábamos en un pedalín al sol cuando algo, una sombra que se proyectaba sobre el agua cristalina, asustó a Yodiel. De inmediato dio un brinco, pensando que podía tratarse de un tiburón, pero allí lo único que mordía, o algo parecido, fue el pedal que él soltó de golpe y que a mí me hirió en el pie con toda la fuerza de su impulso. Era un poco bruto mi chico. Primero la mano en el hotel Telégrafo, ahora el pie. Y lo peor era que la sombra que le había asustado era la del propio pedalín.

Por la noche había fiesta en el *hall* del hotel, con una orquesta en directo. Había una pareja madura, extranjera, ella muy bajita, que bailaba maravillosamente. Solían ir allí todos los años, según escuché a uno de los clientes que también parecía fijo. Tocaban las canciones que les solían gustar a los extranjeros más bien maduros que había por allí. Porque aquello no era Hicacos. Parecía que el turismo de naturaleza y tranquilo atraía menos a la juventud que Varadero, cómo no había caído en ello. Tocaron *Sex Bomb*, de Tom Jones; una reciente que se llamaba *Mr. Saxobeat*, de Alexandra Stan... Yodiel no conocía ninguna de esas canciones. Tampoco *Bésame mucho*, que quise bailar con él. «Bésame, bésame mucho / como si fuera esta noche la última vez...»

A mí ya me aburría un poco esa dinámica de hoteles, vacaciones y playa. Hubiera preferido hacer vida normal allí, pero no encontraba la manera de conseguirlo. Después de la experiencia de Guantánamo ya había constatado que yo no podía vivir en cualquier cuchitril, cosa que, a decir verdad, siempre había sabido. La vida de Yodiel, por otra parte, parecía sometida a la improvisación. Cada vez que yo venía se adaptaba a mi rutina y listo. Además, el Gobierno había quitado las licencias de gestor de viajeros a los cuentapropistas y ya no tenía esa ocupación. Me hubiera gustado conocer a algunos colegas míos de profesión, vivir un poco de cerca la vida cultural... Nada de eso parecía posible en el mundo de Yodiel. ¿Era coherente estar deseando algo durante tres meses y descubrirse a uno mismo anhelando otra cosa?

En esa estancia en Cayo Coco que no fue, ni de lejos, como había soñado, pasaron algunas cosas destacables. La primera fue que él, en contra de lo que había hecho siempre, me dejó sola alguna noche que yo no quería salir para ver los espectáculos nocturnos y acercarse a la discoteca del hotel. La segunda que un día, aprovechando que Yody estaba en el baño, espí su cartera, que también había sido de mi padre y que yo le había regalado con tanto amor. Tenía su cédula de identificación, una foto mía y... cuarenta CUC que al comienzo del viaje no tenía. Lo sé porque así me lo confesó y porque yo no lo le di nada, ya que el hotel era un complejo de Todo incluido. No puedo describir el dolor que sentí. «No, Yodiel, tú no», me repetía a mí misma.

Intentando averiguar si mis presentimientos eran ciertos o fruto de una mente calenturienta, la última noche aproveché que se había tomado alguna copa y estaba achispado para sonsacarle algo. Entre el *hall* del hotel y los jardines había unos bancos que estaban a resguardo de la luz. Él estaba tan mareado que se tumbó cuan largo era y yo me senté en una esquina, la cabeza de él sobre mis piernas.

—¿Y qué me decías el otro día de las extranjeras? —pregunté bajito y como si lleváramos ya tiempo hablando.

—¿Qué cosa tú dices? —respondió. Tenía los ojos cerrados y se palpaba la frente con una

mano.

—Sí, el día que llegué —seguí en el tono más inocente que me fue posible—. Me contaste algo de extranjeras que habías conocido aquí.

—Mami, en Cuba se conocen extranjeros a todas horas —dijo, después de tomarse su tiempo. Era casi analfabeto, aunque no idiota.

—Pero hablabas de una en particular, que hacía poco...

Me interrumpió.

—Una holandesa guapísima que cuando me vio me dijo: «¿Qué tengo que hacer para llevarte a mi país?»

—Supongo. Esa, sí —respondí.

—Yo le dije: «Eso es imposible, porque yo me voy a casar con una española, con Alicia, la mujer más linda del mundo».

La conversación siguió por esos derroteros. Según su punto de vista, él había podido casarse con varias extranjeras, no con una sola, y yo era una desagradecida porque siendo «la elegida», lo había rechazado. Visto así, tenía su lógica. Que él estuviera ahora de tan buen ver gracias a mí no era relevante, claro. Y que donde yo vivía las cosas fueran bien distintas, tampoco.

Con todo, y viendo lo mareado que estaba, intenté de nuevo pillarle en un renuncio.

—Y esa holandesa que se encaprichó de ti, ¿te acostaste con ella?

Él se incorporó, me dedicó una sonrisa encantadora y me dio un beso. Después soltó:

—Mami, tú eres la mujer más inteligente que yo he conocido.

Quedamos en que todo seguiría igual, que iríamos hablando. Yo estaba dispuesta a seguir luchando por él, le dije el último día que estuvimos juntos. En el horizonte tenía la fantasía —o no tanto— de lograr, con el tiempo, trabajar allí. De editora sería imposible, pero ¿y como periodista? ¿O en algún puesto en la embajada relacionado con la cultura? Pero eso sería cuando mi hija fuera un poco mayor, cuando lograra vender el piso y me quitara la hipoteca de encima... De momento, mi vida estaba en Madrid, todo lo que yo podía hacer por los dos era trabajar más y ganar más dinero. ¿Y los puercos, por cierto? ¿Cómo iba ese tema?

—Apenas da pa' nada, mami.

En La Habana, y después de darle a él la alianza que le había comprado y unas muestras de un nuevo perfume de Loewe para hombre que me habían regalado en el aeropuerto de Madrid, nos despedimos con una cena en la pizzería que hacía esquina entre las calles Prado y Neptuno, justo enfrente de nuestro hotel, a la que invitamos a Carlos, con diferencia el mejor amigo de Yody. Era una gozada oírles hablar. Eran dos pícaros listos y divertidos y con ellos las risas estaban aseguradas. En la conversación se deslizó algo relativo «al perro de Yodiel». «¿Tú tienes perro?», pregunté extrañada. «Sí, me compré uno de raza hace dos meses. Ahora está en casa de mi amigo Denis», respondió como si lo que estuviera diciendo fuera lo más natural del mundo.

—¿Y cuánto te costó? —quise saber.

—Setenta y cinco CUC, mami. Por cierto,

—¿Sí?

—Ese perfume, «Solo Loewe», es la candela. Traéme un frasquito grande la próxima vez que tú vengas.

Al despedirse esa noche de su amigo y de mí, Carlos me hizo una pregunta inocente: «¿Puedo darte mañana un paquete para que se lo des a una amiga mía de Madrid?».

Claro —respondí.

Ninguno de los tres imaginó lo mucho que esa palabra cambiaría nuestras vidas.

Capítulo 13

Se llamaba Guiomar y era un poco más joven que yo, estaba divorciada y tenía dos niñas aún pequeñas. La casualidad quiso que trabajara como abogada muy cerca de mi editorial, así que quedamos en una cafetería cercana un día por la tarde, a las seis y media. Ella se pidió una clara. Yo, una Coca Cola *light* sin hielo.

—Esto es lo que me dio Carlos para ti.

Abrió el paquete, que estaba dentro de una bolsa de H&M, delante de mí. Contenía una pulsera y unos pendientes enormes de aro con unos cristalitos azules, además de un cuaderno de pintar para cada una de las niñas, con una postal de Cuba dentro, y un ejemplar de la revista *Casa de las Américas*. «Te adoro», decía bien grande en la nota que adjuntaba, y mandaba bendiciones para ella y sus hijas. Lo había envuelto todo con sumo cuidado y, aunque el resultado no tenía nada que ver con el envoltorio típico de un regalo, producía ternura imaginar cuánto le habría costado hacerlo, por no hablar del enorme esfuerzo económico que eso habría supuesto para él. Guiomar pensó lo mismo.

—Qué detalle, con lo que les cuesta todo allá.

—Puedes estar contenta, sí —respondí. La cara se le iluminó con una sonrisa. Tenía una larga melena castaña y ojos oscuros muy expresivos. Me sentí inmediatamente a gusto con esa mujer, como si fuera una vieja amiga.

—¿Y hace mucho que lo conoces?

—Qué va, si acabo de estar en Cuba, como quien dice. Me fui ocho días con tres amigas hace tres meses, a mediados de marzo.

—¿Mediados de marzo? —respondí—. Entonces estuviste justo antes que yo, porque mi anterior viaje fue a finales de marzo. ¿Y era tu primer viaje a Cuba?

—Sí, y nos conocimos la segunda noche que pasamos allí.

—¿Cómo? ¿Dónde? Cuéntame más —le respondí. Quería conocer todos los detalles.

—Pues nada, habíamos estado con un guía muy majo visitando Pinar del Río, y esa noche le dijimos que queríamos un poco de marcha. En cuanto llegamos a La Casa de la Música, la que está cerca del Parque Central...

—Sí, la de la calle Galiano.

—Nos entraron un grupo de cuatro chicos y uno era Carlos. Hubo un momento tenso porque el guía les dijo que no nos molestaran y Carlos le respondió que no estaban haciendo nada malo. Al final fuimos nosotras las que le dijimos que les dejara en paz, que solo queríamos tomar unas copas y que sabíamos cuidarnos.

La curiosidad se apoderó de mí:

—¿Y quiénes eran esos amigos que estaban con Carlos?

—Uf, no me acuerdo bien. El de Rebeca se llamaba Usnavi, pero de los otros...

—Perdona, ¿has dicho Usnavi? —la interrumpí sin poder evitar una sonrisa maliciosa y de cierta superioridad, lo reconozco.

—Sí, por la U.S NAVY, la Armada de Estados Unidos. Son la monda —contestó con una sonrisilla idéntica a la mía.

—Yo creí que después de Robelkis y Maivi ya lo había visto todo en ese país, pero ya veo que

me equivoqué. Perdona, ¿Y decías antes que...?

—Que de los otros dos casi no me acuerdo, como son tan parecidos y estaba oscuro... Había uno alto que tenía un taxi o algo así, y que dijo que trabajaba con su hermano.

—No, allí todos son *brothers*, no es como en España —aclaré—. Oye, ¿y tú sabes que Carlos tiene novia allá?

—¡Qué dices! —respondió. Los ojos se le abrieron como platos.

—Sí, me enteré en este viaje. Te lo digo porque como Carlos y tú solo sois amigos...

—¡Pero si nos enrollamos y me dijo que era completamente libre!

Bonita manera de empezar, pero ya no podía echarme atrás.

—Lo siento —respondí—. Me dijo Yodiel que no se llevaban bien y que Carlos llevaba tiempo queriendo cortar, eso sí. De todas maneras, creo que entre mujeres es mejor que nos ayudemos.

Lo dije y lo pensaba así, pero al mismo tiempo me sentí muy culpable. Quién era yo para hacerle lo que le había hecho.

—No, claro, si yo —respondió azorada, las mejillas levemente enrojecidas—. Es solo que no me lo esperaba.

—Tienen una fama horrible, los cubanos, eso sí lo sabes, ¿no? —continué. Cualquier pretexto era bueno para no seguir por dónde íbamos.

—Sí, pero estos me parecieron encantadores —dijo mientras hacía mil y un bolitas con las servilletas. Ya llevaba cuatro—. Y me dieron un poco de pena. Cómo viven allí, madre mía.

—Y solo por curiosidad, ¿quién pagó la consumición? —pregunté.

—Eh... Nosotros, pero luego no nos pidieron más.

Llegados a este punto, ya no me corté un pelo. Me daba igual que pensara que le estaba haciendo un tercer grado.

—Perdona la pregunta, pero ¿tú le regalaste algo?

—Sí, bueno, todas las tontunas que llevaba encima: colonias, cremas y cosas así.

De repente una duda se instaló en mi cerebro y ya no quiso salir de ahí. ¿Había dicho antes uno alto que tenía un taxi? ¿Eso no se parecía demasiado a la licencia de «gestor de viajeros» que tenía Yody?

—¿Y qué más recuerdas de ese alto? ¿Te suena que se llamara Yodiel?

—No sé, pero puedo preguntarle a Pilar, ella sabrá más.

Los días siguientes, Guiomar y yo nos cruzamos, sin exagerar, una media de cuatro *emails* diarios. En cuanto llegaba a casa a última hora de la tarde, lo primero que hacía era encender el ordenador y ver si tenía correo de ella. Le pasé unas cuantas fotos que tenía de él, de antes y de ahora, confiando en que su amiga lo reconociera, pero Pilar no pudo asegurar que el chico que intentó ligar con ella en La casa de la música fuera Yodiel, aunque se parecía bastante. Tampoco puedo culparla. Yo misma no lo reconocí cuando Sandra me pasó sus fotos.

Sin embargo, como otra de ellas, María, decía que sí, que era él, yo intentaba que Guiomar recordara, por aquello de deshacer el empate... Tal vez el nombre, Yodiel, no le dijera mucho, pero a veces lo llamaban también Yody. O por el apellido, Márquez.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Ay, Alicia, que sí que va a ser él, que lo de Márquez sí que me suena, porque yo tengo un compañero que se apellida así y cuando me lo dijo pensé: «Mira, como Javier». Y lo de la licencia de taxi es demasiada coincidencia... No creo que haya tantos allí que tengan eso.

El corazón me dio un vuelco. Cuando menos lo esperaba, lo había confirmado. Sin detectives privados ni fotos comprometidas, solo con la providencial ayuda de Guiomar. Así que cuando yo

no estaba sí salía por ahí a ligar. ¿Cómo había sido tan tonta de creer que podía ser de otra manera? Al principio sí que se «portó» bien, como él decía, en Güira y en Guantánamo, pero se ve que como lo nuestro se estaba prolongando en el tiempo, su voluntad flaqueaba. Y menos mal que parece que solo tonteó con la amiga de Guiomar, que no llegaron a más, aunque también podía ser que esa fuera una mentira piadosa, para no herirme.

Esto no hizo sino precipitar las cosas. Por un lado, a mi vuelta Yodiel había estado mucho menos atento que de costumbre, apenas me había llamado o hecho perdidas. Entre eso y el gran enfado que tenía con lo que acababa de descubrir, y con el extraño comportamiento que tuvo en Cayo Coco, cometí un monumental error: el de escribirle dos SMS hirientes. Le dije que sabía que me había sido infiel, que de dónde había sacado los cuarenta euros que le había encontrado, que solo se había fijado en mí porque creía que tenía pasta, que por qué narices había utilizado mi dinero para comprar un perro, que todavía no sabía nada de lo de los puercos... «Eres un ladrón y un gigoló», concluí.

La respuesta no se hizo esperar. Me escribió un SMS que decía: «¿Por qué tú me dices eso? ¿Qué fue lo que te dio? No sabes cómo me siento. Soy el hombre más desgraciado que hay sobre la tierra». Sin embargo, y aunque me disculpé por el tono y los términos empleados en aquel arrebato, me mantuve inflexible y no cambié mi decisión de romper. Estaba harta. Me había metido en un callejón sin salida y no podía más. Yodiel no era el hombre que había conocido hacía tiempo. Era como si mi relación con él lo hubiera estropeado o maleado. Y ya sabía lo que significaba que estuviera en La Habana y saliera con sus amigos a tomar algo con extranjeras. Exploté. Saqué todo el malestar acumulado durante tanto tiempo. Y, aunque me cueste admitirlo, golpear primero era una peculiar forma de darle la vuelta al asunto.

Mientras tanto, Guiomar y Carlos tenían su particular vía crucis. A ella se le escapó lo que había averiguado sobre él (y quién había sido la «confidente») y él reaccionó con unos *emails* desesperados y violentos. Yo también fui «agraciada» con un par de ellos, en los que me decía no comprender «por qué le había hecho yo eso». Parecía verlo en términos de «me has chafado el negocio y no lo entiendo, porque yo a ti no te he hecho nada», y toda su obsesión era averiguar quién había sido el desgraciado que me había venido con el cuento de que él tenía novia. Porque ese, según él, era el verdadero culpable de lo que estaba viviendo. A mí, sin embargo, lo que más me llamó la atención fue que en uno de los correos Carlos decía, sin darle la menor importancia, que si tenía mi dirección de *email* no era porque se la hubiera pedido a Yodiel, sino porque ambos conocían la clave del correo del otro, ya que eran «como hermanos» y lo compartían todo. O sea que él había ido a poner un *email*, había abierto la cuenta de Yodiel, tan ricamente, había tenido acceso a TODO lo que nos habíamos escrito él y yo durante estos meses y luego había cogido mi dirección. Y lo peor es que podía haber estado haciéndolo todo este tiempo.

Yo sí que ardí en cólera. Pero esta gente, ¿de qué iba? ¿Tan incultos eran, o es que tantos años de Revolución habían acabado por que los cubanos no entendieran que en otros países conceptos como la privacidad o la intimidad eran sagrados, y que no respetarlos podía estar incluso penado?

Pasados unos días, Carlos descubrió quién me había dado a mí esa información, según nos hizo saber con *emails* que daban un poco de miedo. («Esa rata, ese *desgraciao*», eran algunas de las lindezas que decía de su colega.) Lo que no alcanzaba a comprender, según Guiomar y yo comentamos, es que era fácil deducir cómo se había enterado él de quién me lo había dicho. Yodiel no había sido, estaba claro, y nadie más podía saberlo salvo... la propia novia de Carlos, a la que él seguro preguntó cuándo se había cruzado conmigo y con quién iba yo.

Con todo, a las dos nos daba un poco de pena que los amigos se hubieran enemistado de esa

manera. Guiomar escuchó toda la retahíla de *te quiero* de Carlos y acabó por enternecerse (es increíble el efecto que determinadas palabras pueden ejercer sobre el cerebro, incluso aunque se tenga dudas sobre su autenticidad). Sí, ella seguiría su *relación* con él, pero a cambio solo le pedía una cosa: que perdonara a su amigo y retomaran el contacto.

Lo que más recuerdo de esa época fue la fiebre con la que Guiomar y yo intercambiamos información. Le conté todo lo que sabía de Miriam, la novia inglesa que desapareció misteriosamente. Cuánto hubiera dado yo, cuando conocí a Yodiel, por haber tenido a alguien que hubiera podido hablarme de su pasado, de esa mujer mayor con la que había compartido tres años, por ejemplo. A Guiomar le conté, entre otras cosas, que a Miriam una vez una señora, en La Habana, la previno contra Carlos. Lo sabía porque a mi chico se le escapó cuando, andando el tiempo, le hablé de Idania, la señora del Paseo del Prado a la que había llamado para preguntarle por él. «Tú no tienes que hablar con nadie de nosotros, que luego pasa como con la señora que le dijo eso a Miriam», soltó, muy enfadado. También había averiguado algo más de cuando ella juntó todas sus vacaciones y todo su dinero y se fue a Cuba un mes con Carlos. «Ella vino y le dijo: Todo lo que tengo lo comparto contigo». Al menos eso era lo que me había contado Yodiel.

A veces, como trabajábamos tan cerca, Guiomar y yo quedábamos a comer.

—¿Y qué me dices de las horas a las que escriben los *emails*? —pregunté.

—Carlos nunca escribe antes de las doce de la mañana.

—Pues Yody al principio lo hacía a las ocho. En la última etapa, nunca antes de las once... Oye, te voy a hacer una pregunta muy personal.

—¿?

—Cuando estáis en faena, ¿te deja tocarle el culo?

A Guiomar se le encendieron los ojillos.

—¡Qué va! No veas cómo se pone, porque, claro, es muy difícil pensar en esos momentos: aquí sí y aquí no, pero es como si se le accionara un resorte.

Qué ridículos eran con eso, y esos restos de homofobia... Anda que no les quedaba nada por avanzar.

Con todo, lo que más nos tenía sorbido el seso era averiguar hasta qué punto eran jineteros. Yo, en teoría, había terminado mi relación, pero seguía igual de obsesionada con el tema.

—Hace un rato también he estado mirando artículos sobre jineteros —decía Guiomar— y me he puesto mala, aunque por otro lado... Yo que sé; sin educación y sin apoyo de una familia normal, a saber lo que haría yo en su lugar. Porque a Carlos lo abandonó el padre cuando tenía dos años. Y fíjate, a veces se cruza con él en La Habana, sabe quién es.

—No es el caso de Yody. Él ha crecido en una familia estructurada...

—Otra cosa que dice Carlos —continuó Guiomar—, es que es muy fácil criticarles desde fuera, cuando nadie sabe lo dura que es su situación y su falta de futuro. Uf, me estoy *Carlosizando*, qué horror.

—¿Y te ha hablado alguna vez de Miriam? Ya lleváis tres meses de contacto.

—No, pero dice que le han ido abandonando todas, que cada vez que se siente a gusto con una chica se le acaba escapando de las manos como una paloma. Ah, y acabo de recordar otra cosa.

—Dime.

—Me contó que una vez un tipo lo vio bailar no sé dónde y que iba a montar un grupo con él, otro chico y dos chicas, que los iba a llevar de gira por Cuba o algo así y luego iban a actuar en Europa, pero que para ello, «los iba a casar a los cuatro» (entre ellos, vamos, a los cuatro del grupo), pero que al final la cosa no salió por no recuerdo qué. Me pareció tan surrealista que no le pregunté nada ni indagué detalles, me sonaba a que me habían tomado el pelo, o a algo medio

sórdido de lo que no quería saber más.

—Ellos sí hacen esas cosas.

—Ya, después de lo que estoy leyendo estos días no me cabe la menor duda.

Yo sentía que mi historia era distinta de la de Guiomar, en la mía había habido amor. Y eso que, tras la ruptura, Yody no había luchado nada por mí. Ni un poquito. Tras mis disculpas por el tono se había limitado a mandarme dos *emails*, uno de ellos rarísimo, en los que se quejaba de lo que le había dicho pero en ningún momento me decía que yo estaba equivocada, que él me amaba o algo parecido. Un día yo me había enfadado, él había tomado nota y ya. Fin de un año de relación. Mi cabeza se resistía a aceptarlo, y mi corazón más. Era como si necesitara más tiempo de lo normal para adaptarme a los cambios.

Tenía un amigo, un tío que estaba buenísimo pero que solo quería ligar, que no dejaba de darme la vara para que quedara con él. Lo llamaba Brad. Me había negado a verlo todo este tiempo, pero ahora empecé a dudar: quizá no fuera tan malo quedar un día con él. Podría servirme para distanciarme de mi *affaire* cubano.

Guiomar, sin embargo, estaba en otro momento. Una vez superada la crisis con Carlos, se cruzaba a menudo correos con él. Lo hacía incluso en tiempo real, lo cual convertía su conversación en una especie de chateo. Sin embargo, sus dudas persistían. Y su desazón. A veces le escribía tres veces en doce horas y otras se pasaba cinco días sin dar señales de vida. A ella le asaltaban todo tipo de dudas: ¿estaría con alguien?, ¿habría enfermado?, ¿le habría detenido la policía? Luego él volvía a escribir como si nada y, por supuesto, sin decir claramente qué había pasado.

Un día, encontré en la Red el testimonio de un tal Guido, que se autodenominaba exjinetero y vivía legalmente en España:

Lo que he dicho y repetido en el foro de turismo sexual es que es una imbecilidad y una debilidad ir a un sitio a singar (hecho este que no he puesto en cuestión; al fin y al cabo, míreme a mí, que el próximo viernes me voy dos semanas a Cuba y les aseguro que aprovecharé para recordar lo que era singar rico y lo haré todo lo que pueda y un poco más) y TERMINAR EJERCIENDO DE SALVAGOLFAS Y SALVAPOBRES. Pero no lo digo porque me molesten las buenas personas —al contrario—, sino porque esa actitud de ciertos puteros españoles tiene unas consecuencias:

1—Van a Cuba a disfrutar y acaban volviendo amargados porque terminan rodeados de personas que les cuentan la pena de Murcia, como dicen ustedes.

2—Esas miserias que escuchan ESTÁN SACADAS DE LUGAR Y EXAGERADAS A MÁS NO PODER para sacar el mayor número de baros posibles del bolsillo del yuma.

3—No es difícil singar baratísimo en Cuba, pero tiene que ser YENDO EN LÍNEA RECTA, es decir, centrándose en buscar la singadera y no desviarse del camino o despistarse con otras cosas que no son asunto suyo.

4—No se ayuda en absoluto al cubano con darle unas monedas: se las va a gastar, se lo aseguro, en cualquier cosa ajena a sus necesidades básicas. De hecho, son esas monedas y las remesas las que están impidiendo que las cosas se pongan en candela en la isla y estalle el polvorín. Aquí sí que comulgo con la tesis guevarista de que CUANTO PEOR, MEJOR. Si eres extranjero o extranjera, da igual lo bellísimo que seas y el éxito que tengas en tu país: ellos siempre verán en ti la posibilidad de salir del país o de vivir bien en él gracias a tu generosidad.

5—Si uno va a singar (acto grato que no ocasiona a posteriori responsabilidades para con otras personas) y termina volviendo a España con un proyecto de matrimonio o con el bolsillo vacío después de ir de filántropo, ALGO RARO HA TENIDO QUE OCURRIR. Y ese algo es que el gallego va a la isla demasiado expuesto, demasiado ignorante de lo que se da en el Caimán, y los que le esperan allí están siempre dispuestos a la guerra de qué le pueden sacar y no reparan en medios para ello. Ellos les sonríen y parecen empatizar con ustedes, pero están esperando pillarlos desprevenidos.

6—Si el gallego ignora a toda la población cubana (en vez de ir tanto de *cool* y de solidario, de persona accesible y sensible a las

miserias isleñas) y se centra en ejercitar la pinga, habrá valido la pena que ese hombre invierta sus vacaciones allí.

7— Y sobre todo: ME INTERESA QUE USTEDES QUEDEN SATISFECHOS ALLÍ PORQUE ASÍ NO TENGO QUE ESCUCHAR CIERTAS COSAS ACÁ QUE ME DESAGRADAN. Así no me enfado, no caigo en discusiones ni peleas. Por tanto, ayudo por puro egoísmo. Si ustedes salen felices de su experiencia cubana, seguro que luego solo tendrán buenas palabras en relación al Caimán. Y eso también me ayuda a mí en mi «ocupación», no lo duden.

Lo que yo ya no puedo hacer es cogérmela con papel de fumar para no dañar a los hipersensibles. Simplemente, repito, he señalado que esos errores que cometen provocaban que nos riésemos de ustedes en la isla. Después, cuando llegué a España, alcancé a comprender y disculpar ciertos aspectos del comportamiento gallego. Pero eso no quita para que ustedes tengan que ir más «endurecidos» al Caimán.

¿Ha quedado ya clara la cuestión?

Guiomar le contó a Carlos que no podía dormir desde que leyó este testimonio. Fue suave, se lo resumió en que el hombre aseguraba que un cubano, siempre, solo vería en ti la posibilidad de salir del país o de vivir bien en el suyo gracias a ti (y con él toda su familia). En el *email* no decía, naturalmente, que era yo la que le había facilitado esa información, pero sí que tenía la cabeza hecha un lío, que le perdonara por hablarle del tema, pero que no podía pensar en otra cosa. Él le respondió que ya estaba cansado de escuchar sobre los cubanos e Internet: «Siempre que quiero iniciar una relación se me acaba rápido, coño, qué daño le he hecho al mundo que yo me merezca esto. Nunca he maltratado a mi madre, ni a mis hermanas, ni a nadie. No sé por qué tienes tanta gente arriba de ti sobre la relación conmigo». Carlos continuaba con lloros («Me encuentro muy mal económica y emocionalmente»), le decía que la quería pero que sabía que no podía forzarla a seguir con él por lástima, para luego volver a hablar como si fuera un día cualquiera. Ni rastro de lo que un hombre normal habría dicho en una situación así: «Mi amor, yo te quiero solo por lo que eres y te lo voy a demostrar. No quiero nada de ti, salvo amor y cariño. No me des nunca nada material, porque te lo rechazaré, pero no me dejes, por favor». (Inciso: ella ya le había mandado dinero y medicinas un par de veces.)

Luego Guiomar, en un acto que mostraba a las claras las contradicciones de que era presa, terminaba así el *email* en el que me lo contaba todo, y que me envió desde el trabajo porque no podía esperar a que llegara la tarde para ponerme al día: «También me envió fotos, dos en el dentista (a veces tiene un punto gracioso) y esta en bañador. Qué guapo es mi chico... Estoy hecha un lío absoluto... Socorro... »

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Ah, tampoco se me escapa que la foto (que es reciente, según me dice, y debe de serlo porque está más musculado de lo que le recuerdo) tiene pinta de estar hecha en la piscina de un hotel... ¿Te la mando para que opines?

Me he levantado con un dolor de cabeza de escándalo.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com.

Otro ¡Ah! ... Y lleva una pulsera de las de «todo incluido». Me estoy volviendo loca, esto me supera.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Eso es un hotel, sí, y me cuesta imaginar qué otras maneras tienen de ir a la piscina de un hotel (salvo que la imagen sea de la etapa de Miriam, que lo dudo).

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Es que ese es el problema, que me dijo que me enviaba fotos recientes.

Ni ella ni yo podíamos parar. Durante casi dos horas, nos cruzamos mensajes tan rápido que era

como estar chateando.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Te cuento. ¿Recuerdas a cierto muchacho cubano que está fatal, pasando hambre, llorando de desesperación, soledad y tristeza y echándome tanto de menos?... Pues es el mismo que estaba en la piscina del Hotel Gran Caribe Riviera el día nueve de junio (el que iba a ser de tu boda, ¿no?) y el día treinta de mayo en Varadero, concretamente en el Hotel Barceló... Ambos momentos coinciden con días seguidos en los que, como ahora, no había noticias tuyas (y luego que «si es que no tengo pasta», “que si la conexión estaba mala...»). Mala de vivir allí, supongo.

Lo he averiguado porque, al grabar al ordenador las fotos que me mandó, oh, milagro, aparece la fecha en la que las fotos se hicieron, y con qué cámara (su supermóvil). Todo esto lo he descubierto anoche, con la ayuda de una amiga y de Internet (de la misma forma en la que descubrimos hace semanas que su novio estaba enganchado a *meetic* y quedando con tías). Y en cuanto a que las fotos están hechas en el Hotel Riviera: es que el hotel me sonó desde el primer momento, porque yo había estado allí una vez. Y luego todo es tirar de Internet.

Y con las que me envió en junio igual. Yo le dije en la carta: «Has estado en la playa con una turista», y contestó: «No, no he estado en VARADERO con ninguna turista» (no me di cuenta de ese detalle hasta ayer), así que Internet nuevamente, directamente buscando en Varadero... et voilà! ... Busco y te pongo fotos de los hoteles, ya verás.

¿Qué? ¿Qué opinas? ... Disfruta de tu Brad hoy, Alicia, de tu pasta y de tu modo de vida. Y el que no pueda, que se joda.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Qué pena de chicos, de verdad. Aprovecharse de la gente de buenos sentimientos es una de las cosas peores que puede hacer alguien, y es darle la razón a todos aquellos que echan pestes de ellos. Con lo que tú le has ayudado.

Solo les deseo que engorden pronto, para que no les quede otra que currar de verdad.

Y sí, voy a pensarme lo de mi Brad, que nunca me ha pedido nada y está conmigo solo porque le gusto.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Ay, Dios, que no puedo estar pillada por un jinetero, no me j... Por otro lado, qué inocente es el pobre... Pero lo estoy pasando fatal, tengo una angustia en el estómago...

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Yo también pienso que es muy inocente, pero esa es la baza que tienes a tu favor. Maneja tú la situación. La clave aquí es no pillarse, y ahí sí que me parece que está la mayor dificultad para ti (como lo estuvo para mí).

Si quisieras cortar en algún momento, las fotos te lo han puesto en bandeja.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Ahora no puedo parar de darle vueltas a que estoy pillada con un tío que se prostituye... Esto va de mal en peor.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Te voy a contar una cosa que recuerdo de Yodiel. Hace mucho yo saqué el tema de los jineteros-jineteros, de los gigolós, y él me dijo que conocía a algunos y que había hablado con ellos. Que eran hombres que tenían sueños de vivir mejor y que él no podría hacer eso nunca porque no puede estar con nadie que no le guste (esto último creo que sí te lo había dicho).

Lo que pasa es que aquí las fronteras, vistas con nuestros ojos, son muy finas. Pero no son eso. Si lo fueran, estarían más forrados, te lo aseguro.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Lo son, Alicia, abramos los ojos. Que a mí Carlos también me dijo que al menos él solo se va con una que le gusta, que sus amigos se iban con cada una... (palabras textualísimas).

Si necesitábamos pruebas (al menos yo), las tenemos delante, espectacular en bañador... Es que hay que ser tonto, de verdad... ¿Cómo me voy a creer ahora nada? A la que le hizo la foto también le escribiré, aprovechará cuando se sienta a escribirme a mí, a todas nos llama «mi reina», y listo.

Se me ha puesto una mala leche...

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

No sé, pero creo que no vas a tener más remedio que decirle lo que te ha pasado al ver la foto. Sabes que te arriesgas a que, al verse pillado, tenga una de sus salidas de tono, y quizá ya sean demasiadas hasta para él. Piénsalo, recuerda que estás en caliente.

Je, mira que si vamos las dos allí, ahora que nos han «robado la inocencia» podemos ser temibles...

Y está claro, ahora clarísimo, algo que es de cajón pero les hemos tolerado: si alguien se hace el loco y no responde claramente a cosas concretas, es porque no quiere/puede. Claro que me los imagino dentro de un tiempo sabiendo hacer esto también y... No quiero ni pensarlo.

Y qué tontos, qué tontos son... Lo que han perdido a todos los niveles... Ahora puedo entender a aquella extranjera que echó a la calle a su maridito cubano, y a la que le hizo a otro volver por donde había venido.

Mi mente ya está también disparada. Esos amigos suyos que se iban con cada una que... ¿Qué amigos son?, ¿qué unas? Esto es lo más contrario a la paz que he buscado siempre. Lo que me faltaba, con paranoias a estas alturas.

Ayer mi cabeza, ya lanzada, gestó una idea peregrina. Hacerme con su contraseña de correo (con lo simple que es Yody, las variables son pocas). Sé que está fatal hacer eso, pero necesito saber la verdad. Lo malo es que ellos escriben desde una intranet.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Lo nuestro es muy fuerte... Yo he pensado lo mismo, ver la forma de meterme en su correo... Pero eso, no es Internet. Y ¿qué amigos, me preguntas? Todos (el día que los conocimos al final por allí había como diez), ¿y qué unas? Pues cualquiera. Te recuerdo las palabras del guía: «Estos chicos están aquí todos los días, etc, etc...»

Y no, no estamos hechas para estas cosas. Pero es que no entiendo entonces esta reacción, cuando le dije que me había enterado de que tenía novia, como si le fuera la vida en ello. Claro que luego, cuando lees lo desesperado que está y después le ves tan feliz y tan bien alimentado en un hotel de playa...

Guiomar le pidió explicaciones a Carlos. Secretamente confiaba en que él le dijera cualquier mentira piadosa pero convincente. Conozco bien el mecanismo: si algo es demasiado duro y no estamos preparados para soportarlo, nos agarramos a cualquier cosa y a veces hasta nos la creemos. Ella le habló muy claro. Él respondió con un *email* de los que Guiomar llamaba «de flores y pajaritos».

Cuando estábamos enfebrecidas *email* arriba y abajo, una noticia que salió en todas partes nos golpeó con fuerza: «Hallado muerto un joven en el tren de aterrizaje de un avión». El cuerpo de la noticia decía lo siguiente: «Un joven de 23 años y nacionalidad cubana ha sido hallado muerto en el tren trasero de aterrizaje de un avión de Iberia procedente de La Habana, han informado fuentes de la Guardia Civil. La víctima, Adonis G. B., podría haber fallecido por congelación, además presentaba heridas en el tórax y en la cabeza. El juez de guardia se ha desplazado al aeropuerto de Barajas para ordenar el levantamiento de cadáver que ya ha sido trasladado al Instituto Anatómico Forense, donde se le practicará la autopsia. El cuerpo ha sido localizado en el tren trasero de aterrizaje del vuelo 6620 que ha llegado a la terminal satélite de la T-4 del aeropuerto madrileño sobre las dos de la tarde procedente de la capital cubana. La Policía Judicial de la Guardia Civil se ha hecho cargo de las investigaciones».

Capítulo 14

Abel Romero. Tourist guide en Recreación y Turismo. Estudios: Universidad de la Calle y de la Vida. Vitoria, ciudad actual. Guantánamo, localidad natal. Eso era lo primero que podía verse del perfil de Facebook de Abel.

Cuando me habló de seguirle en esa red social, unos meses atrás, casi ni reaccioné. Supuse que, como de momento estaba en casa sin nada que hacer, Sandra le habría enseñado a manejarlo y matar así el tiempo, pero me costaba imaginarlo delante del ordenador. Sandra me había dicho que él y sus amigos se volvieron locos no hace tanto cuando ella les regaló una miniconsola para jugar, y no sé si fue en mi último viaje que contraté por tres euros media hora de conexión a Internet en el *hall* del hotel para revisar mi correo y de paso enseñarle a Yody lo que era Google y mostrarle cosas como YouTube, porque ellos solo podían mandar y recibir correos vía correodecuba.cu, no tenían acceso a Internet como tal. Pero el perfil de Abel tenía dos años.

Lo siguiente, no podía ser otra cosa, era ver a quiénes tenía como amigos.

—Guiomar —la llamé esa misma noche—. ¿A que no sabes quién tiene perfil en Facebook?

—Ay, madre, sorpréndeme. ¿Carlos?

—Sí, y no uno, sino dos. Los dos con su nombre y su primer apellido. Y un tercero en el que se autodenomina «El auténtico papi de Cuba. Salsa».

Al otro lado del móvil se hizo un silencio sepulcral.

—¿El auténtico papi de Cuba? Nooooo. ¡Pero si no tienen Internet!

—Alguien les habrá dejado conectarse alguna vez, vete a saber dónde. Al menos sabes que es verdad que a veces da clases de salsa a las turistas. ¡Ah! Y he encontrado un vídeo por ahí en el que varias parejas bailan salsa. Está rodado de día, en el Paseo del Prado, y al final, en los títulos de crédito, pone que es uno de los bailarines.

—¿Y cómo es ese perfil ¿Qué dice en él?

—Los tres los utiliza poco, pero tiene unas bonitas fotos, en las que está atractivo y bien vestido. Ya sabes que podría pasar por modelo perfectamente. En una está con camiseta blanca y bermudas verdes, junto al Malecón; luego hay otra vieja, la del perfil más antiguo, en la que luce un poco más abandonado, con camiseta azul sin mangas, los rizos despeinados y en el interior de una casa. Al fondo se distingue un frigorífico.

—¿Y en la del papi? —preguntó sin ocultar su ansiedad.

—Normal, con una *blazer* blanca y unos vaqueros. Y con el pelo recogido en una coleta. Se le ve bien, y la foto es normal. Pero no alude a clase alguna ni tiene fotos enseñando salsa.

Lo más interesante que había descubierto, sin embargo, era que en uno de los perfiles Carlos había subido dos series de fotos. Una de ellas contenía imágenes de dos años atrás, cuando claramente le iba peor. La fecha aparecía en la parte inferior de todas las imágenes. Llamaba la atención una en la que estaba sentado en un banco verde, en lo que parecía el mismo lugar donde extendí la toalla de playa para sentarme con Yodiel y comer unos bocadillos, frente al Castillo del Morro, y un amigo delgadísimo, con los rizos afro, a lo Michael Jackson de niño, parecía estar peinándole o limpiándole el pelo con dos pequeños paños en las manos. Carlos, con el torso desnudo y una especie de toalla blanca sobre los hombros, reía mientras miraba a cámara y sostenía un vaso de plástico con los restos de algún brebaje marrón. El otro, que parecía estar en

calzoncillos (verdes y con rayas marrones), sonreía levemente con la mirada puesta en la tarea que estaba realizando y como por cumplir. Parecía estar más en sus pensamientos. Una tal Amarilys había comentado: «Están de madre en el medio de la calle peinándose, jajaja, eso nada más que se ve en Cuba».

Había más fotos. Estaban todas bajo el epígrafe Mi colega Frank en Cuba y daban cuenta de una juerga con motivo del regreso del tal Frank (porque Frank también tenía su propio perfil, claro está, y en él decía que vivía en Bélgica). En unas cuantas fotos estaban Carlos y Frank con dos chicas que, casualmente, también tenían perfil en Facebook, y eran españolas. Carlos aparecía bien abrazado a una. Había también unas cuantas fotos de ellos y varios amigos, bailando y bebiendo en algún local que no podía identificar, Carlos con la misma camiseta amarilla que llevaba en las fotos con las españolas y con una indisimulable mancha de sudor en el sobaco, Yodiel con una camiseta roja de rayas azules y un pantalón blanco con un cinturón sin el que, a la vista estaba, aquel se le caería. En una estaban ellos y varios amigos ante una mesa llena de refrescos y latas de Bucanero; en otra bailando. Yo veía a Yodiel triste en todas ellas, y muy serio, incluso en una en la que hacía su característico gesto del «me gusta» con las dos manos. Nadie diría, tampoco, viéndolas, que era guapo. Allí solo se veía a un hombre de color y normal, muy normal, no me extraña que no lo hubiera reconocido en las otras fotos que le hizo Sandra y que, por lo que pude deducir, eran cercanas en el tiempo a estas.

—¿Y Yodiel tiene perfil? —preguntó Guiomar.

No, Yodiel no tenía perfil, afortunadamente, si no me hubiera dado algo. Y las españolas, que estaban etiquetadas, tenían muchas fotos en el suyo, aunque no había más huella de su relación con los cubanos. El más interesante, sin duda, era el perfil de Frank, algo más antiguo y lleno de imágenes en las que aparecía con una belga embarazadísima. Yo no había tenido Facebook hasta entonces, me había creado un perfil solo para ver lo que hacía allí Abel y no podía imaginar el vicio que podía ser tirar de aquel hilo, pero sabía que aquello era oro, incluso aunque Yodiel no estuviera. Y eso que ¿quién me decía que en realidad no estuviera? Quizá se escondiera bajo un apodo. Miraría uno a uno a todos los amigos que tenía Carlos en sus tres perfiles, que no sumaban más de cincuenta y además se repetían a veces.

De una u otra manera, estaban todos en Facebook. Lo mejor era ver los perfiles que ya tenían un tiempo, porque en todos había una mujer con ellos, europea o americana. Frank, por ejemplo, ya no estaba con su chica belga, una mujer discreta que tenía en su perfil alguna foto con un niño mulato de dos o tres años. Él se dedicaba a la construcción en Bruselas y era amante de las juergas, según él mismo mostraba en imágenes inequívocas. ¿Qué habría pasado entre ellos? ¿Habrían roto porque él no había resultado ser lo que ella esperaba? ¿Porque amaba demasiado la vida nocturna? Claro que ahora era un hombre libre y podía hacer lo que quisiera, pensaba yo. Con el niño tenía también alguna foto, siempre en solitario. Al menos ejercía de padre.

Cómo se me había podido escapar eso. Ahí estaba René con su novia danesa (ya mujer), viviendo en un bonito chalé a las afueras de Aalborg y dedicándose a dar clases de salsa en un gimnasio. Tenían hasta un vídeo subido en el que él bailaba y ella lo jaleaba, enamorada. Era enterecedor ver cómo subían su vida a Facebook y la dejaban a la vista de cualquiera, sin filtros. Igual que niños con juguetes nuevos, parecían tener necesidad de compartir con sus conocidos lo bien que les iba (porque la mayoría escribía desde fuera de Cuba; los otros comentaban de manera más irregular). Por mi parte, sentía como si jugara una suerte de juego de la oca, saltando de perfil en perfil, para ver hasta dónde me llevaba mi ficha saltarina cuando me tocara. Había un chico muy joven y muy alto, Ariel, que se había casado con una chica de su edad y vivía en Suiza. En el perfil de su mujer podían verse varias fotos de la boda en La Habana, pero en el de él solo había

una. Cuánto pueden revelar detalles como que, en una pareja, ella cuente, orgullosa, que es la mujer de fulano y él no ponga nada. Unos meses después él ya vivía solo en Suiza, adonde había ido a verle un amigo cubano que vivía en Noruega y que había sido su padrino de boda (lo reconocí por una de las fotos). Todos ellos estaban interrelacionados y tenían amigos comunes, incluso españoles a los que iban a visitar juntos a Bilbao. Vaya, no se movían mal, quizá era más de lo que podía hacer yo misma en esos momentos. La foto de boda de Ariel, en pleno Malecón, tenía, por cierto, jugosos comentarios. En uno de ellos, el contrayente se refería a esa zona de la ciudad como «La oficina», y en otro decía, entre las risas de sus amigos, que ese era el lugar desde el que se exportaba «carne cubana» a todo el mundo.

El que vivía en Noruega, una suerte de Idris Elba en feo pero con personalidad, según se deducía fácilmente de lo que subía y de sus comentarios, se había casado con una mujer que parecía dedicarse al arte y era padre orgulloso de una niña mulata. Al menos esos seguían juntos desde hacía unos tres años y escribía que su mayor deseo era hacer feliz a la mujer con la que compartía su vida. Él había dejado a un hijo mayor en Cuba, tenía un mueble con las fotos enmarcadas de sus dos retoños y era amigo de varios cubanos que estaban en Barcelona, todos solos aparentemente, aunque no costaba adivinar cómo habían logrado venir aquí. Y eso que... La última vez que hablé con Abel, el que ahora estaba en Vitoria, me dijo que conocía a todos y cada uno de los personajes que habían recalado allí y que no tenían mucho que ver con él, que no eran amigos.

Encontré el perfil del amigo de Yodiel que conocí en la Plaza Vieja y dijo que se iba a casar con una navarra, incluso localicé a la navarra, pero estos eran de los pocos que no ponían nada. Él, además, tenía dos perfiles con nombres diferentes, los dos con muy poca información pero con una foto parecida. (Era un *yodiel*, como decía yo para identificar al mismo tipo de hombre de color que tanto me gustaba.) No ocurría lo mismo con Alexander, un amigo treintañero del *gemelo* de Idris Elba que se había casado con una doctora argentina visiblemente mayor que él, aunque muy atractiva. En su perfil, en el que repetía, como tantos, que estudió en la U.D.L.C.V. (Universidad de la Calle y de la Vida) y también en el Malecón habanero, era fácil seguir la secuencia de su noviazgo, de su boda, de su vida en Argentina, donde él trabajaba en un taller de coches y se dedicaba a engrosar su musculatura (la lucía orgulloso en cuanto tenía ocasión y los amigos le jaleaban: «Daleee... Ponte en talla»; «Qué volá, hombre sabroso»). Eso había pasado hacía unos tres años, porque ahora se mostraba orgulloso y enamorado de una joven profesora. ¿Habrían roto por lo que me temía o porque a veces, como todos sabemos, el amor se acaba? ¿Cómo podía saberlo? Siquiera él no había borrado las huellas de su pasado. Ella, además, era una profesional muy cualificada; se le suponía, al menos, cierta madurez y equilibrio. Me costaba imaginar a una mujer como ella dejándose engañar por un pícaro. No, aquello, forzosamente, tenía que haber sido otra cosa.

¿Y cubanas? También las había, claro. Una tal Dayanis llevaba muchos años en Hamburgo. Había llegado con un hombre bastante mayor que ella con el que se había fotografiado por medio mundo, pero ahora tenía una pareja mucho más joven. Y había otra, ¿cómo se llamaba? Deisy (sic), que utilizaba el apellido de su marido, un alemán horroroso que parecía ser buen amigo de Carlos, Abel y René, pues incluso comentaba sus publicaciones. Seguro que también conocía a Yodiel. El caso es que a mí ella me sonaba, tal vez fuera una chica muy alta que vino con nosotros a hacer una recarga en ETECSA la última vez de la que no entendí el nombre, y que por lo visto era una buena amiga, aunque nunca antes había oído hablar de ella. Sea como fuere, el alemán había subido a su perfil las fotos de su boda cubana, con vestido de gala para ambos y coche lleno de globos y lacitos blancos. Él parecía muy contento con su despampanante mujer; ella, en

cambio, miraba a la cámara lánguida y no sonreía en ninguna de las imágenes, pese al gran vestido blanco con escote palabra de honor, su ramo y sus pequeños adornos en el cabello, también blancos. Me llamó mucho la atención Deisy y lo mucho que decía su no-sonrisa. Volvería sobre ella y sobre los demás en varias ocasiones.

En uno de los muchos foros que visitaba, y en los que nunca escribí, puesto que mi historia a priori no se diferenciaba de muchas de ellas y lo que yo quería eran respuestas, leí a un español que decía: «Si queréis saber cómo son los cubanos, no tenéis más que leer a Pedro Juan Gutiérrez. No le deis más vueltas. En sus libros está todo».

Pedro Juan Gutiérrez. Ese nombre me sonaba. Claro, era ese escritor que se parecía a Jesús Ferrero, el de *Belver Yin*, el que escribió el guion de *Matador*, la película de Almodóvar. Ví que publicaba en Anagrama, y yo en casa tenía algunos libros de esa editorial que aún no había leído. Fui corriendo a mi biblioteca, que ya tenía cierta envergadura, y efectivamente, tenía algo de él. Se titulaba *Animal tropical* y estaba ahí porque alguien me lo regaló hacía tiempo, pero nunca me había llamado la atención. Comencé a leerlo esa misma noche.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Guiomar, no sabes lo que he descubierto. Tienes que leer este libro. La crítica ha dicho de él cosas como esta: «A golpe de ron, música y sexo, no deja títere con cabeza», o esta: «El triunfo de un placer que va más allá de toda desesperación, sin negarla». Lo empecé anoche y ya voy por la mitad. Tienes que leerlo.

Animal tropical comenzaba con dos citas, una de ellas, una apostilla de Umberto Eco a *El nombre de la rosa*, francamente reveladora: «Solo los monjes de la época conocemos la verdad, pero a veces decirla significa acabar en la hoguera». Su libro estaba protagonizado por una especie de *alter ego* con el que compartía incluso el nombre, que tenía relación con dos mujeres muy diferentes: una sueca de cuarenta años a la que visitaba en su propio país —su personaje también era escritor y era de los privilegiados que tenían permiso para salir de Cuba— y otra en Centro Habana, una vecina que le decía cosas como: «Dame tu saliva, salao, eres un loco, dame pinga, métela hasta el ombligo». En el libro también había un amago de rollo en un ascensor. Carlos le había contado a Guiomar que con las cubanas era así, que no era tan raro encontrarse en una escalera y hacerlo allí mismo, en tres minutos, no importaba la hora que fuera.

Me sumergí en el libro de Pedro Juan Gutiérrez, que además me gustó mucho. Su prosa arrebatada casaba bien con mi urgencia, y además era un gran escritor, a mi juicio mucho más que otros cubanos famosos. Le habían colocado el sambenito de «Bukowski caribeño», pero eso solo era porque en sus páginas la sordidez y lo políticamente incorrecto campaban a sus anchas. Su estilo era distinto al del norteamericano, y además el escenario era el único que parecía interesarme en aquellos momentos: Cuba, la hermosa Cuba, que, pese a mostrarse en toda su sordidez, seguía teniendo un extraño y casi inexplicable magnetismo.

Me lo leí en dos días y se lo pasé a Guiomar, no sin antes decirle que ya me había hecho con la *Trilogía sucia de La Habana*, tres libros de cuentos previos a *Animal tropical*.

—Lo llevo en el bolso. El primero, *Anclado en tierra de nadie*, lo he empezado esta mañana mientras venía de camino, en el tren —era una suerte tener a Guiomar para compartir estas cosas con ella y además poder quedar a comer con tanta frecuencia. Nos habíamos hecho muy amigas.

—Ah, hoy mismo me pongo con él. ¿Te he contado lo de Carlos?

La última de su pretendiente era que ahora amenazaba con suicidarse. Era muy melodramático. Su relación epistolar y a veces telefónica se había retomado, sí, pero en absoluto era un camino de rosas.

—Es como una montaña rusa. Tan pronto me dice que me quiere y que está loco por mí como no me contesta a los *emails* aunque los haya leído.

—¿Y cómo sabes que los ha leído? —le interrumpí.

—Tengo una función en mi correo que me permite saberlo.

—¿Y entonces?

—Yo que sé. Me va a volver loca —respondió—. A veces pienso, ya te lo he comentado, que se está escribiendo con varias a la vez y que no le da el dinero para escribirnos a todas, porque escribir un correo les cuesta un CUC, y si solo es leerlos, cincuenta céntimos, lo sabes, ¿no?

Lo sabía, sí, pero seguía sin entender lo de la amenaza de suicidio.

—Lo noto desesperado, y como si no se creyera del todo que tiene algo conmigo. ¿Recuerdas cuando estaba enfadado con Yodiel, todas las barbaridades que dijo de él, rata asquerosa y todo eso? Pues a veces se pone así, y también celoso. No le entiendo, no sé muy bien qué tiene en su cabeza.

Ese fin de semana, Guiomar y yo fuimos a ver juntas una película cubana que acababa de estrenarse en los Golem, *Valeria descalza*. Fuimos con María, una amiga de ella de las que viajó a Cuba y que desde entonces también lo fue mía. Antes le pasé a Guiomar por correo un copia-pegar con algunos de los testimonios más interesantes que había encontrado últimamente en la Red. En uno de ellos se hablaba precisamente de cómo podían estar los cubanos (y las cubanas), con varias personas a la vez, de cómo era frecuente también que un cubano tuviera a una cubana y a la vez a una extranjera, y que además aquella consentía, aunque no le gustara, entre otras cosas porque una extranjera, aunque siguiera en su país y solo fuera a Cuba de visita, era una garantía de dinero y de regalos.

Cómo son los cubanos

por: **tatys127**

Realmente siento lástima de las mujeres que aún piensan que existen hombres fieles y leales y mucho más en Cuba. Estoy saliendo de una situación dolorosa, en la que él me expresaba sus más «profundos sentimientos». Pues lamento decirles que todo fue mentira, su único interés era salir de esa isla. Nunca me quiso, solo quería lo que yo podía ofrecerle, y no lo hizo solo conmigo, se lo dijo a varias al tiempo. Fue un profesional del engaño, de suerte que por razones del destino algunas de ellas y yo nos conocimos y logramos enterarnos de lo que nos decía a la vez. Mentiras, teatro, lágrimas. Todo cuanto estuviera a su alcance para conquistarnos y hacernos sentir la única mujer en el mundo. Y puede que no sea malo, fue interesante descubrir una nueva faceta en nuestras aburridas y monótonas vidas pero ¿a costa de qué? Terminé perdidamente enamorada y pensé que había encontrado el hombre perfecto para mí, el hombre que tanto esperé. POR FAVOR, ¡¡¡QUE NO LES PASE A USTEDES!!! ¡Ah! Se me olvidaba el tema de la infidelidad. Este es un denominador común en cada cubano. Igual de cien hay uno que no lo es. Es decir, 99,9% de posibilidades de que mientras esté contigo te ponga los cuernos o lleve una doble vida con varias amantes a la vez. Son expertos de la logística y las mentiras a unas y otras.

Son tan calientes y primitivos que no pueden controlarse en eso. Tipa que les gusta (les gustan todas), ahí que lanzan la caña. Y claro, siempre tienen tías que les caen. Si ya encima está bueno y es buen amante, sal corriendo. La verdad, es una desgracia que nos gusten.

Entre ellos se encubren, se cuentan las tipas que tienen y es típico que aunque estés con uno, el amigo te tire la caña. Total, para ellos eres un objeto de usar y aprovecharse.

No te fíes porque te presente a sus amigos, o porque quiera conocer a tus padres y tus amigos. Son tan jetas que ni eso les da pudor. Lo que para una pueda ser interpretado como un detalle de que les importas y te toman en serio, para ellos es pura estrategia. Sin darte cuenta acaban invadiendo tu vida.

Imagínate cómo es vivir siempre preocupada por si tu hombre está por ahí con otras. Nunca lo reconocerá, y encima te tratarán mal si les preguntas.

En definitiva, muchos de ellos están acostumbrados a sobrevivir, no a vivir. Como los animales. Un animal luchando por sobrevivir no puede tener sentimientos de compasión hacia el prójimo ni tratarlo con respeto o enamorarse de alguien. Va desesperado para sobrevivir él mismo y saciar sus instintos. Creo que eso es lo que mejor los define. Lo siento si hiero sensibilidades, pero es así en la mayoría de los casos.

¡¡¡Ni por todo el oro del mundo!!!

Por: **maría1070**

No se puede generalizar con las personas, hay de todo por todas partes, pero mi experiencia me dice que con los ojos bien abiertos y no basta. Conozco bastante la cultura cubana, sé de lo que hablo. Tanto los hombres como las mujeres, si son de la farándula, de la vida nocturna, cuanto más lejos mejor. También los hay que son muy buena gente y muy trabajadores, pero en general considero que no son de fiar.

Estuve cinco años con un cubano y fue un infierno. Farandulero, si no había por dónde salir se buscaba la fiesta. Borracho sin límites, llegó a coger unas turcas que le daban hasta tembleque en el cuerpo. Vago crónico, horas y horas durmiendo, en el ordenador o mirando el televisor, sin molestarse en mover un músculo, embustero como nadie.

Ambos éramos jóvenes... Me destruyó la vida. Pedí un divorcio justo y a los meses volví a caer en sus enredos, en que yo era la mujer de su vida y todas esas patrañas, para seguir dándome una vida de perros...

Me consideraba una mujer inteligente y anuló por completo mi vida, mi trabajo, mis amistades, mi familia. Contraí considerables deudas económicas. En su vocabulario no existían ni la ética, ni el altruismo, ni la empatía. El egoísmo se lo comía.

Tengo amigas que también han sufrido mucho. Su vida también fue un calvario entre mentiras, infidelidades y vagancia.

Mi caso fue muy serio, pero he estado en Cuba muchas veces, aquí en España tengo muchos conocidos... y sé muy bien de qué pie calzan. Ahora bien, repito: hay cubanos que son buena gente.

TODO lo que las chicas dicen es cierto

Por rosyaguapa

Hola, un cálido saludo para todos.

Con mi comentario no es mi intención ofender a nadie, pero es mi situación en este momento.

Aunque una prima mía tuvo una experiencia horrible con un cubano, años después me encuentro casada con uno. Con él estoy viviendo en la actualidad una pesadilla.

Yo soy una mujer profesional y dicen que muy linda, pero esta situación me tiene aniquilada, acabada. Al principio era un príncipe azul, parecía el hombre perfecto en todos los aspectos. Detallista, tierno, cariñoso, educado, bla, bla, bla, vivía pendiente de lo más mínimo de mi vida. Yo me enamoré, caí, dejé mi país, mi trabajo, mi familia, por encontrarme con mi perfecto amor. Pero aquí, ya en su casa, salió el verdadero monstruo, que me manipula de una manera enferma y obsesiva. Controla las llamadas que le hago a mi familia, me prohíbe salir hasta a botar la basura... Quiere controlar mis pensamientos y mis gustos, me llama por teléfono cada cinco minutos y no me deja en paz ni siquiera en el baño. Quiere saber qué hago paso a paso, pero cuando sale conmigo a la calle, como según él me tiene atrapada, mira con desdén a cuanta mujer se le cruza en el camino, y cuando le digo que quiero regresar a mi país se tira al suelo gritando, llorando y humillándose de la peor manera, gritando que me ama y no puede vivir sin mí. ¡Está loco!

Yo jamás había visto ni se me ocurría imaginar que existiera un hombre así, tiene una imaginación y un repertorio de actitudes y situaciones tan perfectamente bien estudiadas que horroriza.

!!!Por favor!!!

por: carmuchu2010

Soy cubana y no me gusta que generalicen a la hora de hablar de hombres cubanos buenos y malos. Pero en lo que respecta a los cubanos, hay que detenerse y cuestionarse dónde conocen las extranjeras españolas y no españolas a los cubanos dentro de Cuba. Pues bien, ya les respondo. En las playas, en las ciudades donde los extranjeros pueden caminar. ¿Y qué hombre cubano es el que frecuenta estos sitios para ejecutar sus cacerías en busca de mejoras económicas? ¡Pues claro!, los chulos, proxenetas, hombres indecentes, con bajo nivel cultural, que entran en todo por dinero. Pero OJO, se muestran como excelentes caballeros y hacen creer que son los mejores, pero después de la bodita, viene el gran chasco. Ahora, una cosa bien diferente es que visites a un familiar en Cuba y en ese momento coincidas con un hombre educado, con estudios universitarios (la gran mayoría), buenos modales y con un sentido del humor estupendo. Si hacen ojitos puedo garantizar que la extranjera será una mujer muy feliz, pues los cubanos tienen muchos valores y más cuando entre tanta corrupción se mantienen trabajadores, educados y responsables.

Conozco a una chica española que fue de visita a Cuba y se enfermó con una ingesta, la llevaron a visitar al médico de familia y no pudo resistirse a volver a ir a Cuba, pues quedó prendada del doctor de 38 años. Actualmente viven en Alicante y él trabaja como médico en un Centro de Salud, tienen dos hijos y son muy felices. Así que hay de todo, amigas. No crean todo lo que lean y cuando vayan a

Cuba no le hagan mucho caso a los hombres que se lanzan sobre una a decirte cualquier cosa, esos son LO PEOR. OJOOOOO.

NO creas en sus palabras

Por eleanor

Amigas, después de leer todas sus historias me siento en la obligación de contarles la mía, porque entré en Internet buscando información cuando estaba muy confundida por un cubano con quien tuve una relación de cuatro meses. No crean en sus palabras, tooodo es mentira. Son fríos, calculadores, todo lo tienen planeado en la cabeza. No buscan mujeres sin dinero, se interesan por la mujeres independientes económicamente. Muy sutilmente te manejan psicológicamente con su carencia material, así que entras en el juego y empiezas a ayudarles, pero el día que no les das nada, ni un regalito, se desatan y muestran su verdadera cara. Las que todavía creen en ellos las invito a que les hagan esta prueba: por un tiempo (unas semanas), no les den nada: dinero, regalos, comida, y díganles que no tienen para pagar el hotel. Fíjense en la actitud que toman. Se pondrá molesto, con un carón de amargado, y ahí me

dirán si lo que les he dicho es mentira o no.

Son lo más bajo que existe en la humanidad, incluyendo las mujeres. Ellas son peores. Se casan y dejan a los maridos; yo tengo cuatro amigos que fueron víctimas de ellas.

La peor calaña de todos los países. Lo siento por los cubanos pero es la verdad. Tooooooodos se justifican por sus carencias, pero en todos los países hay carencias y por eso uno no anda jugando con los sentimientos de la gente.

No son de fiar, no tienen sentimientos, andan detrás de los objetos materiales que en su país no pueden tener.

Un día me di cuenta de lo que me estaba haciendo: salía conmigo y con cinco mujeres más. Además me celaba de mis amigos y hasta hizo que me alejara de ellos. Estaba muy enamorada, le daba todo, desde el cepillo de dientes hasta regalos, perfumes y ropa para toda su familia en Cuba. Hasta que tuve una mala situación económica y no pude darle más cosas materiales. Ese día conocí su personalidad. Ya no me daba besos, no quería verme y preguntaba que cuando le daba regalitos. Decía que yo tenía la culpa por haberlo acostumbrado mal. Entonces empecé a averiguar y descubrí que eran un grupo de interesados que buscaban mujeres para que les dieran regalos y completar así su sueldo y llevarles cosas a sus familias. Decidí vengarme. Nos fuimos a un hotel (como siempre, lo pagué yo) e hicimos el amor. Luego salí con la excusa de comprar comida y no volví. Lo dejé en un hotel en las afueras de la ciudad y él vivía al otro lado, no conocía nada y no sé cómo hizo para regresar, pero eso me hizo sentir mejor por lo malo que había sido conmigo.

Yo había roto con Yodiel, pero la liberación duró poco. Siempre he sido muy apegada a las cosas. De primera me cuestan los cambios, aunque luego me adapte sin problemas, y este me estaba costando demasiado. Además de seguir con la obsesión de llegar hasta el final con el tema cubano, echaba de menos a Yodiel en mi vida. Echaba de menos sus mensajes de amor, el contar los días que faltaban para nuestro nuevo encuentro, el impulso que me hacía leer y escribir ilusionada. En realidad, la vida que hacía ahora no era tan diferente de la que hacía solo unos meses antes, pero por dentro me sentía radicalmente distinta. Recordaba cuando uno de sus mensajes me daba el impulso para luchar y pelear en mi día a día, cuando iba hacia el trabajo escuchando el último trabajo entero que había conseguido de Los Aldeanos, o lo que me grabó un chico al que él acudió para que le subiera a su MP3 algunas de sus canciones favoritas, y que yo pedí para mí porque quería oír lo mismo que oía él: Akon, José José, Pitbull... Cada vez sabía más cosas horribles de los cubanos, pero él ni siquiera tenía cuenta en Facebook, apenas había visto alguna foto en la que estaba con amigos varones, y, si él hubiera querido, no me cabía ninguna duda de que podría haber salido de Cuba hacía mucho, lo cual quería decir que no había hecho nada al respecto, que el enamorarse de una extranjera había sido en él una casualidad. Pero yo lo había tratado mal y me había dejado llevar por los prejuicios. ¿Y por qué no podía ser él una excepción como el médico que comentaba una cubana en el foro? Y, sobre todo, ¿qué certeza tenía yo de que él era como todos esos? La culpabilidad estaba ahí; sentía que había sido injusta y a menudo me torturaba preguntándome por qué lo hice, por qué puse los malditos SMS.

Además, nuestra historia se había cerrado en falso. Había muchas cosas que no habíamos podido hablar. Yo sabía que él estaba ofendido, pero nunca pensé que se limitaría a mandarme esos *emails* cortísimos en los que más o menos me venía a decir que yo le hacía daño, que mejor que no le escribiera. Creí que se le pasaría y pronto intentaría retomar el contacto conmigo. Un año tan intenso no puede borrarse así, sin más. Pero el tiempo pasaba y seguía sin saber de él, salvo lo que sibilinamente averiguaba Guiomar en las conversaciones con su amigo. No cuadraba con lo insistentes que dicen que son.

Se me ocurrió recurrir al tema de los puercos para contactar de nuevo por *email*. Al fin yo había hecho una inversión y, aunque hubiéramos roto, me debía una explicación. Me había enterado de que se habían vendido, que él había recuperado el dinero y trescientos euros de beneficio y se había ido a Guantánamo, con sus padres. Recordé a mi exmarido: cuando él y yo nos conocimos y nos enamoramos, él tenía una novia a la que había comprado un regalo en sus vacaciones (aún viajaba con sus padres). Un mes más tarde, al regresar ella de las suyas, le contó lo que había pasado y le dio su regalo antes de despedirse. Como un señor. Yodiel no podía quedarse con todo, él no podía hacer eso. No era una barbaridad de dinero, pero era mío. Lo

había ganado con el sudor de mi frente, como antes lo ganaron mi padre y mi madre trabajando más de cuarenta años. Era lo justo y no pasaba nada por que le escribiera. Debía hacerlo.

De aliciapuntocom@gmail.com a yodiel86@correodecuba.cu

¿Cómo estás?

Ya sé que no quieres que te escriba, pero es que hay algo que no dejamos zanjado de ninguna manera y es hora de hablarlo, ¿no te parece? La última vez que nos vimos dijimos cosas contradictorias a propósito de los puercos. Creo recordar que unas veces yo dije que te quedaras todo, y otras tú mismo dijiste que me lo ibas a dar todo; es decir, que no quedamos en nada firme. El caso es que estamos hablando de una cantidad importante de dinero y por lo menos me gustaría saber qué intenciones tienes. Es lo mínimo, ¿no?

No te hablaré de nada más porque sé que no lo deseas, pero creo que nos hubiera venido muy bien hacerlo y dejar claras algunas cosas. De esta otra manera, cada uno se siente ofendido y es una pena, la verdad.

Espero que estés bien y que toda tu familia esté bien, y que todo te vaya muy bien, Yodiel.

Beso.

De yodiel86@correodecuba.cu a aliciapuntocom@hotmail.com

Hola, cómo estás. Me da gusto saber que estás bien al igual que yo. Lo de los puercos todo está bien, gracias a Dios estoy muy bien. En algunos momentos, al recordar en mi almohada lo que más me ha dolido de este adiós es que me llamaste ladrón y gigoló y tan solo saber que solo soy una víctima más que he amado sin cambio de nada. La lástima que tengo es que en este mundo nadie te amará como yo, nunca te mentí, nunca te fallé, ese es otro dolor que tengo en mi corazón, pero es una nueva experiencia porque todavía no sé por qué te fuiste si yo te amo.

Había que dejarlo por imposible. Su absurda respuesta me sacó de quicio, pero fue más fuerte la ilusión que sentí al ver en la bandeja de entrada su correo. Todo volvió de nuevo. Nuestro primer encuentro, la magia de los primeros meses... Todo.

Entonces un día, después de pensarlo mucho, escribí a Yodiel y le dije que quería hablar con él. Tenía un número de teléfono nuevo.

No pude evitar llorar cuando oí su voz. Le pedí perdón. Le dije que le echaba de menos, que quería seguir con él, que iría a verlo pronto.

Él me perdonó.

Los siguientes meses, que coincidieron con los del verano, volví a ser Alicia la fuerte, la dueña de un secreto que está al alcance de pocos. Hablábamos como antes. Él no me había olvidado y todo seguía igual, aunque de boda ya no volvimos a hablar. Habíamos quedado en ir en noviembre, porque Guiomar quería viajar conmigo y aprovechar para ver a Carlos y ver qué pasaba con lo suyo. Ella contaría en casa que necesitaba ir porque estaba pintando un cuadro de La Habana. Yo no sabía lo que diría aún, pero solo se lo diría a Carla, aunque sabía que no le haría ninguna gracia. Eso sí, una vez allí, iríamos cada una por nuestra cuenta.

Yodiel y yo nos escribíamos poco, ya todo eran SMS y llamadas (pocas). Aun así, cuando recibía un *email* lo analizaba con lupa, y alguno me pareció bien extraño, como si no lo hubiera escrito él, o como si lo hubiera cogido de un manual que se titulara *Cómo escribirle a una mujer*, o algo así. No era la primera vez. En el pasado alguna vez me mandó como correo lo que claramente era la letra de una canción. Además, seguía sin contestar a lo que yo le preguntaba, era desesperante. Con todo, continué. Estaba ilusionada, aunque no tanto como otras veces, y ardía en deseos de saber cómo continuaba esta historia, porque si algo tenía claro es que aún no había acabado.

Me empleé a fondo para ver qué posibilidades de negocio podía tener yo allí. La compra de equipos de refrigeración me pareció la mejor de todas. Investigué qué empresas españolas se dedicaban a eso y podrían estar interesadas en negociar con Cuba. Miré cursos sobre aranceles y aduanas en la Cámara de Comercio de Madrid, en Escuelas de negocios... La idea era buena,

como la del agua (el agua embotellada es el futuro), pero mi ímpetu no bastaba para poner todo eso en marcha. ¿Y si Yodiel se hacía con un bicitaxi o un cocotaxi? No sabía cuánto podían costar, pero intuía que eran una posibilidad, igual que sabía que un taxi en condiciones no estaba a mi alcance.

—Un cocotaxi no, mami, eso no. Y lo otro tampoco —respondió Yodiel, sin que me dijera claramente el porqué de su negativa. Era una lástima que no pudiera convertirme yo allí en una especie de detective privado. Me forraría solo con atender a los miles de extranjeros que, como yo, tenían una relación con un nativo de la isla.

Fui preparando el viaje poco a poco. Aunque ya habíamos hablado de noviembre, fue Yodiel quien concretó las fechas. «Es que trabajo» —me dijo. No logré enterarme exactamente de cuál era su trabajo, pero me pareció una noticia estupenda.

Como Carlos, había veces que me escribía tres veces en un día y otras en que desaparecía durante una semana. Ya no era como antes, aunque por momentos pudiera parecerlo. Y había veces en que tampoco contestaba a mis SMS. Pero cuando lo hacía le perdonaba todo («Mami dónde tú estás. Te necesito acá, a mi lado»). Por otro lado era normal, no podíamos estar mandándonos SMS eternamente.

En Facebook fui descubriendo nuevas historias. Estaba Isabella, una italiana muy atractiva que trabajaba en algo relacionado con el arte. Tenía más de cuarenta años, pero ya quisieran muchas niñas tener una pizca de su personalidad, al menos según lo que dejaban entrever las imágenes. Isabella aparecía en muchas fotos junto a un *yodiel*, un chico aún más joven que el mío pero con el que hacía una pareja bien bonita y que se llamaba Orlando. Tenía por lo menos dos series de fotos relativamente recientes de sendos viajes a Cuba en las que había profusión de instantáneas de ambos: las consabidas de hoteles de playa y con familiares, en entornos siempre humildes, con niños pequeños que rodean a la forastera, en el Malecón, en las calles de La Habana, frente al monumento al Che o en alguno de los numerosos muros que lucían citas relativas a la Revolución («Viva Cuba libre», «Patria o muerte»). A él le gustaba jugar al fútbol, un deporte no muy popular en Cuba, que prefería con diferencia el béisbol. Había varias imágenes de él en algún campo de juego, imposible saber de dónde, y de Isabella orgullosa, mirándole. Y una en lo que bien podría ser una boda al estilo civil europeo: ella con un vestido blanco de calle y brazaletes y pendientes de plata, la melena castaña perfectamente peinada; él con pantalón negro y blazer blanca. Al fondo, lo que parecía un edificio oficial. En todas ellas había comentarios del propio Orlando, que también tenía un modesto perfil en facebook. Pero de repente todo eso se interrumpía. Ni rastro de su felicidad ni del perfil de Orlando. ¿Qué habría pasado? ¿Habrían roto? ¿Le habría ocurrido algo a él?

Otro amigo de ellos, un jovencísimo mulato de gesto bonachón, se había casado con una chica muy joven que se llamaba Lisa y había formado una familia con ella. Parecían llevar un tiempo juntos y era difícil averiguar mucho más, salvo que vivían en una ciudad alemana. Apenas subía retratos de él, en los que los amigos le decían que tuviera cuidado, que ahora que podía comer todo lo que quería estaba empezando a engordar (además de otras como «Te veo en sona» o «Mulatonnnnn») y tenía algunas fotos de su pasado reciente, como una en la que estaba sentado junto a Yodiel en lo que parecía una discoteca. No tenía fecha, pero por el pelo de Yody y por lo guapo que estaba, era reciente. Y había una chica... Tenía nombre y apellido vascos, pero decía vivir en «una noria». Los conocía a todos, incluidos Sandra y Manu, a quienes agradecía en algún comentario lo mucho que ellos habían hecho por su familia.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

He vuelto a mirar las fotos de Carlos y del tal Frank en Facebook. ¿Y sabes qué, Guiomar? Resulta que el chico delgadísimo que está peinando a Carlos en el Malecón es Yody, mi Yody. Como me pasó al principio con las fotos de Sandra, no lo reconocí, pero es que aquí está aún más raro, y eso que apenas son de un año antes de conocernos. Ha sido casi como la otra vez: mirando y mirando, y pensando en lo desnutrido que se veía al chico de la foto, tan delgado que el torso parece medir la mitad de lo que mide ahora, me ha resultado familiar el calzoncillo verde de rayas naranjas. «Yo conozco ese calzoncillo», me he dicho. Y entonces, como la otra vez también, le he mirado el ombligo, y los pelitos que van de allí al pubis, y ya no he tenido ninguna duda.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Eres la monda. No reconoces la cara de tu chico pero sí su ombligo y su calzoncillo. Ay, la leche. Me parto.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

No te rías, que me he puesto muy triste. Es la prueba del hambre que han pasado. La foto tiene fecha, ya sabes. Ahí tenía veintiún años y parece un niño de quince o dieciséis, por eso no lo reconocí, y porque lleva su pelo rizado a lo afro, como Lenny Kravitz. Nada que ver con las trenzas que tanto me gustan. Y no te he dicho: ayer vi un reportaje en *El Semanal* sobre los llamados *reikavecs*, los más pobres entre los pobres, y estoy revuelta. En una de las fotos se ve a una niña —no tendrá más de ocho años— en cuclillas, limpiando unas cazuelas, con su señora al fondo. Se parece muchísimo a Yodiel, podría ser su hermana, y tiene la mirada perdida, pero de una manera que va más allá de lo humano, no puedo explicarlo. Y todo esto pasa en Haití, a apenas unas decenas de millas de Cuba.

Guiomar tenía algo de ONG andante, ella misma lo reconocía. A veces, cuando las dudas sobre Carlos le asaltaban, se decía a sí misma que prefería verlo así, como si estuviera colaborando con alguna asociación benéfica. Ella se había ofrecido a ayudarlo y él, ni corto ni perezoso, le había pedido seiscientos euros, la misma cantidad que yo le presté a Yody para los puercos. Qué casualidad. Estaba claro que hablaban entre ellos, o que leían todos y cada uno de los correos del otro. Guiomar le contestó que no, que si le diera ese dinero no podría formalizar su divorcio, y que esa era una cantidad que le había costado juntar. También tenía una gran hipoteca, como yo, y un exmarido mejor que el mío, pero que le pasaba muy poco por la manutención de las niñas. Prácticamente todo recaía sobre ella, pero aun así se gastó casi la misma cantidad en especie.

—Le he comprado un ordenador portátil y un curso entero de inglés y otro de francés, para que pueda hacer algo con su vida —me dijo un día mientras desayunábamos. Estaba orgullosa de lo que eso suponía y no le dolía pensar en los trescientos euros que se había gastado solo en el ordenador. También había destinado otros doscientos a comprar ropa en un almacén chino del extrarradio. El objetivo era que allí Carlos la vendiera y se sacara un dinerillo.

—¿Y lo del divorcio? —le pregunté sin acritud.

—Pues tendrá que esperar. Esto es más importante.

Yo no le había comprado nada a Yodiel. Si algo había sacado en claro de estos meses es que era mejor que el dinero se mantuviera al margen. Claro que no contaba con que un día me llamaría desde una playa y me pediría urgentemente setenta y cinco euros. «¿Oyes el mar mientras te hablo?» —me dijo por teléfono—. «Sí, oigo un ruido». «Es que yo tuve que pasar la noche en la playa, porque no tengo donde dormir».

Antes no tenía cuenta bancaria ni nada que se le pareciera, ahora sí había una a su nombre. Se lo mandé, claro, pero hubo un problema con la divisa, o algo hice yo mal, y como la cosa urgía volví a mandarle setenta y cinco euros con la promesa de que los anteriores me los devolvería cuando yo fuera allí.

A última hora de la tarde, Guiomar y yo volvimos a chatear hasta bien entrada la noche:

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

¡Hola! Ayer me crucé nada menos que cuatro correos con Carlos (pensaba llamarle, pero la factura del teléfono me ha asustado).

Me dice que él se va para Guantánamo a mediados de noviembre para estar en una última revisión médica y ayudar a su madre, y que para el veinte está en La Habana sí o sí a recibirme. Y que no me piensa dejar sola ni un minuto, que no me coma la cabeza y

que me coja el billete del 22 como has hecho tú ya. Que necesita una semana de paz y tranquilidad (vamos, que salvo que pasase algo grave, entiendo, de ir a su pueblo de hospitales, nada). Pero lo que no voy a hacer es reservar nada aquí por adelantado; decidimos allí sobre la marcha, y ya está.

Y, no te lo pierdas. ¡Se bautizó el domingo! Que estaba sin bautizar. Su madrina fue Cornelia, la santera a la que me llevó cuando estuve allí. Me alegra mucho que haya alguien que le quiera bien y se preocupe por él en estas cosas.

Yo no voy a ir de hotel. He escrito a la dueña de la casa en la que me quedé la otra vez, la tía de esa amiga mía, diciéndole que voy a estar con un amigo. A ver qué me dice. Y para los billetes voy a ir a ver a un amigo que tiene una agencia de viajes.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Hola, Guiomar:

Pues yo estoy un poco depre, y la culpa de todo la tiene un señor llamado Pedro Juan Gutiérrez. Me tiene hipnotizada con sus libros, no puedo parar de leerlos. Pero cuanto más avanzo en ellos, más triste me pongo. Por cierto, creo que llaman madrina a sus santeras, y que son algo muy personal (solo pueden tener una), según he deducido de estos últimos relatos. Así que Cornelia es doblemente madrina para él.

Y tengo un lío en la cabeza tremendo, porque el domingo supe que Cuba le ha quitado al corresponsal de *El País* la acreditación para trabajar allí, y por un lado me dan ganas de llamar al periódico ¿a contar que voy mucho y conozco relativamente el país y que me encantaría trabajar para ellos?

A veces me parece razonable; otras, ridículo.

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

La dueña de la casa me ha escrito, que si yo conozco al chico por ellos no hay problema y es bienvenido. Que le avise de todas maneras porque tienen que dar su nombre a Inmigración...

Sí, ya lo sé. Está graciosísimo en la foto que me ha enviado, inclinado sobre la pila. Parece un niño.

Y lo que cuenta PJG es cierto todo, claro, pero no olvidemos que lo cuenta novelado. Quiero decir, por ejemplo, ¿tú has visto alguna vez por allí gente liándose en plena calle, como si fueran perros? Yo no. Que lo habrá, pero leído aquí parece que lo hacen todos, todos los días. Tampoco sentí en ningún momento el eterno olor a mierda del que él habla constantemente. Aquí apesta la gente mucho más que allí. Todo el mundo me pareció pobrísimo, pero limpio. Y las calles están como están, pero no eran un lodazal fecal. Y cuando «lo hacíamos», Carlos el pobre se desesperaba y me tapaba la boca por mis gritos (no era para menos), y decía todo el tiempo: «¡Los vecinos, los vecinos!». Y no oí en ningún momento nada raro por allí (vamos, que la loca era yo).

Como ejemplo, yo he vivido toda la vida en San Blas, (en realidad en Ciudad Lineal, pero justo en «la frontera»), y las cosas que se contaban eran ciertas (había una barriada gitana gigantesca que fue la que le dio la fama), por la que no pasabas y punto (y si pasabas normal tampoco te molían a palos). En mi propia calle se instaló un camello que se llevó por delante a toda la generación anterior a la mía (menos a una que se quedó embarazada con diecisiete y eso la salvó). Pero si lees ahora sobre aquello o ves una peli de esas que a nuestros cineastas les gusta tanto hacer... Era así, pero no era «así». Me explico fatal, pero creo que ves por dónde voy.

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Pues qué bien que la dueña de la casa se enrrole. Jamás hubiera pensado que te respondería que sí en vez del consabido «No quiero problemas».

Me quedan diez páginas para terminar *Trilogía sucia*... Yo sigo con lo mismo que te decía ayer, impresionada por todo lo leído. Intento pensar que Yody y Carlos parecen un poco distintos, que son de una década posterior... pero cuando leo no ya lo obvio como lo de los extranjeros o la mierda, sino lo de los negros en general y los de Oriente en particular, lo de las parejas que aceptan como normal que alguno de ellos jinetee; esa cosa (por otra parte perfectamente entendible, pero que tanto puede marcar) de pensar solo en el día a día, en comer hoy y mañana ya se verá, o la trilogía de ron, cigarrillo y pinga... Al lado de todo eso, la diferencia de edad me parece una tontería.

Está claro que habla del cubano de una clase social muy concreta, pero es que es la de ellos.

De guiomarmr@hotmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Me pasa igual que a ti al leer *Trilogía*, justo lo mismo. Es que es un reflejo de todos mis miedos, en todos los sentidos. Me afecta mucho por lo que me toca el tema de jinetear con extranjeros/as, y hacer otra vida, la auténtica, cuando el gallego de turno se va (gallegos a los que acompañan al aeropuerto, claro); que eso sea lo habitual, la vida normal para ellos, salir a buscar yumas como el que va al trabajo cada mañana, y mentir constantemente.

Si ya lo pensaba antes, no puedo evitar que se acentúe la convicción de que realmente no es amor, es otra cosa (hablo por mi, ojo, en mi caso concreto, no hablo del tuyo). Él me dice constantemente que es diferente a los demás... Pues no me lo creo, lo siento.

Lo de la edad me pasaría con este, o con un italiano que conocí el otro día, que es de la misma quinta y me puso ojitos. Al menos a ese le gusto. Con Carlos no estoy segura ni de eso, no lo puedo evitar; y es muy buen chico y me tiene cariño, eso no lo dudo ni un

segundo, pero... El miedo a que no sea verdad me puede... Lo siento, soy una mala influencia para ti.

Y sí, esa es exactamente su clase social, de donde vienen y donde están (al menos Carlos, insisto).

Qué gracioso mi amigo el de la agencia... Me decía: «Aaaayyyy, mira cómo te ves por tu mala cabeza».

De aliciapuntocom@hotmail.com a guiomarmr@gmail.com

Ya hablaremos el finde, pero si de malas influencias se trata... ¿Quién te habló de Reinaldo Arenas y de P.J. Gutiérrez? ;—)

Supongo, de todas maneras, que es nuestra manera de ser (la de ambas): querer saber más, no conformarnos con la primera imagen de las cosas, con todo lo que eso implica. Eso sí: mi lado romántico (o tontorrón) es mucho más acusado que el tuyo.

A mí Yodiel nunca me ha dicho que él sea diferente. Lo he percibido (y también lo he querido percibir) yo. Lo que pasa es que, como te digo siempre, todo depende de cómo lo mires. En la *Trilogía sucia...*, por ejemplo, hay también un relato que habla de dos seres que se dan mutuamente lo que necesitan. Y mientras escribo recuerdo la película *La heredera*, que quise volver a ver recientemente porque de alguna manera trata algunos de los temas que nos preocupan...

De guiomarmr@gmail.com a aliciapuntocom@hotmail.com

Y ya para acabar, te voy a enviar parte del correo que me mandó Carlos el otro día. Pensaba contártelo, pero creo que es mejor que lo veas por ti misma y opines. Lo he corregido un poco para que puedas entenderlo, ya sabes.

Me estoy metiendo en la boca del lobo con este viaje, pero en fin... solo hay que arrepentirse de lo que no se hace, no? ;—)

De carlos84@correodecuba.cu a guiomarmr@gmail.com

Hola mi amor, cómo estás? Lo siento muchísimo, mi amor, espero que no estés enfadada conmigo, mi reina bella.

Mi tesoro, lo que pasa es que esto acá no es igual que allá, que tienes el

internet en la casa o en el móvil, acá es una oficina con nueve ordenadores para toda La Habana, ¿te imaginas la cola que tengo que hacer para escribirte? A veces no se trata de dinero sino de tiempo, yo tengo muchísimo interés en estar contigo, mi amor, y escribirte, hacerte perdidas, pero sabes cómo es mi situación acá, sabes que soy una persona que tiene a su familia que es pequeña pero son cuatro chicas incluyendo a mi mamá, y todas esas personas las tengo en mi hombro. Mi amor, solo quiero que me entiendas y cuando veo que me falta el único aliento, que eres tú, después de todo un día de estrés y no veo que me escribes cómo me puedo sentir, mi amor, explícame.

Cuando tú estabas en Cuba y hablamos recuerdo que siempre me dejaste claro que no era necesario regresar a Cuba por un polvo, que en España podías echarlo siempre que quisieras, pero yo quiero decirte que el amor que yo te puedo ofrecer no te lo va a dar más nadie. Tengo muchísimas ganas de que sea el 22 y a para poder estar contigo y saber por fin qué es lo que sentimos en realidad nosotros.

Soy sincero contigo porque tú siempre lo eres conmigo, cuando te

conocí trataba de decirte cosas y tú siempre fuerte como una muralla con la defensa siempre alta, yo solo te decía que esperáramos a ver qué pasaba con el tiempo y mira el tiempo qué es lo que ha hecho: juntarnos otra vez porque en realidad en los *centimientos* no hay quien mande

Mi amor, quiero que sepas que te he dicho todas estas palabras porque quiero que entre nosotros no haya más dudas ni nada.

De aliciapuntocom@gmail.com a guiomarmr@hotmail.com

Uff, luego lo hablamos, que Carla me está esperando para cenar..

Pues quizá sea la boca del lobo, pero hay experiencias que merecen la pena. Esta creo que es una de ellas. Acabo de leer en un periódico que Françoise Gillot, la única mujer que dejó a Picasso, dijo una vez a propósito de esa relación: «Sabía que era una locura, pero quería probar esa locura, saber cómo era».

Capítulo 15

Pensaba que nunca volvería a Cuba, pero allí estaba yo, otra vez sintiendo la bofetada de aire húmedo mientras aguardaba mi turno para pasar la aduana, quitándome el sudor de la cara a toda prisa y recomponiendo como podía mi atuendo. Me cepillé el pelo, me puse brillo en los labios. Iba a volverlo a ver. Estaba expectante por ver de nuevo su rostro.

Carlos y Yodiel nos esperaban juntos. Menos mal que sus diferencias estaban superadas. Con dos gruesas cadenas de plata al cuello y bien vestidos, parecían dos figurines.

—¡¡¡Mi reina!!! —gritó Yody en cuanto me vio.

Hubo besos, abrazos, lágrimas. Cada una de nosotras se fue con su chico, pero mientras esperábamos las maletas hubo tiempo para una toma de contacto inicial. Yodiel me cubrió de besos, pero en un momento de descanso me dijo: «Yo vi que esa chica trajo a Carlos un ordenador». No fueron tanto las palabras que utilizó como la manera de decirlas. Y el gesto. Me estaba diciendo claramente: «¿Dónde está lo que tú me trajiste, que no vi nada?»

Íbamos a hacer noche en La Habana. Al día siguiente Yodiel y yo saldríamos hacia Varadero, a un hotel de cuatro estrellas llamado Coralía, más modesto que el Hicacos que ya conocíamos. Se trataba de estar juntos, no necesitábamos lujos. Guiomar y Carlos, por su parte, irían a Casa Mirtha. Cenamos los cuatro juntos unos sándwiches en el bar del hotel Telégrafo. Charlamos de todo, y, curiosa como soy, quise saber qué opinaban ambos de eso que contaba en sus libros Pedro Juan Gutiérrez sobre el sexo con animales:

—Es tabú, ya lo sé, pero ¿cómo lo veis vosotros?

—¿Qué cosa es tabú? —preguntó Carlos.

Enmudecí unos segundos.

—Es algo que está tan mal visto que no se habla de ello —respondí, disimulando el impacto que me había causado que no conociera la palabra.

Se hizo un silencio incómodo.

—Y Reinaldo Arenas hablaba también de cómo se templaba a los árboles —continué.

Entonces fue Yodiel quien habló.

—Ah, pero eso son unos árboles que tienen una resina que es...

—¡Calla, no sigas! —le interrumpí. La cara de asco que puse debió de ser antológica.

En la cena encontré a Yodiel más serio de lo que había estado en el aeropuerto. «Tú y yo tenemos que hablar», repitió varias veces. «Ok», le dije, mientras observaba, alucinada, lo mucho que había cambiado en estos meses otra vez, lo guapo que estaba. Eran los mismos rasgos que ya conocía, aunque con un peinado diferente, ahora con una cinta ancha y azul clara, a modo de bandana, que le dejaba la frente despejada. Y sin embargo parecía otro. Guiomar también me lo comentó en un aparte. «Es impresionante».

Más tarde hicimos el amor de una manera rutinaria. No, definitivamente aquello no era ya como antes.

A la mañana siguiente vino a buscarnos el autobús que nos llevaría a Varadero. Paramos a mitad de camino a hacer todo eso que se supone que tiene que hacer un turista: tomar una piña colada o

un prú, la bebida que se anuncia como afrodisíaca. («¿Ese negrón tiene que tomar prú?», me diría el guía para hacer la gracia.) Yodiel se encontró con un conocido con el que se cruzó unas palabras, pero ni me lo presentó ni el otro pareció extrañarse de encontrarlo.

Entonces comenzó mi temporada en el infierno.

En vez de ser una pareja que está pasando unas vacaciones en Cuba, Yodiel se comportó como si fuéramos dos amigos que casualmente comparten habitación en sus vacaciones en Cuba. Yo estaba alucinada por su descaró. Y avergonzada. Para empezar, todas las mañanas se iba a buscar un sitio donde escribir o recibir un *email* y me dejaba sola unas dos horas. Después, se apuntaba a cualquier cosa que organizara el hotel sin tenerme en cuenta. Las discusiones no se hicieron esperar. «¿Qué tú dices?», me decía cuando le pedía explicaciones. «Tú estás loca, mami». La primera noche en Varadero ni siquiera hicimos el amor, pero la segunda sí nos acostamos, y entonces ocurrió algo. Cuando estaba yo en el baño, después de nuestro encuentro, retirándome el semen que salía de mi vagina y pensando en la enorme cantidad que era, recordé que la noche de mi llegada, en La Habana, apenas fue la mitad. Y eso solo podía querer decir una cosa. Mirando atrás, incluso, me di de frente con otra idea: cuando mi exmarido y yo nos reencontrábamos, después de meses sin vernos, no es que nos devoráramos, es que literalmente no salíamos de la habitación en tres días, apenas lo justo para comer y asearnos. Yo ahora tenía otra edad, pero ¿Y Yodiel?

Estaba claro que no me había perdonado, pero hacerme cruzar el Atlántico, previa bronca con mi hija, para esto me parecía inconcebible. Ahora me produce ternura pensar cómo me agarraba yo a cualquier cosa que me permitiera engañarme, porque no estaba preparada para afrontar lo que todo esto significaba. Yodiel no se separaba de su móvil ni cuando se duchaba, recibía llamadas a todas horas y se tiraba hablando un montón mientras yo esperaba y esperaba. Una vez lo llamaron de madrugada y de un salto salió de la habitación para hablar ¡quince minutos! Tenía toda la pinta de estar hablando con otra mujer, una extranjera a la que probablemente escribía por la mañana, pero también le había oído un par de veces responder a alguien «Halo», y después, tras lo que parecían los gritos de una cubana, decir: «Ya tú sabes, ya tú sabes». Iba a volverme loca. En esas circunstancias, dejé de desear hacer el amor con él, solo me preocupaba no quedar en ridículo en medio de una situación tan indigna.

El primer día, de hecho, ya habíamos tenido una extraña discusión. En la discoteca del hotel, semivacía a las once de la noche, un chico jovencísimo me preguntó, cuando estaba en la barra, algo relativo a mi país. Le contesté por educación. Era muy joven, y además estaba allí Yodiel, con el que todo el mundo me había visto. Oriundo de México, acababa de licenciarse y se disponía a viajar con un amigo durante un año sabático, me contó. Siguió preguntándome cosas relativas a mi país. El hombre no tenía mucha gente con quien hablar, pero empecé a impacientarme. Miraba a Yodiel de reojo, por si venía hacia mí, pero estaba bailando y parecía pasar olímpicamente. Cuando me fui a la pista, y el mexicano se vino conmigo, me vi obligada a decirle que yo estaba con Yodiel. «¿El cubano?», respondió. «Si me ha dicho que solo sois amigos».

Lo que siguió después fue una ridícula escena de celos, con Yodiel haciéndose el ofendido y yo diciendo que no entendía nada y que el niño ese ni me importaba ni me gustaba lo más mínimo, pero la cosa había empezado mal. Al día siguiente, por cierto, a la hora del desayuno, vi al chaval mexicano y a su amigo con sus dos mamás, detalle este —que sus madres los acompañaban en el viaje— que había tenido buen cuidado en ocultarme. Lo ignoré, ni siquiera perdí el tiempo en lanzarle una mirada burlona.

El episodio me trajo, sin embargo, el recuerdo de un momento surrealista de mi pasado. En una

ocasión recibí en la editorial el correo de un admirador que vivía fuera de Madrid. Había leído varios libros de una colección de la que me encargaba y le habían gustado mucho. Contesté dando las gracias y, casi sin darnos cuenta iniciamos una pequeña amistad, no exenta de galanteo, por *email*. Un día me comentó que iba a volar desde Tenerife un fin de semana y que le haría mucha ilusión que nos conociéramos y ver un ballet conmigo en el Teatro Real. «Perfecto», le respondí. Cuando faltaba poco para la fecha, me hizo una extraña petición: «¿Te importa si va mi madre conmigo? Está viuda, es una mujer buenísima, y muy culta. Para ella sería inolvidable ver al ballet de Ángel Corella contigo, ya que me has dicho que eres una gran aficionada....»

¿Qué podía responderle?

Cuando llegó el día y vi a la madre, me dio un vuelco al corazón. Era grosera y vulgar. No tenía la menor idea de lo que era un ballet, ni él tampoco (ni siquiera sabía que el espectáculo se dividía en actos). Intenté mimetizarme con el entorno para que no me viera nadie conocido por allí y, en cuanto acabó la función, salí corriendo al baño. «Quedamos en Felipe V, en La taberna del alabardero», les dije. Porque a la cena también se había apuntado la madre, claro.

Durante la interminable velada, él ya dio muestras de su *inteligencia* al decirme que yo había sido muy amable al contestarle al primer correo. «He escrito a mucha gente. Editores, escritores... Tú eres la única persona que ha respondido», dijo como si en verdad me hubiera hecho un halago. Faltó poco para que me atragantara, pero la cosa quedó en un simple susto.

Ellos seguían hablando y hablando; yo pensando: «Tranquila, que a lo mejor esto te sirve en el futuro si te decides a escribir». En la conversación, entre insustanciales anécdotas sobre lo bonitas que son las Canarias o el buen tiempo que hacía en Madrid, la madre deslizaba constantemente el nombre de Merche, así que en un momento dado pregunté quién era. ¿«Merche?»», contestó la buena señora. «La mujer de este».

En el hotel había dos francesas entradas en años que una noche me preguntaron sin pudor, durante el breve espectáculo que se organizaba en el hotel después de la cena, cuántos años tenía. No me dio la gana de decírselo, que yo a ellas no les había preguntado nada. La mayor, que era espantosamente fea y gorda, no quitaba ojo a Yodiel. Al día siguiente, en la piscina, que estaba semivacía a primera hora de la tarde, ella y otras mujeres no dejaban de mirarme mientras descansaba con un libro en la tumbona y él se daba un chapuzón. Yo sabía por qué sin que nadie me lo dijera. El eterno tema de la diferencia de edad.

No sé si ellas se pasaron mirando o es que yo estaba calentita porque él me había hecho alguna, pero entonces, cabreada, hice lo que mejor sé hacer. En el recinto sonaba muy alto una canción de Shakira, *Loca*, y me puse a bailarla a la orilla de la piscina, sin cortarme un ápice en mis movimientos y mirándolas de frente. Con mi bañador rojo, bailaba como bailo cuando lo hago en casa, con toda la libertad del mundo pero sabiendo que igual podría estar en un escenario. Las miraba directamente a los ojos y pensaba: ¿«Queréis saber por qué está conmigo? A ver quién de vosotras podría moverse como yo lo estoy haciendo». Aún recuerdo sus miradas alucinadas y cómo fueron bajando, una a una, la cabeza. No fue uno de los mejores momentos de mi vida, pero casi.

Una noche quedamos con un amigo suyo que trabajaba como bailarín en un hotel de Varadero y había actuado durante mucho tiempo en el Teatro Heredia, de Santiago. ¿Por qué Yodiel no podía hacer algo parecido? ¿Por qué no le preguntaba a Yunier cómo había hecho él para formar parte de ese elenco —pensaba yo—, si en todo lo demás eran tan parecidos y habían tenido la misma vida? El amigo quería conocerme, pero pronto supe que era para ver si yo podía conseguir que él y sus compañeros se fueran de gira a España. Pues qué bien. Yo tenía contactos, pero no a ese nivel. Al volver le pregunté a Yody si, como parecía, Yunier era homosexual. Me miró espantado: «Qué tú

dices. Él es hombre!», soltó indignado.

Varadero estaba lleno de discotecas. Al día siguiente íbamos a ir a una que estaba fuera del recinto hotelero, pero antes salimos a tomar algo. Como ya iba siendo habitual, a Yodiel lo llamaron por teléfono y se apartó para charlar y charlar durante más de veinte minutos. Estuve tanto tiempo sola que hasta se me acercó un mulato treintañero que rondaba por allí para ver si podía sentarse conmigo. «Estoy acompañada», le dije. Y él respondió con un expresivo gesto y una rápida mirada alrededor que venía a decir: «¿En serio? Yo no veo a nadie». Así me trató este hombre con el que yo estuve a punto de casarme. Mientras a mí me dejaba tirada en la calle, él no paraba de hablar con gente por teléfono y en persona, parecía que cualquiera era más interesante que yo para dedicarle unos minutos. Era un jinetero, ya no tenía ninguna duda. Quizá no lo fue al principio, pero ahora lo era y además no tenía ningún interés en disimularlo. ¿Por qué me hacía esto? ¿Para vengarse porque no quise casarme con él y por lo que le dije en aquellos lejanos SMS? ¿Y no hubiera sido más fácil decirme que ya no quería tener nada conmigo y que no viajara? Recordé algunos de los relatos de Pedro Juan: la misma imprevisión, la misma desfachatez. Yodiel no solo no tenía clase ni la más elemental prudencia (hasta el más burdo de los españoles, si pone cuernos a su pareja, intenta disimular o que esta no se entere), sino que no funcionaba con lógica. Yo, de buenas, podía ayudarle; de malas no movería un dedo por él. Sonreí al pensar cuán ingenua había sido al creer que era inteligente porque aprendía idiomas rápido. Solo era un pícaro, un avisado chico de la calle.

En la discoteca me controló pero estuvo a su aire. Y, sin embargo, varios hombres de color se refirieron a mí como la que estaba «con el cubano». ¿Y cómo se habrían enterado, si ni siquiera habíamos cruzado palabra? A mi cabeza vinieron esos extraños códigos que tienen entre ellos. Seguro que alguno quería decir: «Esa mujer es mía». No era amor, era cuidar que no viniera otro y le jodiera el bisnesito. Al menos bailé mucho y me lo pasé bien. Sonaban cosas como *On the floor*, de Jennifer Lopez, y *Tonight*, de Enrique Iglesias, y *Panamericano*. Eso sí tenía que agradecerle a esta aventura: me había desquitado bailando en discotecas sin que nadie me mirara raro o dijera, como aquella vez que salí del Berlín Cabaret en Madrid: «Las jóvenes primero». Y me había liberado de ciertos prejuicios estéticos, esos que antes jamás me habrían permitido disfrutar con hits de *Los 40 principales* en una situación como esa. En la pista también estaban las dos francesas del hotel, y la más fea iba abrazada al mulato que me había abordado dos horas antes en la terraza del bar. Ella se hacía la remolona; él se la estaba comiendo a besos.

Cada vez más enfadada, inicié el que sería mi cuarto día en Varadero deseando que el tiempo pasase pronto. Se me había ido todo el amor, o al menos se había sepultado bajo toneladas de cabreo. Y, sin embargo, a veces todavía me asaltaba la duda: tenía indicios, pero no la certeza absoluta de una traición, me decía. Por debajo latía el temor a ser injusta, a estar contaminada por las muchas cosas que había leído en estos meses. Pero la verdad es que este pensamiento duraba bien poco. Estaba enfadada, muy enfadada, y no podía evitar pensar que ese señor se había venido conmigo solo para tener unas vacaciones gratis.

Ese cuarto día, por la tarde, mientras yo leía una novela de Ruth Rendell, él estuvo en la piscina de aquí para allá, bromeando con unos y con otros y poniendo cara de fastidio cuando yo me acercaba. Pero aunque él no se hubiera dado cuenta, yo ya no era la misma. Lo dejé noqueado cuando, un par de horas después, entré en el baño a coger algo y lo sorprendí recién duchado, el miembro en todo su esplendor, y fingí no haber visto nada. La sonrisa se le congeló. Estaba claro que pensaba que le iba a decir algo sabroso o picarón —¿como le decían tantas?—. No pude sino felicitarle por lo bien que fingí indiferencia. Después pretendió hacer el amor. ¿Hacer el amor yo con alguien que me está tratando tan mal? Era lo último que me apetecía.

Contrariado, se puso los pantalones. Me fijé en sus hombros, tan hiperdesarrollados en estos últimos meses que la parte superior de su cuerpo empezaba a resultar desproporcionada con relación al resto.

—Estás haciendo tanto ejercicio que pronto te vas a poner como el increíble Hulk —le dije—. Es horrible y macarra, y a las mujeres el músculo excesivo no nos gusta —omití decir, para no herirle, que además así se acentuaba la diferencia con las patitas, delgadas y sin forma.

—Tú lo que no quieres es que otras me miren —respondió muy serio.

Esa noche habíamos quedado con su amigo. Al menos eso es lo que yo creí, o lo que Yodiel me hizo creer, porque después de arreglarme primorosamente para la cena en el hotel y la posterior salida, me encontré con que él me dio un beso en cuanto terminó el postre y me dijo que se iba él solo con Yunier. Aquello era demasiado, pero no quise montar un número delante de todo el mundo. Estaba segura, además, de que en el hotel todos los trabajadores sabían a esas alturas cómo era el hombre que me acompañaba.

Volvió a las seis de la mañana, borracho y rendido. Se tiró cuan largo era encima de la cama, sin quitarse siquiera los pantalones y los zapatos marrones de gamuza, y solo dijo: «Estoy *matao*». Por primera vez desde que nos conocimos, me dio asco.

Pasé las tres horas siguientes tumbada en el sofá, lejos de él. A las nueve en punto llamé a recepción y dije que lo prepararan todo, que adelantábamos la vuelta. Podía haber pedido que lo excluyeran a él del autobús y que se buscara la vida para volver a La Habana, pero no quería responder a algo indigno con algo más indigno aún.

Eso sí. Lo desperté sin miramientos.

—¿Qué pasó? —dijo con voz cavernosa.

—Nos vamos. Tienes una hora para vestirte y recoger tus cosas.

—¿Por qué? —tuvo la jeta de preguntar.

Entonces, como un torrente, salió de mi boca todo lo que llevaba acumulado. No me callé nada. Le hablé de sus cuernos, de su chulería, de las mujeres a las que escribía y con las que hablaba. De cómo supe por su eyaculación que el mismo día de mi llegada acababa de estar de juerga —jamás olvidaré la cara que puso cuando le dije esto. Me miró como si yo tuviera superpoderes—, de los setenta y cinco euros que nunca me dio, de los seiscientos de los puercos más trescientos de beneficio de los que jamás vi una parte, del perrito que se compró con mi dinero y que encima se había perdido...

—Joder, joder —decía sin parar.

Hubiera preferido que respondiera algo, que se justificara, pero todo lo que salía de su boca, mientras yo soltaba sapos y culebras, era «joder, joder», dicho con mucha fuerza.

—Igual has pensado alguna vez que podrías irte a España o a cualquier otro país. Pues que sepas que allí no durarías nada. En tres meses estarías de vuelta.

—¡Joooder!

—No sabes comportarte, no aprendes, eres indigno de mí.

—¡Jooooder!

—Eres un mierda que no tiene la menor idea de la suerte que ha tenido.

—(...)

—Maldigo el día que te conocí, pero tú a mí no vuelves a sacarme ni un euro.

Hay veces en las que nos vemos a nosotros mismos como protagonistas de una película. Sabemos que lo que estamos sintiendo es especial, igual que lo que ven nuestros ojos. Mientras observaba a través de los cristales del autobús el puente de Bacunayagua, esa formidable obra de

ingeniería, y las vistas a ambos lados, que no hace tanto miré extasiada al pasar por ahí, sentía sus ojos fijos en mi nuca. No había querido sentarme con él, no quería ni que me rozara. La historia había terminado fatal, pero al menos yo había dejado de ser la tía enamoradiza y tontorrón y le había enseñado a ese hombre que conmigo no se jugaba. Yo era buena, pero que no se aprovechara nadie de mi bondad. (¿Cómo era esa cita que decía siempre mi amiga Marisol? «Dios me libre de las aguas mansas».) Mi exmarido y Miguel ya se habían dado cuenta —tarde— de ello. Ahora le había tocado a Yody. Y esta vez no habría lágrimas ni perdones.

Desde la estación de autobuses, cogimos un taxi que nos llevó hasta el Hotel Telégrafo. Allí, sí, le di un beso en la mejilla para despedirme y él, después de pensárselo, me dio uno en la frente, como los que se dan a las madres o a los niños.

Quise saber cómo estaban Guiomar y Carlos. Tomé algo con ellos en la Acera del Louvre, la terraza que hay junto a los hoteles Telégrafo e Inglaterra, y les conté, aunque tuve cuidado con lo que decía delante de su amigo.

—Lo que más me preocupa —me sinceré— es que nos hemos acostado sin protección, y a saber con quién lo ha hecho él antes.

—Pierde cuidado con eso, Alicia —dijo Carlos.

Ellos lo habían pasado bien. Es lo que tiene ser algo parecido a dos amigos con derecho a roce, que es en lo que habían decidido convertirse tras interminables charlas. Guiomar incluso encontró tiempo para pasear por su cuenta. Quería ir a la librería La Moderna para ver si tenían algún libro de poesía erótica cubana hecha por mujeres. Yo, por mi parte, no quería dejar pasar la oportunidad de encontrar —por fin— alguna edición de *El rey de La Habana* en la Plaza de Armas.

Apenas salí del hotel los dos días que quedaban para volver a España. Ya no me apetecía salir por La Habana. Me parecía un país podrido en el que no te podías fiar de nadie. Me harté de poner el Canal 24 horas: vi un especial dedicado al diseñador Adolfo Domínguez, otro a la poeta Rosalía de Castro. Hasta un programa de moda que presentaba Nieves Álvarez y que en España jamás miraba. Era extraño estar en una ciudad como La Habana y pasarme horas encerrada viendo la televisión. No veía el momento de volver a mi país, de estar entre gente que compartiera mis códigos.

—¿Quiere usted un bicitaxi? —me dijo un chico muy joven, cuando entraba en el hotel después de cenar. Él y otros dos colegas estaban apostados a las puertas del Telégrafo junto a otros taxis de distintas épocas.

—No lo necesito —respondí—. Estoy alojada aquí.

—¿Y un chico? —continuó con cierta sorna—. ¿Quiere un chico?

Se ve que el hombre necesitaba explicarse, porque inmediatamente añadió, por si no me había quedado claro:

—Para hacer el amor.

Ni siquiera me volví.

No fue la última vez que vi a Yodiel. Me lo encontré una tarde en la calle Obispo.

—¿Qué tú haces por aquí? —me preguntó como si pensara que me dirigía a algún lugar concreto.

—Qué voy a hacer, pues dar una vuelta. —instintivamente me aparté para aumentar la distancia física con él, como se hace con algo que quema o hace daño.

Había estado por la mañana en el Malecón, para evitar encontrármelo por La Habana Vieja.

Allí sentada, mirando al mar, acepté la única conversación de un hombre sin pierna que vendía por su cuenta unos DVD de música cubana. Al menos con él no habría riesgo de que surgiera nada extraño. Había sufrido la amputación unos años antes, en un accidente de moto.

—Desde entonces, para las mujeres, ya no existo —dijo. Lo creía. Con lo interesadas que son por allí, un hombre sin pierna y sin dinero sería de hecho invisible.

Me habló mucho y con sinceridad. Yo también. Le enseñé una foto de Yodiel. Sabía quién era. Me contó las mil y una cosas que sucedían en aquella parte del Malecón todos los días y que al ojo foráneo pasaban inadvertidas.

—Mira, ¿ves ese autobús que se ha parqueado ahí, junto al almendrón azul? Dentro de cinco minutos aparecerá una mulata de unos treinta y cinco años con una jaba de color azul.

—¿Y?

—Se subirá a la guagua y estará exactamente diez minutos.

—(...)

—El tiempo exacto que tarda en mamársela al conductor. Es una mujer que está viuda y así se saca unos pesos.

Me contó varias cosas de esta naturaleza mientras mis ojos se perdían en el mar, que en ese momento mostraba todas las tonalidades del azul. Mi lejano deseo de conocer cómo era la vida en ese país se había cumplido. Ya no era una turista más.

—Le compré dos discos al cojo. ¿Me das tu *email* y te escribo? —me dijo al despedirse.

Capítulo 16

Me llamo Alicia Helguera y nunca me casaré con nadie que no me ame; ni siquiera sé si, en caso de encontrar a alguien que merezca la pena, querría casarme. Actualmente vivo sola, pero no pasa nada: la soledad es el gran tabú de nuestra sociedad, y creo que el miedo a convivir con ella está detrás de erróneas elecciones de muchas mujeres. Siento que soy especial, y eso en parte se lo debo a mi historia con Yodiel, que me hizo ver lo que no quería y de lo que era capaz.

Cuando volví a Madrid lo que más me costó fue aceptar que hay personas que no piensan, que no funcionan con lógica. *Mais j'c'est la vie!*

Mi parte racional se puso las pilas en seguida; a la otra le costó más olvidar, básicamente por una cuestión de formas (yo y mi visión estética de la vida). A pesar de todo, seguí viendo todo el cine que llegaba de Cuba, y si no se estrenaba en el circuito comercial iba a verlo a la Casa de América o a los ciclos de la Sociedad General de Autores, o a la sede de la Academia de Cine. Todavía lo hago. *Boleto al Paraíso, Siete días en La Habana, Juan de los muertos, Santa y Andrés...* En muchas de ellas había, siquiera tangencialmente, historias de jóvenes que se dedicaban a *trabajar* extranjeros. Lástima que las de la década anterior apenas tocaran el asunto. Fui a ver en directo a Buenavista Social Club y me emocioné oyendo a Omara Portuondo cantar *20 años* o el mítico *Chan Chan*. A veces, cuando abría mi joyero, podía ver el anillo de plata con un Cristo que él me regaló y la sencilla alianza que nunca llevé. Supongo que la suya la vendió en cuanto me di la vuelta, como la blusa blanca que no volví a ver, pero ese es su problema. Como lo es si él nunca entendería por qué yo guardé ahí durante mucho tiempo la goma blanca que se puso en el pelo el segundo día que hablamos. («No se puede dar margaritas a los cerdos», dice mi amiga Rosa si alguna vez sale el tema.)

Y luego estaba Facebook.

Yodiel acabó por hacerse un sencillo perfil en esa red social con una foto tomada a lo lejos en el Malecón. Antes de eso lo vi en el perfil de su amiga Deisy, la chica que no sonreía el día de su boda, que en un viaje a La Habana lo fotografió. No parecía estar en su mejor momento. Se veía visiblemente delgado y desmejorado en la serie de fotos. ¿Sería porque se le fue el chollo que tenía conmigo? ¿Porque tenía menos dinero para cuidarse? Su amigo René había dejado escrito este comentario: «Que alguien lo saque ya y se dejen de muela con él» (ergo: menos cháchara y al grano, según averigüé con no poco esfuerzo).

Comprobé los amigos que tenía allí. No tardé en averiguar que había una austriaca, una bella mujer que tenía más o menos mi edad, que había subido fotos amorosas con él. Estaban fechadas justo antes de mi último viaje de noviembre. Se llamaba Tanja y andando el tiempo se lo llevaría a su país. Para entonces él había añadido en su exigua descripción que era modelo y que había estudiado en un College americano.

Un día de junio la tal Tanja subió una bonita foto de los dos a su perfil y escribió en su pedestre castellano: «Hoy hace dos años conocernos». La fecha no admitía error: fue el día de junio en que le dije que era mejor que no nos casáramos. Y en cuanto a la hora, era fácil: ese día estuvo fuera del hotel dos horas.

¿Y sus amigos? ¿Y los amigos de sus amigos?

Pese a que se fueron cansando de Facebook, o a que alguien les fue avisando del peligro de

exponer ahí sus vidas, fue fácil ver que René dejó a su guapa mujer danesa para casarse con otra bastante vulgar con la que tuvo un hijo y que su exmujer lució bien desmejorada durante un tiempo. Que la vasca que decía vivir en una noria era en realidad la pareja de Abel y que también tuvo un hijo con él. Al contrario que Abel, ella siempre ponía de vez en cuando una foto en plan «mira qué familia más feliz somos».

Seré breve: la mayoría acabaron rompiendo: desde *Idris Elba* al propio Yodiel, a quien un día echó de casa su linda austriaca. Tan solo Abel, en Vitoria, y la chica que nunca sonreía permanecieron con sus parejas. Carlos logró viajar a Italia, donde conoció a una treintañera con la que se fue a vivir a Finlandia, no sin antes hacer una boda de esas de las que tenía que enterarse La Habana entera. Carlos, por cierto, bloqueó a Guiomar en Facebook cuando esta le pidió que, según había prometido, le devolviera cuatrocientos euros que le prestó después del viaje. «No esperaba de ti esto», le dijo ofendido.

Isabella, la italiana, volvió a enamorarse de un jovencísimo cubano y viajó por lo menos un par de veces al país. Subió fotos y más fotos de ambos, pero de repente las fotos y los mensajes se interrumpieron. Ahora ella pasea su soledad por su ciudad y él a veces ha mostrado a otras novias jóvenes, todas cubanas.

En cuanto a mí, descubrí un blog muy interesante en el que se contaban historias de parejas famosas con gran diferencia de edad y, como soy así, etiqueté a Tanja en una de las publicaciones de Facebook, para que lo viera. Con un par. ¿Qué importaba ya, si ninguna de las dos estaba con él y yo lo que quería, por encima de cualquier otra consideración, era averiguar la verdad? No le hizo mucha gracia.

Cuando Yodiel y yo acabábamos de romper, un día se me encendió una alarma que me hizo pensar que él podía tener un hijo. Ni corta ni perezosa, lo llamé a Guantánamo. Hablé con su vecina, quien me trató como si aún siguiéramos saliendo, y después con su madre, que hizo lo mismo. «Ahora viene Yodiel. Fue a hacer un mandado y... Mira, acá está».

Fui directamente al grano:

—Necesito saber si eso es verdad, Yodiel. ¿Tú tienes un hijo?

—Ya sabes que yo diera todo lo que tengo por ser padre, pero no lo tengo, Alicia.

—Porque si lo tuvieras, eso querría decir que todo, absolutamente todo entre nosotros, fue mentira.

Al otro lado hubo unos segundos de silencio.

—No te miento, Nené. No tengo ningún hijo.

Esa fue la última vez que hablé con él.

Seguí con mi vida, que incluyó cosas tan jugosas como que un día escribí a Pedro Juan Gutiérrez a la dirección que viene en su página web. Le dije que quizá gracias a él no había cometido una gran tontería y él me contestó, entre otras cosas: «No te flageles». También le pregunté hasta qué punto la Cuba que él retrataba unos años atrás se parecía a la actual («básicamente, sí») y si una historia brutal que mostraba *El rey de La Habana* era real o inventada. Se trataba de lo que le ocurría a un personaje, un gay de ojos maravillosos que se iba a Europa con un italiano. Este acababa echándolo de casa y el cubano malvivía en la calle, hasta que un día alguien lo drogaba y amanecía sin ojos: se los habían arrancado para quitarle las córneas. «Ocurrió de verdad», me contó Pedro Juan. «Es una historia muy conocida acá». Con el tiempo, Agustí Villaronga llevaría esa novela al cine, y más tarde cineasta y escritor hablarían de ella en televisión. «El pobre tiene que sobrevivir y hace cosas atroces para sobrevivir», fue una de las cosas que al finalizar la proyección dijo el escritor, que inmediatamente continuó: «Es pobre el ochenta o noventa por ciento de los cubanos». De todas las cosas que dijo, hubo varias que me

impactaron: «Ellos utilizan el humor y el sexo como vía de escape», «No tienen nada: ni futuro ni perspectivas, solo tienen sexo y un poco de ron». Villaronga, por su parte, destacó la relación natural y animal que tienen con el sexo, tan distinta a la nuestra: «No tienen prejuicios, ni represión, ni culpa».

Por supuesto, tampoco se me escapó ver con Guiomar *Paraíso: Amor*, en cuanto se estrenó. No tenía que ver con Cuba, pero en algunas cosas era prima hermana de ese país, y era mucho mejor que *Hacia el sur*, una de Cantet que, sin embargo, tenía el honor de haber sido la primera que mostraba, siquiera tangencialmente, cierta realidad.

Muy de vez en cuando hacía mi ronda cubana por Facebook, como aquel que sigue una telenovela y quiere ver cómo acaba, por extensa que sea. No sabía exactamente por qué lo hacía. No era amor, ni deseo de recordar, ni siquiera curiosidad malsana. Era como si hubiera empleado mucho tiempo en elaborar un rompecabezas y la última pieza no acabara de encajar, o no del todo.

Pero un día, mi constancia obtuvo su recompensa.

Estaba mirando el perfil de Yodiel. Seguía sin poner nada, aunque yo sabía que había vuelto a salir de Cuba y ahora vivía con una mujer en Italia. Sin embargo, acababa de subir dos fotos de dos niñas negras ya crecidas. Bastó con mirar los comentarios que habían dejado en una de ellas el propio Yodiel; su primo Yordani, el deportista de alto rendimiento que tampoco me invitó a comer, o Manu, el marido de Sandra:

—Yodiel: Mi bellísima niña.

—Irunis T: Esa es tu hija, qué bella, y con ese pareo, tuvo a quién salir. Se ve que es la candela.

—Manu T.: Modelo como el padre.

—Raciel: Mi hermano, que Dios bendiga a mi sobrinita.

—Yordani: Esa es la segunda Márquez, la prima dos, ja, ja, lindísima, mi primo.

Tiré del hilo e hice cálculos. La niña mayor había nacido ya la última vez que viajé, cuando le dije todo lo que pensaba. Era guantanamera, así que se concibió en algún momento del invierno en que nos mandábanos mensajes apasionados. Si me hubiera casado con él aquel mes de junio, lo habría hecho poco antes de su paternidad. Y en noviembre, cuando en el hotel Coralia dudé de mi cordura al oírle hablar alternativamente con una cubana y con una extranjera, yo estaba perfectamente: hablaba con las dos, con la madre de su hija y con Tanja, su amante austriaca. La segunda niña, cubana también, nació cuando vivía en Austria con Tanja. Era fácil imaginar por qué esta lo había mandado de vuelta a Cuba. Así que era verdad lo que decían todos aquellos mensajes de la Red sobre lo que hacen ellos cuando regresan a su país por unos días.

Recordé a su padre, a su madre, a su tía, a la vecina (la madre de Sueny), con la que hablé poco después de mi última visita. Y comprendí que todos sabían. De repente entendí el amago de dialecto cubano, las miradas, los códigos que antaño se me escapaban.

La cabeza se me nubló. Sentí algo parecido a una punzada en el pecho que me obligó a levantarme y abrir la ventana corriendo. Respiré hondo. Me vi un lejano día en la playa de Gaurdalavaca, tumbada en una hamaca. Yodiel se acercaba a mí, recién salido del mar, y me besaba mientras decía: «Te amo mucho, mami». Era la imagen que, durante mucho tiempo, utilicé para tranquilizarme cuando tenía que hacerme análisis o el dentista me anestesiaba. Un recuerdo feliz que borraba el instante presente.

Fue un momento de debilidad. Después vino a mi cabeza una imagen típica de los documentales de naturaleza: una manada de hienas rodeando a su presa. Esta, en apariencia ignorante, seguía como si nada mientras los extraños animales de pequeña cabeza, lentamente, la cercaban. Casi siempre se hacían con ella.

Sin embargo había veces, según los mismos filmes reflejaban, en que, milagrosamente, alguna

presa pequeña e indefensa daba un salto inesperado y se les escapaba.

Índice

[SINOPSIS](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)